



EN BUSCA DE MI HERMANA CHINA

Georgina Higuera

¿Se puede encontrar a alguien tras casi cuatro décadas y entre mil trescientos cincuenta millones de personas?

Índice

Dedicatoria

Cita

1. El oráculo
2. Zhou Xin
3. La familia
4. La carta
5. México querido
6. La parca
7. La búsqueda
8. La voz
9. El reencuentro

Aclaración

Créditos

*A vosotros que os fuisteis,
aunque siempre permaneceréis conmigo.*

«Si conoces a los demás y te conoces a ti mismo, ni en cien batallas correrás peligro; si no conoces a los demás, pero te conoces a ti mismo, perderás una batalla y ganarás otra; si no conoces a los demás ni te conoces a ti mismo, correrás peligro en cada batalla».

SUN ZI

EL ORÁCULO

«AGUAS DE UN ESTANQUE SOBRE TRUENO»

Siempre pensé que mi padre había muerto para que yo quedase ligera de equipaje. Tras ocho años atado a un cuerpo paralizado por una doble hemiplejía, se apagó como si no quisiera frenar las ansias de volar de esa hija que le nació rebelde. No quiso que ella cargase con el reproche de que abandonaba a la familia en un momento tan doloroso por la llamada acuciante de un lejano y misterioso país, pasto de estereotipos e incomprensiones.

—Vete a Estados Unidos, a Francia, a Gran Bretaña, a Canadá, pero no te vayas a China, Beatriz —me decía mi madre—. Son comunistas y nadie sabe lo que puede suceder —insistía, sin que ninguna de las dos pudiese imaginar ni por lo más remoto los cambios que se avecinaban en el Imperio del Centro, como los chinos llaman a su país.

Primero, fueron razones y quejas. Luego, chantaje emocional, pero seguí en mis trece. Ni siquiera me hicieron desistir las bromas que aquel viaje provocaba entre mis compañeros de universidad. China había ido creciendo en mi interior con una pasión irresistible. A veces me reía de mí misma, del vendaval que trastocó mi adolescencia cuando al cumplir los dieciséis años un amigo me regaló el *I Ching. El libro de las mutaciones*, un conjunto de oráculos al que se atribuyen cuarenta y siete siglos de antigüedad y que ahora se conoce por su transcripción fonética: *Yi Jing*.

Hasta entonces, los chinos seguían instalados en el exotismo: ojos rasgados, piel aceituna, pelo recogido en una larga trenza. Niños de semblante triste y amarillento pintados en los carteles y en las huchas con las que pasé la infancia en un colegio de monjas recogiendo dinero para bautizarles. Pobres infelices afincados en los confines de la tierra, en lugares imprecisos de montañas infranqueables y afiladas cumbres de nieves perpetuas; gentes casi míticas que surgían con sus brillantes vestimentas de seda y sus pipas de bambú de cuentos y leyendas de dragones.

Hasta dar con aquel texto integrado por sesenta y cuatro hexagramas de líneas enteras o partidas que representan el yin y el yang, los dos principios fundamentales (negativo y positivo) del pensamiento chino, nada sabía de la filosofía china. Me cautivó su enrevesada lógica, profundamente enraizada en el misticismo de la naturaleza. Desde entonces, la esperanza de sumergirme en ella, de penetrar en lo que imaginaba un mundo fascinante, casi mágico, cobró una determinación feroz.

Meses después, las andanzas de un mercader veneciano echaron leña al fuego de mi espíritu aventurero. Mis sueños juveniles de hazañas y piratas se fueron concentrando en el lejano imperio que Marco Polo acercó hasta mi cama. Por mi almohada desfilaron comerciantes y guerreros, reyes y princesas, caballos y camellos que desafiaron la geografía y el clima, la historia y las

creencias para dar vida a los viajes del precursor. Caí bajo el hechizo de la Ruta de la Seda, a través de la cual mi héroe alcanzó lo que llamó Cambalú (Pekín).

«Fuera de la ciudad de Cambalú hay doce inmensos arrabales delante de cada puerta, en los que se hospedan los mercaderes y los viandantes, pues afluye continuamente a la ciudad un gran gentío por la corte del rey y las mercaderías sin cuenta que allí se llevan. En aquellos arrabales habita grandísima multitud de hombres, y hay en ellos palacios tan bellos y grandes como los de dentro, a excepción del palacio real», contaba Marco Polo en el *Libro de las maravillas*.

—¡Ay, Beatriz, Beatriz, solo tienes pájaros en la cabeza! —me repetía mi abuela.

En esos años, no solo me aprendí casi de memoria los pasos del mercader veneciano, sino que también devoré una tras otra las novelas de Pearl S. Buck, cuyos relatos de la vida cotidiana de la China de principios del siglo XX y de la opresión que sufrían sus mujeres alimentaron el romanticismo de mi adolescencia y radicalizaron mi posición frente al machismo que gobernaba la sociedad. Fue más tarde, sin embargo, cuando la ilusión por conocer la realidad de las novelas se convirtió en obsesión. El *Libro Rojo* de Mao y los muchos ensayos sobre la revolución comunista adquiridos durante unas vacaciones en Francia cerraron mis oídos a los argumentos de quienes se oponían a que viajase a China y barrieron lo que quedaba de la educación clasista, burguesa, retrógrada y represora que pretendieron inculcarme tanto mi familia como la caterva de curas y monjas a los que me enfrenté en los distintos colegios en los que estudié.

Pegada al *I Ching*, me pasaba las horas tirando tres monedas al aire —a la cara le asigné la línea entera y a la cruz, la partida— y tratando de adivinar el significado del hexagrama que dibujaban al caer al suelo. En los oráculos buscaba dar respuesta a las dudas cosmogónicas y morales que no resolvía en mi entorno. Los lazos entre el franquismo y el catolicismo por un lado y entre el «rancio abolengo» y la ruina económica por otro, habían tejido a mi alrededor una espesa malla que me asfixiaba.

A la pregunta de si debería irme a China respondió el hexagrama número diecisiete, «Sui (la continuidad): aguas de un estanque sobre trueno». «Sui indica gran progreso y éxito. Pero será conveniente mantenerse firme y correcto. Entonces no habrá error», rezaba la interpretación que recoge Mirko Lauer, editor de la primera traducción al castellano del *I Ching*, publicada en 1971.

Solo algo me frenaba: la enfermedad incurable de mi padre. Cuando falleció, el dolor se mezcló con una tristeza profunda de la que emanaba un impreciso reconocimiento, gratitud por querer liberarme de la carga más pesada de mi decisión. Mi progenitor se despedía despejándome el tao, el camino, que es la esencia de la vida para los taoístas, una de las principales corrientes filosóficas de carácter religioso de China. Para ellos, la muerte ocurre cuando se acaba la energía positiva, el yang. Mi padre liberaba la suya para que se uniera a la mía y me hiciera más fuerte.

La suerte estaba echada. Libre de la última amarra, ultimé aquel agosto de 1979 los preparativos del viaje que había de cambiar mi vida. Había conseguido una beca de posgrado para estudiar en Pekín y me iba, contra viento y marea.

Volar, volar, volar..., como en mis sueños de niña. Aquellos sueños en los que alguien me perseguía y yo corría y corría hasta que de pronto batía los brazos y era capaz de elevarme entre los muros de piedra del convento del siglo XVI y las casas de los balcones con geranios que encajonaban la calle en que crecí en una ciudad provinciana, donde los prejuicios eran ley. En las alturas recuperaba la calma y disfrutaba del viento que alentaba el movimiento acompasado de mis alas y me acariciaba la cara. Era un vuelo lento que me permitía observar las historias que se

desarrollaban en torno a los patios de mármol blanco adornados con verdes pilistras y contemplar las habitaciones, como si no tuvieran tejados o fuesen de cristal. Planeaba por encima de las viviendas y dejaba atrás, pequeños y perdidos, a sus ocupantes que por unos motivos u otros tramaban argucias para sujetarme e impedirme que escapase de aquel ambiente estrecho, miope y arcaico.

Y el día del gran viaje llegó. La compañía rumana Tarom fue la elegida para el trayecto, que duró casi dos días debido a las escalas y a los cambios de aviones. Madrid comenzó a difuminarse conforme el aparato levantaba su cuerpo de acero. Volaba con esa sensación de liviandad que, a veces, sentimos en los sueños. Ya no le tenía miedo a nada. Todos los peligros eran irrisorios. Volaba impaciente por llegar al final.

La primera escala fue en Zúrich. El segundo trayecto tenía como destino Bucarest, en donde aterricé al iniciarse la tarde. En la capital rumana tuve que pasar la noche y aproveché las primeras horas de mi nueva vida para pasear por las impresionantes avenidas arboladas de la ciudad y entre los megalomaniacos edificios del régimen.

Me sentía rebotante, dominada por un estado de ánimo que rayaba en la embriaguez, mientras recorría aquella Rumanía de Nicolae Ceaușescu, que jugaba a ser amiga sin distinciones de Pekín y Moscú. Los dos gigantes comunistas, sin embargo, llevaban enfrentados desde que en 1959 la Unión Soviética rompió el compromiso de entregar a Mao un prototipo de bomba atómica y ayudarle a adquirir la tecnología para que dotase al país de un arsenal nuclear.

A la mañana siguiente emprendí rumbo a Karachi (Pakistán). Los pasajeros sentimos al unísono la bofetada de calor húmedo que nos sacudió al abrirse las puertas del avión. Había caído la tarde y por el destartado y sucio aeropuerto se paseaban enormes cucarachas ante la impasibilidad de los locales, algunos tirados y dormidos por el suelo. Me creía capaz de cruzar el mundo a pie, pero me descomponía ante esos insectos negros y asquerosos. Aterrada frente al «ejército enemigo», no fui capaz de relajarme hasta que no volví a mi asiento y me enfrasqué en mi libro para ahuyentar los malos augurios.

Comenzaba el último trayecto. La inquietud por lo desconocido me roía el estómago. Los ensayos y novelas sobre China leídos hasta entonces solo habían servido para avivar mi interés ante el ignoto país, su sociedad y su cultura. Iniciarme en el *I Ching* no había hecho más que engrandecer la leyenda. Llegaba el momento de la verdad, de convertir en realidad las fantasías. Ya no tendría que buscar en negro sobre blanco personajes e historias. Mil millones de chinos me estaban esperando.

Estaba demasiado emocionada para concentrarme en la lectura, cuando me sorprendió un brillante disco rojo que pugnaba por escalar las cumbres nevadas del Himalaya. Mecida por el runrún de los motores del pájaro mecánico, me quedé extasiada contemplando la cordillera más alta del mundo en el momento mágico del alba. El sol se abría paso en un mar de majestuosas montañas negras de las que emergían relumbrantes penachos de un blanco níveo. Sus destellos se colaban por las ventanillas con la furia del fuego. La nave quedó teñida de sangre. Los pasajeros, los asientos, el aire; de pronto todo se hacía transparente. Enamorada desde pequeña de los amaneceres, nunca antes había visto uno tan radiante.

El espectáculo me reafirmó en la certeza de que mi padre abrazó la muerte para que yo diera rienda suelta a toda la curiosidad que llevaba dentro. Hoy, pasadas casi cuatro décadas, el círculo

chino se cierra después de que otra terrible pérdida me empujara de nuevo hacia China para buscar a mi hermana del alma.

EL DRAGÓN DORMIDO

No me cabe duda de que fue la ausencia de Gustavo la que despertó al dragón dormido. El gran amor de mi vida se fue de golpe. Sin avisar. Dejándome hundida en un pozo del que más de treinta años de felicidad no podían rescatarme. Siempre se burló del cangrejo que le corroía las entrañas y, típico de él, llevó la ironía hasta sus últimas consecuencias. Se rio de aquella fiera hasta zafarse de ella. No le dio el placer de resignarse a la derrota. A Gustavo no le mató el cáncer, lo aplastó él con un infarto masivo. Fue su última broma, y yo, que siempre se las jaleaba, tardé años en superar el dolor infinito de una fuga sin despedida.

El dragón chino despertó en los meses siguientes a ese primer año empapado de tristeza y de cansancio de seguir viviendo. Sin que me diera cuenta, comenzó a acunarme en sus brazos. Me susurraba cuentos al oído y su voz melodiosa terminaba por dormirme. Por la mañana, cuando me despertaba sola en esa cama que se había vuelto terriblemente ancha, no sabía a qué asirme para empezar el día, pero las noches eran cada vez más serenas.

Gustavo había arraigado tanto en mi vida que cuando la enfermedad mostró su faz siniestra, no quise entenderla ni aceptarla. Él era un héroe y en las películas los héroes nunca mueren. El golpe final me redujo a escombros.

Habíamos asistido juntos a los funerales de algunos amigos fallecidos y compartíamos el rechazo por una ceremonia que considerábamos puro compromiso social. Ninguno de los dos éramos creyentes y aunque en México la tradición pesaba como una losa, nos habíamos prometido que no habría funerales cuando uno muriese. Tuve que gritar para que me hicieran caso. Para que comprendieran que no estaba loca, pero que no habría más despedida que ese desfile interminable de enfermos curados, compañeros de profesión, vecinos, conocidos, curiosos, empleados de la finca, amigos y familiares. Su madre, la mujer que mejor habría compartido mi dolor, había muerto hacía años y sus piadosas hermanas tuvieron que conformarse.

Tampoco quise que le enterraran. Me horrorizaba que los gusanos se cebaran con el cuerpo que había amado tanto. Gustavo siempre se mofó de mi aversión a los bichos más pequeños.

—Vas a tener que consultárselo a un psiquiatra —me decía entre carcajadas cuando me ponía histérica por la aparición de una cucaracha.

Recién llegada a Guadalajara, mantenía una vez al mes una reunión de mujeres con las pomposas esposas de los compañeros de Gustavo, con las que él me pidió que cumpliera como mandaban los cánones sociales. A ellas les costaba disimular la risa por las «fobias absurdas de la güerita». Solo me respetaron a partir de aquella tarde en que, sin que ninguna se diera cuenta, me levanté, fui a por la pala del jardinero y la dejé caer como un hacha sobre una serpiente que quedó descabezada y retorciéndose entre los gritos de pánico de las asistentes, que hasta entonces no se habían apercebido de la presencia del reptil.

Me adapté bien a mi nuevo país y prescindí pronto de las convenciones sociales apoyada en un entrañable grupo de amigos. Cuando me quedé viuda, sin embargo, apenas quise compartir mi dolor y las visitas se fueron espaciando.

En una de esas noches de vigilia y pastillas, una bocanada de fuego iluminó el túnel al que no veía salida. Me asomé de puntillas, como de niña me escapaba silenciosa al balcón para mirar ensimismada la lucha entre las tinieblas y el mar para impedir que el sol se adueñara del mundo. Sus rayos, como afiladas espadas, penetraban en la cúpula del firmamento hasta desgarrarla. Y en el baño de sangre, las olas se amansaban y el astro volvía cada mañana a alzarse triunfal, pero esa noche no era el sol el que llamaba a mi puerta, sino un dragón verde que, sentado sobre sus patas traseras, jugaba con una bola de cristal.

La aparición se hizo habitual. Ya no me angustiaba sentir el frescor de las sábanas cuando me deslizaba entre ellas en busca del sueño reparador. Poco a poco, me fui familiarizando con el rastro del olor que la energía contagiosa del dragón dejaba en la habitación. Las paredes, antes húmedas de llanto, se habían secado y las impregnaba el aroma inconfundible del fuego de las bocanadas de la bestia mitológica. El ambiente, mientras tanto, comenzaba a llenarse de imágenes de China.

La nostalgia de aquel tiempo feliz fue llenando el vacío dejado por Gustavo. Los recuerdos alimentaban mi maltrecho espíritu y fueron recomponiendo mi ánimo, como las piezas de madera de colores con las que de niña construía castillos. Llegó un momento en que no fue el dragón, sino yo misma la que me dediqué a reconstruir el pasado. Desempolvé libros, cartas y fotos y, con la misma pasión de los veinte años, decidí que tenía que volver a Pekín. Tenía que cerrar el círculo de aquel viaje de mi juventud, que interrumpió la furia del amor. Tenía que buscar a mi hermana china, mi hermana del alma.

«EL ORIENTE ES ROJO»

En 1979, en uno de mis primeros paseos por el centro de Pekín, escuché la melodía con la que el reloj de la estación de tren de la capital china marcaba las horas.

—Es la música de «Dong fang kong» («El Oriente es rojo»), el himno de la Gran Revolución Cultural. Con él se despertaba antes todo el país. La letra de la canción es una loa a Mao Zedong y compara al Partido Comunista Chino (PCCh) con el sol —dijo Anne, la estudiante belga que llevaba tres años en Pekín y se brindó a guiarnos ese domingo por las calles de la capital a los tres novatos de su país y a mí.

Sus palabras me hicieron volver a sentir el esplendor de aquel foganazo sobre el Himalaya. No me extrañó que los «guardias rojos» quisieran seducir a la gente con la fuerza del amanecer oriental.

En la China de aquel entonces, no obstante, la nota dominante era la monotonía cromática. Al aterrizar me impactó la especie de nave grisácea de estilo soviético y suelo de cemento que hacía las veces de terminal. Me esperaba, tras los controles aduaneros, un hombre regordete, con el pelo cortado a cepillo como un soldado y vestido con el uniforme *mao* azul marino. Se identificó como el profesor Peng Jingrun, responsable de la sección de español del Instituto de Lenguas de Pekín, donde debía aprender chino antes de ir a la universidad a hacer mi posgrado.

—Bienvenida a China. Espero que hayas tenido un buen viaje. Puedes recurrir a mi ayuda cuando lo necesites. Te deseo una feliz estancia —me dijo, como si acabara de aprenderse la lección y estrechándome la mano.

Acompañados del tintineo de los timbres de decenas de miles de bicicletas y del claxon del coche, que el conductor no paraba de tocar, atravesamos el norte de la ciudad, en donde se mezclaban arrozales y campos de cultivo con edificios de cuatro o cinco plantas y casitas bajas. La ansiedad por llegar me había dejado agotada y conforme el taxi avanzaba se adueñaba de mí la sensación de que todo era irreal. Sin embargo, el paisaje me resultaba extrañamente familiar, como si ya lo hubiera recorrido o como si repitiese los escenarios de las películas que había visto en blanco y negro de los años cuarenta.

Aparte de las bicicletas, los únicos vehículos que circulaban eran viejos camiones militares atestados de obreros; algunos tractores a vapor, cuyos remolques también iban repletos de campesinos sentados o de pie y alguna furgoneta algo más moderna. Era difícil distinguir los hombres de las mujeres. Todos llevaban el mismo amplio atuendo, de color verde o azul marino, con idéntica gorra o sin ella, poco importaba. Despeinadas y desaliñadas, ellas daban la impresión de que querían a toda costa borrar su feminidad.

El Beijing Yuyan Xueyuan era un recinto de varios edificios que se encontraba protegido por una tapia y con sus puertas guardadas por soldados del Ejército Popular de Liberación. Al atravesar la entrada principal, daba la bienvenida una enorme estatua de Mao, que miraba al infinito por encima de los muros y volvía la espalda a los estudiantes allí concentrados. Peng me dejó en una habitación austera como la celda de un cartujo. El espartano mobiliario consistía en dos camastros, dos pequeños armarios, dos mesas de estudio y dos sillas. Suelo de cemento, paredes que fueron blancas cuando las pintaron décadas atrás y una bombilla de veinticinco vatios colgando de un cordón. La ventana sin cortina se asomaba al paredón que bordeaba el instituto.

La hora de la cena había pasado y el profesor se limitó a enseñarme el lugar al que debería dirigirme al día siguiente para arreglar mis documentos, pasar una revisión médica y obtener el dinero de la beca: ciento cuarenta yuanes mensuales (setenta dólares).

—Es una cantidad exorbitante —me habían comentado en la embajada china en Madrid. El agregado cultural, muy orgulloso del igualitarismo reinante en su país, me había contado que los ministros ganaban doscientos yuanes al mes, los catedráticos de la universidad entre cincuenta y sesenta yuanes y que la inmensa mayoría de los ochocientos millones de campesinos recibía entre tres y veinte yuanes. A esto se añadía que la educación, sanidad, vivienda y alimentación eran casi gratuitas, aunque muy precarias, como pronto descubriría por mí misma.

Todos los edificios del instituto eran de cuatro alturas y de aspecto muy parecido. Una parte del recinto estaba destinada a los estudiantes chinos que aprendían inglés y francés y cuya vida se desarrollaba en paralelo a la de los extranjeros, sin mezclarse jamás, como si nos separase un muro invisible. Tenían edificios distintos para las clases, los comedores y la residencia. Los extranjeros ocupábamos dos de ellos separados por sexos —el de mujeres era el número cinco. Los profesores y demás empleados y sus familias también vivían en el instituto.

En cada planta había un cuarto de letrinas, que eran agujeros en el suelo recubiertos de porcelana y separados por cajones de madera con portezuelas que dejaban ver las piernas y la cabeza. Despedían un fuerte olor a desinfectante y tenían agua corriente. Me parecieron un espanto, pero pronto aprendería que eran todo un lujo para aquella China mayoritariamente campesina carente de alcantarillado en buena parte del país, incluidos algunos barrios de la capital.

El cuarto de duchas estaba en la primera planta y se componía de dos zonas diferenciadas. La primera tenía a su alrededor una especie de pileta de cemento —como si fuese un abrevadero de animales—, que servía tanto para asearse como para lavar la ropa. En la segunda, separada por un tabique y una portezuela se encontraban las duchas: unos cuantos tubos, la mayoría sin alcachofa, colocados en un lateral. Si no ocurría ninguna incidencia que lo impidiera, después de la cena, que era a las seis de la tarde, había dos horas de agua caliente y todas nos apresurábamos para ser las primeras o alistarnos en la cola para tener garantías de que cuando nos tocara el turno aún podríamos disfrutar de una reconfortante ducha calentita.

—¿Quieres un té? —me preguntó Peng, al verme entrar en su oficina a la mañana siguiente.

—Sí, gracias.

Tomé la taza tapada que me brindaba y, cuando la destapé para beber, me encontré con agua hirviendo. La sorpresa fue mayúscula. Todavía hoy, casi cuarenta años después y harta de beber agua caliente, recuerdo con qué poca gana di un sorbo a lo que me pareció una pócima imbebible. Pero no fue el trago más amargo de aquella mañana. El médico que me auscultó percibió el latido desacompañado de mi arritmia cardiaca y el profesor me acusó de haber mentado en el informe para obtener la beca, en el que se aseguraba que gozaba de buena salud. Por más que insistí en que era una anomalía sin importancia, el responsable del departamento de español fue tajante.

—Mañana se te realizará un electrocardiograma y si estás enferma, volverás a tu país —me dijo Peng de camino al aula a la que había sido destinada.

Fue un auténtico mazazo. No podía empezar peor mi aventura.

Las clases comenzaban a las ocho de la mañana, con un descanso de quince minutos a las diez menos cuarto, y vuelta al tajo otras dos horas.

Peng abrió la puerta del aula sin llamar.

—Esta es tu profesora. Se llama Liu —dijo.

Tras indicarme que pasara y ocupase uno de los pupitres vacíos, Peng se dirigió a la profesora, a la que repitió la transcripción —impronunciable en chino— de mi nombre.

—Be-a-ti-ri-ze.

Liu no pudo evitar la risa; cinco caracteres eran demasiados para un solo nombre.

—Be-a-ti-ri-ze.

¡Ni los príncipes manchúes tenían tantos! Peng había intentado dar un sonido chino a mi nombre y dos apellidos y el resultado fue una ristra infumable de caracteres. Nadie era capaz de memorizar ni siquiera el nombre. Los más pragmáticos ni lo intentaron y recurrieron a llamarme por el nombre de mi país: Xibanya. Con el tiempo, esto me haría mucha gracia y cada vez que escuchaba a las porteras del edificio o a los empleados del comedor decirme: «España, toma», «España, ven» o «España, al teléfono», me acordaba de la zarzuela de *El niño judío* (a mi padre le encantaba la zarzuela), con la famosa canción «De España vengo, soy española», y más de una vez me arranqué a cantar y bailar a lo flamenco un par de compases para asombro de los chinos y recreo de todos.

La risa de la profesora Liu fue la primera que escuché a un chino y me hizo mucho bien. Era una mujer bajita, de cara redonda, ojos vivarachos y coqueta, tanto como para tener la osadía, en aquellos tiempos, de rizarse el pelo, que llevaba en una media melena. Además, sobre el guateado con que los chinos se protegían del frío, no llevaba el típico blusón del uniforme *mao*, sino uno color marfil con un pequeño estampado gris y rojo. La empatía fue casi inmediata, aunque en las

dos primeras horas de chino solo fui capaz de entender que mi profesora tenía veintiocho años, cuatro más que yo. Liu me lo explicó escribiendo en la pizarra la tabla de equivalencias entre los números árabes que utilizamos los occidentales y los chinos.

Había otras tres alumnas, pero hasta que una de ellas no dijo el nombre del país en inglés, no conseguí comprender que el Nansilafu, que todas repetían al unísono, significaba Yugoslavia. Meses más tarde, el día que murió el mariscal Tito, las tres compañeras —dos serbias y una croata, esposas de diplomáticos de la embajada de Belgrado en Pekín— acudieron a clase y rompieron en un llanto desconsolado. Yo, que había vivido la muerte de Franco como una liberación, no podía entender la congoja de las yugoslavas. La mayor, Sveta, de treinta y cinco años, afirmó que no lloraba por el mandatario desaparecido, sino por la guerra que se iba a desatar. Las otras dos asintieron. A mí me pareció una exageración hasta que doce años más tarde la república balcánica se hizo añicos en una sangrienta contienda que duró hasta entrado el nuevo siglo.

En el comedor conocí al grupo de latinoamericanos adscritos al departamento de español, unos quince. La mayoría eran mexicanos, país con el que China mantenía unas excelentes relaciones. Tres eran hijos de exiliados políticos que trabajaban para el Gobierno chino como expertos y vivían con los demás profesores en el cercano hotel de la Amistad. Los exiliados latinoamericanos llegados tras los golpes en Chile, Argentina y Uruguay o miembros de las guerrillas maoístas de Colombia, Perú y Venezuela, así como la treintena de estudiantes palestinos y africanos, formaban parte de la política de Mao —ya entonces en vías de extinción— de extender por el mundo la revolución proletaria. De entre los mexicanos, María, una médica pequeña, risueña y de rasgos indios, llegada a China para hacer un posgrado en medicina tradicional, se convirtió en mi mejor amiga.

Mao había fallecido en septiembre de 1976. Dos meses después, detuvieron a su esposa Jiang Qing, a los demás integrantes de la llamada Banda de los Cuatro —Zhang Chunqiao, Yao Wenyan y Wang Hongwen— y a sus acólitos más relevantes. Este grupo ultraizquierdista, con el beneplácito del Gran Timonel, fue el núcleo intelectual de la Gran Revolución Cultural y el desencadenante de una lucha entre facciones ideológicas que se cobró millones de vidas. El juicio aún no se había celebrado y a los chinos parecía no importarles. No querían mirar atrás. Deseaban que la Banda de los Cuatro se pudriera en el infierno, pero sin escarbar en la podredumbre de esa década ominosa.

Oficialmente, las riendas del país más poblado de la tierra las llevaba un personaje oscuro, a quien la historia ya casi ha olvidado: Hua Guofeng, designado por Mao en sus últimos tiempos para que continuara su obra. Pero en la descarnada lucha por el poder desatada tras el fallecimiento del líder supremo se vislumbraba un ganador: Deng Xiaoping, cuya sombra se alargaba de manera sigilosa e irresistible por todo el país, desde que en diciembre de 1978 logró que el Comité Central del PCCh aceptara su teoría de las cuatro modernizaciones —agricultura, industria, ciencia y tecnología y defensa— con las que pretendía convertir China en la potencia hegemónica del siglo XXI.

—¿Ve usted a aquel hombre bajito? Pues es muy inteligente y tiene un gran futuro por delante —le dijo Mao a Nikita Jruschov, en 1957, durante su último viaje a Moscú.

A Mao, que por esos años comenzaba a ver en el «hombre bajito» una amenaza, no le falló la intuición. Cuando llegué a Pekín, Deng, conocido posteriormente como el «arquitecto de la

reforma», había puesto en marcha el proceso de desmaoización, con el que ambicionaba lanzar a China a la reconquista del centro del mundo, lugar que ocupó durante más de dos mil años de historia y del que había sido expulsada en el siglo XIX. Según Deng, esto solo se conseguiría cuando el entonces paupérrimo país fuese capaz de situarse en la vanguardia económica.

El Gran Timonel había logrado la reunificación de China —a excepción de Taiwán, Hong Kong y Macao— y expulsado del suelo patrio a los extranjeros que se habían precipitado por los puertos abiertos a cañonazos por el imperio británico. El Pequeño Timonel se atribuía el papel de modernizador de la nación con el fin de colocarla entre las más avanzadas e impulsar sus fuerzas productivas para acabar con la pobreza. La lucha de clases quedaba aparcada a favor de la resurrección económica.

Mao Zedong, nacido en 1893, fue un revolucionario sanguinario y romántico, que jugaba a poeta, hizo de la ideología el pan con que el que creyó que podía alimentar a su pueblo y cerró China a cal y canto para que la regeneración del sistema se hiciera desde dentro y sin influencias ajenas. Deng Xiaoping, nacido en 1904 y muerto en 1997, fue un pragmático que no dudó en abrir el país para servirse de la experiencia extranjera y utilizarla para propulsar un desarrollo económico sin parangón en la historia.

Mi corazón estaba sano. Como era de esperar, el electrocardiograma no detectó nada grave. Pero la angustia de la espera, unida al intento de lavado de cerebro de Peng, con sus consejos y sus advertencias sobre lo que se entendía como «buen comportamiento de los extranjeros», pusieron en guardia a profesor y alumna. Templada en el activismo universitario del final del franquismo, tardé poco en colocarme al frente de la defensa de los derechos de los estudiantes del departamento de español, al que se había sumado otra compatriota.

Médico de profesión y sin intereses políticos, históricos o culturales en China, la recién llegada no aguantó ni dos meses en Pekín. Regresó a España, junto con Patrick, un estudiante francés con el que compartió el desencuentro con el país, su forma de vida, el clima, el duro régimen al que estábamos sometidos y un apasionado amor.

Patrick se sintió sobrepasado desde que puso el pie en Pekín. Recordaba con frecuencia a Mijaíl Borodin, el revolucionario ruso enviado a China en 1923 para ayudar a Sun Yat-sen, el fundador del Partido Nacionalista (Kuomintang, conocido por las siglas KMT) y líder del movimiento republicano y progresista que puso fin a la dinastía Qing.

«Fui a China a luchar por una idea. Me llevó allí el sueño de conseguir la revolución mundial y liberar a los pueblos asiáticos. Pero China, con su antigua historia, sus incontables millones de habitantes, sus inmensos problemas sociales y sus infinitas posibilidades, me dejó estupefacto y abrumado. Mis ideas sobre el mundo y la revolución tuvieron que pasar a un segundo plano», decía Borodin en sus *Memorias*.

Esa misma sensación desbordante nos perseguía a muchos estudiantes. Cada mañana al levantarnos y tratar de digerir la vivencia del día anterior, sentíamos cómo la apisonadora china avanzaba impasible sobre los conceptos y convicciones que teníamos antes de llegar. El esfuerzo por tratar de entender el significado de lo que experimentábamos nos dejaba exhaustos. A simple vista, parecía que nada se movía, pero de la trastienda —donde se acumulaba el enorme peso social y cultural del país— se filtraba un ulular que agitaba la vida diaria como el canto de las sirenas de Ulises, con el mismo atractivo y la misma percepción de peligro.

Para entender China era necesario tirar por la borda todos los aparejos del pensamiento occidental y, una vez desnuda, dejarte envolver por el seductor canto de las nereidas orientales. No era fácil.

Un día tuve que ir al edificio de los profesores porque el responsable del departamento de español necesitaba mi carné y, como se me había olvidado dos mañanas seguidas, me pidió que se lo llevara a su casa por la tarde. Siempre pensé que en esos edificios había apartamentos y me quedé aturdida al encontrarme que los pasillos, sucios y oscuros, servían de cocina y trastero. A la entrada había bicicletas y toda suerte de enseres viejos, y a las puertas de las habitaciones había hornillos portátiles para cocinar, *woks*, barreños de plástico en los que limpiar las verduras o lavar los platos, cajones y algún armario desvencijado. Pasé por delante de mujeres y algún hombre que cocinaban en cuclillas, mientras los niños corrían entremedias. Comprendí entonces que la vivienda de los profesores era una estancia única, como la mía, en la que vivía toda la familia. Si la integraban tres generaciones, se concedía a los abuelos una segunda habitación, pero eso era todo.

Salí del edificio muy impactada. Era evidente que China tenía que recorrer un largo camino antes de siquiera acercarse al nivel de vida europeo. Si esas eran las condiciones de alojamiento de los profesores universitarios de Pekín, no quería imaginarme cómo serían en provincias.

La profesora Liu fue la primera china con la que entablé una cierta amistad. Algunas veces iba a mi cuarto, creo que con la excusa de ayudarme, porque era evidente que sentía una enorme curiosidad por la forma de vida de Occidente. Era divertida, alegre; sus ojos tenían chispa. Yo le enseñaba la ropa y los zapatos que había traído y entre risas íbamos adivinando lo que una y otra queríamos decir. Liu parecía una mujer feliz y satisfecha. Estaba casada y tenía un niño de poco más de un año, al que solo veía una vez a la semana. Vivía en el instituto, donde compartía habitación con otra profesora, y los sábados, después de la clase de la mañana, se iba hasta el domingo por la noche.

—¿Y dónde está tu hijo? ¿Quién lo cuida? —le pregunté, más con gestos que con palabras.

—Está en casa de mis suegros —contestó con naturalidad.

—¿Y su padre?

—Mi marido también vive con ellos —afirmó, levantando las cejas.

—¿Y no te da pena estar separada de tu marido y del bebé tanto tiempo? —insistí, extrañada.

—En China es así —dijo con una sonrisa llena de resignación—. Mis suegros quieren encargarse de la educación porque es un varón, y mi trabajo está aquí.

—Pero, ¿por qué lo consientes? ¿Qué dice tu marido?

—Son sus padres. Él considera que tienen derecho a estar preocupados por su nieto y querer atenderle. Mi suegra se ha jubilado y se ocupa todo el día del niño.

—Pero tú eres la madre... ¿no puedes vivir con tu marido y tu hijo? —le pregunté con dureza.

—No te preocupes, Beatirize. Yo estoy bien. Le veo todas las semanas. No se puede hacer nada —susurró Liu, encogiendo los hombros. Cogió las dos fotos del bebé que había traído para enseñarme y se levantó.

—Nos vemos mañana en clase —concluyó.

Me quedé estupefacta. Las contradicciones de China me sacudían de nuevo. Los comunistas habían logrado una amplia inserción de la mujer en la sociedad, pero pese a toda la sangre

derramada por los «guardias rojos» en su lucha contra Confucio y la tradición, una profesora moderna aceptaba que sus suegros «secuestraran» a su hijo, por el mero hecho de ser varón, y se sometía a la voluntad de su marido, que prefería vivir con sus padres en lugar de con ella.

Fue mi primer encontronazo con el tópico de que las suegras chinas, sobre todo las más tradicionales y menos instruidas, aterrorizan a sus nueras de la misma forma en que ellas fueron antes maltratadas por las suyas. Con el tiempo descubrí que la realidad era aún más cruel.

«ST. JAMES INFIRMARY»

Los domingos, María y yo solíamos coger los tres autobuses necesarios para llegar al centro de la ciudad. El billete era muy barato, 0,15 yuanes, unas cinco pesetas de entonces. El 103, uno de esos dobles articulados que parecen un gusano moviéndose, iba siempre hasta los topes. La revisora, con el sempiterno abrigo de corte militar que le llegaba casi hasta los pies, se bajaba en cada parada y desde abajo empujaba sin piedad por el culo y la espalda a los pasajeros que se apretujaban en el escalón. Después subía ella y seguía empujando hasta conseguir que se cerraran las puertas.

En uno de esos autobuses a rebosar, un estudiante italiano quiso poner en práctica su conocimiento del chino. Hinchó los pulmones y gritó lo que el profesor repetía cada mañana en clase.

—*Wo shuo, nimen tin* (Yo hablo, vosotros escucháis) —bramó.

De inmediato, se hizo un silencio sepulcral. Todas las miradas se dirigieron hacia el grupo de extranjeros y en concreto al rubio desgarrado, que enrojeció como un tomate al sentirse observado. Abrumados por la tensión que la broma había desatado, los cuatro nos bajamos a trompicones en la parada siguiente y estallamos en tales carcajadas que volvimos a convertirnos en el centro de atención de los atónitos viandantes.

El único día que no había clase era el domingo y a las dos nos gustaba pasarlo deambulando por los *hutong* (callejones) de detrás de la Ciudad Prohibida, por la colina de Carbón o por el parque de Beihai. En uno de esos paseos, cuando la tarde comenzaba a caer, nos sorprendió una conocida melodía. Todavía ahora, pasadas casi cuatro décadas desde aquel día, cada vez que escucho la trompeta de Louis Armstrong interpretar «St. James Infirmary» evoco con nitidez la de aquel chino solitario. Tocaba arrastrando las notas con una tristeza infinita, como si después de años de imperativo silencio, su música sintiera miedo de esparcir por el gélido aire otoñal las vivencias pasadas.

El hombre no dio señales de percibir nuestra presencia y nos quedamos un rato escuchándole embobadas. Iba enfundado en el obligado uniforme azul marino y tendría unos cuarenta años. Era evidente que tanto el jazz como los blues que tocaba los había aprendido antes de que en 1966 estallase la Gran Revolución Cultural, diez años en los que la única música permitida fue la de las ocho «óperas modelo», inspiradas por Jiang Qing, la esposa de Mao. Esas obras revolucionarias, como *El destacamento rojo de mujeres*, eran una lagrimeante y conmovedora loa al Ejército Popular de Liberación (EPL), el partido o el campesinado y contaban el triunfo apoteósico de estos sobre la barbarie de las clases feudales.

Tal vez en esa década, la trompeta había permanecido oculta en el fondo de un baúl, o el trompetista había sido reenviado a un campo de reeducación por el trabajo para limpiar su espíritu de la contaminación que le había llevado a interesarse por la música afroamericana. Quizás, después de los largos años de dolorosa separación, hombre e instrumento se consolaban esa tarde de las vejaciones sufridas y en las notas desgarradas dejaban prendido un hilo de esperanza. Nunca lo sabré porque aunque le busqué otros domingos en el mismo lugar, y siempre que paseaba por los lagos y canales de la capital, no le volví a encontrar.

En aquel inicio de la transición del maoísmo al denguismo, los extranjeros éramos apenas un puñado —algo más de tres mil entre diplomáticos, periodistas, estudiantes, expertos que trabajaban para el Gobierno y los primeros hombres de negocios— en el océano de los mil millones de habitantes que tenía entonces el Imperio del Centro. A los ojos del Partido Comunista y de la población, los «narices largas» (occidentales) seguíamos siendo sospechosos de querer la ruina de China. La mayoría pensaba que tanto nosotros, como los «narices pequeñas» (japoneses), nos movíamos por un afán de espionaje y con malas intenciones.

Incluso los hijos de los profesores del instituto, que crecían entre los estudiantes extranjeros, hacían grupos con dos o tres amiguitos y gritaban corriendo al paso de un alumno: «¡*Waiguo ren, waiguo ren!*!» («¡Extranjero, extranjero!»). La tercera vez que se lo escuché, me di la vuelta y puse en práctica lo poco que sabía: «¡*Zhongguo ren, zhongguo ren!*!» («¡Chino, chino!»), espeté a los niños, que se quedaron sorprendidos y pararon en seco su carrera.

Los pequineses ajenos al instituto tenían prohibida la entrada en el recinto y los extranjeros teníamos los movimientos limitados, incluso dentro de la misma capital, donde de pronto, en mitad de una calle, aparecía una caseta verde en la que, las veinticuatro horas del día, había un soldado que, de palabra o por señas, indicaba que a partir de ese punto estaba prohibido el paso a los que no fuesen chinos. Viajar de una ciudad a otra requería una especie de visado, un documento oficial en el que aparecía el nombre, el número del librito de plástico rojo que guardaba el carné de residencia, las fechas y los lugares a visitar. Este documento, debidamente sellado, era necesario para comprar los billetes o alojarse en un hotel.

La Gran Muralla y las tumbas Ming, cercanas a Pekín, estaban exentas de visado. María y un historiador mexicano, que trabajaba como experto para el Gobierno, me acompañaron en esas primeras excursiones, en las que la Gran Muralla, adornada con todos los colores del otoño, fue la reina indiscutible. Apenas había visitantes y, por supuesto, nada de tiendas de *souvenires*, ni artesanos vendiendo sus trabajos. Fue como trasladarse a la Edad Media y cabalgar a lomos del gigantesco dragón que coronaba las crestas de las colinas hasta perderse en el horizonte. Era fácil imaginarse el avance de las hordas de Gengis Kan semiocultas por el halo de las arenas del desierto del Gobi que levantaba el galopar de sus caballos. Poco o nada pudo hacer el dragón frente al arrojado feroz de las huestes mongolas, que en unas decenas de años se adueñaron de Asia y se asentaron a las puertas de Europa.

La muralla fue concebida por el primer emperador de China, Qin Shihuang, en el siglo III a.C., para defender su reino de las tribus nómadas que amenazaban las llanuras de loess, las tierras ricas en sedimentos y con suelos profundos y fértiles del centro de China. Más de trescientos mil obreros, en su mayoría convictos, fueron empleados en la construcción y, a costa de miles de vidas, levantaron en adobe y madera unos dos mil kilómetros de muralla. Las siguientes dinastías la ampliaron, pero pese al ímprobo esfuerzo que supuso levantarla, apenas fue

un mínimo obstáculo para el ejército de Gengis Kan. Sus tropas arrasaron los tramos que encontraron a su paso y las guarniciones que los defendían. Fue una conquista fulminante, aunque el mongol que logró unificar el reino, instaurar la dinastía Yuan y sentarse en el trono fue su nieto Kublai Kan. Cuando en 1368, los han (la etnia mayoritaria a la que pertenece el 91 por ciento de la población y a la que se identifica simplemente como los chinos) lograron expulsar a las huestes mongolas y recuperar el poder, los nuevos emperadores de la dinastía Ming ordenaron la reconstrucción de la Gran Muralla, pero no con tierra apisonada como la primitiva, sino con bloques de piedra. Es la que se conserva en la actualidad.

En 1979 solo se visitaba un segmento entre tres torreones, casi nada si se pensaba en sus cinco mil kilómetros de longitud, pero suficiente para que mi imaginación calenturienta despertase a los miles de guerreros que se afanaban en su defensa. Cabalgando sobre el dragón chino hasta agotar a mis acompañantes, me olvidé de los sinsabores del instituto, al que volví casi a regañadientes.

«EL TAZÓN DE HIERRO»

Entre la sumisión heredada del confucianismo y la falta de alicientes del régimen comunista, China parecía, como dijo Napoleón, un «gigante dormido». Era un país extraño en el que unos y otros se contemplaban sin que ninguno tuviera fuerzas o ganas de ponerse en marcha, o conocimiento para hacerlo. Daba la sensación de que se habían dejado la energía en las colas para comprar arroz, carne, huevos, leche, jabón y demás productos racionados. En su fuero interno todos sabían que aquello no funcionaba, pero el miedo o la inercia habían anulado la voluntad de acción. Vivían inmersos en el vacío del no. Era la negación absoluta. El no por el no, azuzado por una lengua que tiene cuatro formas de negar y ninguna para la palabra sí.

La ausencia del sí tal vez sea uno de los puntos más chocantes del chino. Para afirmar se utiliza el verbo ser o la repetición del verbo con el que se pregunta. Por ejemplo: «¿Comiste?». «Comí».

El vecino barrio de Wudaokou tenía un pintoresco mercado en el que nos surtíamos los estudiantes. No había muchas cosas, porque en todo el país no había casi de nada, pero era cuestión de adaptarse. Una tarde, me acerqué a comprar, como habían hecho otras compañeras, un cesto de mimbre para guardar bajo la cama la ropa para lavar.

—Por favor, camarada, ¿me da un cesto?

—No hay —contestó sin inmutarse la dependienta, que estaba sentada en un taburete y con el cuerpo echado sobre el mostrador.

—Quiero ese cesto —afirmé, señalando uno que estaba colgado en la pared.

—No hay —volvió a responder la camarada.

—Hay. Mírelo. Está ahí. Quiero ese —dije con énfasis.

La dureza del tono de la extranjera forzó a la dependienta a dejar su pose de desgana. Se giró, cogió el cesto y me lo dio.

Esta desidia generada por un sistema que no reconocía el esfuerzo personal y pagaba a todos por igual era lo que Deng Xiaoping llamaba el «tazón de hierro de arroz». Es decir, que el Estado llenaba el cuenco de arroz a todos aunque algunos no hiciesen nada por merecerlo. Según Deng,

para que el país avanzara económicamente había que fundir el tazón de hierro y premiar la productividad. Pero el pueblo se resistía. Nadie quería destacarse en la adopción de una política tan novedosa. La mayoría había salido escaldada del Gran Salto Adelante y de la Gran Revolución Cultural y las palabras de Deng le sonaban a una nueva campaña de consecuencias tan imprevisibles como las anteriores.

Amantes del buen comer y sin las estrecheces económicas de los latinoamericanos, los estudiantes europeos encontrábamos con frecuencia una buena razón para escapar de la monotonía de la cantina del instituto, cuyo plato fuerte era la *baicai*, una especie de enorme col alargada y blanca, que se conoce en algunos países como col china. En aquel duro invierno, era casi la única verdura que entraba en las cocinas.

A lo largo de octubre, los camiones cargados de *baicai* recorrieron Pekín. Dejaban en las calles sus montañas de coles, cubiertas con enormes lonas negras, y las gentes cargaban sus bicicletas, llenaban los balcones de las casas y tapaban con plásticos el preciado sustento del invierno, congelado de manera natural por las gélidas temperaturas. Ni las casas, ni las instituciones tenían frigoríficos. En el instituto, las coles se apilaron contra las paredes del edificio del comedor.

En Wudaokou había un par de pequeños restaurantes, cuyas mesas solían estar ocupadas por grupos que acudían a celebrar algo. El ambiente era distendido, vocinglero, los platos variados, y tenían cerveza y licores de arroz, sorgo y otros tipos de alcoholes blancos (*baijiu*), que gustan a los chinos y están presentes en todas sus fiestas. Las cenas eran divertidas y, aun sin entender lo que la gente hablaba a nuestro alrededor, nos sentíamos más cerca de ellos y más lejos del instituto y sus muros de protección.

Wudaokou era lo más cercano a la realidad china que los extranjeros residentes en Pekín podíamos palpar. De los edificios de cuatro plantas sobresalían cañas de bambú de las que colgaba la ropa mojada. En sus alrededores las casas eran bajas, con un patio central al que daban las habitaciones de las distintas familias. En las paredes se apilaban todo tipo de trastos, muchos viejos y costosos; unos cubiertos con plásticos, otros de uso frecuente al descubierto, como las ruedas de carbón para las cocinas. Esa amalgama de objetos era como la continuación de la vivienda. Gran parte del barrio no tenía alcantarillado, ni agua corriente, aunque los patios de las casas comunales solían tener un grifo al que acudían los vecinos con su palangana y una toalla para coger agua y lavarse en el mismo patio la cara, el cuello y, con el buen tiempo, las axilas. En cada callejón había unas letrinas.

Entre los estudiantes se puso de moda el estudio fotográfico del barrio. Era tan *kitsch*, que resultaba divertido y todos posamos para el retratista, que coloreaba las fotos en blanco y negro de la forma más dulzona posible, casi siempre en tonos pastel. En China aún no existía la fotografía en color. Soldados del EPL con la estrella roja refulgente en el centro de la gorra verde, heroínas de coletas y severo uniforme militar y cuadros de parejas con un solo hijo mofletudo y feliz poblaban las paredes del estudio. Si alguna vez hubo fotos de familias con dos hijos las retiraron en 1979, cuando el PCCh lanzó su política del hijo único. El fotógrafo no dejaba nada a la improvisación y exigía la máxima rigidez en el posado. El resultado artístico era muy gracioso.

El mercado era la vía de escape al rigor del instituto. El arroz se vendía en un almacén que tenía un pequeño mostrador delante. Una tarde que fui a comprar, sentí cómo me escudriñaban nada más cruzar el umbral de la puerta. En mi pobre chino dije que quería comprar.

—¿Dónde están sus cupones de racionamiento? —me preguntó la dependienta.

—¿Cupones? No tengo. Los estudiantes extranjeros no tenemos cupones para los alimentos.

—Si no tiene, no puede comprar arroz —afirmó la camarada, que por pura curiosidad me preguntó—: ¿Cuánto quiere?

—Medio kilo —contesté.

La tienda estalló en una carcajada. Los cuatro clientes que habían asistido a la conversación tendieron casi al mismo tiempo su hoja de vales, cada uno de ellos por diez kilos, para que les descontaran de su compra el medio kilo que la extranjera quería. No hizo falta. La dependienta, en medio del parloteo de todos del que yo solo entendía las risas, me puso en un cucurucho de papel el arroz, que apenas me costó dos céntimos de yuan y que me sirvió para aprender que ese alimento básico de la población se vendía subvencionado en los almacenes como mínimo de diez en diez kilos.

Todo estaba racionado. Los alimentos en su mayoría, además del tabaco y la tela de algodón con que confeccionaban los típicos uniformes *mao* azul marino o verdes como los del EPL, que vestían también los civiles. Otros bienes, como una bicicleta, una televisión o un frigorífico, requerían para su compra la autorización de la unidad de trabajo (*danwei*) a la que todos estaban sujetos. La *danwei* tenía una enorme influencia en la vida diaria de los ciudadanos y organizaba tanto la boda como los nacimientos o los entierros.

Tener una bicicleta de la marca Fénix era casi lo máximo a lo que podían aspirar los chinos de entonces. Se había ganado fama de sólida, resistente y fiable. Era de color negro, sin marchas y sin más adornos que el distintivo, pero quien la conducía se sentía tan henchido de orgullo como quienes ahora hacen carreras con sus Ferrari rojos. Lo que separa a unos de otros es que aquellos no eran corruptos.

Al rebufo de la Fénix se encontraba la Paloma Voladora, también negra. El gran impulso a esta marca, que comenzó a fabricarse justo después del triunfo comunista en la ciudad de Tianjin (al sur de Pekín) —la primera se producía en Shanghái—, se lo dio Deng Xiaoping. El veterano dirigente identificó la prosperidad de China con el día que haya «una Paloma Voladora en cada hogar». Bicicleta y reloj de pulsera eran los símbolos de estatus social de aquellos años.

Puesto que la comida debíamos hacerla en la cantina del instituto o de la universidad, los estudiantes extranjeros solo recibíamos *piao* (cupones) para comprar tela. Muchos se mimetizaban y vestían el uniforme *mao* al completo. Yo opté por un término medio, llevaba pantalones verdes, pero el blusón no llegué ni a comprármelo.

Además, los estudiantes también podíamos aprovisionarnos, como los diplomáticos, en la llamada Tienda de la Amistad —prohibida para los chinos— y en la que había un surtido mayor y más selecto de productos, tanto alimenticios sin subvencionar, como textiles, joyería, antigüedades, enseres, muebles, decoración para el hogar y, por supuesto, bicicletas. Se pagaba en dólares con la excepción de los que trabajaban para el Gobierno chino y los becados, porque unos y otros recibíamos los emolumentos en yuanes. Hasta entrada la década de los ochenta, no existió la enseñanza privada, de manera que todos los estudiantes extranjeros estaban becados. El visado, la autorización de acceso a los distintos institutos y universidades y la subvención eran decididos por el Gobierno.

La posibilidad de pagar en yuanes también se extendía a los restaurantes y hoteles de lujo exclusivos de extranjeros, a los que los chinos tenían vedada la entrada. El precio en yuanes era

mucho menor y los convertía en asequibles para muchos jóvenes. El hotel de Pekín, situado en el corazón de la capital, fue el favorito de los llamados «domingos de gourmet». Construido a principios del siglo XX (se ha ampliado varias veces y ahora es un icono de la capital china), tenía entonces un único restaurante de grandes mesas redondas y manteles blancos que, aunque con manchas, simbolizaban opulencia. El número de platos aumentaba dependiendo del tamaño del grupo que se juntaba a comer, pero nunca faltaban las deliciosas empanadillas al vapor (*jiaozi*) ni el pollo picante con cacahuets. El pescado era allí demasiado caro y había que dejarlo para Wudaokou.

Al amparo de la nueva política, ese invierno de 1979 se estableció en el centro de Haidian —el enorme distrito del noroeste de la capital en que se enclava el instituto y, entre otras, la Universidad de Pekín y la Qinghua (científica-tecnológica)— el primer mercado libre de campesinos en el que todo se podía vender y comprar sin intervención del Estado. Los más *avanzados* llevaban pollos que criaban por su cuenta o pequeñas cantidades de verduras. Había, sin embargo, más trueques que ventas y mucho intercambio de cupones. Quien necesitaba comprar azúcar, carne o tela obtenía los correspondientes *piao* a cambio de los que no había consumido de arroz, leche o huevos. Pocos se atrevían a pedir dinero por lo que ofrecían. El miedo a ser tildados de capitalistas y enviados al destierro en otro giro ideológico campeaba sobre aquellas primeras transacciones.

«Enriquecerse no es malo», comenzaron a decir los dirigentes chinos a principios de los ochenta con la intención de convencer a la población de que la propiedad privada no estaba mal vista. El empeño por cuadruplicar la producción nacional en veinte años, llevó al «arquitecto de la reforma» a dar un paso más para exorcizar el capitalismo, con una frase que nadie sabe muy bien en qué momento la pronunció, pero que todos se la atribuyen y se ha convertido casi en la seña de identidad de Deng: «Enriquecerse es glorioso». Sentencia casi tan famosa como la que le dijo a Felipe González, durante una visita oficial a Pekín en 1985: «No importa que el gato sea blanco o negro; lo que importa es que cace ratones».

El presidente del Gobierno español salió encantado por la clarividencia del anciano líder chino, cuyo pragmatismo y empeño en la modernización del país ocasionaron su purga durante la Revolución Cultural. Ese comentario, hecho por primera vez tras el fracaso del Gran Salto Adelante (1958-1960), se utilizó como prueba fehaciente de los pecados del dirigente, «incapaz de distinguir lo bueno de lo malo».

«LA QUINTA MODERNIZACIÓN»

Llevaba tiempo queriendo visitar el famoso Muro de la Democracia, pero por unas razones u otras lo dejé hasta la mañana del primer domingo de diciembre de 1979. Cuando llegamos no quedaba ni humo de la libertad de expresión que durante un año tuvo como escenario una valla de doscientos metros de larga, enclavada en el lateral de la avenida de Chang'an (Larga Paz), la amplia arteria que atraviesa Pekín de este a oeste y separa la Ciudad Prohibida de la gigantesca plaza de Tiananmen. A lo largo de toda la pared solo aparecía pegado una y otra vez el edicto de clausura de esa especie de gigantesco periódico mural, escrito en un folio sellado por el gobierno municipal.

—¡No te enfades, mujer! También es histórico ver el Muro de la Democracia reducido al folio que le sentencia a muerte. Beatriz y María, avanzad y colocaos junto al edicto que os voy a hacer una foto para la posteridad —dijo con sorna Hugo, hijo de unos exiliados peruanos, quien, después de tres años en China, era el único capaz de entender lo que decía el documento. Precisamente, le había pedido que nos acompañase para que nos tradujese algunos de los carteles más interesantes.

El día anterior, las cuadrillas de limpieza de la municipalidad habían quitado del Muro de la Democracia la mayoría de los *dazibao* que lo cubrían y habían pegado sobre los restos la orden que prohibía tajantemente la colocación de ningún otro en esa pared próxima al ala oeste de la Ciudad Prohibida. Los *dazibao* son una especie de carteles informativos, utilizados desde la Antigüedad, que suelen ser anónimos, aunque el más famoso de todos los que empapelaron el Muro de la Democracia, titulado «La quinta modernización», apareció firmado por Wei Jingsheng justo un año antes, el 5 de diciembre de 1978. Activista a favor de las libertades y los derechos humanos, el atrevimiento no tardó en pasarle factura. Fue encarcelado en marzo de 1979 después de colocar otro *dazibao* firmado, en el que arremetía contra la dictadura reinante en China.

En la agitada transición posmaoísta, fue Deng Xiaoping quien, en el otoño de 1978, propició el Muro de la Democracia. Necesitado de apoyos contra los ultraizquierdistas, el Pequeño Timonel había alentado a la población a exponer sus quejas y opiniones en esa pared de ladrillo blanco, bajo el lema «Buscar la verdad en las acciones». Tenía la esperanza de que las gentes mostrasen su rechazo a la excesiva ideologización de la Gran Revolución Cultural y dieran rienda suelta a sus aspiraciones de mejora del nivel de vida, como defendía Deng en su programa de las Cuatro Modernizaciones. Nunca pensó que podría dar alas a un activismo político que pusiera en duda el liderazgo del PCCh, ni convertir el muro en la punta de lanza de los descontentos.

«La quinta modernización», que reivindicaba Wei Jingsheng, se refería a la política. El activista defendía a los ciudadanos como individuos y exigía la transformación del sistema para garantizar los derechos humanos y la participación de la ciudadanía en la organización del Estado y de su Gobierno. Según Wei, de poco o nada servían las Cuatro Modernizaciones si no se abordaba la democratización del país. En el *dazibao* de marzo fue aún más lejos. Bajo el título «¿Queremos democracia o una nueva autocracia?», arremetía directamente contra Deng Xiaoping.

Con Wei en prisión, la llamada Primavera de Pekín (en realidad, el invierno de 1978-1979) se agostaba. El interés decayó cuando se hizo evidente que nadie creía que el partido estuviera estudiando las críticas que se le hacían en los murales. Pese a ello, desde el 9 de septiembre (tercer aniversario de la muerte de Mao Zedong) había aumentado considerablemente el número de *dazibao* y el Muro de la Democracia parecía revivir con nuevas críticas, cada día más aceradas, al partido y a su política. Los escasos periodistas occidentales acreditados en la capital china volvían a analizar cada día los nuevos carteles colocados con los que trataban de tomar el pulso al país.

Los ultraizquierdistas también subieron el tono de sus ataques al muro, del que llegaron a decir que alentaba la prostitución. Deng comprendió que no podía seguir defendiéndolo. Sus fuerzas eran todavía limitadas y la libertad de expresión se revelaba como una batalla demasiado complicada para librarla sin salir tocado. Pensó que lo más sensato era aparcarla, y eso fue lo que hizo. El Pequeño Timonel, un leninista convencido, no volvió a apostar nunca más por la libertad de expresión. Por el contrario, fue él quien en junio de 1989 dio la orden para que avanzaran los

tanques sobre Tiananmen y aplastaran el movimiento estudiantil que se atrincheró en la plaza para pedir libertad, lucha contra la corrupción y mayor participación en el sistema político.

Eran tiempos de un control exhaustivo. El instituto parecía más una cárcel que un centro de estudio y, como en cualquier otro ambiente enrarecido, se desataban desesperados amoríos, pasiones y celos. A veces violentos; tan violentos como cuando blandiendo un cuchillo, el compañero de una mexicana persiguió por varios edificios a otro estudiante que supuestamente se había acostado con ella esa tarde. El sexo era casi la única diversión. Había pocas mujeres y estaban muy solicitadas, tanto entre los estudiantes como entre la comunidad diplomática, que organizaba grandes fiestas. No importaba ser fea, antipática o medio tonta, las ofertas llovían y la fórmula más fácil de reducir el acoso era exhibiendo pareja.

A la llegada a China, se advertía a los jóvenes que las relaciones sexuales estaban prohibidas, pero los vigilantes de los edificios miraban hacia otro lado cuando los chicos entraban en los dormitorios de las chicas y viceversa. Convencidos de que la corrupta moral occidental alentaba la promiscuidad, su misión se centraba en impedir que ningún chino osara transgredir las normas y, por supuesto, en informar de los movimientos de los estudiantes, por muy inocentes que fueran.

En esa fusión de filosofía confuciana, en la que las personas no debían exteriorizar sus sentimientos, y de ideología, en la que solo el presidente Mao y el PCCh eran tus padres, familia y amantes, se había impuesto una moral pacata en la que el sexo solo estaba permitido dentro del matrimonio. En la regeneración de la sociedad buscada por la Gran Revolución Cultural, la igualdad entre el hombre y la mujer se había llevado a extremos en los que todos parecían asexuados con el mismo blusón y los pantalones fondones a juego. Apenas se veían parejas paseando y en ningún lugar público se observaban gestos de afecto, ni siquiera un roce de manos. Mantener relaciones sexuales era demasiado arriesgado. La denuncia de un vecino al comité de barrio podía llevar a los amantes a los llamados «campos de reeducación por el trabajo», en los que habrían de pagar sus desahogos con más de un año de encierro.

Donde los chinos no podían contener sus sentimientos era en el cine. Amparados en el anonimato y la oscuridad, lloraban con profusión por los desgraciados amores de los protagonistas, por las torturas que infligían los generales fascistas a los comunistas, o por los abusos sufridos por inocentes muchachas vírgenes a manos de crueles amos feudales. Dramas terribles con los que sobre todo los adultos se evadían de su propia realidad y vaciaban el lagrimal sin complejos y sin que nadie les condenara por ello.

En su mayoría eran reposiciones de viejas películas románticas de los años cincuenta y principios de los sesenta, prohibidas a partir de que, en 1966, Jiang Qing y sus tres adláteres, con los que formó la llamada Banda de los Cuatro, pusieran en marcha la Gran Revolución Cultural para crear un «hombre nuevo».

Viendo a los espectadores hundidos en un mar de lágrimas y escuchando sus hipidos chocar contra el nudo que se les había formado en la garganta, me preguntaba qué clase de dolor podía albergar el corazón de los cinéfilos para desfondarse en esa tristeza tan insoportable. Me sobrecogía pensar que al salir de la proyección pudieran recurrir al suicidio, una práctica bastante normal después de que decenas de miles de personas optaran por quitarse la vida tras las vejaciones sufridas a manos de los «guardias rojos».

EL CAFÉ DE LA PAZ

En un país donde o no había nada o todo estaba prohibido, cosas muy simples cobraban una especial relevancia y se les atribuía una importancia vital. Era el caso del café. En la tierra del té —hay decenas de variedades dependiendo de la región china—, el fruto del cafeto brillaba por su ausencia. Solo en la Tienda de la Amistad se vendían a precio de oro unos polvos solubles de origen brasileño con un remoto sabor a café. De ahí que una de las influencias occidentales que trajo la apertura propiciada por Deng fue el llamado café de la Paz.

Era un local pequeño y alargado, con ventanas a la calle en el lateral del hotel del mismo nombre, situado a unos pasos de la céntrica calle Wangfujing, la más comercial de Pekín y la que albergaba el «tesoro» de la mayor librería del país. Los nuevos aires se notaban también en las largas colas que se formaban a las puertas de la librería, en donde incluso se producían peleas por hacerse con un ejemplar de las primeras traducciones de libros extranjeros o por una copia de alguna de las revistas literarias que publicaban por capítulos los textos de los nuevos escritores que desataban pasiones nada más aparecer. Además, en esa calle se encontraban los grandes almacenes más populares de China, Baihedalou, que ocupaban todas las plantas de uno de sus edificios. En la mayoría de las grandes ciudades había un Baihedalou, pero el de Pekín era el que ofrecía más variedad de artículos.

El café de la Paz, el único establecimiento de estas características en la capital china, sin más decoración ni mobiliario que unas sillas y mesas de madera, era el centro de reunión de los «modernistas». Casi todos los clientes eran chicos jóvenes, aunque a veces también iban acompañados de chicas. Unos llevaban enormes radiocasetes con estridente música occidental, con la que pretendían imitar a lo que les habían contado que hacían muchos negros en Estados Unidos. Otros lucían gafas de sol, sin tener en cuenta que estaban dentro de un local iluminado con unos tubos de neón en el techo y que fuera nevaba o llovía. Era tronchante verles con la etiqueta en mitad del cristal para alardear de que no eran unas gafas chinas. Vestían grandes jerséis de corte occidental, pantalones acampanados como en la década de los sesenta y gabardinas al estilo James Bond. Presumían de cínicos y de ser las estrellas de la economía de mercado que debía instalarse en el país. Todo en ellos era exhibicionismo de su pasión por lo extranjero, pero en realidad tenían pinta de mafiosos de medio pelo.

Traté de entablar conversación con una joven que se peleaba con la tos que le provocaba el humo del cigarrillo que pretendía fumarse. Estaba acompañada de tres chicos, que mostraban un evidente desinterés por ella. Entonces nadie hablaba inglés en China más allá del *hello* y el *friend* con que saludaban los «modernistas» y el nivel de chino de los estudiantes era tan malo que, aparte del nombre y de un par de frases hechas, poco podían decir.

Pese a las dificultades de comunicación, el café de la Paz atraía a muchos extranjeros. Los chinos de aires macarras eran la nota de color en aquel océano de igualdad. Eran tentadores simplemente porque eran diferentes. El agua parda caliente que los camareros servían con desgana en una taza de porcelana hacía difícil entender que nadie quisiera modernizarse si el camino hacia la meta incluía beber ese brebaje. Los «modernistas», no obstante, no le hacían ascos y pedían un café tras otro para demostrar sus gustos occidentales.

Todos fumaban y el humo envolvía el local en una niebla gris, que amortiguaba la luz y le daba aspecto de antro. Pronto se convirtió en un lugar de citas para todo, desde para comprar o vender una cámara de fotos o un equipo de música hasta para encuentros más íntimos. Obsesionados por acercarse a los extranjeros, más por esnobismo que porque buscasen un beneficio, algunos llevaban a sus hermanas menores o a conocidas y las ofrecían como muestra de amistad a quien se lo insinuase.

Casi cuatro décadas más tarde, cuando volví a un Pekín irreconocible, lleno de rascacielos y enormes avenidas, con el objetivo de buscar a mi hermana china, me pudo la nostalgia. Sin darme cuenta, me encontré dentro de un taxi preguntando:

—¿Sigue existiendo el hotel de la Paz?

—Lo han renovado, pero está en el mismo sitio —contestó el taxista.

—Lléveme, por favor.

Una cadena francesa se ha adueñado del viejo hotel de corte soviético y lo ha transformado en un cinco estrellas de lujo a años luz de la imaginación de sus antiguos clientes. Los empleados de impecables uniformes no solo han aprendido idiomas y modales europeos, sino también el valor del mercado. Me acerqué a la relaciones públicas, le comenté que había conocido el hotel en la década de los setenta y le pregunté cuándo se había producido la remodelación.

—Lo siento, pero si no está alojada en el hotel no puedo facilitarle información. Me debo a mis clientes, respondió con una frialdad infinita, en un inglés perfecto.

Me quedé cortada. En la nueva China, en la que el dinero lo dominaba todo, no había tiempo para historias. Observé durante unos instantes el amplio *hall* por el que se movían hombres de negocios, turistas y familias de la creciente clase acomodada que ha acaparado bienes ingentes, muchos de los cuales lo han hecho en nombre del Partido Comunista. Tuve la sensación de que, al igual que la etiqueta en mitad del cristal de las gafas entorpecía la visión de los «modernistas», una oculta mácula había comenzado a nublar la visión de muchos chinos.

Aquel café de la Paz abierto en 1979 duró poco. Enseguida fue acusado de ser un lugar de prostitución y en el que se concertaban citas de chinas con extranjeros. Nada se dijo oficialmente, pero por los mentideros de Pekín circuló que la brutal violación de una joven por un diplomático fue lo que detonó el cierre definitivo de la única cafetería existente en la ciudad. El Gobierno, siempre amenazado por los ultraconservadores, no quiso hacer un escándalo del dramático suceso y el representante del país amigo fue expulsado discretamente. El cierre se enmarcó en una de las muchas campañas que los ultraizquierdistas lograban imponer y a las que los reformadores cedían por temor a que dieran un golpe de timón que acabara con lo logrado con enormes dificultades hasta entonces.

Similar itinerario hacia el cadalso recorrieron las salas de pimpón, billar, bolera, bar y discoteca del Minzu, que habían tenido una acogida apoteósica. Solo abrían los fines de semana y, desde su inauguración, las nuevas instalaciones del hotel situado en el oeste de la capital se llenaron hasta los topes de extranjeros y chinos, una mezcla que la vieja guardia, estacionada en Pekín, no podía soportar. Los negocios de aquellos tiempos morían de éxito.

En el Zhongnanhai, la «ciudad prohibida» de la cúpula comunista, el voraz apetito sexual de Mao y su pasión por las jovencitas eran un secreto a voces justificado por razones casi divinas, como las de los denostados emperadores, ya que persistía la creencia de que el sexo con vírgenes insuflaba vigor al líder. A pesar de todo, los maoístas y sus huestes más ortodoxas consideraban

cualquier lugar de diversión de los jóvenes como antros que acumulaban los vicios de Sodoma y Gomorra y amenazaban con contaminar a toda la sociedad china. Forzados a transigir con los argumentos de Deng para modernizar el país, los ultraconservadores no estaban dispuestos a tolerar la corrupción y el libertinaje occidental y mucho menos a aceptar que nadie les diese lecciones de buena conducta.

PERSONA NON GRATA

En 1979 se establecieron relaciones diplomáticas entre China y Estados Unidos y aquel mismo año llegó al instituto el primer grupo de estudiantes norteamericanos, fruto del nuevo entendimiento entre los rivales que se enfrentaron en la guerra de Corea (1950-1953). Los estadounidenses, tal vez aleccionados de que iban a territorio hostil, aguataron bien el tirón. Sin embargo, hubo muchas deserciones entre las filas europeas y canadienses. La mayoría de estos estudiantes simpatizaba en mayor o menor grado con una ideología de izquierdas y se sintió decepcionada al constatar la dureza del régimen chino. Con el eurocomunismo en plena ebullición, buena parte de la decena de italianos matriculados, todos ellos miembros del Partido Comunista Italiano, tiró la toalla en diciembre. Tras acaloradas discusiones ideológicas, los jóvenes del PCI, partidarios de la línea aperturista de Enrico Berlinguer, que había aceptado un modelo pluripartidista y democrático, se preguntaban qué interés tenía el estudio de un sistema tan inaplicable en Europa occidental.

Conforme se acercaba el final del año aumentaba la lista de los que optaban por volver a sus países. Yo también pensé que me había equivocado. No soportaba el doble rasero ni la hipocresía del régimen en el que supuestamente hombres y mujeres eran iguales, pero el poder lo tenían los hombres. Era el mismo fariseísmo que había alimentado mi rebeldía y contra el que había luchado desde niña, incluso dentro de mi misma familia. El sempiterno machismo que me forzó a andar con libros en la cabeza para «mantener erguida la figura como una señorita», cuando lo que me gustaba era subirme a los árboles y jugar a capitanes intrépidos.

Después de meses de dolor de cuello porque movía instintivamente la cabeza para cantar los cuatro tonos del idioma chino, sentía que no avanzaba y que no estaba dispuesta a tirar por la borda dos o tres años de mi vida aprendiendo de memoria los miles de caracteres de esa endemoniada escritura. La profesora Liu, con la que creía entenderme, también me demostró que en China no había más camino que la obediencia ciega. La simpatía de Liu se transformó en intransigencia el día en que me puso como deber construir una frase con la palabra *pengyou* (amigo).

—*Deng Xiaoping shi wo de pengyou* (Deng Xiaoping es mi amigo) —dije con una sonrisa.

De inmediato sentí como el rostro de la profesora cambiaba de color por el atrevimiento de utilizar el nombre del máximo dirigente chino para un ejemplo gramatical.

—No puedes decir eso —saltó Liu.

—¿Por qué? Es correcto gramaticalmente, ¿no?

—No, tienes que decir lo que dice el libro: «*Ali shi wo de pengyou*» («Ali es mi amigo»).

—¿Por qué? Yo no quiero repetir como un papagayo. Mi frase está bien, ¿sí o no?

—Ya te lo he dicho, Beatirize. Es imposible. No puedes decir eso y basta.

La profesora dio un golpe sobre el pupitre para enfatizar que la discusión había terminado, mientras las otras tres compañeras yugoslavas asistían impávidas al rifirrafe y yo me preguntaba qué habría pasado si en lugar de poner de amigo al nuevo líder chino hubiese puesto a Jiang Qing, la encarcelada esposa de Mao, chivo expiatorio de los desmanes del Gran Timonel para asegurarse el poder.

Pero era el profesor Peng, más que Liu, el que concentraba el grueso de mi frustración, tanta que un día reuní a un grupito de estudiantes de distintas nacionalidades que, cogidos del brazo y en dos filas, dimos varias vueltas al edificio donde vivía el profesor cantando: «*Peng laoshi shi come cocos*» («El profesor Peng es un come cocos»).

La marcha de protesta se disolvió entre risas y bromas sobre que el profesor estaría mirando por arriba y por abajo el diccionario buscando el significado en chino de la palabra come cocos. No tuvo consecuencias, pero habría de costarme caro otra marcha en la que participaría días después. Fue la primera manifestación en Pekín de estudiantes extranjeros.

Anne, la belga veterana, invitó a un nutrido grupo de estudiantes a su habitación para informarnos de la invasión soviética de Afganistán y proponer una protesta. Todos votamos a favor. Dos días después, un autobús aguardaba a las puertas del instituto para llevar al centro de la capital a la escasa treintena de estudiantes, casi todos de Europa occidental o de África. Nunca supe cómo se organizó, ni quién pagó el autobús, pero era evidente que el Gobierno chino, que por entonces consideraba a la Unión Soviética como su principal enemigo, no había puesto obstáculos a la manifestación.

El autobús paró a un centenar de metros de la embajada soviética y, antes de bajarse, Anne y sus colegas más cercanos se colocaron grandes pañuelos, gorros y gafas de sol que casi les cubrían el rostro. Pero yo iba a cara descubierta y acepté sin pensarlo el palo con la bandera soviética en lo alto que me tendieron al bajar del vehículo. ¡Era excitante volver a la lucha! Y, como en otras protestas en la Universidad Complutense de Madrid, me encontré al frente de la manifestación.

«*Russians out of Afghanistan, Russians out of Afghanistan*», coreábamos mientras avanzábamos hacia la sede diplomática, que era como un pueblo amurallado, con edificios de oficinas, hospital, colegio y viviendas para sus centenares de funcionarios. Había más policías chinos que manifestantes, pero nada tenían que ver con los grises que nos corrían a caballo por la Ciudad Universitaria. No intervinieron ni cuando se prendió fuego a la bandera de la Unión Soviética ante la enorme verja de la embajada, situada en el centro de Pekín. Tras la verja había numerosos agentes del KGB, que grabaron los gritos de la protesta e hicieron miles de fotos del pequeño grupo de estudiantes.

Un año después, tuve un horrible dolor de muelas, pero no quería ni viva ni muerta ir a un dentista chino. No me fiaba. En Chengde, la encantadora ciudad de veraneo de los emperadores Qing, había visto cómo un barbero le sacaba una muela a un hombre sentado en un sillón en mitad de la calle. Como en las historietas de *Mortadelo y Filemón*, la muela se resistía y el barbero hizo fuerza apoyando un pie en el pecho del paciente que aullaba aguantando el tirón sin anestesia.

Los diplomáticos resolvían sus problemas médicos con un viaje a Hong Kong, pero eso costaba una fortuna. En plena desesperación, alguien me comentó que la representación soviética tenía una clínica dental y una muy buena dentista. No lo pensé dos veces y me planté en la embajada.

Las dos muelas del juicio de la mandíbula superior crecían tumbadas y la estaban destrozando. En varias sesiones, la dentista me dejó como nueva, aunque las malas lenguas murmuraron que cuando me abrió la encía para las extracciones me insertó en su lugar un par de micrófonos. Con tal de librarme del dolor, no me habría importado. Ni siquiera quiso cobrarme. Tuve casi que enfadarme para que la dentista aceptara una humilde caja de bombones comprada en la Tienda de la Amistad.

La confianza establecida entre paciente y médico me llevó a pedirle que preguntase al cónsul por qué quedaban sin respuesta mis demandas de visado para la Unión Soviética. Lo solicité varias veces para, como otros europeos, volver a casa en verano en tren a través de Moscú. El Transiberiano o el Transmongoliano eran convoyes míticos y soñaba con su recorrido, pero Mongolia, que entonces era un satélite soviético, también hizo oídos sordos de mis peticiones.

—No podrás entrar en la Unión Soviética nunca, Beatriz. Tú llevabas la bandera soviética cuando la prendieron fuego en una manifestación. Eso no está bien. Fuiste declarada *persona non grata* —me dijo el último día que nos vimos.

Pronunció las palabras sin acritud, pero con firmeza. El azar quiso que un año más tarde, durante una cena en la embajada de México, me contaran los detalles familiares de la odontóloga soviética. La amable dentista me había ocultado que estaba casada con el número uno del KGB en Pekín, por lo que era de suponer que desde el principio supo quién era la estudiante que le pedía auxilio.

El vaticinio se cumplió. Durante mucho tiempo, lamenté no poder asistir a un ballet del Bolshói, ni pasear por la plaza Roja, ni visitar el Hermitage, pero en diciembre de 1999, cuando ya hacía años que la Unión Soviética se había desintegrado, decidí volver a probar suerte. Solicité el ansiado visado en el consulado ruso de Ciudad de México y lo obtuve. Gustavo y yo recibimos el nuevo siglo con nieve y una ópera en el Bolshói. No cumplí el viejo anhelo de tomar el tren que une Pekín con Moscú, a través de las estepas mongolas, de Ulan Bator y del lago Baikal, pero en ese viaje a Rusia abordamos el *Flecha Roja*, que une Moscú con San Petersburgo.

NAVIDAD

No sé si con dolor o rabia, pero llegué a la conclusión de que la China que había trazado en mi alma juvenil no existía y tomé la decisión de poner fin a lo que se configuraba como una fracasada aventura. Determinada a irme, pensé que, para que mi derrota no fuese tan total, debía conocer lo que había más allá de Pekín, la Gran Muralla, las tumbas Ming y Tianjin, la gran ciudad portuaria que hace las veces de salida al mar de la capital, de la que apenas la separan ciento cuarenta kilómetros. Un último rayo de esperanza para liberarme de la negrura de la decepción me empujaba a visitar otros lugares, pero no sabía cómo podía conseguir el permiso de viaje.

Tras muchas vueltas y revueltas en busca de un argumento convincente, lo único que rondaba mi cabeza era lo que habían contado sobre el Ramadán los compañeros libaneses. Eran tres o cuatro. No tenían estudios superiores y debían permanecer dos años en el instituto antes de ir a una universidad. Habían llegado en septiembre de 1978, pero desde entonces no habían regresado a su país debido a la guerra en que estaba sumido Líbano desde la invasión israelí de marzo de

1978. Dijeron que conocían Shanghái, Cantón y otras ciudades porque durante el mes del Ramadán, que en 1979 cayó en agosto, las autoridades chinas les dieron permiso para viajar.

Convencida de que lo tenía todo perdido y de que solo si era capaz de inventarme una historia convincente tendría alguna posibilidad de hacer lo que quería, elaboré un arriesgado plan y me planté una mañana en el despacho del profesor Peng.

—Buenos días, *laoshi* —señalé, entreabriendo la puerta tras llamar con suavidad.

—Entre, Beatriz. Siéntese. ¿Hay algún problema? —preguntó sin mirarme.

—No. Nada importante. Ayer por la tarde estuve con mi embajador y me indicó que es obligatorio que respete la Navidad. Imagino que usted sabe que España es un país católico, ¿no?

—¿Qué quiere decir? —respondió algo molesto.

—El embajador me llamó para recordarme que tengo que cumplir con los preceptos de la Constitución, lo que significa que no puedo ir a clase durante los días de fiesta religiosa. Le he dicho que lo hablaría con usted porque aquí en el instituto no hay vacaciones.

—Las vacaciones son durante el Año Nuevo chino —afirmó con evidente malestar.

—Lo sé, pero el embajador insistió en que si me obligan a violar mi religión y mi Constitución, él debe saberlo. Me pidió que se lo comunique usted por teléfono.

Peng *laoshi* se quedó sin habla. Su cara reflejaba la frustración que sentía frente a la alumna engreída que no paraba de ponerle en aprietos. Era obvio que no iba a tener valor para llamar. En aquella China cerrada, los representantes de otros países gozaban de una altísima consideración y era inimaginable que un humilde profesor se pusiera a la altura de un embajador para contradecirle y revocar su orden, con el argumento de que la española estudiaba en Pekín y debía adaptarse a las normas y reglamentos de la educación en la República Popular. Los embajadores, como representantes de sus presidentes o reyes, estaban demasiado arriba en el escalafón del imaginario del régimen piramidal que controlaba China y el servilismo heredado de Confucio frenaba cualquier intento de subvertir o cuestionar el orden impuesto. Además, en aquel Pekín donde los sueños hacía tiempo que se habían fugado, el profesor no podía suponer ni por lo más remoto que el desafío era una fantasía de la joven rebelde quien, cual don Quijote, siempre estaba presta a empuñar la lanza contra los gigantes.

Sabía que estaba perdida si el profesor llamaba al embajador español. Felipe de la Morena habría respondido que no había hablado con la estudiante; que, afortunadamente, España se encontraba en plena transición democrática y que la Constitución aprobada por referéndum en 1978 defendía la libertad de culto, y que, por supuesto, en ningún momento se le habría ocurrido exigir a la alumna que se saltase el calendario escolar chino y no asistiera a clase durante la festividad católica.

Los ojos de Peng chispeaban de rabia y dudas sobre cómo actuar ante mi comportamiento insolente. Para escapar a la tensión abrió un cajón de la mesa y se quedó mirando su contenido como si buscara algo. Mientras tanto, yo trataba de digerir lo que supondría que el embajador dijese que era un engaño absoluto en el que él no tenía la más mínima participación. Lo más probable era que me expulsasen. El riesgo solo era asumible porque ya daba por descontada mi vuelta a Madrid, pero el corazón me latía con tanta fuerza que temía que me dejara en evidencia. Segundos después, el titubeo del profesor me dio una cierta seguridad de que saldría vencedora de ese primer asalto.

En un tono más conciliador proseguí con mis argumentos:

—He pensado que para quedarme en el instituto sin poder estudiar, mejor realizo un pequeño viaje. Como son solo ocho días —desde el 24, que es Nochebuena, al primero de enero—, podría irme a Xi'an. ¿Qué le parece?

Peng *laoshi* se revolvió en su silla y no dijo nada. Yo continué hablando con absoluta normalidad, como si fuese un tema que ya habíamos tratado otras veces.

—He estado mirando el mapa. De Pekín a Xi'an hay mil doscientos kilómetros y tanto por el trayecto ferroviario del norte como por el del sur se atraviesan ciudades interesantes. Podría hacerlo de forma circular y visitar Shijiazhuang, Taiyuan, Xi'an, Luoyang y Anyang. Creo que da tiempo a ver lo más interesante de cada una de las cinco ciudades, aunque pasaría muchas horas en el tren.

Había estudiado con detenimiento el recorrido en el enorme mapa que había comprado para decorar la pared de mi cuarto, en el que aparecía en distintos colores la división territorial de China. Fue una de mis primeras adquisiciones, junto con otro mapa del mundo de igual tamaño, en el que el centro lo ocupaba China en lugar de Europa. Colgados uno encima del otro, daban un aire bohemio al desangelado cuarto y habían convertido esa pared en un foco de atracción en el que me sumergía casi a diario. Justificaba mi adicción a los mapas en que eran un buen método de estudio porque los nombres estaban escritos tanto en caracteres chinos como en *pinyin*.

El *pinyin* es la transcripción en letras latinas de los sonidos chinos. El Gobierno comunista lo ideó en la década de los cincuenta para facilitar la alfabetización de sus ciudadanos y era, y es, de gran ayuda para los extranjeros que se lanzan a la conquista del idioma de los han. También se reveló como una importante herramienta para extender por todo el país una única lengua, el mandarín, con la que facilitar el dominio del extenso territorio.

La República Popular convirtió el chino común (*putonghua*), que en Occidente se conoce como mandarín, en la lengua vehicular de un Estado con centenares de dialectos y decenas de idiomas distintos, entre los que se incluyen los de las minorías étnicas, tres de los cuales —tibetano, mongol y uigur— son cooficiales con el mandarín. Además, la aceptación por Naciones Unidas en 1971 del *pinyin* como la latinización del chino puso punto y final a la confusión existente hasta entonces entre las distintas transcripciones inglesa, francesa o española de los caracteres.

El mapa distinguía con tonalidades las veintitrés provincias chinas, cinco regiones autónomas y dos municipalidades (Pekín y Shanghái). Posteriormente, Tianjin y la populosa ciudad de Chongqing obtuvieron también el rango de administrativo de municipalidades.

—Tengo que consultar su petición —soltó finalmente Peng *laoshi*—. Le daré una respuesta lo antes posible.

En el rostro del profesor se marcaban los rasgos de la derrota. Siempre se había sentido incómodo con el estilo excesivamente espontáneo de la alumna. Le desconcertaba que abordara las cuestiones de forma tan directa, mientras él, como buen chino, daba mil rodeos cuando pretendía decir cualquier cosa y, mucho más, cuando trataba de adoctrinar al grupo. Me veía como un ciclón cuya ignorancia de la cultura china arrasaba el necesario distanciamiento y moderación con que debían abordarse las cuestiones, incluso las más simples. Yo siempre tenía prisa y los chinos conceden una gran importancia a tener tiempo para buscar el tiempo que necesitas.

—Comprenda, profesor, que viajar a Shijiazhuang tiene para una izquierdista española un valor sentimental —añadí en un intento por ganármelo—. No lo sabía, pero usted nos explicó que

allí se encuentra la tumba del doctor Norman Bethune y me encantaría visitarla.

En China existía auténtica adoración por el médico canadiense, que fue voluntariamente a ayudarles en 1938 durante la Segunda Guerra Chino-Japonesa. Antes, había encabezado en España, desde noviembre de 1936 a julio de 1937, la unidad brigadista canadiense de transfusiones de sangre. A principios de 1937, en la carretera Málaga-Almería, Bethune atendió a miles de heridos en la matanza desatada por los bombardeos de la aviación alemana y de los barcos italianos contra los que huían de la llegada de las tropas franquistas a Málaga.

Una vez en China, Bethune fue asignado al cuartel del general Nie Rongzhen, uno de los diez altos mandos del EPL que en 1955 ascendieron a mariscales, cargo que se abolió diez años más tarde y no ha vuelto a restaurarse. En noviembre de 1939, se hizo un corte en un dedo mientras realizaba una operación de urgencia a un soldado; se le infectó y rápidamente derivó en una septicemia que le causó la muerte.

«Todos debemos aprender del desinterés absoluto del doctor Bethune», dijo Mao al conocer el fallecimiento del voluntario canadiense, a quien dedicó el ensayo *En memoria de Norman Bethune*, elegía que durante la Revolución Cultural se aprendía de memoria en las escuelas. Y cuando comencé a estudiar chino me encontré con la agradable sorpresa de que mi libro de texto dedicaba una lección a quien nada más estallar la guerra civil escuchó la petición de la Comisión de Ayuda a la Democracia Española que atrajo a miles de brigadistas internacionales, mientras los gobiernos democráticos volvían la espalda a la República y nazis y fascistas se aliaban con Franco y bombardeaban a la población.

Di las gracias a Peng *laoshi* y salí despacio. La frustración que reflejaba me hizo reconocer que mi carácter tampoco era fácil. Mi timidez se ocultaba detrás de la seguridad con la que hablaba, la dureza de mis expresiones, mi risa escandalosa y mis verdades a bocajarro, al tiempo que chocaba con la imperiosa necesidad de relacionarme con familiares, amigos y desconocidos. Admitía que con frecuencia resultaba irritante, tal vez porque despedía un cierto aire de arrogancia que yo misma lamentaba. Incluso hoy, templada por la vida, sigo sin dominar el arte de la seducción, aunque no es menos verdad que gracias a este carácter logré poner firme a más de uno y abrir puertas cerradas a cal y canto para una mujer.

Sí, a veces lo odiaba y otras le estaba agradecida, porque fue mi carácter el que me permitió tener una hermana china, el que facilitó que Pequeña Xin y yo nos convirtiésemos en hermanas del alma y el que un montón de años después me empujara a buscarla. Le había contado a poca gente mi proyecto, pero, con la excepción de María y Hugo, quienes se enteraron pensaron que me había vuelto loca. Nadie podía entender que después de tanto tiempo sin saber nada de ella me fuese a buscar a una china entre mil trescientos ochenta millones de personas.

—¿Y si se ha ido del país?

—Entonces, la búsqueda será más larga.

Cuando tenía diez años, un maldito pariente, que como otros en aquella España enferma de sotanas y uniformes, trató de aprovechar la quiebra económica familiar para obtener ventajas sexuales, le dijo a mi madre: «Es una niña muy mona, pero cuando abre la boca lo estropea».

La indignante frase, que ella me repetía cuando pretendía educarme en lo que consideraba la cualidad fundamental de una mujer —nadar y guardar la ropa—, solo sirvió para alimentar mi rebeldía y mi desprecio hacia todo lo que oliese a falso y a abuso sexual o de poder. Desdeñaba

el clasismo de esa España mojigata e hipócrita en la que había crecido. También a los progresistas de boquilla que pululaban por Madrid en los estertores del franquismo.

No soportaba el dogmatismo de los comunistas que se atrevían a calificarme de «pequeña burguesa» en los mítines de la facultad que destilaban la presuntuosa utopía de cargarse el régimen franquista con la rebelión de las aulas. Me revolví y les arengaba a pringarse trabajando con los marginados en El Pozo del Tío Raimundo, como yo hacía muchos fines de semana. Menos aún soportaba que mi familia me llamara «socialista del caviar».

¿Y después de tanta lucha me había ido a China a encontrarme con más de lo mismo? ¿Qué importaba si la represión era de izquierdas o de derechas si no dejaba a la persona realizarse? ¿Qué sentido tenía la revolución si no liberaba los espíritus? La ideología utilizaba las mismas tácticas de la religión para dominar y empequeñecer a las personas, para acabar con el humanismo y enterrar la alegría de vivir.

EL DERRUMBE DE LA BARRERA DE LA LENGUA

Al día siguiente el profesor Peng fue a buscarme a clase.

—Puedes viajar —me dijo sin más argumentos.

—Gracias, profesor.

—Tienes que darme tu documentación para que te tramite el permiso de salida y los visados a las ciudades que quieres visitar. Me dijiste Shijiazhuang, Xi'an y ¿qué más?

—Las otras son Taiyuan, Luoyang y Anyang —contesté solícita—. ¿Y le parecería bien que me acompañara María? También es católica, aunque la Constitución de México es laica y ella no tiene problemas con ir a clase. Pero quiere venirse conmigo, si usted la autoriza.

La nueva propuesta la recibió casi con alivio. Le preocupaba dejarme viajar sola. China era un país muy seguro, pero el paternalismo del sistema hacía que el profesor se inquietara ante las eventuales dificultades que pudiera encontrar la extranjera. María era más tranquila y menos conflictiva. Seguro que pensaba que si íbamos las dos juntas, yo sería más prudente, y que si algo iba mal, María podría sosegar al «volcán español».

—Hablaré con su profesora. Si no tiene inconveniente en que María pierda esas clases, creo que es una buena idea que no viajes sola.

Ni Peng ni yo sabíamos que la autorización de este viaje tendría una influencia definitiva en mi vida. Ambos lo tratamos como si fuese un asunto corriente, sin saber que habíamos abierto la puerta que llevaba años buscando, la de la China profunda. Pekín era una jaula, una cárcel. Se mascaban la represión y el miedo, pero en cuanto el tren comenzó a alejarse, el horizonte se abrió. Fuera de Pekín me encontré un país muy atrasado y pobre, pero las gentes que conocí y los lugares que visité me descubrieron la riqueza de la civilización que se desprendía de los oráculos del *I Ching*, que siempre llevaba conmigo.

Lo más sorprendente fue que me solté a hablar chino con una naturalidad pasmosa. Después de centenares de horas de estudio de los malditos caracteres y tonos, cuando ya estaba convencida de que no sería capaz de aprenderlo, en mi primera noche en un entorno donde no existía otro idioma que el mandarín, el galimatías que tenía en el cerebro se ordenó. El «milagro» lo obraron

las ganas de hablar con la anciana de pies vendados y el hijo que estaban sentados frente a nosotras en el vagón. Frase tras frase, nos enganchamos en una larga conversación. Yo, atraída por el morbo de una mutilación que martirizaba a las mujeres con tremendos dolores hasta la muerte y las condenaba desde su más tierna infancia a no correr jamás. Ella, porque no había hablado con una europea desde que el PCCh echó de Shanxi, su provincia natal, a los franceses, ingleses y rusos que se habían apropiado de los recursos minerales de la zona.

La lengua siguió siendo un obstáculo para María en ese viaje, pero yo lo derribé en el primer asalto. Estaba feliz. Entendía y me entendían. No solo era capaz de conversar con todo aquel que me brindaba una oportunidad, sino también de resolver los problemas de intendencia del periplo. El primero se presentó en el hotel de Shijiazhuang, donde tuve que explicarle al recepcionista y después al director, poco habituados a ver extranjeros, que los estudiantes becados por el Gobierno chino no pagábamos como diplomáticos —los únicos extranjeros que habían visitado la ciudad en décadas—, sino como chinos. La discusión fue larga, pero salí victoriosa. Era el único hotel decente de la villa y la diferencia entre una tarifa y otra era de uno a seis. ¡Mi esfuerzo por discutir bien valía la pena!

Había elegido el recorrido del viaje después de leer y releer la guía Nagel de China. A excepción de Shijiazhuang, cuyo único interés era el cementerio de los Mártires, donde se encontraba el mausoleo de Bethune y de otro doctor indio, las demás ciudades elegidas habían sido en un momento u otro de la historia capitales de China. La más significativa era Xi'an, no solo por la fama que había adquirido tras el hallazgo de centenares de guerreros de terracota de tamaño natural en la tumba del unificador del Imperio del Centro, sino porque representaba la época de esplendor de la ruta de las caravanas y de una gran interacción entre Oriente y Occidente. En aquellos tiempos se llamaba Chang'an y durante la época dorada de la dinastía Tang se convirtió en la mayor ciudad del mundo, una urbe multicultural, donde florecieron la pintura, la escultura y la música.

En 1979, Taiyuan, Xi'an y Anyang eran ciudades industriales que dormían a la sombra de su pasado y Luoyang, un pueblo que vivía de espaldas a la Puerta del Dragón, Longmen, las fabulosas grutas budistas que comenzaron a esculpirse en el siglo V cuando la dinastía Wei del norte trasladó allí la capital. Las cuatro urbes acababan de abrirse al turismo extranjero, pero la industria turística aún brillaba por su ausencia. Muchos de sus templos, palacios y pagodas servían de almacenes, fábricas o cualquier otro uso más apropiado a la ortodoxia comunista que el que le asignaron sus constructores. Rodeados con frecuencia de parques o jardines, en las cercanías siempre había algún anciano barriendo, tomando el sol del invierno o vigilando a un nieto. Me las arreglaba para echar a cada uno un anzuelo distinto con el que arrancarles una conversación, que siempre derivaba en la esencia de la civilización china. Aunque abiertamente no hablaron de ello, algunos dejaron entender que fueron monjes, burgueses o intelectuales represaliados en algún momento de la historia reciente.

El guardián del templo de las dos Pagodas Gemelas, un hombre enjuto de lentes redondas y barba formada por un puñado de largos pelos blancos, lamentó que la visita de las extranjeras fuese tan corta, porque no podríamos llegar a Wutaishan, una de las cinco montañas sagradas del budismo chino, situada a menos de doscientos kilómetros de Taiyuan. Describió con tal detalle la belleza, la frescura y los colores del paisaje, la paz y la tranquilidad que se respiraba, que me

prometí visitarla, olvidando los planes que me había trazado de regresar a España. Era la primera vez que vivía en China una sensación auténtica de profunda dicha.

A partir de entonces, el viaje dejó de ser una despedida y concentró toda mi atención. Veía en cada charla, en cada paseo y cada monumento una nueva razón para seguir estudiando en China. Xi'an me abrazó con tal intensidad que solo ahora, pasadas casi cuatro décadas y después de que el destino me haya empujado a volver, soy capaz de entender por qué me cautivó entonces. La ciudad se nos abrió por completo. Además de descubrir su glorioso pasado, anduvimos por las tierras de cultivo que se extendían por la parte sur. Los niños que jugaban en los campos, comenzaron a seguirnos y pronto se formó tras nosotras un revuelo de mocosos que reían a carcajadas cada vez que una se volvía a mirarles. Los mayores cogían a los pequeños en brazos y la procesión no paraba de crecer. Las madres se asomaban al quicio de sus humildes viviendas y respondían a los saludos de las extranjeras con una sonrisa. Cuando decidimos volver sobre nuestros pasos, la algarabía era descomunal. Una mujer trató de espantar a los chiquillos y nos invitó a entrar en la única estancia de la vivienda, mientras en la pequeña explanada bien barrida que hacía de entrada, los críos se agolpaban en una masa compacta iluminada por decenas de ojos desorbitados.

La casa estaba caliente. Fuera hacía frío y el cielo grisáceo presagiaba nieve. La cama de ladrillos, que servía también de sofá, recogía el calor de la lumbre, donde hervía el agua. La mujer nos indicó que nos sentásemos y nos ofreció té y un platillo de cacahuets. Una cría de rollizos mofletes se agarraba a su pierna sin apartar la mirada de las visitantes. Nosotras, por nuestra parte, no salíamos del asombro al confirmar que los muchos pantalones, unos encima de otros, que vestía la niña estaban abiertos por la entrepierna, dejando los genitales al aire. Lo habíamos visto de refilón en otros pequeños que estaban fuera. Pensé que se les habían roto, pero no era así. El modelo les permitía defecar y orinar libremente sin manchar ni mojar la ropa, pero tanto María, que era médica, como yo nos preguntábamos cómo no enfermaban por dejar en contacto con la suciedad y el frío esa parte tan delicada del cuerpo.

Mi «mochila» emocional se fue llenando de experiencias vitales y energías positivas. Fue tal el encanto de Xi'an que pensé que ningún otro lugar podría ya comparársele, pero Luoyang, con el templo del Caballo Blanco y las grutas de la Puerta del Dragón, se le acercaron bastante. Las expectativas del viaje se habían desbordado ampliamente y me convencieron de que apenas había traspasado un par de las diez mil puertas que aún me aguardaban entreabiertas en el Imperio del Centro. La visita a Anyang, sin embargo, bajó el listón. El centro de la ciudad obedecía al patrón soviético. De la villa original, de hace tres mil quinientos años, apenas se habían excavado unas piedras y unos huesos de oráculo con las marcas que realizaban los chamanes con varas calientes para después interpretarlas. Al lado del yacimiento arqueológico, un museo con unas chozas recreaba la vida de aquellos primeros habitantes.

Anyang no fue un broche de oro, pero el viaje tuvo momentos extraordinarios. Todo mi enojo con China se había esfumado. Volví a Pekín tan eufórica que incluso las relaciones con Peng *laoshi* cambiaron radicalmente. Mi fluidez en chino admiró al profesor y poco a poco nació el respeto mutuo que antes no nos profesábamos, lo que dio origen a una profunda amistad que ha resistido al tiempo y la distancia.

ZHOU XIN

LA UNIVERSIDAD DE PEKÍN

Tras la Gran Revolución Cultural, en la que la única asignatura importante fue recitar de memoria las citas del presidente Mao, la enseñanza universitaria renació. Durante ese largo paréntesis las clases se habían suspendido o alterado y, por tanto, el examen nacional de acceso (*gaokao*) no se restableció a todos los efectos hasta 1978.

Convertirse en funcionario de la China imperial exigía pasar unas pruebas exhaustivas, pero, si se superaban, se entraba en la exclusiva casta del mandarinato y se abrían las puertas para acceder a todos los cargos oficiales, incluidos los de la corte. Al instaurarse la República en 1912, sus ministerios se nutrieron de licenciados de las universidades que, por influencia extranjera, comenzaban a abrirse en las principales ciudades del país. Tras la victoria comunista en 1949, el Gobierno revolucionario aunó los dos sistemas anteriores y, tres años más tarde, estableció un examen nacional único e idéntico de acceso a la universidad, que garantizaba la entrada a los más capaces, sin tener en cuenta la procedencia social y económica. La nota final del exigente *gaokao* determinaba qué y dónde se estudiaba, lo que lo convertía en extremadamente competitivo.

En 1977 hubo un simulacro de *gaokao*, que cada una de las provincias hizo a su manera y al que se pudo presentar cualquiera sin consideraciones de edad o de estar en posesión del certificado de secundaria. Fue un fracaso estrepitoso, que confirmó la necesidad de restablecer plenamente un examen que se encuentra en la base del sistema meritocrático chino y que, aunque con algunos intervalos, lleva vigente más de trece siglos.

Movida por la voluntad de normalización, la maquinaria educativa se engrasó pronto. Millones de jóvenes que purgaron en el campo sus orígenes burgueses o intelectuales y sus ansias de estudio fueron autorizados a regresar a sus casas para preparar el *gaokao*. La difícil prueba acabó con la politización de la universidad, que volvía a ser un centro de conocimiento y aprendizaje.

En 1980, las tres grandes universidades del país —Beijing Daxue (Universidad de Pekín), la Politécnica Qinghua, también en Pekín, y la shanghaiana Fudan— habían recuperado su prestigio y seleccionado para sus aulas a los mejores. Al mismo tiempo, la política de apertura daba sus frutos y los estudiantes extranjeros se multiplicaban. Ese septiembre llegaron al instituto casi un centenar de japoneses y decenas de estadounidenses, que se sumaron al notable incremento de europeos, canadienses y australianos.

Yo había solicitado hacer mi posgrado en Beijing Daxue, conocida como Beida. Los chinos son muy aficionados a reducir el lenguaje por medio de la unión de las sílabas iniciales de las dos

palabras que suele tener un nombre. Las abreviaturas se complican un poco más —sobre todo para los empeñados en aprender el idioma—cuando se trata de un nombre, título o cargo compuesto por varias palabras. Les basta entonces con unir el primero y el último de todos los caracteres.

La decisión no se había adoptado cuando el 31 de agosto regresé al instituto tras dos fabulosos viajes en los que me crucé China de este a oeste y de sur a norte. Aplacaba mi impaciencia inmersa en la lectura de *Viaje al oeste*, una de las cuatro novelas clásicas chinas, que cuenta los avatares de la peregrinación a India de un monje, al que acompañan un mono, un duende y un cerdo. El monje y su discípulo el rey Mono son personajes tan chinos como don Quijote y Sancho Panza españoles.

A mediados de septiembre, me indicaron que habían aceptado mi solicitud en la facultad de historia de Beida y una semana más tarde me confirmaron el cambio de residencia. Me habían asignado un cuarto en el edificio número veintiséis, reservado a las estudiantes extranjeras.

Beida fue la primera universidad de China y es la más prestigiosa. Se fundó en 1898 con el nombre de Universidad Imperial de Pekín y está especializada en humanidades y ciencias sociales. Solo unas horas me bastaron para percibir cuán diferente era el ambiente al del Instituto de Lenguas. Los cerca de seis mil alumnos chinos llegados de todo el país —hoy son cuatro veces más— eran conscientes de encontrarse en el campus de la élite, y se les veía orgullosos. Los profesores habían reemprendido con ánimo sus tareas docentes después de los tumultuosos años pasados y, en general, se respiraba un aire de estudio y satisfacción, en el que el medio centenar escaso de extranjeros pasaba desapercibido, apenas un toque de exotismo.

El corazón de Beida era y sigue siendo el Weiminghu (el lago Sin Nombre). Está rodeado de sauces llorones, mantos de césped y senderos de piedra que numerosos grupos de jóvenes recorrían en las tardes, charlando animados antes de dirigirse a las cantinas a cenar o después de la cena, de camino a los distintos edificios de residencia. Aquí y allá, sentados en las verdes laderas, había siempre estudiantes repasando o leyendo. Disfrutaban de las bellas puestas de sol anaranjadas y violetas con que se despedía el verano.

El punto de encuentro de los extranjeros solía ser al pie de la pagoda de cuarenta metros de altura que hay junto al lago. Mientras que los chinos se reunían en el entorno de la biblioteca. Todo estaba envuelto en una atmósfera acogedora y progresista, en la que la gran preocupación eran los estudios.

Los domingos por la noche, en la puerta de entrada de la fachada sur, no era extraño ver cómo descendía algún o alguna joven de un Hongqi (Bandera Roja). En un país donde no existían vehículos particulares, los Hongqi se fabricaban en China desde 1958 y eran los coches negros de protocolo. Todos los altos funcionarios, los mandos militares y los dirigentes del PCCh se desplazaban en Hongqi, marca que también fabricaba las limusinas en que Mao recorría las calles de la capital en los grandes desfiles multitudinarios. Aunque todos los estudiantes vivían en la universidad, los que residían en Pekín solían pasar el fin de semana en sus casas y volvían después de la cena del domingo.

A diferencia del Instituto de Lenguas, en el que todos los cuartos eran compartidos, en Beida los extranjeros tenían la posibilidad de elegir si querían tener un cuarto privado, por el que solo debían abonar cuarenta y cinco yuanes al mes. Lo más importante, de todos modos, era que si se elegía un cuarto compartido, los chicos podían pedir que les acompañase un chino y las chicas,

una china. Los responsables de la universidad eran los que seleccionaban y asignaban a los distintos jóvenes la misión de convivir con los extranjeros.

Yo lo tenía muy claro y, antes de que me preguntaran, les indiqué que quería que mi compañera fuese china.

Llevaba dos días instalada en un soleado cuarto de la segunda planta del edificio veintiséis, cuando a media tarde tocaron a la puerta.

—*Come in* —dije en inglés, pensando que era mi vecina griega—. Está abierto, pasa —repetí más fuerte, por si no me había oído, al tiempo que me levantaba a recibirla.

Parada ante la puerta, sosteniendo un considerable bulto, se encontraba una china más alta que la media. Guapa, de pómulos salientes, pelo largo y delgada como la mayoría.

—Me llamo Zhou Xin. Me han indicado que debía venir aquí a vivir con una estudiante española —dijo, sin hacer ademán de entrar.

Su voz sonaba seria, distante. Estaba claro que se sentía incómoda y obedecía órdenes que no le gustaban.

—¡Encantada! Pero pasa, no te quedes ahí. Yo me llamo Be-a-ti-ri-ce. Es un nombre un poco complicado. No importa. Ya lo aprenderás —respondí con soltura desinhibida, queriendo romper el hielo—. ¿Te ayudo?

—Puedo sola —me contestó rotunda, sin llegar a ser cortante.

Sin moverse, echó una ojeada a la habitación para situarse, cogió su fardo con las dos manos y lo depositó sobre la cama que solo tenía un colchón desnudo, en realidad una colchoneta de cáscaras de arroz. Estaba claro que ese era el catre que tenía destinado, junto con la mesa y la silla que había a los pies y el armario de la entrada. La otra mitad del cuarto mostraba señales de que ya había sido ocupada por la extranjera con la que debía vivir.

Callada y sin ganas, fue sacando el edredón y vistiendo su cama. Después colocó sobre la mesa una pequeña palangana azul, con los enseres para su aseo personal.

—¿Qué estudias? —le pregunté.

—Arqueología.

—¡Qué interesante! ¿En qué curso estás?

—En primero —contestó con sequedad—. Me voy. Lo siento. Es la hora de la cena.

Y se fue con premura, sin ni siquiera pedir la llave del candado con que se cerraba por fuera la puerta del cuarto.

Eran las seis menos cuarto y la cena era a las seis, pero los comedores de los estudiantes chinos estaban lejos del edificio veintiséis y, como eran muchos y el menú monótono y ramplón, quienes se retrasaban en llegar a la ventanilla, después de soportar una pesada cola, no tenían elección y les tocaba comerse lo que los demás habían desechado. La cantina de los extranjeros, en cambio, tenía más variedad y, al ser muy pocos, estábamos bien atendidos, pero estaba prohibida la entrada a los chinos, incluidos los que habían sido enviados a compartir habitación con los *liuxuesheng*.

Preocupada porque Zhou Xin volviese y no pudiera entrar, cené con rapidez y me volví al cuarto. Poco después apareció mi nueva compañera.

—Te he dejado una llave en la mesa. Saliste con tanta prisa que no me dio tiempo a dártela.

—Sí, perdona. La vigilante me había advertido de que tenía que confirmarle el número de habitación y mis datos para que me registrara y me diera autorización de acceso al edificio.

Tomó su palangana, su pijama y su albornoz y se fue a la ducha, que se encontraba en el piso de abajo y era, como en el Beijing Yuyan Xueyuan, un gran cuarto partido en dos. En la parte de la entrada había una pileta alrededor de la pared en la que se lavaba la ropa y en la segunda parte, una serie de grifos, con o sin alcachofas, para ducharse. El suelo y hasta un poco más arriba de la pileta eran de cemento; el resto de la pared y el techo estaban encalados y se habían tornado grises. El agua caliente solo fluía durante dos horas después de la cena.

Esa primera noche no hubo más conversación. Con la habitación apenas iluminada por nuestros respectivos flexos, cada una hicimos como que estábamos concentradas en la lectura de nuestros libros, pero las dos nos preguntábamos cómo sería la vida en aquellas cuatro paredes durante los más de nueve meses que teníamos por delante.

Me deslicé entre las sábanas angustiada por la incertidumbre de la convivencia. Había tomado la decisión de compartir el cuarto con el convencimiento de que marcaría mi estancia en China, pero me preocupaba que el resultado fuese desastroso. Zhou Xin no había decidido nada, se lo habían impuesto; yo era su condena. ¿Cómo imaginar después de aquel duro primer encuentro que nos convertiríamos en hermanas del alma? Pesada y aplastante, la zozobra me sumergió en una maraña de sueños que se enlazaron unos con otros y me atraparon durante toda la noche.

PASIÓN POR EL INGLÉS

A la mañana siguiente un sueño reparador parecía haber borrado en Zhou Xin las inquietudes que le había provocado la orden del rectorado de enviarla a vivir con una «nariz grande». Nada más sonar el despertador, mientras aún se desperezaba bajo el edredón, me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco. ¿Y tú?

—Veintitrés. Soy la mayor de mi clase y no me gusta mucho. Hay incluso un chico que solo tiene quince años. Me parece que a mi edad será difícil que aprenda inglés y es una de las asignaturas.

—Qué tontería. ¿No estamos hablando en chino y tengo más edad que tú? Claro que puedes aprenderlo. Te costará un poco al principio, hasta que te acostumbres a los sonidos, pero una vez pasado ese primer obstáculo, es más sencillo.

—Los extranjeros habláis más idiomas. Seguro que yo nunca hablaré inglés como tú chino. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Vine hace un año, pero es muy diferente aprender una lengua con tres horas de clase a la semana, que la inmersión total que te exige vivir en otro país. Estamos obligados a usar el chino para relacionarnos y sobrevivir y eso hace que lo asimilemos con mucha más rapidez. No te preocupes, por las tardes podemos hacer juntas tus deberes y practicar un poco.

—¡Oh! Gracias. Muy bien, pero no quisiera molestarte.

—No importa. Seguro que yo te doy mucha más murga con mi chino. No paro de hacer preguntas.

—Vale. Hasta luego —dijo, terminando de meter los libros en la típica bolsa de loneta verde del Ejército, adornada con la copia en rojo de una loa escrita por Mao a sus valientes soldados.

En un país que ha elevado la caligrafía a una de las artes principales de su cultura, la escritura a mano del desaparecido dirigente siempre causó admiración. De caracteres estilizados, majestuosos y bellos, sus escritos son de una elegancia plástica difícil de igualar. Parecen danzas de dragones, en las que los trazos delgados o gruesos, rectos o inclinados, largos o cortos, bailan sobre el blando papel de arroz impregnándolo de armonía. Mao se adentró en el arte de los pinceles a la edad de ocho años y nunca lo abandonó. Para muchos chinos, la personalidad de su escritura le revelaba como líder. Sus expresivos caracteres fueron calcados hasta la saciedad en negro o en rojo sobre granito, piedra, seda, algodón o cuero. Como Zhou Xin y tantos otros estudiantes, incluidos los extranjeros, millones de «guardias rojos» llevaron en bandolera durante años una frase escrita por Mao.

En China había comenzado a emitirse un programa de la BBC que se llamaba *Follow me* y la fiebre del inglés se extendía a pasos agigantados. En la época de la hermandad comunista, tras la fundación de la República, el idioma que se estudiaba era el ruso, ya que decenas de miles de expertos soviéticos, muchos con sus familias, se habían desplazado a China para impulsar la industrialización del país y la construcción de infraestructuras, además de prestar asesoramiento tecnológico y científico en los más diversos campos, desde el militar hasta los servicios. Cuando en 1960 Jruschov los retiró y se los llevó de vuelta a la Unión Soviética, los chinos dejaron de estudiar ruso.

En esas primeras décadas comunistas, el inglés languidecía en las pocas universidades que mantenían la licenciatura en filología inglesa. Hubo incluso un corto periodo en los años sesenta que estuvo a la cola del español, que despertaba algo más de interés, primero por la cooperación con los hermanos cubanos, y después porque tras el reconocimiento de la República Popular por la ONU en 1971, la diplomacia pequinesa había emprendido una campaña de acercamiento a América Latina.

Hasta entonces, el quinto sillón permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas lo ocupaba, con el respaldo de Estados Unidos, la República de China que dirigía Chiang Kai-shek. El caudillo nacionalista, tras su derrota en la guerra civil, se había refugiado con los restos de su Ejército y de su Gobierno en la isla de Taiwán, rebautizada por los portugueses en el siglo XVI como Formosa. Pero a uno y otro lado del estrecho del mismo nombre siempre se defendió que China solo hay una, por lo que no se puede mantener relaciones diplomáticas con los dos Gobiernos y, para reconocer a la República Popular, hubo que expulsar de la ONU a los nacionalistas.

En realidad, fue la ruptura del idilio entre los dos gigantes comunistas lo que marcó el histórico cambio. Washington comenzó entonces a cortejar a Mao y contempló con regocijo el enfrentamiento armado que mantuvieron China y la Unión Soviética en marzo de 1969 en el extremo oriental de su larga frontera común. Richard Nixon no tuvo reparos en cambiar de bando y, precedido por un viaje secreto de su consejero de Seguridad Nacional Henry Kissinger, se convirtió en 1972 en el primer presidente de Estados Unidos que visitó la China comunista. Adiós Taipéi, hola Pekín.

Después de décadas de desprecio a Occidente y al mundo en general, que para Mao no tenía otro interés que el poder exportar su revolución, los años finales del Gran Timonel desplegaron una actividad diplomática sin precedentes. A caballo del principio de una sola China, los representantes comunistas comenzaron a volar de un continente a otro. Tendían alfombras rojas

para alentar a los distintos países a romper sus relaciones con el bando que perdió la guerra civil y establecerlas con los triunfadores.

El pragmatismo de la nueva política exterior no dejaba de sorprender a propios y extraños. En junio de 1980, grandes pancartas colgadas a todo lo ancho de la avenida de Chang'an daban la «calurosa bienvenida» al dictador Jorge Videla, que visitó Pekín para tratar de romper el aislamiento que la comunidad internacional había impuesto a la Junta argentina desde el golpe de 1976. Buenos Aires había establecido relaciones con Pekín en 1972 y el dictador no dudó en cobrarse el favor. China, por su parte, estaba muy interesada en equilibrar la influencia soviética en Latinoamérica y el general Videla era el primer jefe de Estado del Cono Sur americano que la visitaba. Hasta entonces, el único estadista latinoamericano recibido en Pekín había sido el mexicano José López Portillo, que viajó en 1978.

La apertura ordenada por Deng Xiaoping en diciembre de 1978 desató pasión por el inglés. En especial cuando se salía de Pekín, la obsesión del *Follow me* perseguía a los extranjeros con todo tipo de perogrulladas, que al principio divertían, pero que terminaron agobiando. Durante los largos viajes por el Imperio del Centro que había realizado el verano anterior —el primero cumpliendo el viejo sueño de la Ruta de la Seda desde Mongolia a Xinjiang (al revés que Marco Polo) y luego, con Elena, mi mejor amiga que vino a visitarme y recorrimos juntas la costa oriental desde Cantón a Pekín—, con frecuencia, en mitad de la calle, me interceptaban el paso jóvenes que repetían una cantinela de la BBC: «*I want to practice my English with you*». Aparte de esa frase no sabían nada más, ni entendían las cuestiones más elementales, como cuál era su nombre. Se limitaban a repetir la frase que algunos transformaban en «*I want to practice my English on you*». Lo curioso era que se negaban a hablar en chino, por lo que no había forma de comunicarse. El cuento llegó a hacerse tan pesado que opté por decir que no hablaba inglés, lo que era recibido con sorpresa, escepticismo o claro malestar.

—¿Cómo es posible que no hable inglés siendo extranjera? —me preguntó un viandante enfadado.

—Porque soy española y, como estoy en China, hablo chino.

—¿Y en España no se habla inglés?

—No. En España se habla español. —A mi interlocutor la respuesta le pareció sumamente decepcionante. Ahora que todo el país se volcaba en aprender inglés, por China paseaban gentes de lugares extraños que no lo hablaban...

Zhou Xin volvió a media tarde.

—¡Ah! Hoy ha sido un día relajado. Ha faltado uno de los profesores —dijo, mostrando una sonrisa pícaro.

—¿Y por qué has retrasado tanto tu entrada en la universidad? —le pregunté.

—Trabajé cinco años en una comuna. El jefe no quiso darme antes el permiso para hacer el examen nacional de acceso —indicó con un gesto de resignación.

—¿Qué locura! —respondí indignada—. Pero si la mayoría de los estudiantes enviados al campo regresaron a sus casas en 1977. ¿Por qué a ti no te dejaron? ¿Lo pediste?

—Es una historia larga. Yo soy de Xi'an, la capital de Shaanxi, y en 1975, cuando acabé la escuela secundaria, me enviaron al sur de la provincia, a la prefectura de Ankang. Es una zona muy pobre, una de las más atrasadas de China y había muchas cosas que hacer. En casi todas las

épocas de lluvia había corrimientos de tierras, que destrozaban las casas de adobe y enfangaban las lomas de cultivo. Necesitaban gente.

—Cinco años es mucho tiempo y es injusto que te retuvieran si tú querías estudiar. Y tus padres, ¿qué hacían tus padres? ¿No pudieron ayudarte?

—China tiene mucha gente y muchos problemas. No se pueden atender los deseos de todos —contestó, sacando un cuaderno de apuntes y dando por terminada la conversación.

Estaba claro que había razones y circunstancias que Zhou Xin no estaba dispuesta a desvelar. Tuve que reprimir las ganas de seguir hablando, de contarle que fue precisamente el viaje que realicé con María a Xi'an, en diciembre del año anterior, el que había vuelto a encenderme la pasión por China.

Dejé para otro momento el relato de esa semana en que me escapé con María a la ciudad natal de mi nueva compañera y a otras antiguas capitales del país; una gira por lugares donde la gente no había visto nunca un extranjero y en la que el idioma, que hasta entonces se me resistía, comenzó a fluir con naturalidad y me ayudó a cambiar la percepción hostil del entorno. Sin embargo, al oír el nombre de Xi'an no pude reprimir la sonrisa que los recuerdos dibujaron en mis labios. Las peleas mantenidas con los cuatro endiablados tonos del mandarín me habían machacado el cuello hasta que mis cuerdas vocales comenzaron a emitirlos sin esfuerzo físico alguno, como si siempre hubiesen bailado con ellos. Me había sentido otra desde que, bajo la melodía de «*Dong fang kong*», tomé el tren en la estación de Pekín y los raíles fueron dejando atrás el cielo grisáceo de la capital.

Fuera de Pekín sentí entonces el aire más limpio y respirable. La gente era más acogedora y, pese a los embates de los «guardias rojos», filosofía y tradición seguían marcando el paso del país. En cada esquina se palpaba la historia, incluida la reciente, porque todas las ciudades tenían una gran plaza con edificios de estilo soviético. Aquel viaje fue como el despertar de un mal sueño. Volví a fantasear con Marco Polo, la Ruta de la Seda, la aventura y los trigramas del *Yi Jing*.

Como un fogonazo pasaron por mi mente las imágenes de María vestida con un traje de folclore mexicano y yo, con un traje de la ópera de Pekín que había comprado en Xi'an. Nos disfrazamos en el tren durante el trayecto de vuelta a Pekín desde Anyang, para festejar la llegada de 1980. Las dos juntas recorrimos los compartimentos del vagón ofreciendo a los viajeros, que eran todos chinos, cacahuets y *qishui* (gaseosa de naranja) para brindar por el nuevo año, mientras les explicábamos que en nuestros países el calendario lunar había caído en desuso y la gran celebración era la de esa noche del 31 de diciembre. Ellos nos miraban como si estuviésemos locas o viniésemos de Marte. Los dos revisores se sumaron a la excentricidad de la fiesta de aquel *Xin Nian kuaile!* (Feliz Año Nuevo), que nada les decía porque entonces nadie celebraba en China el fin del año occidental. Cuando a medianoche nos abrazamos, le dije a María que ya no pensaba en volverme a España y que 1980 sería el principio de una relación con China mucho más auténtica y que nunca se rompería.

No me equivoqué. Los primeros meses me habían parecido un pedregal donde era imposible la esperanza, pero en el viaje había descubierto que bajo las piedras había una tierra fértil y ávida de semillas, en la que podía plantar todas mis ansias de conocimiento con la certeza de que alumbrarían un frondoso árbol bajo el que cobijarme. Si algún día Zhou Xin dejaba de verme

como extranjera, seguro que podríamos establecer una buena amistad y hablar sin reparos del pasado, del presente y de nuestras aspiraciones de futuro.

—Tengo un nombre demasiado largo y complicado para China. Parece que todos tenéis problemas para pronunciarlo —dije para retomar la conversación.

—Sí, nosotros todos tenemos dos o tres caracteres y tu cinco. Es demasiado.

—¿Qué te parece si lo reduzco y a partir de ahora empiezo a llamarme Be Tice? ¿Te gusta?

—Sí, es una buena idea. Be Tice suena mejor. Be Tice —repitió con un gesto de aprobación.

No me atreví a preguntarle si podía llamarla *xiao* Zhou. En esos años, todos los chinos se trataban de *tonzhi* (camarada), pero si se quería demostrar que había una cierta amistad, se anteponeía la palabra *xiao* (pequeño) al apellido del más joven, y si se quería demostrar respeto se anteponeía *lao* (viejo). En China, los nombres van detrás del apellido y solo los utilizaban la familia o los amigos más íntimos. Años después, la influencia occidental pondría de moda el uso del patronímico.

FANTASMAS

Por Beida se paseaban los fantasmas de la Gran Revolución Cultural sin que nadie quisiera hablar de ellos. Todos los veían, pero habían decidido que el silencio era la mejor forma de exorcizar aquel horror, ya que ninguno podía desterrarlo al olvido.

No me gustó mucho mi profesor de historia de la dinastía Qing, pero el de relaciones internacionales me parecía muy pedagógico y atento a cualquier duda que tuvieran los estudiantes. Lamentablemente el método de enseñanza no había variado desde la época de los exámenes imperiales. Consistía en memorizar, memorizar y memorizar. Innovaciones, las mínimas.

El profesor Cai era un hombre de mediana edad, procedía de la vecina provincia de Henan, pero modulaba de tal forma su pronunciación que era fácil entenderle. Las clases eran amenas y se notaba que disfrutaba dándolas. Era el profesor con el que todo alumno sueña. Para mí solo tenía una pega: su escritura.

Cada vez que se volvía y escribía un nombre o una frase en la pizarra, yo sudaba. Acostumbrada a los textos impresos, donde cada una de las líneas del carácter está diferenciada, era incapaz de leer esos trazos curvos y ligados, firmes y rápidos que pintaba con tiza. Mi compañera de pupitre, Lu Jiamin, percibió mi desesperación y se brindó a copiarme en caracteres de imprenta lo que escribiera el profesor.

Lu Jiamin, de dieciocho años, era hija de un general del EPL, motivo por el cual los espectros de la Revolución Cultural le daban menos pánico que a otros. Era simpática, valiente y atrevida. Para los estándares chinos, casi se la podía calificar de insumisa y deslenguada. Nos reíamos a carcajadas con sus historias. Me encantaba su frescura y me divertía imaginando el comportamiento de mi joven amiga delante de su padre.

Una tarde de noviembre en que estábamos solas en mi dormitorio, pasando de un cuaderno a otro los apuntes de Cai *laoshi* y hablando de la suerte que habíamos tenido con que él nos impartiese esa conflictiva materia, Lu Jiamin bajó un poco la voz y susurró:

—¿Sabes por qué cojea?

—No tengo ni idea, ¿y tú?

—Los «guardias rojos» le torturaron, le apalearon y le tiraron por las escaleras. Le atacaron justo al principio de la revolución, en el verano de 1966. Tal vez por eso tuvo más suerte que otros que ya no volverán, o que un hijo de Deng Xiaoping, al que arrojaron por una ventana y le dejaron parapléjico.

—¿Quién te lo ha contado? —le pregunté, mirándola con los ojos abiertos como platos.

—Todo el mundo lo sabe. Muchos de los catedráticos que regresaron a Beida hace dos años son los que más sufrieron. Yo tengo un tío que también es profesor aquí y me lo ha contado.

—Debió ser espantoso. Un auténtico caos...

—Sí, ahora es difícil de entender. El entonces decano de la facultad de español, Mo Futi, se ahorcó después de que le sometieran a tres horas de críticas, le escupieran y le pegaran.

—No tengo palabras —musité—. Yo no quise creerme las duras críticas que leí en algunos libros españoles. Pensé que eran fruto del odio al comunismo.

—No sabes nada. Hubo cientos de suicidios. Cuando la esposa de Mao visitó Beida ese julio, los alumnos de secundaria del instituto dependiente de la universidad se radicalizaron aún más y cometieron todo tipo de vejaciones. Al vicerrector le colgaron de una viga por los pulgares hasta que confesó que era un «falso comunista». A unos profesores les raparon, les colocaron orejas de burro y les relegaron a basureros de la universidad; a otros los raparon dibujándoles una X en la cabeza y luego los pasearon atados mientras les insultaban, les empujaban y les apaleaban. Muchos no pudieron aguantar los abusos, como el secretario del PCCh en la facultad de Lengua y Literatura china, quien se suicidó en septiembre de 1966 ingiriendo dos botellas de insecticida.

—¿Y a tu tío no le pasó nada?

—Él es el hermano menor de mi padre y, visto con perspectiva, se puede decir que tuvo mucha suerte —dijo, sin abandonar el tono grave que había adoptado—. Esa primavera cogió una grave hepatitis y tuvo que estar hospitalizado más de medio año. Eso le salvó. Cuando le dieron el alta, estaba muy debilitado. Ni siquiera le enviaron al campo, sino al norte, a trabajar en una fábrica, hasta que en 1977 pudo regresar a Pekín.

Con la misma soltura con que Lu había iniciado la conversación, la dio por concluida. Me había acercado demasiado a su familia y, en un reflejo de prudencia, prefirió poner fin al relato antes que verse forzada a frenar la curiosidad de su amiga extranjera. Se volcó sobre el papel y volvió a enfrascarse en copiar la lección con buena letra para que yo la entendiera.

Después de despedir a Lu Jiamin y cerrar la puerta, traté de reconstruir cada una de las palabras que me había dicho y percibí con nitidez la barbarie de lo que me había contado. Nunca antes un chino me había hablado de forma tan directa y clara de lo sucedido durante la Gran Revolución Cultural. Después de que detuvieran a la Banda de los Cuatro, en octubre de 1976, había leído un montón de artículos que hablaban de los crímenes cometidos en esa década, pero los consideré exageraciones antimaoístas de la España postfranquista. Pensaba que la locura se había centrado *solo* en enviar temporalmente al campo a buena parte de la población urbana, aunque no a los obreros ni a los efectivos del Ejército Popular de Liberación.

La espita de las críticas a la Revolución Cultural acababa de abrirla Deng Xiaoping, quien también fue víctima de ese periodo aciago: sufrió, junto con su esposa, dos años de arresto domiciliario; fue destituido como secretario general del PCCh y despojado de todos sus cargos en octubre de 1968 y, al año siguiente, el matrimonio fue enviado al sur del país a trabajar en una fábrica. Muerto el «delfín» de Mao Zedong, Lin Biao, cuando huía en avión hacia la Unión

Soviética, tras descubrirse un complot para tomar el poder, Deng escribió, en agosto de 1972, una carta a Mao pidiéndole perdón por sus errores, lo que favoreció su rehabilitación unos meses después. Pese a ello, la ultraizquierda le seguía de cerca y tres años después, en abril de 1976, cuando los tiburones ya olían la muerte de Mao y se disputaban sus despojos, Deng, que era viceprimer ministro, volvió a ser destituido y perdió sus cargos en el PCCh. Esa vez su mala suerte duró menos de un año, pronto se convertiría en el hombre más poderoso de China hasta su muerte en 1997, dos décadas en las que el país dio un giro de ciento ochenta grados.

Las nuevas directrices para criticar el pasado eran estrictas y solo se permitían acusaciones generales. Nadie quería bajar a lo concreto y dar nombres y apellidos de los muertos ni de los verdugos. La Gran Revolución Cultural era una enorme caja de Pandora, cuyo contenido expuesto en toda su extensión podía romper el PCCh y desestabilizar China.

La República Popular había atravesado por dos periodos horribles, en los que se desató una caza de brujas de dimensiones colosales, y nadie quería iniciar otro nuevo. De ahí que se criticara el Gran Salto Adelante y la Revolución Cultural como si los participantes en ambas campañas no existieran y los únicos responsables fuesen los miembros de la encarcelada Banda de los Cuatro.

Jruschov dio rienda suelta a la desestalinización de la Unión Soviética, criticada duramente por Mao, quien aseguró que Stalin «solo se había equivocado en un 30 por ciento». Deng permitió una cierta desmaoización, limitada por su declaración de que «la obra de Mao fue positiva en un 70 por ciento». A estos juegos malabares políticos y semánticos se debían los muchos retrasos en el inicio del juicio contra la esposa de Mao, Jiang Qing, y sus secuaces, que finalmente comenzó ese otoño.

Me había sorprendido el poco interés que el juicio parecía despertar entre los jóvenes. Aunque, después de la conversación con Lu Jiamin llegué al convencimiento de que les importaba mucho más de lo que mostraban y de que había sido el clima que desprendía el proceso lo que había propiciado la conversación.

Sentía ganas de compartir con mi compañera de habitación lo que me había contado la compañera de pupitre. Me intrigaba la reacción de Zhou Xin.

—Me ha dicho Lu Jiamin que mi profesor está cojo por las torturas de los «guardias rojos». ¿En la universidad de Xi'an también se cometieron barbaridades? Me dijiste que tus padres son catedráticos... ¿Les pasó algo?

—La paranoia no fue solo en Beida, todas las universidades del país quedaron paralizadas y la inmensa mayoría de los profesores y sus familias sufrimos lo indecible.

—Pero, ¿tú tienes recuerdos concretos de entonces? —pregunté, rompiendo el silencio pegajoso y espeso que se había quedado colgado en el aire.

—Yo tenía nueve años cuando les sacaron a empellones de mi casa. Los vi zarandeados por la multitud con papeleras en la cabeza y cartones colgados al cuello en los que se les tildaba de «monstruos» y «elementos contrarrevolucionarios». Mis hermanos pequeños lloraban y mi abuela trataba de evitarlo tapándoles la boca. Creí que nunca les volvería a ver.

—¿A dónde se los llevaron?

—Mi padre volvió hecho un guiñapo tres días más tarde. Mi madre estuvo encarcelada seis meses y a continuación fue enviada a un campamento para su reeducación en el extremo noreste del país.

Zhou Xin pareció haber tomado carrerilla. Era como si el relato se lo hubiese aprendido de memoria; como si escupiera el sapo que le aprisionaba la garganta desde hacía tiempo.

—Más de una vez empapelaron con insultantes *dazibao* las puertas de nuestras dos habitaciones. No nos atrevíamos a quitarlos. Cuando desfilaban los «guardias rojos», yo me hacía un ovillo en una esquina del cuarto y casi desaparecía.

—¿Y por qué detuvieron a tu madre y no a tu padre?

—Ya te lo he dicho. La tacharon de «contrarrevolucionaria, derechista y pequeñoburguesa». No me gusta hablar de esto. Mejor estudiamos —dijo, dando por terminada la conversación.

—Imagino que debes de estar feliz viendo a la Banda de los Cuatro sentada en el banquillo —insistí.

Zhou Xin levantó la cabeza y me clavó los ojos. En sus labios quedó atrapado el exabrupto que no fue capaz de pronunciar.

La normalidad que se vivía en China era una gran pantalla tras la cual las heridas seguían sangrando. El juicio a Jiang Qing y sus secuaces, algunas de cuyas sesiones fueron televisadas, no fue más que una gran farsa utilizada por Deng Xiaoping para debilitar a Hua Guofeng, el hombre que Mao había impuesto para sucederle. Lo necesitaba para librar de obstáculos la senda del desarrollo que consideraba fundamental para el futuro del país. Era evidente que la agotada población quería el cambio que le proponía Deng, pero el temor a que fuese otro vaivén que la devolviese al frenesí sanguinario de la Gran Revolución Cultural frenaba su entusiasmo.

Al igual que las purgas desatadas por Stalin en la década de los treinta para acabar con cualquiera que quisiera hacerle sombra o criticarle —lo que llevó al dictador soviético a deshacerse de buena parte de sus colaboradores y dirigentes del PCUS—, Mao llevó a cabo una especie de guerra contra los veteranos del PCCh tras el rotundo fracaso del Gran Salto Adelante. Muchos le habían expresado sus dudas de que esa fuese la forma de conseguir la industrialización acelerada que tanto ansiaba. Más del 60 por ciento de los cuadros del partido fueron purgados en esos años. Miles de ellos murieron en la cárcel, empezando por el entonces jefe del Estado, Liu Shaoqi.

WUSHUJIAN

Las relaciones con Zhou Xin se fueron estrechando. La satisfacción de encontrarse en Beida y dedicar su esfuerzo diario al estudio fueron el bálsamo que cauterizó las heridas de una joven de carácter rebelde que la vida se empeñó en domar. Se la veía cada día más alegre. Era sincera, considerada y metódica. Comenzó a sentirse en casa y, poco a poco, fue llevando a nuestro cuarto a su grupo más cercano de amigos, dos chicos y dos chicas, todos compañeros de clase. Era más fácil charlar en la habitación del edificio veintiséis que en las de ellos, porque en cada dormitorio de los estudiantes chinos vivían seis repartidos en literas.

El grupo se reunía para repasar juntos, realizar algún trabajo de clase y, sobre todo, para hablar sin parar y reírse con ganas de sus ocurrencias. Si estaban las tres chicas solas, el amor era el tema que impregnaba todas las conversaciones. Unas veces con regocijo y otras con gestos de desagrado, conversaban sobre los chicos que habían conocido en la universidad o sobre los que habían dejado en sus ciudades. Eran de una ingenuidad y una inocencia pasmosas. Lo más

divertido era sentir el anhelo con el que cada una competía por convertirse en la mejor amiga de la otra y en especial de Zhou Xin, por ser la mayor y la que «tenía más experiencia de la vida».

Ellas fueron muy importantes para que Zhou Xin empezara a gozar de sus estudios. Nunca se le pasó por la imaginación la posibilidad de ser arqueóloga. Su pasión era la historia y poder enseñarla. Cuando le comunicaron que había obtenido una plaza en Beida en el departamento de arqueología, se le cayó el alma a los pies. ¡Tanto esfuerzo para eso! Incluso se planteó renunciar, pero sus padres se opusieron. Jamás pensó que podría gustarle, pero gracias al entusiasmo de sus amigas se fue congraciando con la que iba a ser su profesión, aunque siempre con la esperanza de quedarse de profesora en Beida.

Desde su atalaya, Zhou Xin se dejaba querer tanto por mí como por sus compañeras de clase. Compartía conocimientos e historias, nos trataba a todas con una amabilidad sincera, casi maternal, pero cuando le saltaban las alertas porque se había adentrado demasiado en un tema o la conversación había ido por derroteros que sentía peligrosos, se tornaba altiva y cortaba en seco. La reacción que más me desconcertó, hasta el punto de que estuvimos un par de días sin dirigirnos la palabra, fue cuando le dije que un profesor había entrado esa tarde en la habitación para acosarme sexualmente.

—Be Tice, hay cosas que las mujeres deben saber callar. Irse de la lengua solo trae problemas. El viento se convierte en huracán y se lleva a los menos protegidos. Te pueden expulsar —afirmó con severidad.

—Si tenemos confianza, no veo por qué no comentártelo —repuse, mostrando el desagrado que me había producido su reacción.

—Ni a mí, ni a nadie. Llevas más de un año viviendo en China y ya deberías haber aprendido algunas de las cuestiones básicas.

—¿Y si te violan también te callas? —pregunté sin esperar una respuesta, con una mezcla de rabia y engreimiento.

Cada una desde su lado nos miramos sin comprendernos antes de que Zhou Xin hincara los codos en la mesa y se encerrara en su libro. Mis palabras habían sido una bofetada que había dejado a mi compañera dolida y sin habla. Ella quiso advertirme de las consecuencias de hablar. No quería ser cómplice de mi eventual hundimiento. Me sacudió a conciencia para que asimilara que me encontraba en China y que no tenía más defensa que conocer el peso del enemigo y el mío propio. Si la diferencia era grande, no había otro camino que poner distancia sin que nadie percibiera lo ocurrido.

Por la noche, cuando el azote de los recuerdos me impedía dormir, escuché a Zhou Xin dar vueltas en su cama. Tal vez disgustada por mi incompreensión, tampoco dormía. Ella, como la inmensa mayoría de las chinas, había sido enseñada a vivir aplastada por el silencio, pero yo, de carácter mucho más espontáneo y abierto, siempre me había opuesto al machismo que exigía discreción a la mujer para seguir abusando de ella. La carga de nuestros pasados se alzó entre nosotras como una pared, que afortunadamente derribamos pronto.

La búsqueda de nuevas experiencias me había llevado a matricularme en clase de *wushujian*, una de las centenares de artes marciales chinas. El año anterior, había practicado en el instituto la más popular de todas, conocida en Occidente como *taichi*, aunque su auténtico nombre es *taijiquan* (boxeo supremo), un arte vinculado a la energía interior y a principios filosófico-religiosos taoístas y confucianos. También había experimentado el *qigong*, que se centra en activar

la energía (*qi*) del cuerpo y está más ligado a la medicina tradicional china que al arte de la guerra. El *wushujian* era el más marcial de los tres. Se practica con espada (*jian*). Me embelesaba viendo la destreza, el dominio, la elegancia y la agilidad con que el maestro movía el arma.

Para hacer el papeleo, pagar y compaginar las clases de historia con las de *wushujian* tuve que ir varias veces al departamento de deportes de la universidad y no me extrañó que el responsable que trataba con los extranjeros llamara una tarde a mi puerta.

—Pase, por favor, pase —le dije, pensando que el funcionario venía a hablar de las actividades que podía practicar.

El motivo de la visita, sin embargo, resultó ser otro. Conforme entraba, y como si fuese lo más natural, el profesor cerró el cerrojo interior de la puerta. Se sentó en la cama y comenzó a insinuarse sexualmente. No sabía qué hacer ni cómo escapar. Tuve la inmensa suerte de que en ese momento me llamaran por el altavoz de portería. El funcionario me pidió disculpas, se fue y nunca más volvió a molestarme. Dos horas después, todavía conmocionada, traté de explicarle el incidente a Zhou Xin, pero me di de bruces con el código de silencio de una tradición milenaria y machista, que la revolución no se había molestado en cambiar.

UNA INVITACIÓN SORPRESA

Profundizaba mi inmersión por las entrañas del Imperio del Centro sin dejarme arrastrar por las horas bajas. Dedicaba la soledad de muchos domingos a anotar en mi cuaderno preguntas sin respuestas y vacíos angustiosos. Había llegado a la conclusión de que me sentía mejor cuando estaba entre chinos que con la comunidad extranjera, pese a que con esta tenía más puntos en común.

El invierno plomizo se cebaba en el alma de los expatriados, muchos de los cuales bañaban sus penas en alcohol y andaban con al menos un pie fuera de China. Como en un bucle, sus conversaciones caían siempre en la comida, los amigos, las costumbres y la familia que habían dejado a miles de kilómetros. La nube de nostalgia que planeaba sobre sus cabezas les impedía ver el sol, que cada mañana pugnaba por iluminar a los trotamundos que seguíamos considerando que el Imperio del Centro bien valía un esfuerzo de adaptación.

La Navidad se acercaba y no quería pasar esos días de fiesta en fiesta y de borrachera en borrachera. Sabía por otros amigos que se habían ausentado algunos fines de semana, que en Beida eran más tolerantes con las demandas de los estudiantes extranjeros y, sin necesidad de argumentos falsos, fui al departamento encargado de los *liuxuesheng*, expliqué las razones por las que deseaba unos días de vacaciones y pedí un permiso de salida. Me concedieron cuatro días, del 24 al 28 de diciembre.

No era mucho tiempo, pero sí el suficiente para escaparme a la vecina provincia de Henan, de la que procedía mi admirado profesor de relaciones internacionales. Henan significa «al sur del río» y, el año anterior, en el viaje que realicé con María nos quedamos fascinadas con las espectaculares cuevas de Longmen, que se encuentran en Luoyang, capital prehistórica de los reinos establecidos en la gran planicie que se extiende al sur del río Amarillo —considerado la cuna de la civilización china— durante los siglos V y VI, tiempo en el que se construyeron las

grutas de Longmen, con sus más de cien mil budas. La ciudad, no obstante, había perdido el aura capitalina, era provinciana y no tenía otro encanto que guardar los vestigios únicos de su pasado glorioso.

Decidí que el destino del nuevo viaje sería la localidad de Dengfeng para desde allí acercarme a visitar el monasterio de Shaolin (Pequeño Bosque). No sabía cómo me lo encontraría. Según mi preciada guía de China, había sido la principal escuela de artes marciales, pero los «guardias rojos» lo tacharon de contrarrevolucionario y había sido abandonado durante la Gran Revolución Cultural. También quería visitar Kaifeng, una antigua capital que tuvo uno de los mercados medievales más florecientes. Kaifeng aún estaba cerrada a los extranjeros, porque hasta entonces solo una treintena de ciudades habían sido abiertas al turismo.

Estaba feliz planeando mi escapada y lo comenté a la salida de clase con Lu Jiamin y sus amigas, otras dos estudiantes de nuestro curso a las que apenas conocía.

—¿Te vas sola? —me preguntó Lu Jiamin, sorprendida.

—Sí, ya he viajado sola otras veces y me gusta. Está cerca y voy en tren.

—Sí vas a Dengfeng, puedes ir a mi casa. Yo vivo en la capital provincial, Zhengzhou, que está muy cerca —dijo de pronto una de las amigas.

—¿Tú tienes vacaciones? —inquirí extrañada.

—No, yo no voy. Pero mis padres estarán encantados de recibirte. Somos muy pobres, pero si saben que estudiamos juntas, estarán muy contentos de conocerte.

—Te lo agradezco. Eres muy amable, pero no me parece bien.

—No te preocupes. Ellos estarán felices de escuchar historias de Beida. Ahora vive en mi casa una sobrina de mi madre, pero hay sitio. Voy a dejar recado de que les llamaré esta tarde por teléfono para contárselo —afirmó, sin darme opción a replicar.

En su casa, como en la mayoría de las viviendas chinas, no había teléfono y la comunicación se realizaba a través de uno público. Solía haber uno cada dos o tres manzanas. Para garantizar la conversación, se llamaba primero a la encargada del teléfono y se acordaba que avisara a la persona convenida para que fuese a donde estaba el aparato a una hora determinada.

Eso fue lo que hizo Ke Yulong. Podría haberse limitado a darle el mensaje a la funcionaria y que ella lo transmitiera más tarde, pero invitar a una extranjera era un tema delicado que requería una conversación. La estudiante prefirió hablar directamente con su padre o su madre, el que se desplazara, aunque solían hacerlo los dos para repartirse los tres minutos que solicitaban de conversación. Ella estaba segura de que no le pondrían inconvenientes. Sus padres la adoraban y preferían cualquier sacrificio antes que negarle un capricho a su pequeña.

Así, de pronto, sin haberlo siquiera imaginado, tenía la oportunidad de pasar unos días con una familia china y compartir los secretos de la convivencia hogareña. La invitación era tan tentadora y fue tan espontánea que no cabía rechazarla. Hasta entonces, solo había estado un minuto en la vivienda de Peng *laoshi*, en el Instituto de Lenguas.

Las minorías nacionales habían sido más hospitalarias que la han. En verano había pasado un par de días en la *yurta* de una familia mongola en mitad de la estepa y otros dos en la de una kazaja en las montañas del Cielo, cerca de Kazajistán, que entonces era una república de la Unión Soviética. Además, el alcalde uigur de Turfán, me invitó también a quedarme otros dos días en su casa, en la que vivían más de veinte personas de tres generaciones. Era una gran nave abovedada para protegerse del sol del desierto y con el suelo de tierra, que en la parte del fondo tenía un

ventanuco, un pequeño horno de arcilla y una balda sobre la que se cocinaba. Por la noche extendían alfombras en el suelo, colgaban de cuerdas una especie de cortinas que separaban las generaciones, y todos se echaban a dormir, incluida yo.

Peng *laoshi*, con el que finalmente había trabado una sincera amistad, fue quien me facilitó los visados para que pudiera cruzarme el país de noreste a noroeste durante las vacaciones estivales. Además, me proporcionó una carta que me acreditaba como estudiosa de las minorías nacionales chinas.

La misiva, con todos los sellos del Instituto de Lenguas de Pekín, resultó ser de gran ayuda a lo largo del recorrido, porque calmaba los recelos que despertaba entre los funcionarios la aparición de una extraña viajera blanca que hablaba chino, algo absolutamente insólito por aquellas tierras. Con tesón y paciencia, las puertas se abrían y mi curiosidad insaciable iba atesorando toda la riqueza que me proporcionaban el conocimiento y el contacto directo con algunas de las etnias más míticas del país: mongoles, hui, uigures o kazajos, y su particular forma de vida.

En Pekín el poder se palpaba, olía. Era como un manto que cubría y constreñía todo. Fuera, sin embargo, la represión política parecía tener menos peso y la gente no andaba obsesionada con las consecuencias que podían acarrearle sus decisiones. No importaba la edad, todos eran más acogedores y compartían encantados sus escasas pertenencias. «El emperador está lejos y la montaña es alta», afirma el dicho popular para explicar cómo se diluye el poder en la distancia.

La primera sorprendida porque me fuese unos días a la casa de una compañera de clase fue Zhou Xin.

—Son los nuevos tiempos. Los extranjeros estamos dejando de ser «demonios» y pronto nos van a invitar a comer en el Zhongnanhai —dije, riéndome, al ver la cara que se le había quedado a mi compañera, a la que tampoco hizo ninguna gracia que mencionara con tono burlesco la nueva «ciudad prohibida» china, en la que residía la cúpula del PCCh y que había sido levantada en el gran jardín adyacente del antiguo palacio imperial.

Tuve la sensación de que Zhou Xin lamentaba no haber sido ella la que me hubiera invitado a pasar esos días en su casa.

ACOGIDA CHINA

En la noche del 23, con los turrónes que me habían mandado de España, una botella de vino y otra de champán que me había regalado el cónsul canadiense para que celebrara la Navidad, subí al tren después de quedarme unos minutos en la estación escuchando los compases del «Oriente es rojo». Soy supersticiosa y había llegado al convencimiento de que me traían buena suerte.

Llevaba un billete de segunda clase, que me daba derecho a una cama dura en un compartimento de seis. La mía era una de las de arriba, pero antes de hacer las camas era costumbre sentarse en las literas de abajo con los demás ocupantes, hasta que pasaban el revisor y el vendedor de sopa de fideos. Mis compañeros de viaje eran una anciana de pies reducidos con vendas y su nieto, un matrimonio de mediana edad y un funcionario que volvía a su casa tras una reunión en Pekín. Al principio no sabían muy bien cómo ponerse o mirarme, pero poco a poco se

fueron animando y me asaletaron a preguntas. La curiosidad de los chinos me divertía y aprendí a conocerles a través de sus propias cuestiones.

Cuando a las siete y veinte de la mañana me bajé del tren en Zhengzhou, el padre de Ke Yulong me estaba esperando en la estación. Su hija le había puesto al corriente de mis planes turísticos y, tras presentarse cariñosamente como *lao Ke* (viejo Ke), me dijo con resolución:

—Iremos primero a comprar los billetes para Dengfeng. Está cerca, pero no hay muchos autobuses porque es un pueblo pequeño. Luego iremos a casa. Vamos andando, son solo unos minutos. Mi esposa nos espera allí. No sé si te ha explicado mi hija que su madre está enferma del corazón y no se encuentra bien.

—¡Oh! Lo siento mucho. No me ha dicho nada. No quiero ser una carga.

—Por favor, no digas eso. Para nosotros es una alegría —repuso, emprendiendo el camino.

Comprado el billete, nos dirigimos a la casa bajo unos copos de nieve que, mecidos por el gélido viento, no sabían si caer o revolotear alrededor. Un montón de profesores, compañeros de *lao Ke*, se había congregado a las puertas del instituto donde enseñaban para dar la bienvenida a la «amiga que venía de España». Después de un breve saludo a todos, entramos en el edificio vecino y subimos por la escalera de cemento una planta. La madre nos esperaba con la puerta abierta.

—Bienvenida, Be Tice. Para nosotros es un honor acogerte en nuestra humilde casa. Nuestro corazón se alegra doblemente porque eres amiga de nuestra querida Yulong y porque has venido desde lejos —me dijo con sinceras muestras de cariño.

—Me siento honrada de ser vuestra hija por un tiempo —le respondí con respeto.

Me fue llevando de la mano por las tres habitaciones de la vivienda. Me mostró que tenía luz eléctrica en las tres y agua corriente en la piletta de un rincón que hacía de cocina y también de lavabo. No había cuarto de aseo, pero no le dio importancia. Me contó que la letrina estaba en la misma calle a solo tres minutos.

Más tarde, comprobé que mis temores se hacían realidad. Se trataba de un pozo ciego, sucio y sin agua corriente, como la mayoría de las letrinas públicas en cuanto se salía del centro de Pekín. De madrugada, los operarios sacaban los excrementos del pozo y los echaban a un enorme bidón, instalado en un carro tirado por un caballo o por una bicicleta. Ya había aprendido a identificar esos carros, que se veían con frecuencia por la mañana. Muchos seguían llevando su carga a las comunas agrícolas para utilizarla como abono.

—Yulong es nuestra bendición —dijo la madre—. Vino cuando ya habíamos perdido toda esperanza de tener hijos. Pronto cumpliremos sesenta años y ella solo tiene dieciocho. Pero... siéntate y cuéntanos cosas de España. ¿Allí también es invierno ahora?

Sobre la mesa puso unos bizcochos y un botellín de leche de cabra. Seguro que Yulong les había indicado por teléfono que los extranjeros la bebíamos para desayunar. Esta sugerencia embarcó a los padres en una ardua tarea. Yo, que la odio, conseguí que me contaran la aventura después de convencerles de que me gustaba mucho más el té.

En China, los adultos no tomaban ningún lácteo: ni leche, ni yogures, ni queso, productos todos ellos considerados propios de los pueblos nómadas. Los han cubrían sus necesidades de calcio con soja, tanto fresca como preparada en una especie de queso que llaman tofu y con el que después preparan numerosos platos. El Gobierno, por tanto, solo proporcionaba *piao* para comprar leche —sin distinguir si era de vaca o de cabra— a las familias que tenían niños

pequeños. Sin *piao*, los padres de Yulong tuvieron que buscarla por varios mercados hasta encontrar ese botellín, por el que, sin duda, pagaron un alto precio, aunque eso no lo mencionaron.

Encantados de no tener que volver a preocuparse por la leche, los padres disfrutaron de las historias que les conté sobre los usos y costumbres de la Navidad en Europa.

—Yo tengo que salir —interrumpió la madre—. Tú y *lao Ke* podéis ir a dar un paseo para que conozcas la ciudad. Llévate mi bicicleta. Esta casa es tuya. Ahora sustituyes a nuestra hija y estamos felices de tenerte con nosotros.

—Yo también me siento feliz de tener una familia china en estos días tan especiales para mí —le dije, estrechándole las dos manos.

La visita a Zhengzhou, una ciudad industrial sin ningún atractivo, dio poco de sí. Pese a haber sido, allá por la dinastía Shang, hace unos cuatro mil años, uno de los primeros núcleos de población perfectamente urbanizados, no ofrecía al visitante más que la sempiterna plaza gigantesca de estilo soviético y la estatua de Mao. Un destartalado museo provincial narraba la decadencia de la ciudad, que empezó pronto debido a la decisión de la dinastía Han de convertir la vecina Luoyang en la capital del imperio, título que lució en distintos periodos hasta el siglo X. La substituyó Kaifeng, otra ciudad muy cercana, que ostentó la capitalidad hasta el año 1127 y fue la principal causante del abandono de Zhengzhou.

El paseo en bicicleta fue agradable y nos abrió el apetito. Cuando volvimos ya humeaban varios platos con verduras, carne, huevos y fideos. Abrimos la botella de vino tinto y estábamos brindando cuando apareció la prima. Era una niña de doce años, hija de unos parientes campesinos. Cuando Yulong se fue a Pekín, el matrimonio se la trajo a la ciudad para que estudiara y ayudara a la esposa enferma, que justo en ese instante se sintió mal y tuvo que acostarse a medio comer.

EL MONASTERIO DE SHAOLIN

A *lao Ke* le preocupaba que no encontrase la forma de llegar al monasterio de Shaolin, situado montaña arriba a unos diez kilómetros de Dengfeng, un villorrio dormido en el pasado, que poseía uno de los conjuntos monumentales más importantes del país, pero carecía de autobuses, taxis u otro medio de transporte.

Finalizado el almuerzo, nos fuimos juntos al instituto, para que *lao Ke* indagara sobre la situación. Efectivamente, uno de los profesores nos confirmó que no había autobuses, ni manera de llegar a Shaolin como no fuese en domingo.

—Solo ese día funciona una línea que sale de la estación de Zhengzhou a las siete de la mañana, hace una parada en Dengfeng y prosigue hasta el templo. El regreso es a las seis de la tarde y cuesta cinco yuanes —aseguró el profesor.

Tenía que ajustar mis planes de viaje, pero estaba feliz. Gracias a las dudas de *lao Ke* había encontrado la fórmula que me permitiría llegar al monasterio. Además, como el autobús paraba en Dengfeng, también daría un paseo por esta ciudad, que acababa de abrirse al turismo. A partir de ese momento, podía dedicarme a sorprender a los padres de Yulong con la celebración de la Nochebuena. Primero, fue el champán que se bebieron con gusto durante la cena. Después llegaron los turronec, aunque los chinos no suelen tomar postre.

—Uh, parece demasiado dulce —comentó el padre, mirando de reojo el trozo que aún le quedaba en la mano.

—Está bueno, pero es extraño —dijo con cortesía la madre.

A mí me supieron a gloria, aunque me dio pena que ellos no disfrutaran más con mis preciados turrónes. Por el contrario, les entusiasmó la carne de membrillo de la lata que venía en el paquete de Madrid.

Se interesaban por los detalles más nimios. Tenían ansias de aprender para sentirse más cerca de su hija. Fue una velada grata y amena, interrumpida por el corazón de la madre, que no estaba para emociones y volvió a resentirse. Cuando se acostó, nos pidió que nos sentáramos en su cama para seguir la conversación.

Pensé que más que una invitación, me habían brindado un acto heroico. Me conmovió también la delicadeza y la sencillez con que me trataron. Me excusé por ser una mala cocinera, pero me comprometí a hacer al día siguiente huevos fritos con patatas, para que degustasen una comida española.

—¿Y vas a echar el huevo entero? —preguntó la madre con los ojos abiertos como platos.

—Sí, claro. Y hay que hacerlo bien para que no se rompa —contesté ufana.

Los huevos fritos desataron muchas risas y caras de sorpresa. Aunque en Pekín eran un plato común, ellos nunca los habían visto. Fue una experiencia divertida y entrañable. Sencilla, sincera y de una generosidad que no he vuelto a encontrar.

De todas formas, estaba claro que no debía quedarme todo el tiempo allí. No podía evitar la sensación de abuso y me aterrorizaba que la madre empeorara por la agitación que había introducido en sus vidas. En la noche repasé mi guía y decidí arriesgarme a ir a la ciudad de Kaifeng. No sería la primera vez que me había escapado del estrecho circuito turístico, hablar chino me había abierto muchas puertas.

—¿Por qué quieres irte a Kaifeng y pagar un hotel? ¿No estás cómoda?

—Sí, claro que estoy cómoda, pero son demasiadas emociones para tu esposa.

—¡Qué tontería! Puedes quedarte un mes si lo deseas. Ella está feliz. Le llenas la ausencia de nuestra querida Yulong.

—Sois muy amables, pero de verdad me gustaría ir a Kaifeng. Creo que es mejor que me vaya un día completo. Así puedo hacer el viaje con más calma y no tendré que estar corriendo todo el tiempo.

Finalmente acordamos que me iría esa tarde y volvería al día siguiente, sábado, para ir el domingo a Shaolin. A la vuelta, tomaría el tren de regreso a Pekín, lo que me permitiría asistir a las clases del lunes por la mañana.

En Kaifeng, agradecí el baño del hotel, poder ducharme y disfrutar del agua caliente. Además, la ciudad me sorprendió gratamente. Nunca antes había visto tanta actividad comercial en un pueblo chino. Todavía recuerdo aquella multitud de puestos y de gentes comprando y vendiendo. Parecía el gran bazar de Teherán, de Estambul o un adelanto futurista de la China de hoy.

No supe si esa profusión de comerciantes era consecuencia de que en Kaifeng se habían instalado mercaderes judíos cuando fue capital imperial entre los siglos X y XII. O si, por el contrario, los judíos acudieron a esta ciudad porque era el gran zoco chino de la Ruta de la Seda. Recorrí las callejuelas del centro. No quedaba ni rastro del antiguo barrio judío. Sus monumentos

estaban descuidados y uno de los primeros monasterios taoístas chinos había sido transformado en una fábrica de zapatos.

En el tren de regreso, mi compañero de asiento me contó que, a lo largo de la historia, el río Amarillo se había tragado Kaifeng varias veces y hubo que reconstruirla entera.

—¿Y todavía viven judíos en la ciudad?

—Yo no conozco a ninguno, pero dicen que aún quedan algunos descendientes de aquellos comerciantes hebreos —contestó con un cierto aire misterioso.

El domingo, el frío cortaba la cara. Era aún noche cerrada cuando me dirigí a la estación de autobuses para la ansiada visita a Shaolin. No sabía la decepción que me esperaba.

El monasterio más famoso de la antigua China era un espectro que trataba de restañar las heridas mortales que le propinó el siglo XX. En 1928, uno de los «señores de la guerra» que se disputaban el control de China prendió fuego al monasterio para acabar con sus monjes-guerreros y convirtió en ruinas el 90 por ciento de todas sus dependencias. Su suerte no mejoró durante la ocupación japonesa. Las tropas niponas destruyeron lo que se había reconstruido. La victoria comunista fue la puntilla. Shaolin perdió de pronto, con la reforma agraria, todos sus terrenos y se quedó reducido a cinco edificios y un montón de ruinas.

Las desgracias no vienen solas, el *kungfu* fue declarado «contrarrevolucionario» y se prohibió su enseñanza. El abad y sus discípulos se quedaron sin sustento. Y, como siempre puede ser peor, en 1966, los «guardias rojos» apalearon a los cinco monjes que quedaban en Shaolin y les hicieron desfilar por el pueblo con carteles colgados al pecho y a la espalda en los que reconocían sus faltas, mientras la gente les tiraba basura y les escupía a la cara. En la vuelta a la normalidad que se trataba de imponer tras el caos de la Gran Revolución Cultural, las artes marciales se habían legalizado bajo el nombre genérico de *wushu* y el Gobierno central impulsaba el renacimiento del monasterio, cuna del budismo zen que practican muchos japoneses.

Un anciano que dormitaba al sol, sentado en una minúscula banqueta a la entrada de uno de los edificios, y dos monjes de mediana edad, uno de los cuales estaba en la taquilla de entrada, fueron las únicas reliquias del pasado que me topé. Habían comenzado las obras de reconstrucción del templo principal, que era el lugar en el que se hacía el entrenamiento del famoso *shaolinquan*, el arte marcial originado en ese monasterio durante su época de esplendor entre los siglos VI y X. Ni por lo más remoto pude imaginar que aquellos andamios de bambú supondrían el primer impulso en el que se sustentaría Shaolin para recuperar su esplendor y hacerse merecedor de que la UNESCO lo incluyera en 2010 en su lista de Patrimonio de la Humanidad, bajo el nombre de Ciudad del Cielo y la Tierra y principal escuela de artes marciales de inspiración religiosa.

La ley de libertad religiosa se promulgó en 1983 y a continuación se inició la reconstrucción masiva de templos, santuarios, monasterios, iglesias y mezquitas destrozados por los «guardias rojos». Muchos de estos edificios se habían convertido en fábricas, habían sido requisados por los gobiernos locales o el abandono los había reducido a ruinas. Pekín comprendió que si quería mejorar su imagen en el exterior tenía que recurrir al orgullo de su civilización y eso requería revitalizar la parafernalia religiosa. Se desempolvaron millones de budas de todos los tamaños y se repararon, pintaron y abrigaron los dioses taoístas.

Moría la ideología y renacía la fe. Decenas de miles de jóvenes se cubrieron con hábitos, muchas personas que jamás pensaron en la religión abrazaron el cristianismo, el budismo u otras

creencias. El PCCh lo toleró mientras no se cuestionase la lealtad al partido y se asumiera que los asuntos de Dios en la tierra los controla el PCCh.

PATOS MANDARINES

A la vuelta a Pekín, me encontré a Zhou Xin más comunicativa y afectiva. Para celebrar lo bien que había ido el viaje y el Año Nuevo occidental, propuse una reunión conjunta de mis tres compañeras de clase y el grupo de amigos de Zhou Xin. En total, seríamos nueve y lo celebraríamos en el cuarto. A todos les pareció una idea excelente. La cita se marcó para el primer sábado de 1981.

Por la mañana, nos fuimos las dos al mercado de Wudaokou a comprar *jiaozi*, aunque el hervor final se lo daríamos nosotros en la habitación, frutos secos, galletas y alguna otra cosa para entretener el estómago.

—Ninguno de nosotros bebemos alcohol, ¿para qué compras tantas botellas de *baijiu* (aguardiente blanco)? ¿Quieres emborracharnos? —me preguntó sorprendida—. Vendrá la portera y nos sacará a escobazos.

—Tres no son tantas. Son de medio litro. Los chicos seguro que beben y vosotras os dejáis los controles en la escalera y ya veréis qué contentos nos ponemos todos —contesté riéndome—. No me puedo creer que nunca hayas bebido.

—Tres o cuatro veces. La primera me mojé los labios y me pareció una porquería. Hace dos inviernos, sin embargo, durante una celebración en la comuna trajeron *huangjiu*, ya sabes, ese licor amarillo que tiene menos graduación y se bebe caliente. Con la excusa de que hacía frío no paraban de llenar las copas y yo me puse malísima. Estuve tres días en cama.

—Ja, ja, ja... ¿Te bebiste un caldero?

—Mejor no acordarme. Luego solo he tomado un traguito en un par de ocasiones, pero no me gusta.

—Dicen que el alcohol suelta la lengua y yo quiero que Zhang Wen nos recite una poesía. El otro día me dijo que escribe.

—Es muy tímido. No deberías pedírselo. No querrá hacerlo delante de chicas que no conoce.

—Bueno, ya veremos...

En la fiesta, el gran tema de conversación resultó ser el resurgir que estaba experimentando la poesía y la literatura romántica. No fue Zhou Xin la que dijo que en la habitación había un «aprendiz de poeta». La gracia, que puso rojo hasta las orejas a Zhang Wen, fue obra, como no podía ser de otra manera, de Li Hong, el más espontáneo, sarcástico y, sin duda, el más mordaz del grupo. Li Hong, a diferencia de los demás, vestía con pantalones acampanados, era el más alto y derrochaba cinismo y seguridad en sí mismo, cualidades que cultivaba, convencido de que le iban a ser muy útiles en los tiempos que se avecinaban.

—A mí me aburren las historias de personajes enamorados que van siempre emparejados como los patos mandarines. Yo prefiero obras más fuertes. He conseguido un libro de Dostoievski, *Crimen y castigo* —dijo Li Hong.

Con esta afirmación, el estudiante jugaba a colocarse al nivel de los grandes intelectuales chinos de principios del siglo XX, que despreciaban la literatura romántica popular como

emergida de una «escuela de mariposas y patos mandarines».

El *baijiu* fue caldeando el ambiente y la conversación fluyó desinhibida. Menos del PCCh, se habló de todo: de la condena a muerte de la Banda de los Cuatro, de las rehabilitaciones de los purgados, de la apertura al exterior o de que los extranjeros habían dejado de ser unos apestados peligrosos.

Li Hong presumió cuanto pudo de hombre de mundo y coqueteó con todas, pero se hizo evidente que la presa que había caído en sus redes era Zhou Xin. Ella, que siempre lo controlaba todo, bajó la guardia y se dejó acariciar por su mirada desde la cama de enfrente, donde estaba sentada con las demás chicas. Yo me había sentado con los chicos, que eran menos y tenían más espacio.

La velada tocaba a su fin y me preguntaba si Li Hong al despedirse se atrevería a ponerle la mano en la espalda a Zhou Xin o a rozarle los dedos, y si ella se apartaría. No pasó nada.

A la mañana siguiente, mientras nos desperezábamos, comentamos cómo después de tanta lucha de clases cada uno estaba marcado por sus antecedentes familiares, que muy posiblemente determinarían también el futuro. Era un grupo representativo de la realidad china de esos años. De los ocho, una era hija de un general del EPL; otra, de un alto funcionario provincial; dos, de profesores de universidad; otras dos, de profesores de instituto; uno, de campesinos y la octava, de obreros.

—Nuestro poeta debe sentirse orgulloso. Son pocos los campesinos que han entrado este año en Beida, ahora que los exámenes de Estado ya no miran el historial revolucionario de las familias —apunté.

—Es muy inteligente. Parece que está siempre distraído, pero tiene una capacidad muy superior al resto de la clase.

La conversación dio vueltas y revueltas hasta llegar al punto que ambas temíamos cómo abordar; Zhou Xin reconoció que se sentía atraída por Li Hong.

—Yo creo que estás colada hasta las trancas. Te has ido a enamorar de un crío engreído de dieciocho años, que lo único que va a darte son quebraderos de cabeza. Ya te podías haber buscado alguien con más fuste.

—¡Tonterías! —dijo, levantando el mentón con un cierto aire de superioridad.

Fuese lo que fuese, advertencia o premonición, llegó tarde. Zhou Xin permaneció colgada de Li Hong durante toda la carrera, revoloteando como una mariposa mientras él se dejaba querer y ella perdía la oportunidad de encontrar a un hombre que la hiciera feliz.

Aún no lo sabíamos, pero amor y desamor jugarían contra la relación de hermandad que estábamos tejiendo en aquel cuarto de Beida.

MAESTRAS DEL SEXO

La extrema represión de las relaciones sexuales en China no ayudaba a los jóvenes a enamorarse, equivocarse y/o corregir los errores. La mayoría de los matrimonios seguían siendo arreglados por la unidad de trabajo, por el comité vecinal o por los padres, y ambos contrayentes llegaban a la boda prácticamente sin haberse dado un beso. Muchas parejas lo tomaban casi como una obligación, un compromiso laboral para atender a los padres y criar a los hijos.

El sexo era un tema tabú. Parecía que el único que había tenido derecho a disfrutarlo había sido el presidente Mao, quien, al igual que antes los emperadores, se rodeó de un harén de jovencitas con las que apagar su voracidad sexual.

La tradición china atribuye a las mujeres una fuerza vital inigualable, además de la superioridad sexual. Las mujeres pueden con su maestría elevar la potencia sexual del hombre y su energía, de ahí la importancia que se concedía a que los emperadores estuvieran bien servidos de concubinas que les activaran la capacidad sexual. Por el contrario, a la población se la instaba a la contención.

Cuando los comunistas tomaron el poder arrasaron todos los burdeles e integraron a las prostitutas en la sociedad convirtiéndolas en obreras de las fábricas. Era necesario servir a la revolución en cuerpo y alma, por lo que se dejó de lado el sexo y el afecto para no desviar la atención de la misión que todos tenían encomendada. En aquellos años, el único amor verdadero era el que se profesaba al Gran Timonel.

Iniciada la desmaoización, los jóvenes chinos no sabían cómo enfrentarse a lo que les pedía el cuerpo. De esa falta de intimidad en las parejas y de la estricta moral confuciana que condenaba toda expresión pública de afecto hablaba yo un día con la profesora que se había brindado a ayudarme con los libros de la dinastía Qing —escritos en caracteres sin simplificar—, que necesitaba consultar para mi tesina de posgrado.

—Una de las cosas que más me han chocado de China es que nunca se ve un gesto de cariño entre adultos, incluso se dan pocos besos a los niños —comenté.

—Sí, a veces es duro —señaló, y siguió hablando como si lo que iba a decir no tuviera importancia—. Cuando, hace casi dos años, destinaron a mi marido a México, fui a despedirle al aeropuerto con mis hijos. También fueron sus padres, amigos y algunos alumnos. Mi marido fue saludando y abrazando a unos y a otros. Cuando llegó adonde yo estaba con los niños, los besó en la frente y sin tocarme, sin mirarme siquiera, se fue.

Al pronunciar esta última palabra, la profesora estalló en un llanto compulsivo.

Le acaricié la espalda y traté de calmarla.

—Perdón. Lo siento muchísimo —continuó, visiblemente afectada—. Tenía un nudo en el estómago desde entonces y no he podido evitar que se desate. No lo había compartido con nadie y ha salido sin querer, como el agua contenida en un embalse. Nuestro matrimonio no fue arreglado. Entonces era muy extraño, pero nos casamos por amor. Nos conocimos en la universidad. Éramos muy felices. No me gustó que le destinaran a México, aunque me alegré por él porque era bueno para mejorar su español, pero verle hablando y abrazando a todos y a mí ni siquiera rozarme fue muy doloroso. La despedida se me clavó como una estaca en el corazón.

Le ofrecí una taza de té.

Con los codos apoyados en la mesa y la mirada perdida en la ventana, la profesora siguió hablando, pero lo hacía más consigo misma que conmigo. Fue una especie de confesión en la que salió todo lo que la atormentaba. Después se levantó y se fue. Siguió yendo a mi habitación dos veces a la semana hasta que finalizó el curso, pero nunca más volvimos a tocar el tema.

Zhou Xin buscó consuelo a su mal de amores en Zhang Wen que, como sus admirados poetas de la dinastía Song, le componía versos como si fuese ella misma la que los escribiera, lamentando su sufrimiento y el desamparo de su situación. Poeta y musa desarrollaron una preciosa amistad.

Él necesitaba recitar sus poemas y sentirse escuchado y aquel cuarto del edificio veintiséis de Beida se convirtió en su atril. Era tan tímido que nunca declamaba ante las dos juntas por temor a que nos riéramos de él. Tenía que hacerlo de una en una. No porque con ello buscara una aproximación física —jamás se atrevió ni a rozarme un pie—, sino porque siendo un erudito la modestia le impedía manifestarlo.

Sin preguntar, aprendió las horas en que una u otra estábamos solas en la habitación y una vez por semana se presentaba con su papel doblado en el bolsillo. Era un enamorado del pincel desgarrado de la poetisa Li Qingzhao; de esos cánticos a la muerte, a la soledad, a la tristeza y a una infinita aflicción, que escribió en la última parte de su vida allá por el siglo XII. Yo no había oído hablar de ella, pero él aseguraba que era la mejor poetisa de la literatura clásica china. También podía recitar de memoria cientos de versos de Su Shi, que al igual que los de Li Qingzhao están escritos para una melodía determinada. Como el chino, por sus tonos, es un idioma muy musical, este tipo de versos, denominado *ci*, es muy armónico y solo escucharlos, aunque no se entiendan, es una experiencia única.

A mí me declamaba los versos de estos poetas, mientras que a Zhou Xin le dedicaba cantos a la belleza de la naturaleza, a la vida de los campesinos; poemas a la amistad, al ambiente universitario o a personajes históricos. Había mucho romanticismo en los textos, que exhalaban una pasión comedida en la que apenas se insinuaba la atracción sexual.

LA FAMILIA

LA IRRUPCIÓN DEL PASADO

Se aproximaba la Fiesta de la Primavera en la que, según el calendario lunar, da comienzo el nuevo año. Es la celebración más importante de China y los estudiantes, que ya habían pasado casi la totalidad de los exámenes, pensaban más en volver a casa que en las clases. Zhou Xin también estaba muy excitada por el viaje. Hacía más de un mes que se había comprado el billete para asegurarse una cama dura de la segunda clase. Como las distancias eran enormes y se tardaba muchas horas en llegar, ese tipo de billetes era el más demandado. Para ella, como para la mayoría de los chinos, la primera clase no aparecía ni en su imaginación y en tercera se viajaba como en vagones de ganado, cargados hasta la asfixia.

Yo, sin embargo, no tenía claro qué dirección tomar. Tres semanas permitían irse muy lejos, pero por más que miraba el mapa no sabía con qué ruta quedarme. Faltaban menos de quince días para que comenzaran las vacaciones cuando me decidí.

—Me voy a Taiwán.

Lo solté de sopetón, como queriendo impresionar a mi compañera, aunque al verla palidecer, la que se sorprendió fui yo.

—¿Qué pasa, chica? Te has quedado blanca. Son fascistas, pero no creo que vayan a comerme —dije, riéndome—. Tengo experiencia con este tipo de regímenes. Si he sobrevivido a Franco, no creo que me mate el difunto Chiang Kai-shek, ni su hijo Chiang Ching-kuo.

Zhou Xin clavó sus ojos con tal dureza en los míos, que fue fácil entender que la broma le había molestado u ofendido, pero la razón se me escapaba por completo. Solo acerté a levantar las cejas en un signo de clara incompreensión.

—Yo tengo a buena parte de mi familia en Taiwán —farfulló despacio, mascando las palabras como si tuviera que hacer un esfuerzo infinito para pronunciarlas.

Me quedé de piedra.

—¿Cómo es posible? ¿De verdad?

Nos sentamos juntas en uno de los catres, alucinadas por el viaje de una y por el pasado de la otra. Zhou Xin fue desbrozando durante horas el árbol genealógico que conducía a la isla rebelde y a la tragedia de la separación.

Su familia materna era de la céntrica provincia de Hubei. El abuelo fue un destacado empresario que puso en marcha la mayor acería de Hankou, una ciudad portuaria en la confluencia del río Han con el Yangtsé, que al ser navegable hasta su desembocadura cerca de Shanghái, era y sigue siendo la gran vía de conexión entre la costa y el interior del país. Ese puerto fue uno de los primeros en abrirse al comercio internacional, lo que disparó la actividad y el volumen de carga

hasta las primeras posiciones de China. En 1927, para aprovechar las potencialidades de desarrollo de la zona, Hankou se unió a Hanyang, otra ciudad en la orilla sur del Han, y Wuchang, que hasta entonces era la capital provincial. Las tres localidades juntas formaron Wuhan, la actual capital de esa provincia. La fusión convirtió Wuhan en la segunda ciudad de la República, su principal núcleo industrial y su nudo central de transporte y comunicaciones.

Desde comienzos del siglo XX, la producción de la acería del abuelo de Zhou Xin no paraba de crecer impulsada tanto por las urgentes necesidades de la corte imperial de dotar a sus ejércitos de nuevo armamento, como por la fuerte demanda de las legaciones extranjeras que se habían establecido en las principales ciudades costeras de China. Los amplios horizontes abiertos por la nueva capitalidad de Wuhan consolidaron una burguesía en la que florecían nuevas ideas ajenas a la decadente dinastía manchú. Los negocios se multiplicaban y la fortuna del pujante empresario, también.

LOS ABUELOS

—Mi abuelo era un progresista, influido por las ideas de Occidente y muy amigo de Sun Yat-sen —afirmó, refiriéndose al hombre que derribó a la dinastía Qing, fue el primer presidente de la República de China y fundó el KMT, el Partido Nacionalista chino—. Era un hombre sólido, culto y, pese a su prudencia, fue uno de los primeros en apoyar, en octubre de 1911, la llamada revuelta de Wuchang, un levantamiento que encendió la mecha de la revolución que puso fin en menos de tres meses a la era imperial —siguió contando mi compañera, con evidente orgullo.

Para Zhou Xin, como para muchos chinos de la etnia han, la decadencia de China comenzó con el dominio de los manchúes, unos bárbaros nómadas vasallos de la dinastía Ming, que vivían en el noreste del país. A principios del siglo XVII, los manchúes iniciaron una feroz ofensiva con la que se fueron extendiendo y conquistando terrenos hasta tomar y saquear Pekín en 1644. Se instalaron en la espléndida Ciudad Prohibida que habían construido los Ming dos siglos antes y, aunque adoptaron parte del sistema de gobierno, impusieron un estilo propio que comenzaba en la norma de que los hombres se afeitasen la mitad de la cabeza y se sujetasen el pelo restante en una larga trenza.

El 1 de enero de 1912, cuando Sun Yat-sen proclamó la República de China, la mayoría de la población recibió el cambio con esperanza, en especial los jóvenes. Político íntegro, Sun era consciente de las dificultades que entrañaba el gobierno de la nueva República y, temeroso de que se produjera un baño de sangre, cedió la presidencia al general Yuan Shikai. El militar actuó como mediador entre los rebeldes y Pu Yi («el último emperador» de la famosa película de Bernardo Bertolucci), a quien forzó a dimitir.

A pesar de todo, el KMT no logró hacerse con el control del país, que se diluyó en «reinos de taifas», en los que los señores de la guerra imponían su voluntad en medio de golpes de Estado, restauraciones, divisiones y caos. Wuhan se convirtió en el núcleo del ala izquierdista del Partido Nacionalista, la única facción del KMT partidaria de la colaboración con los comunistas para sacar adelante el país.

—Como industrial exitoso y acostumbrado a mantenerse en la cúspide, mi abuelo —prosiguió— se inclinaba más por el ala derechista que encabezaba Chiang Kai-shek, aunque lo

que más le interesaba entonces era su nueva esposa, mi abuela, con la que se casó en 1917. Ella era una joven de dieciocho años, veintiocho menos que él, de una belleza espectacular y, como mandaban los cánones de la elegancia, con unos pies diminutos.

—¡Qué barbaridad! Me subleva pensar que una mujer casi sin base en la que sujetarse era el no va más de la belleza de la clase acomodada —dije, sin poder reprimir el horror que me producía esa abominable práctica.

Afortunadamente, esta aberración dejó de ser condición *sine qua non* para «una buena boda» tras la caída de la dinastía manchú. El Gobierno republicano ordenó que no se practicara el vendaje de los pies, aunque la norma llegó tarde para muchas mujeres que nunca más tendrían la libertad de correr o caminar con normalidad.

Como gorriones con las alas cortadas, las jóvenes de «pies de loto» trataban de adaptarse a la nueva situación. A la abuela de Zhou Xin y a muchas otras criaturas habían comenzado a oprimirles los pies a los seis años. Con excepción del dedo gordo que hacía de soporte, les partían los huesos de los demás para que quedaran pegados a la planta, que se arqueaba con la presión de las tiras de algodón que impedían el crecimiento.

—Mi abuela siempre se avergonzó de esta mutilación y nunca dejó que nadie viera los muñones deformes a que habían quedado reducidos sus pies. Ella contaba que esta tortura era casi el único recuerdo vivo de su infancia, pero eso no le impidió ser una mujer efervescente, decidida y de mucho carácter —continuó Zhou Xin, dejando entrever el cariño que le inspiraba—. Transmitía a los demás deseos de vivir. Decía que el cielo la había puesto en el camino de mi abuelo cuando se apiadó de él. Era cierto que él había tenido mala suerte con las dos esposas anteriores y, en especial, con la muerte, con solo quince años, de su único hijo varón. Ella llegó para alegrarle la vejez pariendo dos varones sanos y fuertes.

En total, la abuela dio a luz a cuatro hijos: primero dos niños y luego dos niñas. Pero en aquella época las hijas eran consideradas un «gasto temporal», que desaparecía cuando se casaban y se integraban en su nueva familia. Yuliang, la mayor de las hijas, era la madre de mi compañera de habitación y futura arqueóloga.

—Mi abuela murió a los setenta y cinco años de edad y hasta ese mismo día —enfaticó Zhou Xin— todas las noches se quitaba las vendas y metía los muñones en una palangana con agua caliente y hierbas aromáticas y analgésicas. Después se los secaba con parsimonia, utilizando los restos de las toallas de mullido algodón que había traído de Wuhan. Por la mañana, sin hacer el más mínimo ruido para que nadie se despertara o la observara, volvía a vendárselos, porque ya no podía andar sin el instrumento de su tortura.

—¿Y nunca se los viste?

—Claro, compartíamos habitación. Los veía en la palangana, pero no dejaba que me acercara a mirar. Solo en contadas ocasiones, cuando la enfermedad la postraba en la cama, aceptaba que mi madre o yo la incorporásemos para dar cumplimiento a lo que se había convertido casi en una ceremonia. La última década de su vida la pasó zurciendo y reforzando con esmero las viejas toallas, con el convencimiento de que eran el paño que mejor cuidaba de sus destrozados pies.

Muerto Sun Yat-sen en 1925, su sustituto al frente del KMT fue Chiang Kai-shek. El general, al que pronto se conocería como el Generalísimo, se propuso reunificar el país; expulsar a los extranjeros, incluidos los soviéticos que tanto habían colaborado en la formación de los nacionalistas —él mismo estudio en Moscú—, y romper la cooperación con los comunistas.

Convencido de que el antiguo imperio solo se podía gobernar con un solo partido, no dudó en masacrar a los comunistas en Shanghái, aunque no los amedrentó, ni tampoco a los japoneses, que controlaban casi la totalidad de la industria de Manchuria y de su riqueza minera. En julio de 1931 desembarcaron decenas de miles de soldados nipones para anexionarse esa región del noreste de China.

Como muchos otros chinos, el abuelo de Zhou Xin vio con extremada preocupación la invasión japonesa de Manchuria. Temió que fuese el preludio de una ocupación generalizada, como efectivamente ocurrió. La guerra total estalló en 1937, tras una escaramuza en el llamado puente de Marco Polo, que daba acceso a Pekín. Las tropas niponas la aprovecharon para iniciar el enfrentamiento abierto contra el Ejército chino, que se vio obligado a abandonar la antigua capital imperial y poco después, la ciudad portuaria que la abastecía, Tianjin.

El avance fue muy rápido. En Wuhan, como principal núcleo industrial, crecía el miedo a que los combates llegaran a la ciudad, que era una joya para cualquier ejército.

—Mi abuelo pensó que su esposa y sus dos hijas debían salir de Wuhan lo antes posible. Mi abuela no quería que se separaran, pero tuvo que obedecer y se trasladó a Xi'an con las dos adolescentes de doce y quince años. Mi abuelo contaba con buenos amigos en esa ciudad y consideraba que la voracidad japonesa no se interesaría por ella, porque Xi'an no tenía casi industria, estaba mal comunicada y se encontraba en el interior del país.

—¿Y él se quedó en Wuhan con los dos chicos? —pregunté extrañada.

—No. El hijo mayor ya se había unido a las tropas de Chiang Kai-shek, que el año anterior habían aparcado el enfrentamiento con los comunistas para aunar fuerzas contra los japoneses. A mi otro tío, que tenía diecisiete años, acababan de enviarlo a Estados Unidos para estudiar ingeniería.

—Quiso salvarlo de la guerra, ¿no?

—Voy a explicarte —dijo, mostrando paciencia—. De acuerdo a la tradición china, correspondía al primogénito ponerse al frente de los negocios familiares, pero la guerra era más importante. Mi abuelo no tuvo ni que hablarlo con mi tío. Este se puso el uniforme voluntariamente y ambos acordaron enviar a California al hijo menor para que adquiriera una buena formación y en el futuro ayudara a su hermano a llevar la acería, ya que mi tío dejaría el Ejército una vez terminase la contienda. Por sus cabezas no pasó la idea de que mi tío decidiera establecerse allí y rechazara volver para cumplir sus deberes familiares.

El tono y el retintín con que Zhou Xin pronunció estas últimas palabras revelaba que, pese a pertenecer a la siguiente generación, aún persistía la incomprensión hacia la actitud irresponsable de su tío.

—¿Sabéis algo de él?

—No. Mi madre no volvió a saber nunca más de los suyos.

EL FATALISMO DEL DESTINO

Perdido el norte del país, Chiang Kai-shek quiso evitar que el Ejército imperial japonés prosiguiera su ataque por Nanjing, entonces la capital de China, y trató de atraerlo hacia Shanghái, donde concentró miles de soldados. Tokio respondió enviando refuerzos y, aunque con muchas

más bajas de lo esperado, tomó Shanghái en noviembre y enfiló hacia Nanjing. El Gobierno nacionalista ya había asumido que no tenía capacidad para defender la ciudad y trasladó la capital a Chongqing (centro de China), donde permaneció hasta la victoria comunista. Nanjing sucumbió en diciembre. En las semanas posteriores, las tropas japonesas se recrearon en una orgía de sangre, violaciones y torturas en la que perdieron la vida alrededor de trescientos mil chinos.

De forma instintiva, me había levantado a consultar mis libros de historia, pero Zhou Xin me detuvo.

—Sabes que soy de la opinión de que quien cultiva el silencio tiene menos posibilidades de equivocarse que quien habla, pero déjame que te lo explique; si me paro, puede que no vuelva a retomar nunca más el tema. Mi abuelo —prosiguió— se reafirmó en que había tomado la decisión correcta al sacar a su familia de Wuhan. No había dudas de que ese enclave estratégico, nudo de comunicaciones entre el norte y el sur y entre el este y el oeste, era el objetivo siguiente.

El Gobierno trasladó a esa urbe su cuartel general y sus tropas de élite. La defensa de Wuhan fue la bandera por la que lucharon de forma encarnizada y cuerpo a cuerpo decenas de miles de soldados de uno y otro bando, pero después de cuatro largos meses de combates, con la aviación y las fuerzas navales casi aniquiladas, el Ejército chino dejó la ciudad a merced de los invasores. Una de las primeras medidas de los japoneses fue declarar los altos hornos una industria estratégica, adueñarse de la producción y someter al dueño a arresto domiciliario. El abuelo de Zhou Xin jamás volvió a recorrer los seiscientos cincuenta kilómetros que separan Wuhan de Xi'an.

—Es difícil saberlo —dijo mi compañera con fatalismo—. Tal vez mi abuelo podría haber comprado su libertad. También pudo quedarse con los suyos cuando instaló a la familia en Xi'an. Pero, según mi abuela, no lo hizo porque tenía la esperanza de que antes o después podría recuperar sus bienes, a los que había dedicado toda una vida de trabajo. Estaba convencido de la derrota japonesa, pero le faltaron unos meses de vida para verla.

Cuando, tras el ataque nipón a Pearl Harbour, Estados Unidos entró en la Segunda Guerra Mundial, China se convirtió en el escenario bélico continental por excelencia. En su lucha contra los japoneses, los bombarderos norteamericanos lanzaron decenas de miles de bombas incendiarias sobre distintas ciudades chinas y, en particular, sobre Wuhan, que quedó arrasada. El abuelo de Zhou Xin pereció en esa orgía de destrucción. Se supone que su cuerpo, como el de otras muchas víctimas de esos bombardeos, fue arrojado sin identificar a una fosa común.

—¿Y tu abuela?

—Se quedó en Xi'an con mi madre. Primero, por la guerra y, luego, porque, tras el triunfo comunista, las campañas contra los «burgueses» y los «derechistas» la atemorizaron. Pensó que, si reclamaba lo que era suyo, solo tendría problemas. Su mayor tormento fue que no había podido enterrar a su marido como se merecía. Era muy supersticiosa y pensaba que el espíritu de su esposo había quedado condenado a vagar toda la eternidad.

—¿Y tus tíos? —volví a preguntar, impaciente e inmersa en la saga familiar.

—Mi tío, que se había unido en 1937 a las filas del Ejército de Chiang Kai-shek, siguió luchando, porque a la guerra contra los invasores japoneses siguió la contienda civil. Fue a ver a su madre a Xi'an en tres ocasiones. La primera, no sé muy bien cuándo. La segunda, a principios de 1944, para asistir a la boda de mi tía con un funcionario del Gobierno del KMT. Y la última, en 1946, para informar a mi abuela de la muerte de su esposo.

En China, como en España, el enfrentamiento fratricida destrozó familias, sueños y esperanzas. La abuela de Zhou Xin no volvió a ver al hijo que estudiaba en Estados Unidos, aunque recibió cartas esporádicas suyas hasta 1952. Tampoco volvió a ver a la hija menor, quién, tras casarse, se fue con su marido a vivir a Chongqing, convertida en capital y sede del Gobierno nacionalista. La joven le escribió un par de misivas, que le hizo llegar por unos conocidos, en las que la conminaba a trasladarse a Chongqing para aguardar allí «la pronta derrota comunista».

—De tanto leer las cartas, mi abuela se las sabía de memoria, las reparó con un engrudo muy fino y cuando ya no era posible abrirlas sin que el papel se rompiera, las pegó sobre otro papel de arroz más consistente. Era una mujer muy fuerte, pero, cuando el dolor y la nostalgia la acosaban, sacaba las cartas y con la mirada perdida en el horizonte que dibujaba la ventana, las canturreaba y yo, sin darme cuenta, las memoricé como la letra de una canción:

Véngase, madre. Aquí se sentirá usted como en Wuhan. Chongqing también es una ciudad atrapada entre dos ríos, el Largo y el Jialing, que corren día y noche con avidez. Me asustan las nubes negras que los cubren al amanecer formando ondas rojizas como si fueran escamas de un gran pez, pero seguro que usted al contemplarlas es capaz de escribir una de esas bellas poesías que nos recitaba cuando había tormenta. Véngase, madre, que al despertar a la tenue luz grisácea del día, lloro su ausencia y las lágrimas me escuecen al rodar por las mejillas. Véngase, madre, que mi vientre se ha hinchado y alumbraré pronto otra vida.

Por un instante, tuve la sensación de que no era Zhou Xin quien recitaba, sino su abuela. Sentí la magia de su presencia entre nosotros hasta erizarme el vello y me pregunté cuánto dolor sería capaz de resistir una anciana de pies quebrados. La voz seria de mi compañera me sacó del ensueño.

—Mi tía, y es muy posible que quienes la rodeaban, no sospechó que los nacionalistas serían los que perderían la guerra. Hasta el día en que tuvieron que huir a Taiwán, ella y otros muchos se creyeron a pies juntillas la propaganda del KMT sobre la cercanía de la victoria —afirmó Zhou Xin con un cierto grado de superioridad.

—La guerra es tan salvaje que la gente, sea del bando que sea, se pone una venda en los ojos para soportarla —le repliqué—. En España, después del golpe de Estado contra la República que desembocó en una fratricida contienda civil, la mayoría se negó a ver el avance imparable de las tropas franquistas en su afán por imponer una dictadura clerical-fascista que ha durado treinta y cinco años.

—Nadie puede cambiar el destino. El suyo como el nuestro estaba escrito. Ellos se fueron. Mi madre y mi abuela se quedaron, sentenció Zhou Xin con resignación.

Hacía frío y me levanté a rellenar las tazas de té con agua hervida, mientras mi compañera proseguía ensimismada su relato.

—Mi madre fue la que pagó las consecuencias de haber nacido en una familia rica en un país de pobres. Ella pagó por los dos hermanos que se habían refugiado en Taiwán y por el que se fue con los «demonios imperialistas» estadounidenses.

Cuando me di la vuelta con el termo en la mano, Zhou Xin temblaba como una hoja. Tenía el aspecto de un animal perdido, aterido y encogido sobre el catre. Se había roto la pantalla de seguridad y desapego tras la que se escondía esa bella muchacha de ojos rasgados y pómulos salientes. Su rostro desencajado era un valle de lágrimas.

Fuera nevaba como nunca había visto desde mi llegada a Pekín. Los copos blancos se acumulaban en el quicio de la ventana. La luz blanquecina de mi flexo hacía más pesada la penumbra de la habitación.

La abracé, la besé y sentí como todo su cuerpo se agitaba en el esfuerzo por ahogar aquel río de amargura que se desbordaba.

—Llora todo lo que quieras. De vez en cuando es necesario liberar las penas —le dije, acunándola con dulzura—. Ahora vamos a dormir. Ya continuaremos mañana. Estás muy cansada y nos hemos hundido sin darnos cuenta en una noche oscura.

LA MADRE

Limpio por la tormenta de nieve de la noche anterior, el cielo lució aquella mañana un azul tan eléctrico que dañaba los ojos. Apenas nos dirigimos la palabra al despertarnos. Nos levantamos con los músculos fríos y entumecidos. Nos habíamos quedado hablando hasta mucho después de que se apagara la calefacción y mi pequeño calentador eléctrico no servía para hacer frente al viento polar que se colaba por las rendijas de la ventana y al frío glacial que penetraba por debajo de la puerta.

Sin decirlo, nos dimos cita en la habitación al término de las clases, cuando el último resplandor de la tarde se estuviera llevando la hermosa luz, gélida y añil, que embrujaba muchos de los días del invierno de Pekín hasta hacerlo soportable. Las dos sentíamos que la conversación apremiaba. Creo que aún no sabíamos adónde conducía, solo que debíamos concluirla lo antes posible.

Sin mirarnos, como movidas por resortes, una preparó el té y la otra colocó las almohadas contra la pared, en el lateral de una de las camas, para proteger las espaldas del frío y evitar que el cuerpo se agarrotara mientras, sentadas sobre el duro jergón que cubría los catres, desnudábamos los fantasmas del pasado. Zhou Xin destapó la taza de té, sopló a las briznas que aún flotaban y, tras un pequeño y sonoro sorbo para no quemarse, retomó su relato.

—Mi madre es una mujer excepcional. Fue una pionera, una adelantada a su tiempo que vivió con coraje. Desde pequeña le gustaron las matemáticas y siempre tuvo claro que quería estudiar. Sus padres lo consistieron, no sin reticencias, y poco después de llegar a Xi'an se convirtió, para gran escándalo de la conservadora sociedad de la ciudad, en la primera alumna de la facultad de matemáticas de la Universidad del Noroeste.

Aunque en aquellas décadas convulsas cambió de nombre varias veces, esa prestigiosa universidad siempre fue conocida, incluso hoy en día, por sus siglas en inglés, NWU. Fundada en 1902, surgió al calor de la influencia extranjera, al igual que la mayoría de las universidades creadas en el país en la primera mitad del siglo XX. Los estatutos de la NWU no discriminaban entre hombres y mujeres y, con su espíritu vanguardista, facilitaron que sus aulas se convirtiesen en auténticos centros de debate sobre la realidad china, a los que se iban sumando las audaces jóvenes que optaban por seguir estudios universitarios.

Situada en el corazón de la histórica capital del Imperio del Centro, la apertura y vocación multidisciplinar de la NWU alentaron una diversidad de intereses que fue caldo de cultivo de los

distintos movimientos sociales que agitaban el panorama político chino, incluido el feminista. Yuliang, la madre de Zhou Xin, fue una destacada activista del feminismo.

—Tenemos la misma estatura, pero en aquella época mi madre era bastante más alta que la media de las mujeres. Debía ser todo un espectáculo verla entrar en el aula, con su elegancia y su atractivo —aseguró con orgullo.

Contemplando la belleza serena de mi compañera de habitación, no me fue difícil imaginarme a Yuliang.

—Mi madre aprovechó la ausencia de su padre y de su hermano mayor para imponer su rechazo de plano a toda propuesta de matrimonio concertado. Su mente científica creía en el amor y prefería quedarse soltera, algo inconcebible en China, antes que unirse a un hombre con el único objetivo de darle hijos varones. Cuando se celebró la boda de su hermana menor, ella asumió que no se casaría nunca.

La joven Yuliang fue presa de dos pasiones: la lucha contra la sociedad patriarcal y la resolución de teoremas y enrevesadas operaciones matemáticas. Tal era su entusiasmo por el cálculo que, sin saber francés, se zambulló en la teoría de números de Pierre de Fermat y en los teoremas de este matemático europeo del siglo XVII.

En el sistema confuciano y patriarcal chino, el matrimonio se consideraba no solo una etapa de la vida adulta, sino un deber familiar y una obligación hacia la sociedad. No tener hijos implicaba una falta imperdonable de amor filial y una condena a la soledad y el desamparo en la vejez. Yuliang era consciente de este peligro, pero se había situado entre el puñado de jóvenes de Xi'an que defendían la «revolución familiar», basada en la igualdad entre los sexos y el derecho de las mujeres a decidir.

La bandera de las feministas chinas era Cho Wu-chieh, la joven que, obligada a casarse con el hombre que eligió su familia, el día de la boda cogió una daga y se rebanó el cuello. El suicidio de Cho, ocurrido en 1919 y aireado por un incipiente movimiento feminista, inspiró en las décadas siguientes a las jóvenes rebeldes y endureció los argumentos de su lucha.

En pleno activismo, Yuliang le recordó a su madre la determinación de Cho y le aseguró que no vacilaría en actuar de igual modo que su heroína. La firmeza de las convicciones de Yuliang se puso a prueba en 1946.

Acabada la guerra con Japón y reiniciada la civil, comunistas y nacionalistas pactaron ese año una tregua engañosa con la que disfrazaron su escaso deseo de llegar a un acuerdo para compartir el poder. Unos y otros recibieron con alivio el alto el fuego, en especial los cientos de millones de chinos sin militancia política que habían sufrido en carne propia o en la de sus familias los abusos de una invasión abominable.

—Mi tío, el militar, fue a Xi'an a comunicar oficialmente a su madre la muerte de su padre y recibir los honores de nuevo cabeza de familia. Como tal, trató de ejercer sus responsabilidades e imponer el orden tradicional. El enfrentamiento con mi madre fue brutal. Él percibió en su hermana la semilla comunista y solo la intercesión de mi abuela impidió que la violencia verbal se desbocara en física.

El comandante del Ejército nacionalista estaba convencido de que la tregua no duraría mucho y que serían ellos, las fuerzas armadas de Chiang Kai-shek, los que determinarían en el campo de batalla el futuro del país. Su obcecación, al igual que la del Gobierno nacionalista, le impedía ver la amenaza que suponía la creciente inclinación del campesinado hacia los comunistas. Desde su

pedestal con pie de barro, advirtió a su hermana de que iba por mal camino y recriminó a su madre el haber sido demasiado blanda con Yuliang al consentirle que no se casara.

—Lo que necesita es un hombre con las ideas claras, que le saque de la cabeza todas esas estupideces feministas —le espetó el militar a su madre, antes de abandonar Xi'an.

El comandante, que se había casado durante la guerra y tenía dos hijos que no conocían a su abuela, se comprometió a volver a recogerla a ella y a la rebelde Yuliang, tan pronto como el Gobierno impusiera la estabilidad del país.

—Restableceremos la unidad de la familia en Wuhan y recuperaremos nuestras posesiones —dijo en la despedida, con una seguridad que no admitía objeciones.

Tras él, la puerta de la casa se cerró de golpe ante las dos mujeres, desatando en una la generosidad que la mantuvo atada al pasado con la misma obstinación que el amor, y en la otra, el rechazo absoluto a las formas y el modo en que querían arrancarla de su mundo y castrar su futuro.

—Mi madre siempre se preguntó por qué la tristeza parecía resbalar sobre mi abuela como la lluvia sobre las flores de loto, sin dejar rastro —dijo Zhou Xin al comentar la angustia evidente de Yuliang en aquellos meses de incertidumbre sobre si se reanudaría la guerra civil interrumpida para luchar contra Japón o sobre quién lograría hacerse con las riendas del país, mientras su madre, igualmente atormentada, no mostraba ningún signo exterior de desconsuelo.

—Pero ¿siguió estudiando? ¿Consiguió acabar la carrera? —pregunté.

—Por supuesto. Fue la primera de su promoción. Justo cuando apareció mi tío, ella se preparaba para hacerse con la cátedra de Cálculo de su universidad. Por eso, le disgustó tanto que de pronto pretendiera organizarle la vida como él quería, sin tener en cuenta sus esfuerzos y lo que le había costado llegar hasta allí.

Para abrirse camino como profesora, Yuliang tuvo que enfrentarse a la inquina de muchos de sus compañeros y de buena parte del claustro universitario. La sociedad pacata de Xi'an no comprendía el interés de una mujer por las ciencias exactas y toleraba de mala gana sus arengas feministas, que consideraba fruto de «elucubraciones de solteronas».

Con veinticinco años, Fei Yuliang hacía tiempo que había ingresado en el glosario popular de solteronas, un dato «irrelevante» para quien ese 1947 se convertiría no solo en la primera catedrática de Cálculo de su universidad, sino también de la provincia de Shaanxi, y una de las pocas en toda China.

EL PADRE

El viento mecía las copas de los árboles que, indiferentes al frío, balanceaban sus ramas cuajadas de nieve como si a través de la ventana nos quisieran abrazar. Nosotras, absortas en la conversación, apenas nos inmutamos por el espectáculo que miramos sin ver.

Con la intención de garantizar que el relato no se interrumpiría para la cena, había comprado en el comedor de los extranjeros unos *baozi* (bollitos de pan al vapor rellenos de carne), cacahuetes tostados y un par de manzanas. Dispuse las viandas sobre la mesa aprovechando la pausa que hizo mi compañera para rellenar de agua hirviendo las tazas de té. Nuestros movimientos eran precisos y serenos, parecíamos conscientes de la complicidad de los secretos compartidos que se respiraba en el ambiente. Las dos nos percatábamos de cómo forjábamos una

amistad que, sin imaginarlo entonces, sería capaz de resistir más de tres décadas de ausencia. Una amistad que, al quedarme viuda, penetró sigilosa en la nube de tristeza que me embargó y, sin darme cuenta, la difuminó hasta animarme a emprender el largo viaje de vuelta a China con la ilusión de encontrarla y darle el abrazo que en mi azarosa despedida no le di.

—El gran apoyo de mi madre —continuó Zhou Xin— fue su profesor de Álgebra, Zhou Nan, mi padre. En realidad, ella se enamoró de él desde la primera clase, aunque entonces mi padre estaba casado.

—¿Y él le correspondió? —pregunté solícita.

—En un principio, no. Él ni siquiera se dio cuenta. En la cultura china, un estudiante debe ver en su profesor una fuente de inspiración y consagrarse a su conocimiento. Es habitual que se produzca una suerte de veneración hacia el maestro, aunque también es cierto que la expansión de la educación de la mujer dio origen a frecuentes romances entre profesores y alumnas, que se reflejaron y retroalimentaron en los argumentos de novelas famosas de las artes marciales.

Zhou Nan gozaba de un enorme prestigio en Xi'an, su ciudad natal. Desde pequeño se reveló como una lumbrera y, llegado a la adolescencia se empeñó en la resolución de los doscientos cincuenta y nueve problemas del primer libro de Zhu Shijie, uno de los más eminentes matemáticos chinos. El texto original de ese libro se perdió y China no supo nada de él durante más de cinco siglos. Japoneses y coreanos, que en el siglo XIII cuando Zhu escribió su libro se nutrían de los conocimientos culturales y científicos del Imperio del Centro, lo utilizaron como manual y lo tradujeron a su propio idioma. En 1839, desde la versión coreana, se volvió a traducir a su idioma original para gran júbilo de la comunidad matemática china. A partir de ese momento, Zhu Shijie y sus doscientos cincuenta y nueve problemas se pusieron casi de moda.

La vida académica del padre de Zhou Xin giró siempre en torno a las investigaciones de ese científico, lo que le convirtió en una autoridad en la materia. Podía recitar casi de memoria y explicar hasta la última coma del segundo libro del maestro, *El precioso espejo de los cuatro elementos*. Los textos del matemático dieron lugar a algunos resultados algebraicos que en Europa solo se obtendrían varios siglos más tarde.

En China las matemáticas siempre gozaron de una especial relevancia por su vinculación con los cálculos de la astronomía, la astrofísica y el calendario. La cultura clásica las consideró enraizadas en la esencia misma de la idea organicista del mundo, según la cual cada fenómeno se encuentra conectado con todos y cada uno de los demás conforme a un orden jerárquico, en el que, a diferencia de la filosofía de Aristóteles, no existe un creador supremo.

Hijo de campesinos —sus padres tenían una pequeña parcela de la que malvivía la familia—, Zhou Nan realizó sus estudios primarios en un colegio de misioneros extranjeros, que posteriormente le ayudarían a entrar en la universidad. Siendo ya catedrático y justo después del llamado «incidente de Xi'an», que tuvo una enorme influencia entre los intelectuales de la ciudad, se sumó, al igual que muchos otros de sus compañeros, a las filas del PCCh.

El incidente ocurrió en diciembre de 1936, durante una visita de Chiang Kai-shek a Xi'an, en la que el líder del Partido Nacionalista se reunió con uno de sus principales caudillos militares, el mariscal Zhang Xueliang. Este le conminó a poner fin a la guerra civil y aunar fuerzas con los comunistas para luchar contra los invasores japoneses. Chiang Kai-shek no aceptó la sugerencia y, antes de que pudiera reaccionar, fue detenido por las tropas de su caudillo. Las negociaciones para su liberación fueron arduas. La intervención de Stalin evitó que le ahorcaran, pero el

Generalísimo tuvo que aceptar que la prioridad era la unidad de todos los chinos contra el Ejército imperial de Japón.

Zhou Nan tan solo había visto en Yuliang a una alumna inteligente y aplicada. Conforme la influencia comunista fue ganando terreno en la universidad, el matemático se vio forzado a salir en más de una ocasión en defensa de la competencia de la futura profesora, lo que propició largas conversaciones entre ellos. Las gestiones de Zhou Nan añadieron carisma a su encanto y avivaron el fuego de un enamoramiento que Yuliang trató de ocultar con dolor y resignación.

—Mi madre llegó a la conclusión de que, si quería seguir gozando de la amistad y el respaldo de su amado, no tenía más remedio que enterrar sus verdaderos sentimientos en lo más profundo de su alma —dijo Zhou Xin con un atisbo de tristeza, tal vez motivado porque ella también se encontraba en la obligación de ocultar su amor no correspondido por Li Hong.

AMAR A UN «ENEMIGO DE CLASE»

El 1 de octubre de 1949, Mao Zedong proclamó, en la pequinesa plaza de Tiananmen, la República Popular China. En Xi'an, como en muchos otros rincones del país, el retumbar de tambores, gongs y petardos mantuvo despierta la ciudad durante varios días, atrapada en celebraciones de victoria. El mensaje de Mao radiado a la nación fue para la gran mayoría de la población el ansiado maná enviado por el cielo para hacerles recuperar la esperanza.

«El pueblo chino, que constituye la cuarta parte de la humanidad, se pone en pie desde este momento», tronó el Gran Timonel a un país devastado por la guerra, en el que la hiperinflación de los dos últimos años había arruinado a millones de familias y en el que otras muchas estaban al borde de la inanición.

Consumada la derrota, hacía meses que numerosos simpatizantes y miembros del KMT habían comenzado a refugiarse en la isla de Taiwán, aunque el grueso de las tropas y de los funcionarios aún permanecía en la provincia suroccidental de Sichuan. La retirada masiva de unos dos millones de personas, con importantes tesoros artísticos, documentos gubernamentales y equipamiento militar, se produjo en diciembre de 1949 y a principios del año siguiente.

El Gobierno comunista, mientras tanto, se empeñó en un ajuste de cuentas, que supuso la ejecución de miles de antiguos nacionalistas y largas condenas en campos de trabajos forzados. El fuerte respaldo de Estados Unidos al KMT y el inicio de la guerra de Corea (1950-1953) agravó la represión contra los viejos enemigos de clase e ideología.

—Mi abuela y mi madre fueron expulsadas de su casa —prosiguió Zhou Xin—. Tenían una de esas bellas viviendas tradicionales chinas, construidas en torno a un patio central. Les quitaron todas sus pertenencias y les clausuraron sus cuentas bancarias. Se libraron de males mayores gracias a que, durante su trabajo como voluntaria en la Federación de Mujeres, mi madre había entablado buenas relaciones con algunos de los miembros del PCCh que se hicieron cargo del Gobierno provincial. Además, la intervención de quien sería mi padre fue definitiva para que mi madre conservase sus clases en la universidad y le dieran una habitación en uno de los edificios del campus en la que vivir con mi abuela.

Para su redención fue necesario que Yuliang se tragara la congoja y abordara con serenidad su autocrítica pública, en la que reconoció y analizó los «errores» de su familia y renunció a sus

«orígenes burgueses». Fue muy doloroso y humillante, ya que la gran rebelde se vio forzada a adoptar una actitud servil e implorar la benevolencia de cada uno de los comités que gobernaban la vida diaria, desde su trabajo a la vivienda o los vales de racionamiento.

Un acto fortuito fue, sin embargo, lo que más afectó a Yuliang, que pasó tres días en cama aquejada de fiebres y convulsiones. Un día, en plena campaña de supresión y liquidación contrarrevolucionaria, caminaba con su madre bajo un calor sofocante cuando vieron rebelarse a los prisioneros condenados que iban en un camión que los llevaba al campo de ejecución. El intento de fuga de aquellos «enemigos de clase» acabó con todos acribillados por el fuego de los fusiles de los guardias.

No valían medias tintas. O adaptarse o morir y, al igual que el viento confiere al bambú flexibilidad y resistencia, Yuliang se dejó moldear por la vida para sacarle el máximo provecho posible. La militancia feminista y los estudios le habían dado una apertura de miras y una seguridad por encima de las que tenían las jóvenes de su generación. El amargo sendero de desgarradoras luchas contra su propia familia, contra la sociedad y contra las consecuencias de una guerra que nunca fue la suya, dotó de templanza a su díscola personalidad.

El hecho de que Yuliang fuese profesora de cálculo jugó un importante papel a su favor, porque el Gobierno comunista estaba sediento de especialistas. La República Popular se había marcado entre sus prioridades la educación política y la técnica. Con la política pretendía desarrollar la conciencia socialista y antiimperialista. Con la técnica, buscaba la formación de ingenieros, peritos y personal capacitado para emprender una rápida reconstrucción del país, pero faltaban miles de profesores en estas materias. Esto requirió la reestructuración urgente de la enseñanza universitaria, el impulso a las universidades y amplios programas de apoyo a campesinos y obreros para que acudiesen a las aulas. Al mismo tiempo, decenas de miles de especialistas soviéticos cruzaron la frontera para apoyar la reconstrucción del país hermano.

El brillo iridiscente de la espesa cabellera de Yuliang, el atractivo de sus movimientos, la candidez de su sonrisa y el fuego cada día más ardiente de los ojos negros de la profesora de cálculo cuando hablaba con su profesor de matemáticas terminaron por cautivar a Zhou Nan.

—¿Y cómo lo solucionó? ¿Existía el divorcio?

—Mi padre fue un hijo obediente y honesto que, pese a sus inquietudes intelectuales, aceptó a la muchacha analfabeta que sus padres habían elegido para él —explicó Zhou Xin—. Se casaron muy jóvenes. Ella tuvo problemas en el primer parto, una niña, que se agravaron en el segundo, un niño. Cuando con dos años de edad el pequeño se ahogó al tragarse una horquilla, su salud se resistió física y psíquicamente. Era una mujer vulnerable y frágil que dependía totalmente de mi padre y, aunque en China ya existía el divorcio, él tenía claro que nunca se lo pediría.

Una de las primeras leyes de la República Popular fue la del matrimonio, presentada por Mao el primero de mayo de 1950. Con esta normativa pretendía modificar la estructura social de China y captar para su revolución socialista a las mujeres, que jamás en la historia habían gozado de la consideración que les concedía la nueva regulación. Su articulado establecía la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, prohibía la bigamia, el concubinato y los matrimonios entre menores de edad, y permitía el divorcio y que las viudas se volvieran a casar. No obstante, el divorcio, debía concederse si había consenso, y solo se podía obtener sin acuerdo si se daban circunstancias especiales, como enfermedad mental o actividades contrarrevolucionarias.

—¿Y qué hizo para casarse con tu madre?

—Nada. Su esposa murió de pulmonía en 1953. Él tenía cuarenta y un años, y un año y medio más tarde —pocos meses después de la boda de su única hija— se casó con mi madre. Había sido infeliz en su primer matrimonio y el segundo resultó una carrera de obstáculos desde mucho antes de celebrarse.

—Un auténtico romance en tiempos belicosos, un argumento bien aderezado para un guion de película —dije, queriendo quitar dramatismo a la historia.

—En China no eran momentos de romanticismos —me cortó Zhou Xin, dejando claro que no admitía bromas—. Mi madre consideró que la decisión de mi padre de casarse con ella era un acto de heroicidad. En un principio, cuando él se lo pidió, ella se negó porque creyó que lo hacía por compasión, para protegerla puesto que él era un miembro destacado del PCCh.

—¿Orgullo de clase?

—No. Era muy realista y temía que mi padre cayera en desgracia por unirse a una «burguesa». Presintió lo que iba a pasar, aunque ni ella ni nadie pudieron prever la locura en que se sumió el país durante la Gran Revolución Cultural.

HERMANAS DEL ALMA

Aplasté otra colilla en el abarrotado cenicero. El humo de los cigarrillos jugueteaba con la luz de neón del techo. Había optado por quedarse bailando por la habitación en lugar de esfumarse al gélido exterior. Encendí una de las varillas de incienso que compraba en la Tienda de la Amistad y tanto gustaban a mi compañera. El perfume se elevó en volutas sacralizando el ambiente, donde la revelación de Zhou Xin quemaba el escudo protector que la familia había construido tenazmente en torno a su pasado. Mi compañera parecía poseída por una fuerza mayor que el miedo: una devoción filial milenaria que la llevaba a revelar a una extraña detalles íntimos de los suyos con el único fin de romper la maraña de congoja que les apesaba en una ficción de normalidad. Armada del martillo de su voz había comenzado a resquebrajar la mentira, perseguida durante años, de una vida en paz y apostaba por el irresistible riesgo de un futuro distinto.

Los recién casados se fueron a vivir a la habitación de Zhou Nan y la abuela se quedó en la que tenía Yuliang, pero pidieron al departamento correspondiente de la universidad que les cambiara las viviendas por dos cuartos contiguos, lo que consiguieron al año siguiente, cuando Yuliang ya estaba embarazada.

—Pese a las dificultades económicas, el dolor de la separación y el desconocimiento de lo que había sucedido con sus otros hijos, mi abuela trató de ser feliz esos años solo mirando cómo se hinchaba el vientre de mi madre —continuó Zhou Xin.

En febrero de 1957, el matrimonio Zhou tuvo su primera hija, a la que pusieron por nombre Xin, que viene a significar aurora o la que tiene la fuerza de levantarse. No podrían haber elegido otro más acorde al carácter de mi compañera, o tal vez fue la magia del nombre la que hizo un gigante de aquella diminuta niña. Yuliang no cabía en sí de gozo. El instinto maternal, que siempre minusvaloró y colocó por debajo de su pasión por las matemáticas, se desparamó sobre aquella criatura indefensa y, en contra de la mentalidad china tradicional, recibió con alegría a la pequeña sin importarle que no fuese un varón. Tuvo la suerte de que, si el padre se sintió decepcionado, se lo guardó para sí.

La abuela estaba encantada, aunque le habría gustado que el parto se hubiese adelantado un par de semanas, de manera que su nieta hubiese nacido bajo el signo del mono de fuego en lugar del gallo de fuego, que había comenzado a irradiar su influencia el 31 de enero de 1957. El horóscopo era considerado por los comunistas una superchería de tiempos feudales, pero todo el mundo lo seguía consultando en secreto.

—Esta niña va a tener todavía más carácter que tú —le decía a su madre con marcada preocupación—. Su llanto ya revela las características de una vigorosa personalidad tenaz en la persecución del éxito, independiente, motivada y autoritaria. Habrá que buscarle un marido antes de que su temperamento destaque demasiado.

En más de una ocasión, Yuliang se enfrentó a su madre por esos comentarios machistas, pero la mayoría de las veces se guardaba para ella el rechazo para no incrementar el sufrimiento.

Dormida en los brazos de su abuela, la pequeña Xin no sabía de feminismos ni de machismos, ni tampoco que una noche de invierno, muchos años más tarde, estaría contando a la extranjera con la que convivía en la Universidad de Pekín, los detalles de su nacimiento, con los que iría desempolvando la historia de su familia para llenar los huecos que la consumían. Luchadora irredenta, había llegado a la conclusión de que necesitaba conseguir el apoyo de la curiosa española que se había cruzado en su camino, para unir lo que había separado la política. Su propósito era encomendarle encontrar el paradero de los hermanos de su madre.

Mientras tanto, yo ni entendía ni conocía las razones íntimas de la confesión de Zhou Xin, pero conforme iba profundizando en los secretos de la saga me iba sintiendo más ligada a ella.

—Deberías llamarme Pequeña Xin. Sabes ya tanto de mí y de mis orígenes que te has convertido en mi hermana mayor y no tiene sentido que utilices el apellido. Nosotras ya somos familia —dijo de pronto, para mi desconcierto.

—Con lo despistada que soy, si comienzo a llamarte en privado *xiao* Xin se me olvidará volver al formalismo en público. ¿No te sentirás incómoda si digo *xiao* Xin delante de tus amigos?

—No. Me da igual lo que piensen. Además, eres extranjera y se creerán que es porque entre vosotros lo común es utilizar el nombre de pila. Ahora somos hermanas del alma, clamó emocionada en otro arranque de espontaneidad.

—¡Hermanas del alma! Qué término tan bonito y tan curioso. Nunca lo había oído.

Pequeña Xin trastabilló.

—Bueno..., se decía antiguamente. En realidad, es una expresión prohibida. Quiero decir, Be Tice, que siempre serás mi hermana mayor.

—Estupendo. Yo no tengo hermanas, ni menores ni mayores, y creo que he tenido una suerte enorme al haberte encontrado. De ahora en adelante, te llamaré siempre *xiao* Xin. Buenas noches, Pequeña Xin —le dije en español.

Me dormí acunada por la musicalidad que despertaban en mí las tres palabras: «hermanas del alma». Mi subconsciente las fue repitiendo como un eco y mi imaginación me transportó por bosques y castillos medievales, torneos y hazañas de caballeros. A la mañana siguiente, el cúmulo de temas pendientes me hizo echar al cajón del olvido la expresión. No la recordé hasta pasadas unas semanas, cuando me enteré de que la moda de hermanarse había estado muy extendida en la época imperial.

En China existe una tradición milenaria de sociedades secretas que canalizaban el descontento popular ante los problemas políticos o religiosos. Se caracterizaban por su fuerte solidaridad y ayuda mutua, lealtad hacia los objetivos comunes, obediencia incondicional a los líderes y el juramento de guardar las prácticas en secreto. Todas eran cerradas y con un intrincado ritual de iniciación. Algunos historiadores señalan que se formaron antes de la unificación del imperio, aunque la actuación de la más famosa, la Sociedad del Loto Blanco, no se hizo regular hasta el siglo XII. Entre sus muchas gestas, se le atribuye el levantamiento que en 1368 acabó con los mongoles bajo la dirección del monje Chu Yuan-Chang, quien se convirtió en el emperador Hung Wu, fundador de la dinastía Ming.

Entre los siglos XVIII y XX, sin embargo, la organización secreta más extendida fue la Sociedad del Cielo y la Tierra, que establecía la fraternidad entre los miembros, incluido el distintivo de «hermanas del alma». Mao Zedong la prohibió porque se consideraba que había dado origen a otras muchas asociaciones secretas y a las poderosas tríadas, término acuñado por los británicos para identificar a las organizaciones criminales.

FLORES DE ESPINAS

Por la tarde, las nuevas hermanas volvimos a concentrarnos en la memoria familiar.

—Según mi abuela —continuó *xiao Xin*—, mi madre, como madre primeriza y tardía, solo tenía ojos para su bebé. Me dedicaba todas las horas del día, sin fijarse en que el horizonte político se estaba cubriendo con un oscuro nubarrón, que había comenzado a formarse el verano anterior.

Muerto Stalin, la campaña emprendida en 1956 por Nikita Jruschov contra su predecesor desató las iras de Mao. El dirigente chino, que se consideraba el heredero del liderazgo comunista mundial, pensaba que las críticas de Jruschov al estalinismo dañaban la causa del comunismo, jugaban a favor del imperialismo e incluso debilitaban su propia posición, tanto ante su pueblo como ante la comunidad socialista internacional.

El Gran Timonel, que se crecía en las adversidades, decidió poner en marcha un plan para reforzar su dominio y el del partido en el que debían participar todos los intelectuales del país. Bajo el lema «Permitir que cien flores florezcan y que cien escuelas de pensamiento compitan», el llamado Movimiento de las Cien Flores instaba a los intelectuales a denunciar los aspectos negativos de los dirigentes y del PCCh con el supuesto objetivo de cambiarlos, mejorar a todos los niveles y estimular el progreso del país.

El matrimonio Zhou tenía muy buenas relaciones con el decano de ciencias exactas, uno de los escasos invitados a su boda. Natural de Yan'an, el distrito cercano a Xi'an en el que se establecieron los comunistas al final de la Larga Marcha con la que huyeron del Ejército del KMT, el decano era un miembro veterano del partido muy respetado en toda la provincia. Fue uno de los primeros en sumarse a la nueva campaña política. Hizo público un texto con sus críticas a ciertas prácticas y actuaciones del partido y no dudó en pedir a sus amigos que hicieran lo mismo. Yuliang declinó la invitación.

—Antes del parto hablé en la Federación de Mujeres, pero en la universidad me siento más vulnerable y temo que pueda perjudicar a mi esposo. En nuestras circunstancias, creo que es

preferible que yo me abstenga de hacer comentarios públicos. Además, la niña me ocupa todo el tiempo y no me encuentro con fuerzas —contestó al amigo y apreciado decano.

Zhou Nan se sintió obligado a responder al llamamiento de Mao y, aunque nunca tuvo aspiraciones políticas, en las reuniones del partido expresó «con toda sinceridad» sus críticas a la falta de conocimiento y criterio con que actuaban algunos dirigentes. Señaló que no bastaba con ser campesino u obrero para ser un líder comunista, sino que el liderazgo necesitaba ejercerse con sabiduría y a conciencia; con una visión apropiada del mundo, de las relaciones humanas y del sistema de valores con los que distinguir lo correcto de lo erróneo.

Como se temió Yuliang, en el otoño de 1957 se marchitaron todas las «flores» y el poder, irritado y ensoberbecido por las críticas, desató su venganza. Cientos de miles de intelectuales, que creyeron en la honestidad del movimiento y alzaron su voz confiados en que serviría para mejorar el sistema, fueron tildados de «derechistas». Entre ellos se encontraban su esposo y el decano, que fue humillado y degradado, aunque el precio que pagó Zhou Nan fue más alto. Acusado de «desviacionista», fue internado durante dos años en un campo de reeducación por el trabajo.

—Para mi madre fue un golpe brutal —dijo *xiao Xin*—. Lloró noche y día durante semanas. Mi abuela trataba por todos los medios de consolarla y le insistía que se le podía cortar la leche con que me amamantaba.

Yuliang no tenía consuelo. La gran luchadora flaqueó al sentir que la injusticia se cebaba con el hombre más honesto que había conocido. Se vino abajo cuando la privaron de su amado sostén. El llanto ensordecedor de su hija reclamándole atención y la paciencia infinita de su madre fueron el único bálsamo para su desaliento.

—Tres generaciones de mujeres solas en el campo de batalla... Su feminismo debería haberse estimulado —comenté, contagiada del espíritu de supervivencia de la historia.

—Su activismo murió con las represalias sufridas tras la fundación de la República Popular, aunque mantuvo su filiación en la Federación de Mujeres. Ella, que había forjado su pensamiento político de forma independiente frente a su padre y su hermano, que se sentía más cerca de la causa comunista que de la nacionalista, sufrió mucho cuando la insultaron, la humillaron y la echaron, a su madre y a ella, a patadas de su casa. Mi abuela le dijo entonces que era un castigo por haber faltado a los antepasados cuando rechazó casarse, como le exigió su hermano mayor.

—¡Qué injusto! ¿Cómo pudo decirle eso?

—El miedo es un mal consejero. En cualquier caso, a partir de ese momento, mi madre desarrolló el ansia de reconciliación con su hermano —afirmó Pequeña Xin, que, extremadamente cautelosa, seguía sin desvelarme el plan que crecía en su cabeza desde el mismo momento en que le dije que tenía previsto ir a Taiwán durante la Fiesta de la Primavera.

Mao, en lugar de reconocer los errores que le habían expuesto los intelectuales, arremetió contra ellos. Desbocada su megalomanía, puso en marcha otra campaña dirigida a todo el pueblo, con la que pretendía aumentar la productividad agrícola e industrial a través de la creación de las comunas populares, que deberían ser un ejemplo para el mundo. Así, mientras los campos de trabajos forzados se llenaban de los profesores y especialistas que China necesitaba para modernizarse, cientos de millones de campesinos incultos dotados de pico y pala, sin ingenieros ni planos, fueron lanzados a construir gigantescas obras de infraestructura, desde canales de riego a altos hornos.

El Gran Salto Adelante fue un desastre descomunal, un alocado gran salto atrás, en el que nadie hacía lo que sabía, todos se dedicaban a lo que ignoraban y los jefes, como poseídos por un don natural de sabiduría, despreciaban los informes agoreros, inflaban las cifras de cosechas menguantes, manipulaban los datos de la producción industrial y alentaban una urbanización salvaje que arrasaba todo vestigio histórico, incluidas las murallas de Pekín.

El sueño del desarrollo se tornó en una pesadilla, azuzada por las malas condiciones climatológicas. Una tenaz hambruna se ensañó con la población en el invierno de 1959 y volvió con más inquina aún en los de 1960 y 1961. En tres años se llevó por delante a veinticinco millones de personas. En 1960, el Producto Interior Bruto se redujo a un tercio del alcanzado antes de la fatídica campaña.

—Mi padre volvió al final de 1959 y, pese a su aspecto famélico, mi madre se quedó embarazada casi de inmediato. Ya se había declarado la hambruna y todos los esfuerzos de la familia se concentraron en que mi madre se alimentase para que el feto no pasara hambre. A mi padre se le olvidaron todas las penas cuando mi madre dio a luz. Finalmente tenía un hijo varón. —*Xiao Xin* bebió un largo sorbo de té y continuó—: Con la casi totalidad de los alimentos racionados, incluso las verduras, y con las raciones mensuales por persona reducidas a la mitad, mi abuela y mi padre reservaban para mi madre sus porciones de arroz y de habas de soja, que son muy nutritivas y aumentan la leche en las mujeres que están amamantando a sus hijos. Ellos mataban el hambre con maíz y con las cáscaras de habas de soja que normalmente se desechan.

Por todos los rincones de China, los rostros demacrados y el caminar exangüe de la gente revelaban los estragos que el hambre causaba en la población. La soterrada frustración estallaba en explosiones de violencia por una galleta, un trozo de tofu (queso de soja) o un rábano. La guadaña de la inanición segaba vidas en mitad de las calles.

En la casa de Zhou Nan, como en muchas otras, se malvivía con el desasosiego de la malnutrición de los hijos y el temor a que cayeran enfermos.

En la primavera de 1962, cuando la situación comenzaba a estabilizarse, a Yuliang se le retiró la leche y antes de darse cuenta, volvía a estar embarazada. Fue otra niña. Por entonces el Gobierno instaba a tener muchos hijos para levantar el país —«Una boca son dos brazos», dijo Mao—, pero los Zhou pensaron que tres eran más que suficientes y se propusieron no tener más.

EL PEQUEÑO LIBRO ROJO

Al igual que escampa después de la tormenta, la vuelta del campesinado a las tareas agrícolas y la recompensa de generosas cosechas permitieron a la castigada población recuperarse de la hambruna. En la atmósfera, sin embargo, se gestaba un huracán al que no eran ajenas la progresiva militarización de la vida diaria y la preeminencia que el Ejército Popular de Liberación tomaba sobre el PCCh en la dirección del país.

Ascendido a mariscal en 1955, a vicepresidente en 1958 y a ministro de Defensa al año siguiente, Lin Biao se acercaba de forma ostentosa a Mao haciendo de altavoz de los impulsos y de las peregrinas ideas revolucionarias del Gran Timonel. El comandante supremo del EPL aplaudió la indignación de Mao contra Jruschov y la ruptura de la alianza con la Unión Soviética,

que supuso un nuevo golpe para la modernización de China ya que fueron retirados las decenas de miles de expertos soviéticos enviados para ayudar en la reconstrucción del país.

Empeñado en ascender a delfín, Lin Biao capitalizó dos sonoros éxitos militares. El primero, una victoria fulminante en la guerra fronteriza con India, que estalló en 1962 en la región del Himalaya. El segundo fue la entrada de China en el exclusivo club nuclear tras detonar, en octubre de 1964, su primera bomba atómica, que fue fabricada por ingenieros chinos y sin ayuda exterior. La capacidad nuclear reforzó la pretensión de Mao de liderar la revolución proletaria mundial.

Desde que nació su hermanito, *xiao Xin* fue desplazada a dormir con la abuela, que había reducido al mínimo sus salidas a la calle. Su vida transcurría en el cuarto, que abandonaba para ir a las letrinas, para cocinar en el pasillo común y para llevarse a su habitación a los dos nietos menores, cuando los padres se iban a trabajar y dejaban a la mayor en el colegio.

En el baúl de los recuerdos de la abuela quedaron las largas partidas de *mahjong*. Había sido casi una maestra en este juego tradicional chino de ciento cuarenta y cuatro fichas, con el que durante años desafió a sus tres elegantes amigas hasta poco antes de la proclamación de la República Popular. Dos emprendieron el camino del exilio y la tercera, que seguía residiendo en Xi'an, había sido, al igual que ella, despojada de sus bienes. Ambas consideraron, sin decírselo, que mantener su amistad solo agravaría su situación y no volvieron a reunirse, aunque más de una vez se cruzaron en el mercado. La abuela limitó el contacto social a la única actividad al aire libre que practicaba: pasear con los nietos por el campus universitario o llevarles a un parque cercano.

—A mi padre, comunista convencido—continuó *xiao Xin*—, no le gustaba el exagerado culto a la personalidad y el endiosamiento de Mao que impulsaba Lin Biao. Pero su amarga experiencia en el campo de reeducación le había enseñado que no podía fiarse de nadie y solo se atrevía a hacer estos comentarios cuando hablaba con mi madre a solas y en voz baja.

Lin Biao recopiló, en base a los conceptos de tenacidad revolucionaria, sacrificio y autosuficiencia, *Las citas del presidente Mao*, que adoptaron el nombre popular de *El pequeño Libro Rojo*, por su tamaño de apenas doce centímetros de largo y el color de la cubierta de plástico. En Europa, adonde llegó rápidamente convertido en el icono del comunismo chino, lo auténticamente «rojo» era su contenido. Yo lo compré en Francia durante el último verano del régimen franquista. En España estaba prohibido y, por si me registraban los aduaneros, lo escondí en la manga de un jersey, que disimulé entre el resto de la ropa de la maleta. Una vez en Madrid, lo leí con avidez un par de veces y algunas de sus consignas —«Muchos consideran imposible lo que podrían cumplir si se esforzaran»— se me quedaron tan grabadas que aún las recuerdo.

Durante mi primer año en Pekín, muchos estudiantes extranjeros, en un tono más crítico y burlesco que admirativo, invocaron con frecuencia la cita: «Todos los reaccionarios son tigres de papel. Parecen terribles, pero en realidad no son tan poderosos. Es el pueblo quien es realmente poderoso». De igual manera, repetíamos una frase de Mao que no recoge *El Libro Rojo*: «Vivir no consiste en respirar, sino en obrar».

En su tarea propagandista, el ministro de Defensa contó con el apoyo inestimable de Jiang Qing, la cuarta esposa del Gran Timonel, una actriz de segunda fila a la que conoció en Shanghái y cuyo empeño desde que se casó fue dominar el mundo cultural chino. A nadie se le escapó que se sentía minusvalorada y que con sus maquinaciones trataba de corregir el desprecio que le profesaban los intelectuales.

Con *El pequeño Libro Rojo* en la mano, Lin Biao, que Mao acababa de convertir en su delfín, intensificó el adoctrinamiento de los cuatro millones de efectivos del EPL. El mariscal hizo que el Ejército Popular de Liberación sustituyera al partido como columna vertebral del Estado. Mientras tanto, Jiang Qing, al frente de la Banda de los Cuatro, recurrió a los más jóvenes para que defendieran los principios revolucionarios recogidos en las citas del texto. La amante esposa hizo suya la irritación de Mao contra el anquilosamiento del partido, de los burócratas y de los intelectuales, y prendió la mecha del pavoroso incendio revolucionario en que se sumió China en la primavera de 1966.

La Gran Revolución Cultural fue tan caótica, tan irracional, cruel, fanática y homicida, que todavía hoy millones de chinos se despiertan aterrados en mitad de la noche por lo que hicieron, lo que vieron o lo que sufrieron. Cuentan que cuando les resulta difícil conciliar el sueño es porque llegan hasta sus oídos los lamentos de los muertos. Fue una década ominosa que muchos han querido borrar de sus conciencias. Una oscura pesadilla de la que decenas de miles escaparon mediante el suicidio.

—Es difícil imaginar que el alma humana pueda albergar tanta ruindad. Fue todo tan siniestro, tan tenebroso, que no tiene explicación. Llevo grabado a sangre y fuego cada uno de aquellos endemoniados años que pasé aterrorizada cada vez que golpeaban la puerta —afirmó *xiao Xin*.

—Pero ¿qué pasó exactamente en tu familia? —insistí.

—Lo primero que quiero que sepas es que puedo relatarte los detalles del pasado familiar, incluido el que no viví, porque mi abuela y mis padres me lo contaron. Juntos lo analizamos cuando volvimos a reunirnos tras la muerte de Mao. Para mis padres, a quienes profeso un profundo respeto, la amnesia colectiva que ha comenzado a instalarse en China es la amenaza más peligrosa que acecha al país.

—Un filósofo español llamado Jorge Santayana decía que los pueblos que no conocen su historia están obligados a repetirla —le comenté a modo de consuelo.

Pequeña Xin se irguió en el catre, me miró y siguió su relato sin tener en cuenta la interrupción.

—También quiero que entiendas que lo que me mueve a hacerte partícipe de esta historia familiar es la promesa que le hice a mi abuela en su lecho de muerte de que trataría por todos los medios de encontrar a su primogénito. Mi madre, a la que solo permitieron salir del campamento para asistir a la cremación, heredó de mi abuela la obsesión por la reconciliación con su hermano mayor. Y yo, desde que el otro día me dijiste que pretendes viajar a Taiwán, no duermo.

Con los ojos arrasados en lágrimas, Pequeña Xin tomó mis manos.

—Quiero que busques a mis tíos, que me ayudes a encontrarles para que el espíritu de mi abuela descanse en paz y mi madre cumpla con sus deberes filiales.

—No será fácil, pero ten por seguro que voy a remover toda la isla en su búsqueda —contesté, apretando con fuerza las manos de mi compañera.

LA SEPARACIÓN

Pequeña Xin se levantó para ir al baño y tirar las hojas viejas de té. Colocó unas nuevas y volvió a rellenar de agua hirviente las tazas. La noche era límpida y las estrellas parecían tiritar de frío a través de los cristales. En el edificio reinaba el silencio. Los demás estudiantes hacía tiempo que dormían.

—Hubo varias manifestaciones antes de que entraran en mi casa y se llevaran a mis padres. Como te dije cuando hablamos de tu profesor de relaciones internacionales, les hicieron desfilar durante tres días con capirotos y cartones en el pecho y en la espalda. Les escupieron, les insultaron y les patearon. Finalmente, dejaron libre a mi padre, pero a mi madre le hicieron un simulacro de juicio público por «derechista y burguesa» y la condenaron a seis meses de cárcel. Mi padre fue degradado a limpiar letrinas y luego a barrer calles.

—¿Y os dejaban ir a visitarla?

—No. Ni siquiera sabíamos a dónde se la habían llevado. Mi padre intentó localizarla, pero nos moríamos de pánico al pensar que en una de esas búsquedas le apresaran a él también. Nos enteramos de su paradero cuando nos escribió desde el campamento de Heilongjiang, al que la enviaron al salir de prisión, pero no sabíamos en qué condiciones estaba. La carta se limitaba a darnos la dirección y a escribir lo que la propaganda le exigía para enviarla: que estaba contenta sirviendo al presidente Mao y al pueblo.

La Revolución Cultural tenía como objetivo la devolución absoluta del poder a Mao a través de la creación de un nuevo ciudadano, fuerte y libre del confucianismo, el taoísmo y las tradiciones que habían subyugado el pensamiento y aburguesado las ideas. Para dar vida a este hombre nuevo, sin devoción familiar ni ataduras que desviarán su fervor revolucionario, había que luchar sin descanso hasta la erradicación de los llamados «cuatro antiguos»: cultura antigua, costumbres antiguas, usos antiguos y pensamiento antiguo.

Todo lo que oliere a extranjero o a cultura tradicional estaba radicalmente prohibido. Se quemaron libros, partituras, películas y obras de arte. Se arrasaron templos y museos. Se suprimió la ópera de Pekín. El arte y la literatura fueron sometidos al espíritu revolucionario que, de forma coercitiva, impregnaba todo. Durante diez años la población fue idiotizada con ocho óperas revolucionarias, otras tantas películas y una serie de cánticos enaltecedores del Gran Timonel.

Los «guardias rojos», muchos de ellos adolescentes que estudiaban en los institutos de secundaria, alimentaron sus ínfulas revolucionarias atacando a sus profesores, sus compañeros, sus padres, sus vecinos y cualquier otra persona acusada por alguien de deslealtad política al pensamiento de Mao. Las denuncias no se investigaban, simplemente se actuaba contra el denunciado. De todos modos, pronto se enfrentaron entre ellos mismos en un delirio de acusaciones que colocó al país al borde de una nueva guerra civil.

—Sufrimos enormes penalidades, aunque lo que de verdad me hizo perder la inocencia fue la continuada denigración de mi padre. De ese periodo histórico solo me alegra que estallara cuando aún era una niña. Pasé tanto miedo que temblaba con solo mencionar a los «guardias rojos». No llegué a juzgar a mis padres, porque el miedo impidió que calase en mí la propaganda de denunciar a todo el que mostrase una actitud egoísta, contrarrevolucionaria o antisocial.

En la escuela se enseñaba que la piedad filial formaba parte de la filosofía de Confucio, y había que erradicarla. Si los padres o cualquier otro familiar realizaban «actividades contrarrevolucionarias» o no amaban a Mao y al PCCh sobre todas las cosas había que informar de inmediato a un superior o al comité vecinal, o denunciarlo públicamente.

Pequeña Xin se vio obligada a hacer de madre de sus hermanos menores. La abuela no volvió a pisar la calle. Ella llevaba al niño a la escuela, sacaba a la pequeña al parque, recogía las cartillas de racionamiento y hacía la compra. Tenía prohibido hablar con extraños. Era una mujer con cuerpo de niña, pero en cuanto los cambios biológicos hicieron acto de presencia, la abuela le advirtió contra las agresiones sexuales.

—Afortunadamente, la enseñanza primaria no resultó muy afectada por la vorágine de la revolución. Las escuelas funcionaban con normalidad, los maestros enseñaban con dedicación las distintas materias, aunque siempre las aderezaban con alabanzas al régimen para evitar males mayores.

Lo que *xiao* Xin no sabía era que también le iba a tocar hacer de padre. A finales de 1967 destinaron a Zhou Nan a una comuna agrícola del distrito de Yuyang, cerca de Mongolia Interior. El mismo día que se lo comunicaron se presentó voluntario para que le enviaran adonde nadie quería ir, al «gran norte», a Heilongjiang, al campamento donde se encontraba su esposa. El Comité Revolucionario no lo aceptó.

—Yo no entendía por qué se llevaban a mi padre a otro lugar distinto. Por qué se ensañaban separándonos. ¿Qué mano negra ahogaba nuestros destinos? ¿Qué habíamos hecho para merecer tanto castigo? Había momentos en que me sentía más vieja que mi abuela. Me pesaba la responsabilidad y la ignorancia de cómo podía proteger a mis hermanos.

Idénticas o similares preguntas a las que se hacían *xiao* Xin y tantos otros millones de niños y jóvenes martillaron el alma de Yu Luohe hasta que se decidió a hacerlas públicas. A sus veinticinco años, trabajaba como obrero porque no se le había permitido entrar en la universidad por ser hijo de «capitalistas». Yu Luohe publicó en enero de 1967 un ensayo titulado *Antecedentes familiares*, en el que arremetía contra la nueva clase de privilegiados del PCCh que utilizaba la teoría infame de la relación sanguínea para proteger sus intereses. «¿Quiénes son las víctimas de este sistema injusto? Si continúan así las cosas, ¿cuál será la diferencia entre los orígenes familiares y el sistema de castas en India o el ser negro en Estados Unidos...? Todo el mundo, sea cual sea su procedencia de clase, tiene derecho a la igualdad política», afirmaba el valeroso joven.

El texto tuvo una enorme repercusión. En unas semanas se vendieron más de sesenta mil copias en Pekín y más de un millón por todo el país, pero Yu Luohe fue detenido, juzgado, condenado y fusilado en 1970. Era el precio con que se pagaba la disidencia en la Gran Revolución Cultural.

A mediados de 1968, Mao tuvo que dar marcha atrás en su utopía revolucionaria y disolver las formaciones de los «guardias rojos». La mayoría de ellos fueron enviados al campo o a los cuarteles a aprender del EPL. Hacía ya meses que el Ejército se había desplegado para tratar de poner orden en el caos, frenar los enfrentamientos entre las distintas facciones y proteger los centros neurálgicos, como las centrales nucleares o la Ciudad Prohibida, donde fue acuartelada una división para evitar su saqueo y destrucción.

—Las cartas de mis padres comenzaron a llegar con regularidad una vez a la semana. Yo se las leía a mi abuela en voz alta, luego se las dejaba y ella releía las de mi madre una y otra vez. Eran muy simples. Nunca contenían quejas, aunque en las de mi madre se reflejaba a veces la dureza del clima. Contaba como de pasada que ese día hacía treinta y cinco grados centígrados bajo cero o que, cuando soplaban el viento siberiano, se le congelaban las lágrimas del ojo

izquierdo, que siempre le lloraba. Mi abuela, para que mis hermanos no olvidaran a sus padres, les enseñaba las cartas y se inventaba un contenido lleno de afecto y recomendaciones.

La llegada de 1969 trajo una enorme alegría a la familia Zhou. El padre fue autorizado a volver a casa para pasar las fiestas de Año Nuevo. Fueron tres semanas maravillosas. Aunque muy delgado, Zhou Nan se encontraba mucho mejor que en el último año que pasó en Xi'an vejado por los «guardias rojos». Parecía querer recuperar el tiempo que la separación le había robado de estar con sus hijos y por las noches, después de cenar, hacía con los tres distintos juegos de cálculo matemático con varillas, el método utilizado en la antigüedad china, antes de la aparición del ábaco. También quiso que fuesen a dar paseos juntos por la ciudad y les llenó los bolsillos de caramelos.

—La mayoría del tiempo, mi padre llevaba a mi hermanita en brazos y a mi hermano de la mano. Yo andaba orgullosa a su lado. Aquellos días desaparecieron todas nuestras penas, pero cuando volvió a irse, casi fue más doloroso que la primera vez —recordó *xiao* Xin, reprimiendo el temblor que la angustia provocaba en su labio inferior.

El día de la despedida, la tristeza inundaba la casa. Nadie sabía cuándo volverían a verse. La abuela le preparó las empanadillas de carne que a él tanto le gustaban. En la estación, antes de subir al tren, Pequeña Xin quiso abrazarle, pero se contuvo respetuosa, o quizás se contuvieron los dos, porque entonces en China no se solían dar abrazos ni besos, y menos en público. Su madre no la había besado ni una sola vez en la cara, ni su padre tampoco y ella nunca vio a sus padres besarse o tocarse cariñosamente.

Permanecieron en la estación una hora hasta que sonó el silbato y su padre subió al tren. Casi no hablaron, ni se miraron, pero estaban tan juntos el uno del otro que podían sentir el latido acelerado de sus corazones. En el último momento, la mano de *xiao* Xin rozó la de su padre y sus ojos bañados en lágrimas se encontraron.

EL FIN DE UNA ERA

Al mes siguiente, a la abuela se le escapó un grito al escuchar las noticias. China y la Unión Soviética se estaban enfrentando en la frontera del río Ussuri. La abuela no sabía muy bien dónde habían entrado en combate, pero era en la provincia de Heilongjiang, donde Yuliang trabajaba, y temió que, como antes habían hecho los japoneses, los soviéticos avanzaran sobre la región manchú. Los choques se limitaron a dos días, el de la primera emboscada china y otro, un par de semanas más tarde, cuando ambos bandos habían concentrado en la zona decenas de miles de tropas y carros de combate. Los antiguos aliados se enseñaron los dientes, se contuvieron y dejaron desplegados sus soldados por si los necesitaban en otra ocasión.

Pese a ese susto —que sirvió para acercar Pekín a Washington, lo que facilitó que la República Popular ocupase el escaño en el Consejo de Seguridad de la ONU que hasta entonces tuvo la China del Generalísimo Chiang Kai-shek—, la vida diaria recobraba una relativa tranquilidad. No se podía hablar de normalidad porque, en línea con la lógica revolucionaria, aunque absolutamente contraproducente para el futuro del país, el PCCh mantenía trabajando en el campo a los intelectuales (*zhishi fenzi*), es decir, a todos los que tenían un título superior, mientras que campesinos y obreros enseñaban en las universidades.

Pequeña Xin había iniciado la educación secundaria y, como los demás estudiantes, se hizo miembro de la Liga de la Juventud Comunista y comenzó a ir con sus compañeros a una comuna popular para aprender de los campesinos. El adoctrinamiento tenía mucho más peso que antes. Los profesores animaban a los alumnos a estudiar menos ciencias y a servir más al pueblo con trabajos físicos que incluían barrer las calles, limpiar letrinas o arrancar los hierbajos de los campos cercanos.

Entre las actividades que realizaban para elevar su conciencia política y social se encontraba la asistencia a juicios públicos, para los que se instalaban en las plazas plataformas temporales de madera y potentes altavoces. Los criminales y los enemigos de clase eran exhibidos rapados, atados y con unas planchas de madera sobre el pecho y la espalda en las que se inscribían sus delitos: «Violador», «Ladrón», «Contrarrevolucionario», «Asesino». Sus nombres estaban escritos debajo tachados con tinta roja. Después del juicio, unos guardias armados metían en camiones a los condenados a muerte y, antes de llevarlos al campo de ejecución, recorrían lentamente varias calles como advertencia al pueblo.

—No solo aprendíamos de memoria y hasta declamábamos *Las citas del presidente Mao*, sino también el *Diario de Lei Feng*. Algunos instructores llevaban la heroicidad y el sacrificio de este soldado al paroxismo, hasta arrancar las lágrimas de muchos de nosotros —reconoció *xiao Xin*.

Nadie se pronunció sobre la autenticidad del *Diario de Lei Feng*, un soldado muerto en accidente en 1962, a quien la maquinaria propagandista atribuyó un cuaderno de memorias póstumo que revelaba su servicio desinteresado al pueblo y al PCCh. La imagen de Lin Biao había desaparecido de las fotos oficiales, pero su modelo, Lei Feng, con el que pretendió que todo el país marcara el paso del EPL, seguía ocupando el podio de los héroes de la República Popular.

Al principio de 1972, el primer ministro Zhou Enlai tachó al desaparecido exministro de Defensa de «traidor y vende patrias». Lin Biao había muerto meses antes al estrellarse, supuestamente, el avión en que huía a la Unión Soviética después de que su hija denunciara que planeaba atentar contra Mao.

Zhou Nan siguió visitando a la familia cada Año Nuevo, pero el de 1974 fue muy especial. La madre, por primera vez desde su internamiento, obtuvo permiso de viaje y la familia se reunió al completo. Además, el padre llegó con la autorización de reinstalarse en Xi'an; había sido licenciado de su educación campesina.

—Mi abuela, mi madre y yo lloramos el día del reencuentro, pero sobre todo mi madre, que estaba muy nerviosa. Quiso abrazar, arrimar a su regazo a mi hermano, pero la rigidez la paralizó. Sofocando el llanto con un pañuelo, miraba alucinada a cada uno de nosotros tratando de reconocer a sus hijos, sintiendo el peso de tantos años de ausencia.

La dureza del campamento y la soledad habían dejado sus huellas en Yuliang. Su cabello había perdido el brillo y la espesura de antaño, pequeñas arrugas bordeaban sus ojos y dos surcos profundos en torno a la boca diluían su antigua belleza. Cuando Pequeña Xin le preguntó cómo había pasado los años, ella contestó:

—Llevo el pasado grabado en el alma. No ha llegado el momento, pero confío en que algún día podré sentarme a contártelo todo. Ahora basta con que te diga que mi única razón de vivir habéis sido vosotros. Cada día, cada noche, imaginaba la escena de nuestro reencuentro y medía en mi mente los milímetros que habíais crecido.

La abuela tiró la casa por la ventana para la cena de Año Nuevo, un auténtico festín en el que se incluyeron los platos que, según la tradición, debían reportar un futuro de abundancia y felicidad. Entre ellos, una deliciosa carpa con jengibre, *jiaozi* y pollo con guindillas y cacahuets, además de raíces de loto estofadas, ternera con salsa de ostras, cerdo con hongos, verduras rehogadas, arroz y sopa.

Tal vez la abuela presintió que sería la última cena que disfrutarían todos juntos. Lo cierto fue que cuando Yuliang se fue de nuevo al campamento, la salud de la anciana se deterioró considerablemente. El médico dijo que su corazón estaba muy débil y le recetó unas pastillas y una combinación de hierbas de medicina tradicional que debía tomar en infusión antes de acostarse.

—Todas las tardes, a la vuelta de la escuela, compraba dos de los pastelillos favoritos de mi abuela, uno lo rotábamos cada día entre los hermanos y el otro se lo daba a ella con té de *ginseng*, para ver si recuperaba algo de energía. Se cansaba mucho y pasaba largas horas en la cama. Yo me quedaba sentada a su lado hasta que terminaba la merienda y, así, sin proponérselo, comenzó a contarme la tragedia familiar.

La abuela sentía cercana su muerte y le obsesionaba no poder reunirse con su marido. Pensaba que no había hecho lo suficiente por encontrar su cuerpo y darle sepultura para que su alma no estuviese condenada a vagar por el mundo. Además, la ausencia de su primogénito la atenazaba como una losa. Se culpaba de la calamitosa separación con que la castigó el destino. La vida había dejado de interesarle, pero le preocupaba la suerte que correría su espíritu por no haber sabido cumplir sus deberes de madre y esposa.

La revolución se había empeñado en barrer el confucianismo, pero a la hora de enfrentarse con la muerte, en la abuela, y muy posiblemente en la mayoría de los chinos de su generación, las enseñanzas milenarias del maestro tenían mucho más peso que todo el adoctrinamiento marxista-leninista y del pensamiento de Mao Zedong.

Días antes del Año Nuevo de 1975, Yuliang recibió un telegrama que le comunicaba el fallecimiento de su madre. En el campamento la autorizaron a asistir al funeral y se quedó más de un mes en casa. Un año más tarde, como la mayoría de los represaliados, regresaría definitivamente. Pequeña Xin, por el contrario, fue enviada, en el verano de 1975, a una comuna popular y solo se le permitió abandonar definitivamente el campo cinco años después.

El primer ministro Zhou Enlai había muerto en enero de ese año y el presidente Mao, muy debilitado, sufrió en junio otro infarto, que fue empeorando su estado físico hasta que el 9 de septiembre de 1976 exhaló su último suspiro. Los chamanes contaban en secreto que su muerte la había anunciado el 28 de julio un devastador terremoto que redujo a escombros la ciudad de Tangshan y segó la vida de doscientas cuarenta mil personas. Ese mismo mes también murió el fundador del EPL, el mariscal Zhu De. La era de la gran revolución proletaria tocaba a su fin.

En la noche del 6 de octubre, la convocatoria de una reunión urgente del Politburó del PCCh permitió apresar sin disparar un tiro a Jiang Qing. Sus tres compinches de la Banda de los Cuatro fueron detenidos al mismo tiempo que, en otras operaciones, caían algunos colaboradores muy cercanos. Manifestaciones improvisadas, escenas de alegría y otras celebraciones se sucedieron en muchas ciudades cuando se hizo pública la noticia.

LA CARTA

UNA MISIÓN ARRIESGADA

Las dos amigas teníamos la sensación de habernos convertido en vasos comunicantes. La pócima de secretos, afecciones y dolores había liberado a una y llenado a la otra. Los últimos tres días habían sido demasiado intensos para ambas. Pese al cansancio, el sueño reparador que fulmina como un rayo a niños y jóvenes no me condujo más que a un duermevela en el que las imágenes se confundían y no lograba destacar la que quería. De madrugada, habíamos dado por terminada la historia que debía conocer antes de comprometerme a buscar a Fei Qi, el tío de mi compañera. De él solo sabíamos con certeza que, cuando abandonó Chongqing camino de Taiwán, en 1949, era comandante del Ejército nacionalista de Chiang Kai-shek.

Amodorrada en mi cama, sentía desfilar por mi almohada la saga de *xiao Xin* y me preguntaba cómo podría calmar el espíritu de la abuela y satisfacer las ansias de reconciliación de la madre con su hermano mayor. Apenas faltaban diez días para que comenzaran las vacaciones y ni siquiera estaba segura de obtener el visado de entrada. Pensé que tal vez me había precipitado al decir que me iba a Taiwán, o que simplemente me abrumaba la misión que había aceptado.

—Tenemos que ponernos manos a la obra —le dije a Pequeña Xin en cuanto oí su despertador—. Yo me voy a la embajada de España a ver si consigo otro pasaporte. Me da miedo que con los visados de China que tengo no me dejen volar a Taipéi.

—Yo he decidido que se lo voy a contar a mi madre —respondió *xiao Xin*, dando muestras de que su cabeza tampoco había descansado un minuto—. Voy a llamar al teléfono público para que la avisen y vaya a las seis de la tarde. Le voy a decir a la encargada que tengo que hablar con mi madre sobre el billete de tren para el Año Nuevo. Puesto que le explico la razón de la llamada y es la hora de la cena, evitaré que esté espiando.

—¿No te estarás precipitando? ¿Y si no consigo el visado?

—Mala suerte... Tengo que hablar hoy con ella porque querrá que te llesves una carta suya, y tiene que escribirla, enviarla y yo recibirla. No hay tiempo.

—Ojalá lo logremos —exclamé con un suspiro.

Tomé uno de esos motocarros de tres ruedas que los chinos llaman *sanlunche*. Aunque dando botes, circulaban con rapidez por todo Pekín y costaban la mitad que los taxis. La embajada estaba, y continúa, situada en el barrio diplomático de Sanlitun, en el centro de la capital, a media hora en coche de la universidad, pero si iba en autobús necesitaría el triple de tiempo.

—Tu pasaporte está perfectamente en regla. Según el tratado vigente entre España y Taiwán, no te pueden negar la entrada. No hay ninguna necesidad de cambiar tu documento —me explicó el diplomático, haciendo caso omiso de mis argumentos.

—Pero puede acarrear problemas el ser estudiante en la República Popular —insistí.

—No podemos hacer nada. No hay motivo para emitir otro pasaporte —contestó el cónsul, un experto en dar la mano sin darla, zanjando la cuestión.

No me quedé tranquila con la respuesta, pero tuve que aceptarla. Recogí la asignación de mi beca correspondiente a enero y pedí que me diera por adelantado la de febrero. Era una práctica inusual, pero lo aceptaron.

De allí, me fui a la Tienda de la Amistad a cambiar parte de los dólares a yuanes y a enterarme del horario de los trenes a Cantón. Me interesaba tomar uno de los que salían de Pekín por la noche. Se tardaba casi un día y medio en recorrer los dos mil trescientos kilómetros que separan la capital de China de la de la sureña provincia de Guangdong y quería cruzar la frontera por la mañana.

Ya se había inaugurado el tren directo desde Cantón a la colonia británica de Hong Kong, pero era muy caro. Prefería hacerlo como el año anterior; en un tren comarcal hasta la frontera; luego a pie con la maleta para pasar el control del equipaje y del pasaporte, y finalmente otra pequeña caminata hasta subir al ferrocarril de cercanías británico. Era un trámite lento, pero, si todo iba bien, me daría tiempo a llegar a la oficina de representación de Taiwán antes de que cerraran. Quería solicitar el visado lo antes posible, porque no sabía cuánto tardaban en darlo.

Cuando regresé a la residencia y abrí la puerta de la habitación, una amplia sonrisa iluminaba la cara de *xiao* Xin.

—Mi madre se ha quedado sin habla. Por el auricular sentía los latidos de su corazón. Me ha dicho que esta misma noche se pondría a escribir la carta.

—¡Qué suerte! A mí solo me han tendido una mano sin estrechármela y me han soltado una ristra de formalidades —respondí con hastío.

—Tuve una idea extraordinaria al llamarla a la hora de la cena. La funcionaria estaba cocinando y dio prioridad al estómago sobre la rutina de enterarse de las conversaciones.

—¿Y por qué lo hacen?

—Tanto por aburrimiento como para encontrar algo denunciabile con lo que engrandecer su hoja de servicios al partido.

—Es insoportable.

—No pongas esa cara. ¿Qué te importan sus chismorreos? Tú siempre eres optimista.

—Sí, pero no soporto las mezquindades. En fin, no vamos a angustiarnos al principio del camino. Vayamos paso a paso. Mañana solicitaré a los responsables el permiso de salida de China y las autorizaciones para visitar Cantón, y las provincias sureñas de Yunnan y Guangxi, que me dejo como alternativa por si falla Taiwán. Incluso puede que me dé tiempo a ir después.

El peso de la tarea que habíamos asumido actuaba sobre nuestro sentido de la responsabilidad invirtiendo los papeles que jugábamos en nuestra relación. Sin propósito ni conciencia, yo adoptaba el racionalismo y la suspicacia de mi compañera y ella, mi voluntad y optimismo para fortalecer la lucha por el objetivo y continuar en la misma amalgama de luces y sombras que guiaba nuestra amistad.

Puesta en marcha la locomotora del viaje, los días transcurrían con una calma tensa que buscaba refugio en la naturaleza. Una tarde me pasé horas viendo cómo la nieve formaba en las ramas de los árboles pelados montículos blancos que iluminaban el gris de los edificios.

Aún no había pasado una semana cuando Pequeña Xin entró como un ciclón en la habitación. Echó el cerrojo, abrió la cartera y sacó triunfante dos cartas. Se las acababa de dar una de las vigilantes, que también se encargaban de repartir el correo.

Dentro de cada uno de los sobres y envuelto en un folio escrito para no despertar sospechas, había otro sobre. En uno ponía el nombre del hermano mayor, en otro el de la hermana menor. Estaban cerrados y sin remite.

—Guárdalas bien. Si no encuentras a mis tíos, rompe las cartas antes de volver —me pidió.

—¿Qué diría Julio Verne de esta misión? —bromeé, cogiéndolas—. Voy a ensombrecer a Miguel Strogoff.

Como eran tres semanas de vacaciones, tenía seleccionados tres libros para que me acompañaran en el trayecto. Tomé uno de ellos, lo forré con hojas de una revista española y metí los sobres bajo la cubierta, que sujeté muy bien con papel celo.

—Así van seguras —señalé satisfecha.

Tras las largas noches de confesiones, nos dimos una tregua para preparar los exámenes que nos faltaban. Las dos sentíamos que íbamos a bordo del mismo barco en un mar embravecido. No podíamos distraernos. Era hora de estudiar y de ultimar con sumo detalle los preparativos de nuestros respectivos viajes. *Xiao Xin* volvía a casa y yo me lanzaba a la aventura, mi afición favorita, con el mapa del tesoro escondido en la cubierta de un libro.

A las diez cincuenta y cinco de la noche del 23 de enero de 1981, arrancó de la estación de Pekín el tren con destino a Cantón. Estaba tan cansada, que me dormí nada más tumbarme en la litera. Estaba disgustada porque esa mañana había pasado el examen de Lengua China y mi abotargada cabeza tuvo serias dificultades para encontrar los antónimos que pedían. Era la parte que más puntuaba.

Cuando me desperté a eso de las siete de la mañana, caía una fuerte nevada. El tren avanzaba con lentitud por el inmenso manto blanco. Llegamos a Wuhan, que se encuentra a mitad de camino, con dos horas de retraso, pero la nieve seguía consolidando su espesor sobre las vías y nos vimos forzados a permanecer inmóviles en la estación otras tres horas. ¿Sería un guiño del destino? Lamenté no tener a mi lado el *Yi Jing* para que me diera una respuesta. Invertí el tiempo en repasar la saga familiar de quien había sido el rey del acero de la ciudad en que estaba atascada. Cerré los ojos y las imágenes volaban a mí como hojas caídas de un árbol.

La abuela de Pequeña Xin me sonreía. Llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza que descansaba sobre su hombro. ¡Qué dientes tan bonitos! ¡Qué ojos negros como el azabache! Lucía un vestido de seda bordado en verde y oro. Me miraba y me ofrecía unos *jiaozi* humeantes. No sabía si estaba soñando, pero el tren arrancó y la imagen se desvaneció.

Era casi de noche cuando alcanzamos la estación de Cantón. Después de dos días de viaje, la mejor solución era buscar un hotel. Madrugaría para realizar los trámites fronterizos y abordar descansada los avatares que me deparaba el nuevo día. La intriga se alargaba.

TAIWÁN

En el consulado de Taiwán no había ningún otro demandante de visado. El funcionario que me atendió se mostró encantado con las mentiras que le conté sobre que estudiaba chino en España y

que estaba interesada en conocer el sistema de enseñanza taiwanés. Mientras, yo contenía la respiración y le entregaba el pasaporte abierto por la página de mis datos. En las siguientes estaban los visados de la República Popular, incluido el que acababan de concederme para volver al país en un plazo máximo de tres semanas. El funcionario cogió el documento y el formulario, cotejó lo que aparecía en uno y otro, metió este último entre las hojas del pasaporte y lo cerró. No se molestó en más averiguaciones.

Alzó la cabeza y me dijo con una media sonrisa:

—Necesita un billete de ida y vuelta cerrado.

—¡Oh, qué contrariedad! ¿Sabe dónde puedo comprarlo ahora?

—Tiene una agencia de viajes cruzando la calle; si me lo trae antes de que cierre la oficina, puede recoger el visado mañana.

Me encaminé a la agencia y en pocos minutos me asignaron una plaza en un vuelo que salía dos días más tarde. Feliz de la vida, volví al consulado con el billete en la mano. ¡Primer obstáculo superado! Había sido mucho más fácil que lo imaginado. Sin embargo, cuando regresé a la mañana siguiente, el humor del diplomático había cambiado.

—Me ha mentado —me espetó—. Usted está en la China comunista.

—Bueno, yo... —balbuceé.

—No me diga nada. Le hemos dado el visado porque es usted española y así lo estipula el acuerdo entre nuestros países, pero en cuanto llegue a Taipéi tendrá que explicar mejor los motivos de su visita.

No supe qué decir. Cogí mi pasaporte y salí de la oficina más pálida que un muerto.

Iba a comer con un compañero australiano de la Universidad de Pekín que, por casualidad, me había encontrado en la agencia de viajes. Habíamos quedado en *quemar* Hong Kong en el día que tenía antes de emprender vuelo hacia lo desconocido.

El australiano resultó estar muy bien relacionado y aquella noche convocó a varios amigos hongkoneses para que me contasen cómo andaba la situación en Taiwán. La cena fue un cóctel de humor y de cinismo británicos, salpimentado con toques coloniales. Las palabras del cónsul suscitaron cientos de hilarantes historias sobre lo que me iba a suceder al aterrizar en Taipéi. Resultó divertidísima, pero nada tranquilizadora. Era evidente que entre los comensales el régimen taiwanés gozaba de casi tan pocas simpatías como el de Pekín.

—Te escapaste de las mazmorras de Franco, pero te aguardan las de Chiang Kai-shek. Su policía secreta está especializada en buscar espías comunistas. Cuando llegó a la isla, en 1949, los veía por todas partes y metió entre rejas a más de ciento cuarenta mil nativos sin dejarles rechistar —aseguró en *bromiserio* el hijo de un empresario de Shanghái, huido a Hong Kong meses antes de la proclamación de la República Popular.

—Tienes mucha suerte, Beatriz. Te vas a liberar de comer *baicai* todos los días. Estoy pensando en acompañarte —añadió el australiano, entre las carcajadas de todos.

Nacida de pie, conocí durante el registro para el vuelo a Taipéi a una pareja mexicana de unos cuarenta años. Nos sentaron juntos en el avión y, como eran buenos conversadores, no dejamos de hablar en todo el vuelo. Para la esposa, al igual que para mí, era la primera visita a Taiwán, pero el hombre ya había estado varias veces porque tenía un negocio de importación de juguetes e iba con cierta frecuencia a seleccionar la mercancía que le interesaba.

—Uno se ve estúpido por no entender nada. A veces siento que el intérprete traduce lo que le da la gana; otras pienso que está compinchado con mi socio chino, y la mayoría, que se lleva una buena tajada del negocio, aparte de su sueldo de intérprete —comentó el empresario al ofrecerme una habitación en el mismo hotel de cinco estrellas donde tenían previsto alojarse ellos, si asistía a las negociaciones y le informaba después en detalle de lo que se había hablado en chino.

—Si no me devuelven a Hong Kong, estaré encantada de haceros de intérprete los dos primeros días —respondí, después de contarles mis inseguridades por el hecho de vivir en Pekín—. La verdad es que en el consulado me metieron el miedo en el cuerpo y me sentiré más arropada si salimos juntos.

—Nos vienen a buscar y si hay problemas, nos ayudarán. No te preocupes. No vamos a dejarles que te hagan nada hostil. Somos *cuates*. Nos compincharemos —añadió el empresario, chocando las palmas.

No hizo falta ninguna ayuda. Llegados al aeropuerto, pasé el control sin percance alguno. Nadie me preguntó nada.

Las negociaciones comerciales fueron también como la seda. La intérprete que asignaron a los mexicanos resultó ser una chica encantadora, que estaba terminando su tesis en Literatura Hispánica y no parecía buscar más lucro que lo que le correspondía por su trabajo.

—No hay nada raro en las traducciones. Puedes estar tranquilo. Creo que no me necesitáis. Mañana mismo me iré al albergue —les anuncié después de la cena.

—Beatriz, si no te importa, quédate otro día con nosotros como habíamos hablado. Mañana tendremos la negociación más importante.

Y esa mañana cundió el pánico. No por las conversaciones, sino por el fuerte terremoto que sacudió Taipéi. Fue de 6,5 de magnitud en la escala de Richter, el más fuerte de la última década. Ocurrió después de tres largas horas de negociaciones, que fueron un suplicio para la mexicana, que ni entendía ni le interesaba lo que se estaba tratando, y para mí. De pronto, el edificio comenzó a temblar, mientras libros y carpetas se caían de los estantes. Los taiwaneses apenas se inmutaron, pero nosotros tres salimos por piernas escaleras abajo. La sesión de trabajo quedó interrumpida hasta después del almuerzo. La esposa del empresario se agarró de mi brazo y no lo soltó el resto del día.

Taipéi, pese a estar toda levantada por la construcción del metro, era una ciudad moderna, agradable y cosmopolita, aunque sin perder sus esencias chinas. Los rascacielos formaban parte de la remodelación urbanística, pero en sus formas se adivinaba que los arquitectos habían recurrido al *feng shui* para garantizar el bienestar de los habitantes. Este principio filosófico de origen taoísta apoya su técnica en la ocupación consciente y armónica del espacio, en base a los cambios naturales que le afectan, como el clima y los astros. El *feng shui*, al igual que cualquier otro arte adivinatorio, estaba prohibido en la República Popular, aunque de puertas para dentro la gente seguía colocando sus ventanas y muebles de acuerdo a este principio de la geomancia.

Con la ayuda de Estados Unidos y gracias a la innata laboriosidad de los chinos, Taiwán se había convertido en uno de los «tigres asiáticos» que, junto con Hong Kong, Singapur y Corea del Sur, tenían las economías más dinámicas del mundo. El despegue de los cuatro se produjo al principio de la década de los setenta, cuando sus manufacturas, orientadas a la exportación, penetraron en los mercados de la mayoría de los países, amparadas en el bajo coste y la cantidad. La diferencia del nivel de vida entre comunistas y nacionalistas era descomunal.

A la mañana siguiente, me despedí de los mexicanos y me instalé en un albergue que me indicó la intérprete, a la que había puesto al corriente de la tragedia de mi compañera de habitación y le había pedido que me ayudara a buscar a su familia. La joven alucinó con la historia y aceptó el encargo sin titubeos. Quedamos en reunirnos esa noche.

—Creo que podrías preguntar en el Ministerio de Defensa. Tal vez tengan un listado de los miembros de las Fuerzas Armadas, aunque el tío de *xiao* Xin quizá esté ya en la reserva o jubilado —le sugerí.

—No, pienso que es mejor que empecemos por la compañía telefónica —respondió la intérprete.

—Pero así será imposible. Taiwán tiene casi dieciocho millones de habitantes —protesté.

—Sí, pero el apellido Fei con ese carácter no es muy común. Además, si vinieron con Chiang Kai-shek, lo lógico es que vivan en Taipéi. Si no tenemos suerte, pediré a la telefónica que revisen los abonados de Kaohsiung, que es la otra gran ciudad de la isla. Si también falla, tengo un amigo que es hijo de militares. Le pediré que nos ayude. Si pregunto por mi cuenta en Defensa, seguro que nos topamos con problemas.

—Me has convencido. Adelante.

Problemas era lo único que yo no quería. Mi llegada había coincidido con la emisión en Pekín del veredicto de culpabilidad y las condenas a muerte de la viuda de Mao Zedong y de otro de los miembros de la Banda de los Cuatro. Las portadas de los diarios de la «isla rebelde» publicaron a toda página una carta abierta del presidente en la que afirmaba que no era bastante con la ejecución de dos comunistas, sino que había que matarlos a todos. El hijo del Generalísimo Chiang Kai-shek instaba a la población a prepararse para reconquistar el continente. La carta estaba colgada por todo Taipéi, lo que no era muy tranquilizador.

Chiang Ching-kuo no gozaba del prestigio de su padre, pero pese a ello heredó la dirección del KMT, el partido único que gobernaba la isla. Tres años antes de que el Generalísimo muriera, en 1975, el hijo ocupaba la jefatura del Gobierno y al cumplirse los cinco del mandato, fue designado presidente por la Asamblea Nacional, cuyos diputados seguían siendo los miembros del KMT electos en plena guerra civil, antes de que se vieran obligados a cruzar el estrecho para salvar la vida.

Pese a mi primera incredulidad, los hados me volvieron a sonreír. La compañía telefónica tenía registrados a varios abonados en Taipéi con el apellido Fei, pero solo dos cuyo nombre de pila fuese Qi. La intérprete tomó nota de los dos números.

—¿Quién llama tú o yo? —me preguntó, exhibiendo los números como un trofeo.

—Mejor tú. Ya sabes... —le dije nerviosa—. El hombre que buscamos es un militar procedente de Wuhan de unos sesenta años.

La joven marcó el primer número, se identificó y, conforme hablaba con la mujer que atendió la llamada, se hizo evidente que habíamos dado en el clavo: era la cuñada de Yuliang, esposa del patriarca familiar. Cuando me pasó el teléfono, la emoción se palpaba a través de la línea y nos hacía balbucear a las dos. Nos citamos a las diez de la mañana del día siguiente en la cafetería del albergue.

EL AÑO NUEVO

Rompí con sumo cuidado el forro del libro y saqué las cartas ocultas de Yuliang. A la cita no solo se presentaron Fei Qi y su esposa, sino también el resto de la familia: diez personas, con el rostro casi desencajado por la ansiedad y la excitación acumuladas durante treinta y tres años.

Nada más verme, la hermana menor de Yuliang se abalanzó sobre mí.

—¿Vive aún mi madre? —me preguntó antes incluso de presentarse.

Todos me miraron en medio de un silencio ensordecedor, en el que mi voz no quería salir de la garganta.

—No. Lo siento muchísimo —contesté con un débil susurro, mientras abría el bolso, sacaba las cartas y se las entregaba.

La tía de Pequeña Xin se abrazó a su hija llorando. La emoción se desbordó y las mujeres dieron rienda suelta al llanto, que tampoco yo pude reprimir. Los hombres mantuvieron el tipo, aunque Fei Qi tuvo que enjugarse con un pañuelo las lágrimas que rodaban rebeldes por sus mejillas ajenas al esfuerzo por contenerlas.

Superada la conmoción de los primeros momentos, se desató la curiosidad de todos. Las cartas se guardaron para leerlas en privado, y la tía propuso que fuéramos a su casa para poder charlar con calma y sin testigos. Cuando salíamos me preguntó:

—¿Cuántos días vas a quedarte en Taipéi?

—Otros dos más. Después tengo previsto irme al sur con una amiga taiwanesa, la chica que me ayudó a encontraros.

—¿Por qué no te vienes entonces a pasar estos días con nosotros? Mañana es Año Nuevo y esta noche nos reunimos a cenar todos juntos. Nos encantaría que nos acompañaras.

—Puedes quedarte en nuestra casa —intervino Fei Qi—. Tenemos mucho sitio. Estamos los dos solos. Nuestro hijo mayor vive en Estados Unidos y nuestras hijas y sus maridos —afirmó, apuntando con la mano vuelta hacia ellas— tienen sus propios hogares.

—Sí, mejor —dijo la tía sin dejarme contestar—. Mañana a primera hora tengo que llevar al aeropuerto a este hijo mío y a su esposa, que han venido a vernos y regresan a la isla francesa de Reunión, donde viven.

—Muchas gracias. No tienen que preocuparse, estoy muy bien aquí —repuse finalmente.

—Nada, nada. Recoge tus cosas. Eres nuestra invitada. Te esperamos —añadió imperativa la tía.

Volví a meter en la maleta ropa y enseres, liquidé la cuenta del albergue y reaparecí en la cafetería dispuesta a partir con la familia de *xiao* Xin.

—Sube a nuestro coche, que ellos nos siguen. Vamos primero a mi casa a tomar un té. No queda lejos, pero el tráfico está muy congestionado, por las fiestas —ordenó la tía, que aunque sin los galones de coronel de su hermano, mandaba bastante más que él.

Pensé en mi compañera de habitación y en su madre, Yuliang. Estaba claro que las mujeres de la familia eran todo un carácter. Me pregunté cómo habría baqueteado la vida a aquella muchacha que aceptó casarse con un funcionario del KMT, quien, por cierto, asistía sin pronunciar palabra al reencuentro de su esposa con el pasado.

Durante la media hora del trayecto hasta el piso, la tía no dejó de asañarme con una batería interminable de preguntas, algunas de las cuales se repitieron poco después cuando se reunieron

todos de nuevo en el amplio salón de la vivienda. A veces, estaban tan sesgadas por la propaganda anticomunista del KMT que resultaban cómicas.

Taiwán vivía bajo la ley marcial desde que el Gobierno nacionalista se instaló en la isla en 1949. No había libertad de prensa y, tanto lo que difundía la maquinaria gubernamental de Taipéi sobre el régimen de Pekín, como a la inversa, eran una sarta de mentiras. Instalados en el sectarismo, los habitantes de uno y otro lado del estrecho de Taiwán estaban forzados a vivir en la ignorancia, no solo sobre la situación real en la *otra China*, sino también, lo que era aún más grave, sobre lo que había ocurrido con sus seres queridos.

Las dos Chinas permanecían en estado de guerra y entre ellas no existía ninguna vía de comunicación, ni postal, ni telefónica, ni de transporte. En la década de los cincuenta, Mao Zedong trató en dos ocasiones de arrancar a los nacionalistas los islotes de Jinmen y Matsu, que se encuentran a unas cien millas marinas de Taiwán y a solo dos o tres del continente. El Pentágono se volcó en apoyar a su aliado y los comunistas desistieron de su intento.

Aparte de norteamericanos, a Taiwán viajaban pocos occidentales y la presencia de una española constituía de por sí un acontecimiento. En el restaurante donde comimos trataron de atiborrarme, convencidos de que en Pekín apenas era capaz de saciar el hambre.

Fei Qi y su mujer se ofrecieron para enseñarme el Museo del Palacio Nacional, que alberga una de las colecciones de arte chino más bellas del mundo. Muchas de sus piezas pertenecían al tesoro de los emperadores, que Chiang Kai-shek sacó de la Ciudad Prohibida para protegerlas ante la eventual toma de Pekín por las tropas japonesas. Posteriormente, cuando los nacionalistas empezaron a temer una derrota, se las llevaron a Taiwán. Viniendo de China, donde los museos eran poco más que una serie de sucias estanterías repletas de piezas sin orden ni concierto, me recreé en la magnífica y bien organizada exhibición de Taipéi.

La casa de Fei Qi formaba parte de una hilera de viviendas bajas y destartaladas que el plan de urbanización de la ciudad había condenado a muerte para dar paso a una moderna zona de edificios de uso residencial y de servicios.

—Disculpa el estado ruinoso, pero nos mudamos el mes que viene a un hermoso piso que ya hemos comprado —me dijo al mostrarme el dormitorio de paredes desconchadas, pero limpio, en el que depositó mi maleta.

La hora de la cena se aproximaba. Hacia las siete apareció una hija con el marido. Traían dos bolsitas de seda. En una de ellas había un pequeño colgante de plata para mí, y en la otra, unos pendientes para Pequeña Xin. Cuando, una hora más tarde, llegó la hija menor con su flamante esposo —llevaban solo seis meses casados—, ya estaba la mesa puesta y en el exterior había comenzado el bombardeo de petardos propio de las celebraciones chinas.

Primero, se sirvieron múltiples aperitivos fríos. Luego fueron llegando las verduras, el pescado y el arroz. Había que comer lentamente, porque la tradición mandaba que la cena se prolongara más allá de la medianoche, hasta después de espantar a los malos espíritus con el sonido ensordecedor del estallido de la pólvora.

Cuando, poco antes de las doce, salimos a la calle miles de cohetes encendieron el cielo. Sobre nuestras cabezas llovieron estrellas de colores como extrañas flores celestiales, que convirtieron los árboles en siluetas parpadeantes.

Los Fei y yo también explotamos petardos y lanzamos al cielo farolillos de papel rojo iluminados por un diminuto fuego interior que, como incandescentes pompas de jabón, bailaban en

el aire llenando la noche de su magia y de sus deseos de felicidad y prosperidad. Cuando las lanternas y el ruido se extinguieron y estuvieron seguros de que no quedaba ni un solo demonio en el barrio, entramos en la casa. Aún faltaba terminar el ágape con los típicos *jiaozi* de carne de cerdo y col. Aunque pueden tener distintos rellenos, en Año Nuevo se comen los tradicionales para que traigan salud y abundancia de bienes.

Me retiré a dormir pasadas las dos la madrugada. Estaba exhausta: tantas emociones, tantas preguntas que responder...

Me impresionó sobremanera percibir en Fei Qi el mismo sentimiento de culpabilidad por la división de la familia que el que sufrió hasta su muerte la abuela de Pequeña Xin. Se castigaba porque él era el primogénito y, al abandonar a su madre y a su hermana, había traicionado a su padre muerto. Había cumplido su deber de militar, que le exigió seguir al Generalísimo de los ejércitos del KMT, pero se había olvidado de la piedad filial.

Era fácil vislumbrar el dolor en los surcos del rostro del coronel en la reserva. El sufrimiento por su familia los había cincelado a fuego. Durante décadas Fei Qi trató de esquivar las referencias a un traumático pasado que había llenado de fantasmas sus noches de insomnio. Y de pronto, el pasado se presentaba en forma de carta de las manos de una mensajera extranjera. Luchar por la patria se ajustaba a sus principios, pero la tremenda radicalización del régimen al instalarse en Taiwán sembró de dudas su lealtad.

La década de los cincuenta fue especialmente dura. A la brutal campaña de la policía secreta contra los nativos de la isla, conocida como «terror blanco», se sumó la desconfianza hacia quienes habían cruzado el estrecho, incluidos los militares, después del frustrado intento de golpe de Estado contra Chiang Kai-shek orquestado por la CIA en 1955. Washington se había cansado del empeño de su aliado por reconquistar China y la Agencia Central de Inteligencia ayudó al golpista que pretendía declarar la independencia de la isla. La amenaza continua de invasión por parte de Pekín no hizo más que agravar la situación.

De las diez personas que habían acudido a recibirme, Fei Qi era sin duda el más afectado por el abismo abierto entre las dos Chinas. No pudo soportar el culto a la personalidad impuesto por el Generalísimo y antes que convertirse en uno de sus generales, optó por pasar a la reserva. El militar reaccionario, que reprendió a Yuliang por no haber aceptado un matrimonio de conveniencia, era en 1981 un civil vapuleado por la vida.

LA DESPEDIDA

Caí en la cama como un tronco fulminado por un rayo y, cuando a la mañana siguiente comenzó a sonar el teléfono de la vivienda, no sabía siquiera dónde estaba. Las felicitaciones del Año Nuevo y las explosiones de petardos me devolvieron de golpe a la realidad.

La hija de Fei Qi, que se había comprometido a enseñarme la ciudad, llegó temprano, y tras un sabroso desayuno a base de frutas —las echaba mucho de menos en Pekín, donde llevaba un año y medio atada a la monotonía de peras y manzanas—, nos fuimos al Museo Nacional de Historia.

Para mi sorpresa, gran parte de la extraordinaria colección de bronce antiguos que se exhibían pertenecía a la excavación de 1927 en las grutas de Longmen, cercanas a la antigua

capital de Luoyang, una de las cinco ciudades que visité en mi primer viaje por China, el periplo que determinó mi voluntad de seguir estudiando una civilización que me fascinaba desde la adolescencia. Le conté a mi acompañante que había visitado esas grutas, cuyas paredes fueron esculpidas con unos cien mil budas de todos los tamaños, formas y expresiones y traté de describirle cómo era la montaña elegida por los monjes para horadar sus faldas con centenares de cuevas en las que plasmar su religiosidad.

La prima de Pequeña Xin escuchaba absorta las descripciones, con las pupilas dilatadas por el asombro. Parecía mirar los bronceos, pero se había dejado llevar por la magia de un paisaje bañado por las aguas del río Yi, la fuerza de la historia y el fervor con que miles de hombres a lo largo de siete siglos modelaron la pared rocosa y policromaron las grutas sagradas.

Tras el almuerzo, visitamos el mausoleo de Chiang Kai-shek, situado en una zona muy hermosa y tranquila de la capital, de amplias calles arboladas y casas de la época del dominio japonés. Me recordó, tanto por el estilo como por la combinación de los tonos blancos y azules, al de Sun Yat-sen, construido al final de la década de los veinte en Nanjing, que entonces era la capital de China. Como líder de la revolución que puso fin a la dinastía Qing, Sun Yat-sen seguía siendo el único político respetado por nacionalistas y comunistas. El parecido entre ambos mausoleos seguro que no era casual.

Deambulamos por el corazón comercial de Taipéi, pero todas las tiendas estaban cerradas por el Año Nuevo. Agotadas, volvimos a la casa, donde había vuelto a reunirse la familia.

—Beatriz, meto estos doscientos dólares en el sobre de la carta para mi hermana —dijo la tía de *xiao* Xin haciéndome entrega de la misiva—. Estos pendientes son para mi sobrina y esta gargantilla de ojo de tigre para ti.

—Ahora que ya hay correo entre Estados Unidos y China, creo que será posible mantener el contacto —intervino Fei Qi—. Yuliang podrá escribir a nuestro hermano menor o a mi hijo que viven allí. Ellos nos tendrán al tanto. Las direcciones están en esta carta, pero conviene que las apuntes tú también por si te la confiscaran o se perdiera.

—Antes me pierdo yo que la carta —bromeé—. Pero, por supuesto, tomo nota de las coordenadas de todos y os dejo la dirección de mi familia en Madrid. Si hubiese algún problema en el correo entre vuestros hermanos, podéis escribirme a España y me la reenviarán.

—No sabes cuánto te agradecemos lo que has hecho por nosotros —añadió la tía.

—Para mí ha sido una experiencia maravillosa —respondí.

La cena estuvo llena de silencios. La nostalgia y la incertidumbre hacían mella en todos.

«Misión cumplida», pensé al meterme en la cama. ¿Quién puede asegurar por qué la gente ama y odia? ¿Por qué un pueblo con una cultura tan antigua se deja dividir por dos ideologías importadas: comunista y fascista?, me preguntaba cuando me quedé dormida.

Por la mañana, terminé de hacer mi equipaje poniendo especial cuidado en proteger y guardar los regalos y cartas para Pequeña Xin y su madre. Después me fui a Tainan con la intérprete que había conocido y luego seguí sola recorriendo la isla antes de volver a poner rumbo a Pekín y al frío.

UNA FELICIDAD COMPARTIDA

Pequeña Xin dio un brinco al escuchar el sonido de la llave en la cerradura. Saltó de la silla y se precipitó a liberarme del peso del equipaje.

—¡Qué alegría! Ya pensaba que no vendrías hoy. ¿Qué tal ha ido el viaje? —preguntó, temblándole la voz de emoción.

Levanté la cabeza y la miré enigmática. Mis labios hicieron una mueca en la que se dibujó una sonrisa fatalista.

En el silencio de la habitación se escuchó el corazón desbocado de Pequeña Xin que, paralizada, sostenía con las dos manos el bulto como si fuese de cristal.

—Los he encontrado —grité abrazándola, y como posesas saltamos, reímos y bailamos alrededor de la maleta, que cayó al suelo con el sobresalto.

Xiao Xin no sabía si reír o llorar. No le salían las palabras. Solo brincaba y quemaba con sus movimientos la angustia de tantos días de incertidumbre, de tantos años de espera. Nos cogimos de las manos y botamos sin tener en cuenta a los estudiantes del piso de abajo. Como si jugásemos al corro, giramos en torno al pedestal en que habíamos transformado la maleta.

Fue una noche mágica, de puentes que conectaban el pasado y el futuro, de historias que traspasaban las paredes, de puertas que se abrían con la esperanza de que nunca más volvieran a cerrarse. Fue el despertar de una familia unida que se creía rota para siempre.

Pero siempre, al igual que nunca, según le decía Wendy a Peter Pan, «es demasiado tiempo», y *xiao Xin* tuvo la firme convicción de que la reunificación de su familia no sería un caso único, sino que comenzaba una nueva etapa para todos los chinos. También yo pensé que el oráculo que me auguró «progreso y éxito» había vertebrado el camino que conducía a la felicidad compartida, al que abocaban innumerables senderos. Las hermanas del alma sentíamos que no estábamos solas, que se avecinaban grandes cambios para nosotras y para cientos de millones de chinos. Las guerras, el hambre, la separación y el sufrimiento fueron las notas dominantes de una trágica melodía que se agostaba. Llegaban nuevos sonidos de esperanza, alegría e ilusión para afrontar la vida y el futuro.

Fantasía, quimera, utopía... hoy, casi cuatro décadas después, me doy cuenta de que el espíritu de aquellos meses fue tan real, tan fuerte que no permitió que la ausencia lo corrojera. A partir de entonces, entre nosotras creció un afecto fraternal capaz de mover montañas. Las dos hermanas del alma alumbramos una especie de complicidad que nos permitió construir confianza mutua y disfrutar de las ocasiones divertidas que esta nos presentaba. Discutíamos de los temas más diversos y aunque estuviésemos con el resto del grupo, éramos capaces de entendernos y compartir o rechazar opiniones y sensaciones distintas solo con mirarnos.

Si las confesiones sobre el pasado familiar rompieron el muro confuciano que protege del exterior a todo oriental, mi empeño por reparar los desgarros ocasionados por la contienda civil hizo que entre nosotras se estableciera un clima de franqueza inusitado entre los mismos chinos. Pequeña Xin tomó por costumbre llamarme *jiejie* (hermana mayor). Lo decía con total naturalidad, incluso aunque hubiese algún compañero delante.

Al principio, los amigos se sorprendieron. Era extraño que se atreviese a llamar así a una extranjera, pero como la expresión tiene una connotación de respeto, que es muy habitual en China, pensaron que lo hacía por la diferencia de edad, ya que yo tenía dos años más que ella y era la mayor de todo el grupo. Con el paso del tiempo, este cariñoso apelativo fue también

adoptado por el Poeta siempre enamorado y por mis dos compañeras de clase más queridas, que habían logrado ser aceptadas por *xiao Xin* y su círculo.

Entre los campesinos chinos es habitual que se llame a los hijos simplemente por el orden de nacimiento: primero, segundo, tercero, cuarto... Y si la familia no es muy numerosa puede bastar con *jiejie*; *meimei* (hermana menor); *gege* (hermano mayor) y *didi* (hermano menor). Si hay más de uno, se añade *lao* o *xiao*. A mí me divertía esta curiosa forma de diferenciar a los hermanos y lamentaba, como mis amigas, que en el futuro ya no serían necesarios todos estos distintivos familiares porque con la «política del hijo único», impuesta con mano férrea desde 1979, no existirían ya los hermanos.

Conforme la primavera se hizo presente, aumentaba la frecuencia de las visitas del Poeta, apodo que se había impuesto al nombre y al que el mismo Zhang Wen dejó de poner reparos. Repasaba algunas cuestiones de clase con Pequeña Xin, le traía sus poesías y enrojecía hasta las orejas siempre que se las leía. Si venía cuando su musa no estaba, luchaba por vencer su timidez y entablar conversaciones filosóficas sobre la vida y el futuro para, tras muchas vueltas y revueltas, bajar a la tierra, a lo que de verdad le interesaba: *xiao Xin*. El Poeta solo quería obtener alguna confianza sobre su vida con la que alimentar el fuego de su incomprendido amor o hacerme preguntas sobre sus gustos para tratar de complacerla.

Cansado de callar lo que gritaba por todos los poros de su cuerpo, el Poeta le confesó que estaba enamorado y que quería casarse con ella. Pequeña Xin, que se había echado en los brazos de Cupido como una adolescente occidental y hacía meses que priorizaba el romanticismo sobre el pragmatismo típico de los chinos, no se lo pensó dos veces y le respondió con una rotunda negativa. Ella solo tenía ojos para el engreído Li Hong. Había echado en saco roto mis advertencias sobre que la ambición que exudaba el joven impediría que fructificara la relación entre ellos.

Pequeña Xin reconocía que el matrimonio de Li Hong sería por interés. Él no buscaba el amor, sino una escalera para subir los peldaños del poder. Ella, por el contrario, se había aferrado a ese amor como si fuese una droga y, consciente de que le hacía daño, no era capaz de liberarse de las cadenas. A veces se atormentaba con el hecho de tener cinco años más que él. Ponía como excusa a la falta de compromiso de Li Hong el que ella acababa de cumplir veinticuatro años, una rémora de cara a la mayoría de la sociedad china que la veía ya como una *shengnu*, una «mujer sobrante». Defendía lo indefendible con el argumento de que eran los padres de su amado los que ponían la proa a que su hijo se casara con una mujer tan mayor.

Pequeña Xin podría haber hecho como sus compatriotas: aceptar la proposición del Poeta — aunque no podían casarse mientras estuvieran estudiando en la universidad— y dejar que el tiempo hiciese crecer el cariño por ese hombre bueno y generoso. Pero era demasiado rebelde para retirarse sin presentar batalla. No cabía en su carácter. En esto, las nuevas hermanas éramos almas gemelas. Jamás aceptábamos el primer *no* y nos enfrentábamos tercas y orgullosas al destino, aunque a veces este se empeñara en jugarnos malas pasadas; en dictar de forma errónea y engañosa a quién y cuándo se ama.

Si *xiao Xin* aceptaba comprometerse con el Poeta, tenía que renunciar a la lucha por conquistar a su auténtico amor y no estaba dispuesta. Sentía que debía darse una oportunidad. Faltaban tres años de estudios para terminar la carrera y hasta el momento no había noticias de

que su altivo enamorado tuviera novia. Mientras el terreno estuviera despejado, había posibilidades de ganar, o al menos así lo entendía ella.

TIEMPOS DE TANGO

Un par de sábados por la tarde acompañé a Pequeña Xin al baile que se organizaba en un pasillo de uno de los edificios dormitorio de los estudiantes chinos. Después de que toda la música occidental estuviera prohibida durante la Gran Revolución Cultural, los jóvenes recuperaban algunos viejos discos salvados de la quema y trataban de aprender a bailar el tango.

Era muy divertido. Parecían muñecos de cuerda. Tiesos y agarrotados, sus movimientos no los marcaba la música, sino el susurro de sus voces contando los pasos, como si estuvieran en un cuartel. *Yi, er, san, si, wu. Yi, er, san, si, wu...* (un, dos, tres, cuatro, cinco). La pasión y la sensibilidad del tango no lograban ablandar aquellos cuerpos rígidos como si se hubieran tragado una escoba, con los brazos y las manos como garfios que sujetaban al otro sin el más mínimo encanto.

Para un país donde el contacto físico entre las parejas era impensable, aquella proximidad entre los sexos hacía que se les disparasen las palpitations, tanto a ellas como a ellos. Solo bailaban los más atrevidos. Muchos de los estudiantes de las habitaciones que daban al pasillo en el que se organizaba el baile solo se asomaban a mirar, se mordían las uñas y apenas se atrevían a hacer algún comentario entre risitas nerviosas.

Si hubiese habido un concurso, no hay duda de que los ganadores habrían sido *xiao* Xin y Li Hong. Ella se entregaba con la pasión de sentirse, al menos por unos instantes, entre los brazos del amado. Li Hong, sin embargo, la utilizaba para lucir sus habilidades ante las demás chicas a las que no quitaba ojo, mientras se deslizaba improvisando, imponiendo con autoridad y escasa ternura la cadencia de los movimientos.

¿De dónde demonios le venía a Li Hong la inspiración para marcar los compases del tango con esa soltura?, me pregunté tan asombrada como el grupo de estudiantes que se había quedado boquiabierto mirándole.

Aquellos bailes inocentes se agostaron mucho antes que la primavera. Se acabaron al mismo tiempo que se clausuró la primera discoteca de Pekín, abierta en un salón del semisótano del hotel Minzu, en el oeste de la capital. El local no duró abierto ni un mes. La «vieja guardia» comunista se empeñó en que representaba el «vicio y la perdición occidental». Comparó la «degeneración» de la discoteca con el ambiente que reinaba en Shanghái, en los albores del siglo XX, cuando la ciudad china era considerada el París de Asia y el burdel más emblemático y sofisticado del mundo, cuya leyenda forjó los sueños de todo aventurero que se preciase.

La ultraizquierda presentía que su poder estaba tocado de muerte y no estaba dispuesta a dejarse aplastar sin presentar batalla. Como los estudiantes de Beida, China avanzaba a ritmo de tango: tres pasos adelante y dos hacia atrás.

Cada vez que Deng Xiaoping y los reformistas avanzaban en la puesta en marcha de medidas liberalizadoras de la economía y en la apertura del país, los más radicales recurrían a la ortodoxia y exigían un recorte de las libertades obtenidas con tantas dificultades. «El pensamiento

occidental carcome el ideario socialista», clamaban mesándose los cabellos. Y otra vez, ¡hasta las flores fueron tachadas de burguesas!

No obstante, en el aire se respiraba cambio. El país había iniciado una transformación permanente, aunque a veces los mismos universitarios se sorprendían de la temeridad y las ganas que ponían algunos.

Con el buen tiempo, las jóvenes se olvidaron de la cansina vestimenta de estilo militar y comenzaron a aparecer faldas bastante cortas y coloridas blusas. La mayoría de las chicas las abotonaban hasta el cuello, pero conforme el calor arreciaba asomaban los escotes y se dejaban los botones superiores abiertos.

Si en invierno disfruté yendo a patinar sobre el lago congelado del Palacio de Verano, a finales del curso se puso de moda ir a pasear entre las ruinas del Yuanmingyuan, los jardines de la Perfecta Luminosidad, que los extranjeros conocíamos con el nombre erróneo de Antiguo Palacio de Verano. La confusión se debía a que el nuevo, denominado Yiheyuan, se había levantado en parte del fabuloso complejo de palacios y jardines en el que residieron los emperadores desde su construcción en el siglo XVIII hasta que, en 1860, tras la Segunda Guerra del Opio, fue saqueado e incendiado por tropas británicas y francesas. El Gobierno comunista mantuvo las ruinas como símbolo de la humillación sufrida por la agresión extranjera. Los jóvenes más avispados decidieron aprovecharlas. Las paredes semiderruidas, los montones de piedras, los árboles y la vegetación salvaje daban cobijo a los juegos prohibidos.

El Yuanmingyuan era el único lugar donde se veía a los enamorados cogidos de la mano. No había policías, ni vigilantes de los comités vecinales y en más de una ocasión durante los paseos que realizábamos por la zona, nos topamos con una pareja que se levantaba corriendo mientras ella se bajaba la falda y él se subía los pantalones.

—¿A que no sabéis a quienes he visto dándose un beso de tornillo debajo de la escalera del edificio veintiséis y se han pegado un susto mayor que estos? —pregunté con sorna a las chicas.

Todas pusieron cara de póquer en espera de la respuesta.

—¡A dos de los estudiantes norcoreanos! —solté mientras estallábamos al unísono en una sonora carcajada. La desconocida pareja del «paraíso vecino» fue objetivo de comentarios jocosos durante un buen rato.

En Beida había alrededor de una decena de norcoreanos. Iban siempre juntos, uniformados y con el *pin* de Kim Il-sung en la solapa. No se relacionaban con los demás estudiantes y los chinos los veían teñidos por el desagradable recuerdo de la Gran Revolución Cultural. Yo tuve que ir un día a la habitación de una compañera norcoreana que estaba en mi clase de chino, para llevarle un libro. Me invitó a entrar y dejé instintivamente el texto encima de la mesa. La joven dio un respingo y lo quitó. Solo entonces me di cuenta de que la mesa de estudio era un altar dedicado al fundador de la República Popular Democrática de Corea, que seguía gobernando el país con puño de hierro. Mi pobre compañera tenía que repasar sus lecciones y hacer sus ejercicios sin un tablero en el que apoyarse. El país permanecía atrapado en el izquierdismo más irracional y extremo.

Por el contrario, los chinos, después de los horrores pasados, se desprendían contentos de sus ataduras y sentían que la sangre volvía a fluir por sus venas. Pese a su desconfianza innata, el optimismo crecía y se dejaban arrastrar por la belleza de la floración de los cerezos y por la fe en la bonanza del clima que traía la primavera. El creciente buen humor no cambió ni con los vientos

huracanados cargados de arenas del desierto del Gobi que en abril y mayo sumieron varias veces Pekín en una densa nube de polvo que traspasaba puertas, ventanas y ropa, se masticaba e impregnaba todo. Al día siguiente volvía a brillar el sol, el cielo lucía un hermoso manto azul y el perfume de la noche primaveral embriagaba a las gentes que, sentadas a las puertas de sus casas, contemplaban ensimismadas el titilar de las estrellas.

El impulso literario que muchos jóvenes se habían visto obligados a reprimir para evitar males mayores renacía con frenesí. Las revistas literarias lanzaban tiradas millonarias que se agotaban enseguida. Cada semana aparecía un nuevo libro hasta entonces prohibido. Podía ser tanto de autores nacionales como la traducción de uno extranjero. En la universidad, los estudiantes leían como poseos y se turnaban para hacer cola en las librerías desde la madrugada para garantizarse un ejemplar.

En mi habitación siempre había tres o más chinos leyendo y trabajando sin descanso. Como apenas se les oía, yo también podía estudiar sin problemas y no me molestaba la «invasión».

De pronto, una tarde, *xiao Xin* entró muy azarada.

—Toma, esconde esto lo mejor que puedas. Y, si te preguntan, no importa lo que sea, tú siempre contestas que no sabes nada —me dijo, tendiéndome un carrete de fotos.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué es esto?

—Baja la voz. Pasa lo que tenía que pasar. Ahora estamos todos castigados a una hora diaria de marxismo-leninismo y pensamiento de Mao Zedong.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?

—El libro que estos días hemos estado escribiendo contiene una serie de críticas y propuestas que le hacíamos al partido para que no cometa más errores. Queríamos que escuchara nuestras opiniones y se acercara más al pueblo.

—¿Vosotros le habéis indicado al Partido Comunista lo que debe hacer?

—Sí, pensábamos que el libro le ayudaría a encarar mejor el futuro.

—¿Y a quién se le ocurrió semejante idea?

—Las cosas están cambiando —dijo Pequeña Xin, tratando de excusar a los promotores—. Ya sabes que en el grupo hay tres militantes con carné del partido. Querían aportar su granito de arena. Nos explicaron el proyecto, yo fui la más reacia, pero son tan idealistas que nos convencieron y nos lanzamos sin más reservas a preparar la redacción de la obra.

—Y... ¿lo terminasteis? ¿A quién se lo habéis entregado?

—A nadie. Lo llevamos a imprimir a la imprenta de la universidad y ellos nos han denunciado al rectorado.

—Pero... ¿Estáis locos? ¿A quién se le ocurre llevarlo a una imprenta oficial? ¿Qué contiene el carrete?

—No conocíamos ninguna otra imprenta y como todos somos de Beida, nos pareció bien que llevara su sello. El carrete contiene las fotos de los textos. Por eso quiero que lo escondas bien. Nos han prohibido todo lo que tenga que ver con el libro. Dicen que los que hemos cometido errores somos nosotros y que debemos estudiar más el pensamiento de Mao para ir por la senda correcta.

—¿Qué locura! Os podían haber expulsado de la universidad.

—Afortunadamente, dos del grupo son hijos de jefes y no pueden castigar a unos y dejar a otros. Solo de pensar que me podían haber expulsado después de llevar diez años soñando con

estar aquí, se me ponen los pelos de punta. No sé cómo me pude creer que ahora es diferente de entonces. Nunca me gustó la política. Soy más mayor que ellos y lo primero que pensé es que saldría mal, pero estaban tan entusiasmados que llegué a tragarme que conseguiríamos que nos escucharan. ¡Ingenuos de nosotros! Nos pareció factible que la reforma tuviera en cuenta nuestras sugerencias —dijo *xiao* Xin mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Nadie me interrogó y, si registraron mis pertenencias, no dejaron rastro alguno. Una semana antes de que terminaran las clases, el carrete continuaba en el mismo sitio. Lo saqué y se lo devolví a mi compañera. ¿Tal vez lo habían velado? ¿Quizás era otro? Si lo hicieron, fue de forma tan discreta que no conseguí percibirlo. Nosotras no volvimos a hablar del tema, ni el resto del grupo lo comentó.

La tormenta había amainado. Las clases de ideologización se habían acabado al iniciarse los exámenes finales y los idealistas que pretendieron hacer del PCCh un partido limpio, transparente y cercano al pueblo, comenzaban a darse cuenta de que el cinismo es una de las herramientas más adecuadas para andar en política.

LA SEGUNDA REVOLUCIÓN

Desde que se pierde en la memoria, China cuenta el tiempo por periodos de sesenta años. Los ciclos sexagenarios, según la mitología, combinan los diez troncos celestiales con las doce ramas terrenales. En junio de 1981, mientras los universitarios preparaban su vuelta a casa, el PCCh cumplía su primer ciclo sexagenario. Deng, el Pequeño Timonel, que, contra viento y marea, se había hecho con el timón del barco chino, fue el primero en decir que se iniciaba la «segunda revolución», que debería colocar la República Popular a la altura de las grandes potencias occidentales.

Muchos chinos habían visto en el terremoto que sacudió Tangshan a finales de julio de 1976 una señal inequívoca de que se aproximaba el fin de una era. Su presagio se confirmó el 9 de septiembre de 1976 cuando se anunció la muerte de Mao Zedong.

La población llegó a creerse que la desaparición del fundador de la República Popular supondría la destrucción de China, pero un quinquenio después no era precisamente el caos lo que se había adueñado del país, sino una suave desmaoización, que favorecía el desarrollo y la mejora del nivel de vida de la población. El Imperio del Centro volvía a su esencia confuciana, que estipula que hay que avanzar cada día para no retroceder cada día.

No se atacaba directamente a Mao. Los reformistas eran conscientes de que, si tiraban del hilo y contaban la verdad, se les derrumbaría el sistema. Las críticas se centraron en la Gran Revolución Cultural. Una generación entera había sido víctima directa de aquella trágica sinrazón y la anterior y la posterior eran víctimas colaterales.

La reapertura de las aulas y la relajación del control político habían devuelto la normalidad al país después de una década de tinieblas dedicada con saña a borrar una de las civilizaciones más antiguas de la Tierra. Muchos de los que se sentaban en las altas bancadas del funcionariado eran «exguardias rojos», supervivientes de las distintas facciones que con tanta facilidad habían tratado de aniquilarse, forjadores de aquel «hombre nuevo» que debía nacer sin pasado.

Todos tenían heridas que necesitaban cerrar y supuraban tanta podredumbre que ni siquiera hacía falta apuntar al que convirtió sus vidas en algo tenebroso. El trauma de aquellos diez años desastrosos salvó a la momia de Mao de que la sacaran de su mausoleo en la plaza de Tiananmen, como hicieron los soviéticos con el cadáver de Stalin. Fue la herida abierta la que convirtió en inevitable la segunda revolución de Deng Xiaoping, el giro copernicano que situó el mercado en el centro de la vida política. La brutalidad del extremismo sufrido fue la espita que propició el más drástico de los cambios: se acabó la lucha de clases, los ricos ya no serían los enemigos del pueblo, sino el símbolo de los nuevos tiempos. La Gran Revolución Cultural fue la diana de todas las críticas. Mao, sin embargo, fue exonerado, solo se puso fin al culto a su personalidad, una beatificación que había llenado el país de gigantescas estatuas, bustos, cuadros y fotos.

Las primeras medidas de la nueva política económica se orientaron hacia el campesinado, que aún suponía el 80 por ciento de la población y que, en su gran mayoría, vivía entre la pobreza y la miseria. Las comunas habían resultado un desastre y mientras se planificaba su disolución se devolvió a los campesinos la posibilidad de realizar actividades complementarias, como pequeños cultivos privados, artesanía o la cría de pollos y cerdos. ¡Y podían venderlos libremente!

En consecuencia, comenzaron a aparecer, por las calles de Pekín y de las demás ciudades chinas, campesinos que llevaban en sus bicicletas frutas y verduras que, después de tanto tiempo de col, ajo, pera y manzana se disfrutaban como un succulento manjar. En las mañanas era fácil verles por los alrededores de Beida. Los estudiantes extranjeros, que teníamos mayor poder adquisitivo que los chinos y estábamos menos habituados a la austeridad, los buscábamos para enriquecer la triste dieta de la cantina.

Vendidos sus productos, el campesino pedaleaba de nuevo las dos o tres horas que le separaban de su aldea. Lo hacía pausado, nunca parecía tener prisa, su concepto del tiempo seguía anclado en ritmos ancestrales.

Los chinos cuentan que un campesino fue por primera vez a comprar un billete de tren y el vendedor le explicó que había trenes rápidos y lentos y los distintos precios de ambos. El campesino se rascó la cabeza tratando de asimilar la información. Miró al taquillero y le preguntó:

—¿Cómo es posible que sea más barato el tren que tarda más tiempo?

Yo estaba convencida de que los largos años pasados por *xiao* Xin en el campo eran lo que la hacían tan diferente de los demás miembros de su grupo de amigos. No era solo la edad y ese trasfondo de amargura que a veces se adueñaba de sus ojos. Había algo más, algo que tenía que ver con la fertilidad de la tierra y la altitud del cielo, con el laberinto del alma campesina y sus cuartos oscuros. Me honraba llamándome «hermana mayor», pero era mucho más madura y más sabia que yo. Si aquel año de Beida fue trascendental en mi vida, lo que aprendí de ella tuvo mucho que ver. Contagiaba serenidad. Tal vez por ello he venido a buscarla después de décadas de ausencia. Pequeña Xin era grande y engrandecía todo a su alrededor. Ese fue quizás el motivo de que el jefe de la comuna hiciera caso omiso a la normativa de retorno a sus hogares de los jóvenes intelectuales y la retuviese cinco años en una aldea perdida, o tal vez el *Yi Jing* había vaticinado que el camino conducía a que nos convirtiésemos en hermanas del alma.

No hubo lágrimas en la despedida del curso, pero sí un abrazo largo y cálido. Nos prometimos que haríamos lo indecible para volver a estar juntas en el siguiente curso, aunque las

dos presentíamos que no iba a ser así.

—Be Tice, la suerte nunca llama dos veces a la misma puerta —decía *xiao Xin*, en una especie de plegaria de consuelo cada vez que yo abordaba con incertidumbre el nuevo curso.

Ella estaba ansiosa por volver a casa. Soñaba con abrazar a su madre, enseñarle los regalos de los tíos de Taiwán y compartir de viva voz la recuperación del pasado. ¡Había sido un año tan excitante!

—Tengo tantas cosas que contarle... —repetía una y otra vez, dejando entrever la necesidad de consultarle sobre sus amores aciagos con Li Hong.

Fui a despedirla a la estación. En los tres días siguientes, metí en un maletón y en un hatillo todas mis pertenencias, dejé la habitación desnuda y fría, y me embarqué con María en un largo viaje.

LA IMPOTENCIA

El curso había sido tan intenso que apenas había visto a María más allá de las clases de yoga, que la mexicana impartía una vez por semana en el gimnasio de su embajada. Estaba absolutamente absorbida por sus estudios de medicina tradicional china. Se pasaba las horas leyendo a los maestros clásicos y peleándose con los complicados caracteres utilizados para designar las partes del cuerpo, las hierbas medicinales, los tratamientos y, en general, el vocabulario de esta ciencia, muy distinto a lo que habíamos estudiado el año anterior en el Instituto de Lenguas de Pekín.

La médica llevaba siempre consigo sus agujas de acupuntura y una especie de puros de artemisa que solía colocar en las agujas para después encenderlos. Esta técnica, llamada moxibustión, era muy eficaz como analgésico y, con frecuencia, los diplomáticos y empleados de la embajada le pedían auxilio. Pero yo me ponía de los nervios con solo pensar en los pinchazos y jamás consentí —ni cuando una jaqueca me dejaba zombi— que María me tratase.

—Te quiero mucho, pero no me pillarás de conejillo de indias para tus experimentos —le decía en *bromiserio*.

—Mira que eres cabezota —contestaba siempre ella con un punto de desilusión en su sonrisa.

Las dos pensábamos que teníamos tantas cosas que aprender en Asia que no merecía la pena volver a nuestros respectivos países durante las vacaciones estivales. Animadas por el éxito de nuestro primer viaje, aquel de la Navidad de 1979 que nos permitió descubrir la civilización oculta bajo el peso de la represión comunista y los estragos de la Gran Revolución Cultural, decidimos realizar juntas un nuevo periplo de conocimiento y aventuras más allá de China, en Filipinas.

María estaba muy interesada en las técnicas de los famosos curanderos de ese país y quería saber si detrás de ellos había médicos o simples embaucadores. Yo, tremendamente curiosa, pero incrédula por naturaleza —«Soy como santo Tomás, o lo toco o no me lo creo», le repetía incansable—, había adoptado el papel de guardaespaldas, para defender a mi crédula amiga de charlatanes y farsantes. Con lo buenaza que era, María no sería capaz de desenmascarar a ninguno.

Como la casi totalidad de los estudiantes de su clase, María adoraba a un profesor que parecía sacado de un antiguo cuento chino. Enjuto, medio calvo, con cuatro pelos blancos en su

barba de chivo y aspecto de monje. Era uno de esos antiguos maestros capaces de descubrir cualquier enfermedad con solo tomar el pulso, una técnica que requiere mucha concentración y que cada vez dominaban menos médicos.

En la medicina tradicional, la pulsometría es una ciencia que defiende la existencia de al menos tres pulsos cuyas variaciones reflejan los cambios que los órganos dañados imprimen a los movimientos de la energía (*qi*). María estaba fascinada con esta ciencia y pensaba que los curanderos filipinos tendrían un método parecido, heredado tal vez de los chinos instalados en el archipiélago desde hacía siglos. Quería averiguar si también utilizaban como base la energía y los meridianos o vías (*jing*) por las que se mueve esa energía y se conectan unos órganos vitales con otros. Su predisposición a entender las artes de los chamanes era enorme, pero después de visitar a los dos más conocidos, su decepción fue mayor.

Tras mucho indagar, nos hicimos con las coordenadas del principal curandero filipino. Residía en Manila y nos dio cita para el mes siguiente. Insistimos y nos recibió en una semana. Nos encontramos a un hombre que exhibía la imagen de Jesucristo reinando en un local rebosante de velas y parafernalia religiosa católica. El santero demostró a la médica sus poderes curativos extendiendo las manos sobre una mujer, supuestamente enferma de cáncer que entró en trance. Cuando María se prestó a la experiencia, no pasó de un ligero adormilamiento. La segunda consulta, en la isla de Cebú, no fue mejor que la primera, pero fue suficiente para que mi machacona incredulidad hiciera desistir a María de cualquier otra cita. En consecuencia, volvió a China convencida de que en el mundo no había doctores de medicina alternativa mejores que sus maestros de Pekín.

Después de la frustrante «investigación», nos solzamos en playas paradisiacas y con todo tipo de frutas tropicales, un lujo impagable después de dos años aguantando la escasez de Pekín. María es vegetariana y se le hacía la boca agua nada más ver los puestos de piñas, mangos, maracuyás y papayas. Tanta era su ilusión que logró convencerme para que desterrara de mi dieta la carne y el pescado durante ese mes largo.

A finales de agosto, el responsable de los estudiantes extranjeros me informó de que *xiao Xin* no sería mi compañera de habitación ese curso. Rogué, pataleé, pedí, grité, pero no hubo forma humana ni divina de cambiar la orden. Me ofrecieron enviarme otra compañera china, que yo eligiera una extranjera o que pagara los cuarenta y cinco yuanes reglamentarios por tener una habitación para mí sola, pero rechazaron rotundamente y sin explicaciones el regreso de Pequeña Xin. Estaba tan enfadada que no quise tomar una decisión en ese momento. El responsable tampoco me la pidió, ni me dio un plazo para que la tomara. Nos limitamos a despedirnos con caras largas.

La futura arqueóloga, como las demás ciudadanas de la República Popular, tenía ya prohibida la entrada en el edificio veintiséis. Oficialmente, si quería ir a su antigua habitación a charlar conmigo debía solicitar permiso en el decanato. Le dijeron que el año anterior se había saltado demasiadas reglas y le advirtieron de las consecuencias de su conducta. Pequeña Xin comprendió que la amenaza que se cernía detrás de esas palabras era demasiado seria como para incumplirla.

—Ya sabes cómo son. No merece la pena enfadarse —me dijo cuando nos encontramos una semana más tarde cerca de la pagoda de Beida—. Tenemos mucho que estudiar y podemos vernos por aquí —señaló, queriendo quitar hierro a la decisión del decanato.

Resistencia, resignación, rabia, tristeza... Aquellos días fueron un baño de impotencia en el que pasaba involuntariamente de un estado de ánimo a otro. María, que conocía mi disgusto, me llamó para decirme que había modificado el horario de la clase de yoga, porque nos habían invitado a una cena en la embajada e iríamos después de la clase.

—¿Qué cena es esa? —pregunté sin ganas.

—Creo que se debe a la llegada de un psiquiatra mexicano que permanecerá en Pekín unos meses. Te espero a las cinco. ¡Ponte guapa! —soltó, colgando el teléfono sin darme oportunidad de replicar.

EL YANG

No quería ir a esa cena, pero mi camino estaba marcado. Echo la vista atrás y veo, como si los diera hoy, los pasos que cambiaron el rumbo de mi vida. De forma inesperada tomé una senda que me condujo a una felicidad que consideraba inexistente y ha durado más de treinta años. Pequeña Xin, siempre perspicaz, comprendió antes que yo que la nueva senda me llevaría muy pronto a decir adiós a China y a mi hermana del alma.

El psiquiatra era un hombre entrado en los cuarenta. El pelo blanco, abundante y revuelto. Los ojos color miel, la nariz grande, los labios carnosos, en un rostro de rasgos fuertes en el que se hacía evidente su origen mestizo. Las manos nervudas y gruesas, sin anillos, ni pulseras. La mirada directa, rápida y profunda. Miraba siempre a los ojos, tal vez debido a su profesión. Llevaba una guayabera color vino. Parecía encontrarse cómodo entre los diplomáticos embutidos en traje y corbata. Reía con facilidad y gesticulaba bastante.

—Soy Gustavo —me dijo, tendiéndome una mano firme y fuerte.

El embajador, que aseguró que eran amigos desde el colegio, le presentó como un renombrado investigador y uno de los miembros fundadores del instituto psiquiátrico más avanzado de Washington, donde vivía desde que se fue a la capital estadounidense a realizar el doctorado.

—Tiene pinta de científico loco —le dije en un apartado a María, que se rio del comentario.

Se trataba de un hombre seductor. Me sentía observada, atraída y halagada por su interés. No tardamos en deslizarnos divertidos por la resbaladiza pista del coqueteo. Llevaba apenas tres semanas en Pekín y no paró de hacernos preguntas sobre los más variados temas. Tenía una voz grave y profunda, pero sin afectación. Las dos respondimos con locuacidad. María a las cuestiones sobre la relación bipolar yin-yang en la medicina tradicional; y yo, sobre la China cambiante.

Forofa de la comida mexicana, disfruté de la cena, regada con excelentes caldos franceses, mientras él se divertía cuando el chile hacía que se me saltaran las lágrimas.

Se interesaba por todo y recibió con alharacas la propuesta de uno de los invitados de hacer el domingo una excursión para enseñarle la Gran Muralla y las tumbas Ming. La sugerencia tuvo una buena acogida general y, al calor de esta, otro diplomático suscitó la posibilidad de aderezar la visita con una barbacoa en uno de los parajes cercanos.

—¿Vendréis? —preguntó el psiquiatra, dirigiéndose a nosotras.

—Por supuesto —contestó en nuestro lugar el embajador—. Nos reuniremos aquí a las ocho de la mañana, para que salgamos todos juntos. Iremos en mi coche y en el vuestro —dijo, mirando a los que habían declarado su entusiasmo por el día de campo.

El domingo hacía un tiempo espléndido. Septiembre y octubre son los mejores meses para deambular por Pekín y sus alrededores. A mí me gusta más la Gran Muralla cuando, a finales de octubre, se alza sobre el manto rojigualdo del otoño, pero ese domingo fue muy agradable porque en el impresionante baluarte no había casi visitantes, lo que nos permitió recorrerlo a nuestras anchas. El incipiente turismo chino se reservaba para el fin de semana siguiente que coincidía con las celebraciones del aniversario de la fundación de la República Popular, el 1 de octubre de 1949.

La barbacoa se alargó hasta la caída del sol. Gustavo dejó varias veces que sus manos se entretuvieran en el roce de las mías al llenarme el vaso o pasarme un trozo de carne. Quedamos en ir a cenar a uno de los nuevos restaurantes privados abiertos al amparo de la política de Deng. La cita dependía de cuando hubiera una mesa, porque eran lugares familiares pequeños que apenas tenían tres o cuatro y costaba conseguir una. Se habían puesto de moda entre la comunidad diplomática y estaban muy solicitados.

Nos reunimos el jueves en Yuebin, un pequeño local que regentaba con extremada amabilidad Liu Guixian, la pionera que se creyó que Deng Xiaoping iba en serio con su política de apertura al mercado y dejó obnubilados a los empleados del Banco de China al solicitar un crédito —que le concedieron— para abrir en el salón de su casa, en un *hutong* cerca de la Ciudad Prohibida, el primer restaurante privado de Pekín. Los clientes eran casi todos diplomáticos y algún hombre de negocios de los que habían comenzado a diversificar el paisanaje extranjero de la capital.

Al principio, la conversación se centró en los motivos que llevaron a Gustavo a China. Me comentó con mucho secretismo que su misión la organizó el embajador tras una reunión con un miembro de la Academia de Ciencias Medicinales de China. El académico reveló al representante mexicano la honda preocupación existente en el país por la deplorable situación en que se encontraban millones de dementes y le insinuó que buscaban a un buen especialista de formación occidental para que les asesorase. Añadió que no querían pedir ayuda a los estadounidenses ni a los europeos porque no confiaban en su discreción y que el Gobierno era tajante en la recomendación de que no se podía enterar la prensa.

Según contó Gustavo con un toque de humor, el embajador, orgulloso de las estrechas relaciones que mantienen China y México y del respeto que se profesan los dos países, replicó al académico:

—Tengo al hombre que está buscando. Es un trabajador incansable, reservado y poco interesado en la política. En fin, como caído del cielo.

El académico chino volvió a los pocos días a reunirse con el embajador y le pidió que contactara con el psiquiatra discretamente. Le expresó su profundo agradecimiento por la gestión y se manifestó dispuesto a organizar los detalles del contrato de trabajo tan pronto como el médico aceptara.

Gustavo estaba apasionado con su misión, pero espantado por las condiciones de los enfermos. Me contó que, en China, desde la Antigüedad, las enfermedades mentales se han incluido dentro de la medicina tradicional, que considera las emociones como los agentes internos que causan las enfermedades, motivo por el cual nunca hubo psiquiatras. Los primeros

especialistas fueron extranjeros, llegados a las concesiones a finales del siglo XIX y principios del XX. Fueron muy pocos y la agitación de aquellas décadas de guerra impidió que llegaran o se formaran muchos más.

—Las emociones que los chinos tanto se esfuerzan en contener son consideradas como un factor que puede influir en la energía de los órganos, consumirla, crear un vacío y debilitar el órgano, de manera que los factores externos entran y lo atacan, y a través de este órgano, atacan al cuerpo. ¿Comprendes? —preguntó cariñoso.

—Sí, sigue. Es muy interesante.

—La medicina tradicional lo complica aún más al considerar que en las emociones también cuentan los agentes externos y los que no son ni externos ni internos.

Me cogió la mano y la miel de sus ojos se derretía, se expandía.

—¡Ah! Debe de ser por eso que yo soy tan fuerte, porque no contengo mis emociones —dije, queriendo romper la electricidad del momento.

La conversación se volcó entonces en cuestiones personales. Él preguntaba mucho más de lo que hablaba, pero dejó caer que estaba soltero porque nunca encontró a la mujer de su vida. Yo respondía, contaba, narraba, detallaba como si le diera explicaciones a una amiga íntima a la que llevaba mucho tiempo sin ver o, quizás, como si estuviera tumbada en el diván de la consulta del psiquiatra...

Salimos abrazados del restaurante y sin hablarlo nos dirigimos al apartamento de Gustavo. Hicimos el amor con furia y después de una reconfortante ducha, jugamos a representar la figura de la dualidad yin-yang. Volvimos a gozar de nuestros cuerpos febriles hasta fundirnos y romper todas las leyes que distinguen el yin del yang, la sombra de la luz, la mujer del hombre. Reímos a carcajadas y escuchamos el eco de nuestras risas en el piso amplio y casi vacío que él ocupaba cerca de su embajada.

Le repetí lo que me había enseñado María, que hay cinco órganos vitales y que a cada uno de ellos le afecta una emoción: la ira provoca daños en el hígado; el miedo, a los riñones; la tristeza a los pulmones; la amargura afecta al bazo, y la alegría hiere el corazón.

—Beatriz, siento que voy a tener un infarto —replicó Gustavo, poniendo cara de niño travieso.

Los días avanzaron muy deprisa. Él insistía en que nada más verme reconocí a la mujer que andaba buscando. Me juraba amor eterno, aseguraba que me amaba más de lo que nunca hubiera imaginado y solo quería que nos casáramos para irnos juntos a Washington.

ADIÓS A CHINA

Llevaba un par de semanas sin ver a Pequeña Xin y decidí ir a buscarla por los alrededores de la biblioteca. Solía pasear por allí con sus amigos en el intervalo diario entre el estudio y la hora de la cena. La encontré, en efecto, saliendo del enorme edificio de tejados curvos, junto a varios estudiantes, algunos de los cuales yo no conocía. Les saludé, intercambiamos unas palabras e hice una seña a *xiao* Xin para que fuésemos solas a dar una vuelta.

—No te lo vas a creer, pero estoy enamorada y quiero que le conozcas —le dije en cuanto nos quedamos sin testigos.

—¿En serio? —inquirió, dando un brinco y dilatando sus rasgados ojos—. ¿Quién es?

Xiao Xin le vio más inconvenientes que atractivos. Consideró que no eran tiempos de parejas con casi dieciocho años de diferencia entre uno y otro; le extrañó que no fuese europeo y no le gustó que fuese psiquiatra. A lo único que no puso pegas fue a que se tratase de un prestigioso médico reconocido en Washington.

Era impresionante cómo iba calando en los chinos la seducción estadounidense. Había colas interminables de jóvenes ante el consulado para pedir el visado. El presidente Reagan, que había reprochado a Deng Xiaoping la lentitud en la concesión de pasaportes, no se creyó la respuesta del anciano dirigente de que, si quería que le llegasen tres millones de chinos, no tenía inconveniente en acelerar los trámites. A partir de entonces, fue Estados Unidos el que tardó en dar los visados.

Los hijos de los «cuadros» del PCCh eran los primeros que querían irse a estudiar o a hacer un doctorado en cualquier universidad estadounidense, aunque fuese la última del país. Entre los universitarios no se oía una crítica contra el símbolo del capitalismo y el consumismo. En Beida estudiaban ya más de una veintena de norteamericanos que, por el contrario, estaban todo el día despotricando contra el sistema educativo, las reglas de la residencia, el menú de la cantina y la vida en China.

—Lo peor de Pekín es que cuando te acuestas con un tío una noche, te lo vuelves a encontrar al día siguiente —se lamentaba una norteamericana en una de esas cenas organizadas en las habitaciones del edificio veintiséis para escapar de la cantina.

A los extranjeros que llevábamos dos o tres años en Pekín, no dejaba de sorprendernos la avidez con que los chinos se sumaban al cambio y sus ansias de apertura.

Gustavo trabajaba día y noche, pero pasábamos juntos los fines de semana. Para estar más libre, le dijo a Ni Shun, el intérprete que le asignaron para que le acompañara a todos lados, que a partir del viernes por la tarde no le necesitaba, a no ser que estuviesen de viaje o tuvieran trabajo el sábado por la mañana. Más en serio que en broma le ordenó que se fuese a su casa y descansase. El traductor se sintió ofendido e insistió en que su deber era atenderle. No hubo forma de zanjar la discusión hasta que le declaró que tenía una novia y quería estar a solas con ella.

—No te preocupes por mí —concluyó Gustavo—. Ella habla chino y no va a dejar que me pierda.

Ni Shun fue el primero de su promoción. Esperaba haber ingresado en el Ministerio de Exteriores, pero le destinaron a la Academia de Ciencias Medicinales de China y, como era joven, se había tomado el trabajo con Gustavo —o tal vez así se lo habían hecho creer— como una misión muy delicada de servicio a la patria que requería toda su atención. Era rápido, eficaz y no se quejaba por la dureza del trabajo, que con frecuencia le obligaba a llevarse a su casa textos para traducir después de pasar toda la jornada como intérprete. El único roce que se produjo entre ellos fue ese de la libranza forzosa los fines de semana, pero se arregló pronto.

Gustavo aparecía agotado algunos viernes. Decía que estaba todo por hacer, y que lo poco que había era necesario arrasarlo y partir de cero. El mayor inconveniente que se topaba era el enorme rechazo que provocaban los dementes en la sociedad y en sus propias familias, lo que hacía que ocultasen el mal y solo acudieran al médico en situaciones extremas, cuando ya era casi imposible curarles. Además, los centros psiquiátricos eran utilizados con frecuencia por las

autoridades locales para encerrar a los disidentes políticos, y no había ninguna ley que les protegiera.

Solo después de 1958, en que se celebró la primera Conferencia Nacional de Salud Mental, comenzó a extenderse por el país la atención específica a los enfermos mentales. Se crearon hospitales y centros psiquiátricos en muchas ciudades, pero, con la llegada de la Gran Revolución Cultural, hubo un nuevo parón. Cuando en 1968 se celebró la segunda conferencia nacional, fue para dar un cerrojazo a todo lo que se había conseguido. Electrochoques, psicofármacos y tratamientos fueron arrinconados por ser métodos importados. La psiquiatría como tal volvió a desaparecer tachada de ser una especialidad médica occidental que no tenía en consideración la esencia del pueblo chino. Desde entonces —pese a la gran cantidad de gente que se desequilibró en esa década— no se había hecho nada por abordar el problema.

Él no era muy partidario de la terapia de electrochoques y se alegró de que los «guardias rojos» la suprimieran por considerarla una práctica burguesa, aunque la reconocía efectiva en ciertos casos. Gustavo insistía en que la mejor forma de tratar problemas mentales es con psicofármacos y atención temprana y especializada. Esa era la otra gran dificultad. Hacía falta formar a miles de psiquiatras y eso lleva tiempo, un tiempo que corría en contra sobre todo de los esquizofrénicos y de los que sufrían depresiones severas.

Mientras, yo acordé con Pequeña Xin que la recogeríamos en coche el domingo siguiente a las once de la mañana a la salida de Beida por la puerta este. Le indiqué que al entrar en el complejo diplomático donde vivía Gustavo tendría que tumbarse en la parte trasera para que no la viesan los soldados que patrullaban la puerta. Los chinos tenían prohibido el acceso a estos complejos, a no ser que trabajasen en ellos, pero muchos extranjeros colaban a sus amigos de esa forma.

Era evidente que *xiao* Xin se sentía incómoda, pese a que durante el trayecto le conté anécdotas divertidas con las que distraerse. Le conté también que había comprado distintas verduras, carne y huevos en la Tienda de la Amistad para que cocináramos juntos algo chino-español-mexicano. Ninguno de los tres sabíamos mucho de cocina, pero un buen entretenimiento era importante si existían dificultades de comunicación.

—Seguro que inventamos algo sabroso —dijo, queriendo mostrar su disposición a que el ágape fuese positivo.

Pese a los esfuerzos de todos, el día transcurrió un poco tenso. No solo porque Gustavo y Pequeña Xin no podían entenderse, sino porque cada vez que él me hacía un cariño o me daba un beso, *xiao* Xin parecía sentirse avergonzada. Le miraba de reojo, como censurándole que una persona tan mayor tuviera ese comportamiento de adolescente. A su vez, Gustavo no se privó de analizarla y aseguró que tenía una personalidad muy compleja.

Agua y aceite. Mi amante y mi hermana del alma nunca lograrían entenderse y ninguno de los dos hizo un esfuerzo auténtico por conseguirlo para que yo fuese feliz. Por el contrario, con María formamos casi un triángulo. Ella estaba entusiasmada con nuestras perspectivas de futuro y consideraba que formábamos una buena pareja. Muchos viernes después de la clase de yoga, nos íbamos los tres a cenar o nos reuníamos en casas de amigos. Yo le contaba penas y alegrías y María, siempre positiva y cariñosa, me repetía entre risas.

—¡Ay, mi reina! Estás muy loca y vas a enloquecer al psiquiatra.

Decidimos casarnos en febrero, porque Gustavo debía reincorporarse en marzo a su trabajo en Washington. Las embajadas de España y México nos tramitaron la documentación necesaria y la de Estados Unidos, el visado.

El último mes todo fueron prisas. Gustavo tenía que entregar un informe exhaustivo de lo que había visto y de los posibles caminos para poner en marcha la sanidad psiquiátrica en un país con mil millones de habitantes. Yo había acordado con mis profesores adelantar de junio a febrero mi tesis de posgrado.

El 25 de enero de 1982 entró el Año Nuevo chino. Comenzaba el año del perro. Los chinos no tienen mucha simpatía por este animal y, por tanto, no esperan grandes cosas de un año regentado por un can. Sin embargo, los dirigentes aceleraban el ritmo de la reforma política, económica y social con la elaboración de una nueva Constitución. La Carta Magna de 1982 abolió la dictadura del proletariado y los cargos vitalicios, restableció la figura del jefe del Estado, desaparecida durante la década ominosa, y sentó las bases del postmaoísmo. No hay duda de que tanto para China, como para Gustavo y para mí, 1982 fue un año muy importante. Semanas después de que empezara, casada y con mi título de posgrado bajo el brazo, abandonamos China.

Había visto solo cinco o seis veces a Pequeña Xin desde el domingo que estuvimos en casa de Gustavo. Solo charlamos algunos ratitos paseando por Beida mientras desafiábamos el frío. Conseguí que nos reuniésemos los tres otra vez. A la cita, en un restaurante, acudió también María, pero definitivamente no había química entre mi hermana china y mi amor mexicano. Según Gustavo, la barrera se debía a los celos de *xiao* Xin. Yo no sabía si era una cuestión de celos o de que ella le veía con la misma desconfianza que a mí me inspiraba Li Hong. Le había dicho tantas veces a mi querida hermana del alma que olvidara a ese hombre, que solo le iba a traer disgustos, que me angustiaba que ella considerase a Gustavo igual de nefasto para mí y que no se atreviera a decírmelo al ver que había emprendido un camino sin regreso.

Cuando le anuncié que me casaba y me iba, vi la tristeza inundar los ojos Pequeña Xin. Nos abrazamos en medio de un silencio que nos costó romper.

—Hermana mayor, no me vas a olvidar, ¿verdad?

—¿A qué viene esa pregunta tan tonta? —respondí, pellizcándole con cariño la barbilla—. Hablas como si no fuésemos a vernos más. Todavía falta un mes largo para que me vaya y además tienes que venir a la boda. Seremos solo unos cuantos amigos españoles, mexicanos y tú.

Pequeña Xin no fue al enlace. Ninguna de las dos sabíamos que los hados se empeñarían en separarnos y que no volveríamos a abrazarnos hasta pasados más de treinta años.

MÉXICO QUERIDO

VIVIR CON SILENCIOS

A veces sentía que no tenía control sobre la sucesión de cambios que hacían de mi vida una interminable montaña rusa. Si no hubiese estado tan ocupada, la separación de China me habría costado mucho más, pero se me acumulaba el trabajo. Tenía que asimilar infinidad de novedades a un tiempo. Washington y el matrimonio, juntos y en unión, configuraron un viaje a las antípodas de todo lo conocido hasta entonces y tuve que hacerme un manual de supervivencia. En un soplo, pasé del país de las bicicletas al de los coches, y no tuve más remedio que aprender a conducir, pero lo que fue más difícil y mucho más importante fue hacerme a convivir con un hombre al que casi dejé de ver porque su día no tenía suficientes horas para atender los frentes profesionales que se le abrían.

En España, cuando resolví irme a estudiar a China, familia, amigos y conocidos cuestionaron mi excentricidad. Para ellos era el fin del mundo, el agujero negro del planeta. Me compadecieron o me miraron como a un bicho raro. Se les escapaba de las neuronas que una chica joven se fuese a recluir en un país de «comunistas con coleta», como escuché decir en más de una ocasión. Muchos no sabían que la trenza con que los chinos estuvieron obligados a recogerse el pelo era un símbolo de sumisión a la dinastía manchú y que, en cuanto esta fue destronada al final de 1911, todos corrieron a cortársela.

La decisión de instalarme en Estados Unidos, por el contrario, les parecía una bendición del cielo. Las felicitaciones fueron innumerables. Llegaba al paraíso terrenal, donde todo era fácil y estaba al alcance de la mano. Ni siquiera había fruta prohibida. Se era libre de comer la que se quisiera. Las oportunidades eran tan grandes como la cuenta corriente; los deseos solo estaban para satisfacerlos. Había una marcada tendencia a acumular riquezas, pero también al derroche. Esa abundancia desmedida de todo, incluso de la gordura de las personas, me sobrepasó. Salida de una España que aún no había roto la barrera de los Pirineos y de una China que daba sus primeros pasos de apertura al mundo, pronto se me hizo evidente que no soportaba la obligatoriedad de elegir en cada momento entre miles de productos, modelos o posibilidades distintas.

—¿Por qué no habrá un término medio? —preguntaba casi con rabia a mi psiquiatra particular, para seguir refunfuñando—: Te entretienen con tanta elección minúscula para agotarte e impedir que pienses y tengas capacidad de discernimiento para cuestionar las injusticias del sistema.

La rebelde antifranquista, templada en una China castigada por la década ominosa de la Gran Revolución Cultural, llegó a los Estados Unidos de Ronald y Nancy Reagan, donde lo único que

importaba era el glamur. Aquellos que se habían manifestado contra la guerra de Vietnam y a favor del amor libre se habían convertido en *yuppies* (*young urban professionals*), embutidos en trajes, con los bolsillos llenos y a bordo de enormes coches. Se habían puesto al servicio del «poderoso caballero» y les iba tan bien que no tenían motivos para mirar más allá de sus narices.

A lo único que yo no ponía pegas era a las posibilidades que la opulencia abría a la cultura. Nada más poner un pie en Washington me di cuenta de la sed que tenía de arte y literatura occidentales. No había un museo o una exposición que no me interesara. Después de tanto tiempo empapándome de las esencias de Oriente, el peso de la cuna se traducía en un ansia insaciable de música, arte y danza europeos. Mi tesoro más preciado fueron los abonos para las temporadas de ballet y de ópera del Kennedy Center. Por allí desfilaron las mejores compañías del mundo y organicé mi vida en Estados Unidos en torno a estas citas. Era mi «templo», al que acudía fervorosa y no me importaba ir sola. Al principio, Gustavo trató de acompañarme, pero me tocó devolver su entrada en repetidas ocasiones y el segundo abono ya solo lo compré para mí. Lo convertí en el mejor aliño de una estancia que no acababa de germinar. Aquellas maravillosas sesiones de ballet u ópera fueron la vitamina de mi espíritu, un regalo que nunca he vuelto a tener con tanta calidad y asiduidad.

Tardé más de dos meses en escribir a Pequeña Xin. Lo había intentado en otras ocasiones, pero cada vez que me enfrentaba a la cuartilla en blanco me daba cuenta de lo difícil que era encontrar una palabra, una frase que definiera mis sentimientos. Era más duro escribirle a *xiao* Xin, que a mi familia en España. Cuando extendía frente a mí el papel immaculado, me azotaba una tremenda nostalgia. Esa amistad sincera, distendida, infantil que nos unía no existía en el país de la abundancia. En Washington había distintas relaciones sociales: de trabajo, de vecinos, de estudios, de intereses culturales, de lengua... pero amistad con mayúsculas no existía. La distancia, lejos de olvidar, alimentaba la compenetración y la complicidad en las pequeñas cosas que me unían a *xiao* Xin y María, a mi compañera de pupitre Lu Jiamin, al Poeta, al profesor Peng y a la tímida Ke Yulong, que cuando apenas nos conocíamos, me abrió las puertas de su humilde casa y me ofreció el cariño de sus ancianos padres. Incluso con Ni Shun, el intérprete que Gustavo llevaba pegado día y noche, había alcanzado un considerable grado de entendimiento.

Las cartas se espaciaron en el tiempo. Me costaba un esfuerzo enorme buscar los caracteres chinos que expresaran con exactitud lo que quería decir. Hablaba muy bien el mandarín, pero siempre tuve problemas con la endemoniada escritura. Mis caracteres nunca tuvieron estilo. Por el contrario, parecía que estuvieran borrachos. No tenían armonía, se inclinaban unos a un lado y otros a otro. Sus componentes eran a veces trazos separados como los de imprenta, y otras se ligaban de manera amorfa y fofa.

Tres años después, recibí la última carta de *xiao* Xin. Última, sin duda, porque nunca le contesté. Cuando llegó, yo estaba absorta en poner fin a la experiencia norteamericana. Nos trasladábamos a vivir a la ciudad mexicana de Guadalajara.

UN REGALO IMPENSABLE

Siempre hurgando en el inconsciente y en los sentimientos, mi querido psiquiatra no tardó en darse cuenta de que yo no era feliz en Washington. Tratamos de analizarlo, de entender las razones que

oprimían mi alma, pero se nos escapaba la solución. En nuestra vida de pareja no había problemas. Disfrutábamos en la cama, conversando, de paseo, en los espectáculos y en las fiestas, pero finísimas capas de tristeza se iban depositando sobre mi piel y me envolvían en una nube gris que a veces se rompía en un llanto convulsivo. Solo el enorme amor de Gustavo amainaba mi pena.

Más por enamorado que por prescripción médica, mi marido escogió con sumo cuidado el regalo del tercer aniversario de la boda. Un pomposo lazo rojo y un papel dorado envolvían lo que resultó ser una usada caja de zapatos. Estaba rellena de periódicos arrugados, pero entre ellos asomaba la punta de un sobre azul pálido, que cogí con premura. Él me contemplaba sonriente y nos fundimos en un largo beso mientras yo rasgaba el sobre, deslizaba los dedos por el interior y sacaba una cartulina con un escueto mensaje: «Felicidades, amada mía. México nos está esperando. Acabo de presentar mi dimisión irrevocable».

—¿Qué? ¿Estás loco? ¿Qué significa esto? —clamé estupefacta. No entendía nada. No sabía si era una broma ni adónde conducía, ni si debía reír o llorar.

—Se acabaron los gringos. Vamos a empezar una nueva vida al sur del río Grande. Voy a llevarte en volandas, que es como en México llevamos a las princesas de los cuentos —me dijo, alzándome en brazos y trasladándome, con más dificultades que en las películas, al dormitorio

Cuando me convenció de que era verdad, me pareció una oferta indeclinable que recibí con entusiasmo, pese a que nunca había estado en México. Lo primero que hice fue llamar por teléfono a María para comunicárselo. Seguíamos manteniendo viva nuestra amistad y nos comunicábamos con relativa frecuencia. Hacía menos de un año que la médica mexicana había venido a pasar una semana en nuestra casa y fue una delicia. Hicimos turismo, recordamos nuestros tiempos en el Instituto de Lenguas de Pekín y nos reímos cuanto quisimos. Si algo me emocionaba de María era su inocencia, su capacidad de sorprenderse ante lo más nimio. Gustavo también se sentía muy bien con ella. Les gustaba profundizar en la psicología de las palabras, en sus sentidos. A ambos les apasionaba la medicina, aunque María defendía a capa y espada las enseñanzas orientales y Gustavo las occidentales. Durante el día, callejeábamos e íbamos juntas a museos y exposiciones. Por la noche, cuando él acababa su trabajo, quedábamos para cenar en alguno de los restaurantes latinoamericanos de la calle 18 o nos preparábamos en casa una succulenta tabla de quesos y una ensalada, porque María seguía siendo vegetariana.

—Nos vamos a México. Vamos a instalarnos en Guadalajara —le solté en cuanto descolgó el auricular sin siquiera saludarla.

—¡Ay, mi reina! Siempre con tus bromas. No te creo nada, pero me alegro de oírte tan contenta —contestó la médica, acostumbrada a mis tomaduras de pelo.

—No te equivoques, pinche María. Esta vez es verdad. Antes de que acabe el año estaremos allí.

—¿No me engañas? —preguntó, todavía incrédula.

—No, no es broma. Gustavo ya lo ha comunicado en el hospital.

—¡Qué alegría! Es maravilloso. Tienes que contármelo todo, pero más tarde, que ahora estoy con un paciente. Te llamo en cuanto termine —dijo colgando.

La decisión de Gustavo nos embarcó en una desenfadada carrera por terminar lo que cada uno estábamos haciendo en Washington. Yo, mi doctorado en historia contemporánea, y él, además de su investigación, tenía previsto ver a todos sus pacientes para informarles de que les dejaba en

manos de otros médicos. En ese correr contra el tiempo, apenas coincidíamos hasta caer derrengados en el lecho. Allí nuestros cuerpos recobraban juntos la energía perdida. El goce los hacía elásticos, flexibles, fuertes. La cama era el territorio del placer, donde se fundían, se derretían y volvían a tomar fuerzas para iluminar un mundo que solo era nuestro.

Gustavo tenía previsto poner en marcha el instituto de investigación psiquiátrica más moderno de México. Los colegas con los que había mantenido una estrecha relación a lo largo de las dos décadas que llevaba en Estados Unidos, le habían propuesto en más de una ocasión que volviese a trabajar al DF, las siglas del Distrito Federal que los mexicanos, por contagio de sus vecinos del norte, utilizaban entonces para denominar su capital. Sin embargo, él nunca tuvo el más mínimo interés en dirigir ningún psiquiátrico en esa gigantesca ciudad de tráfico infernal. En Washington se sentía realizado profesionalmente. Pero el día que le llamaron para ofrecerle volver a Guadalajara y abrir una clínica privada en la que primara la investigación, no se lo pensó dos veces. Necesitaba encontrar una solución a mi inadaptación a Estados Unidos y adoraba su ciudad natal, dos razones que iluminaban la oferta de su vida.

En 1986, la capital de Jalisco se encontraba en plena efervescencia después del terremoto que sacudió el DF el septiembre anterior. Muchos mexicanos acaudalados y profesionales liberales, horrorizados por el temblor que causó miles de muertos, habían optado por huir a una zona menos sísmica y se estaban instalando en la segunda ciudad de México. Conocida como la Ciudad de las Rosas, Guadalajara experimentaba una enorme expansión urbanística y cultural que, como un imán, atraía a muchos de los hijos que un día la dejaron para buscar mejores oportunidades.

Teníamos prisa por marcharnos de Washington antes de que finalizase el verano. Yo estaba muy ilusionada. Era una de las agraciadas por la ola desarrollista de la capital de Jalisco que, como una esponja, absorbía a todo el que tuviera algo interesante que ofrecer. Con mi doctorado a punto de concluir, había apelado con éxito a dar clases de Historia en la Universidad de Guadalajara, y le iba contando a todo el mundo que muy pronto tendría mi primer trabajo.

Las penas se habían esfumado. El sexo y los preparativos del viaje lo ocupaban todo. Era fácil saber que era feliz porque desde entonces andaba por la casa canturreando «¡Ay Jalisco, no te rajés!», «Adelita» y algunas otras canciones de Jorge Negrete que había escuchado cuando era niña en los discos de vinilo que tenían mis padres. Solo conocía los estribillos y me inventaba el resto de las letras, al igual que la mayoría de los compases de la música.

Gustavo no tenía nada que ver con lo que comúnmente se entendía por un charro. No era machista, ni dominador, ni pendenciero, ni exhibicionista. Decía que, aunque solo tenía un octavo de sangre india, debía a esta su carácter tranquilo y reposado. Sin encubrir reproche alguno, siempre que salía el tema a relucir, señalaba su concordancia con el filósofo Samuel Ramos, que echaba la culpa a los españoles de la conducta errática de la sociedad mexicana. Para Ramos, los mestizos gozaron de un sistema de privilegios frente a los indios que acentuó la sed de poder, la arrogancia y el culto a la personalidad. Coincidían, uno desde el punto de vista filosófico y el otro desde el psiquiátrico, en que el ideal del indio es armonizar su vida con el universo y el del mestizo, controlar la vida; el indio acepta lo que acontece con cierta pasividad y el mestizo lucha por dominarlo; el indio, como el chino, se orienta hacia su comunidad y el mestizo es individualista hasta la agresividad.

—Lo siento, mi amor —bromeaba cuando le azuzaba y trataba de meterle prisa—, mi sangre española se achantó y he salido puro indio.

En medio de aquel torbellino de emociones y esperanza, la carta de Pequeña Xin fue una especie de jarro de agua fría. La angustia que desprendía la misiva me atemorizó como si de un pájaro de mal agüero se tratase. La felicidad es profundamente egoísta y miedosa. Cual avestruz, metí la cabeza debajo del ala y no quise recordar que éramos hermanas del alma.

Pequeña Xin terminaba en junio su posgrado y se temía que la iban a enviar a una de las muchas excavaciones arqueológicas que se desarrollaban en los lugares más remotos de China. Su carta rezumaba desencanto y ansiedad. Ella quería quedarse en Pekín y dar clases, pero eso estaba descartado. Como de pasada, contaba entre líneas que el decanato quería hacerle pagar por la íntima amistad que había establecido con una extranjera. No había reproches, pero relatava que, en una de las campañas de los conservadores contra la contaminación espiritual, le habían echado en cara que el pasado burgués de su madre había facilitado las buenas relaciones que había establecido con la estudiante española.

Xiao Xin también se lamentaba de sus amargos amores por Li Hong, a quien apenas veía porque tras su licenciatura no había seguido estudiando. El taimado Li Hong se había comprometido con la hija de un alto funcionario y se casaba esa primavera. Las esperanzas de mi hermana del alma de que algún día él se enamoraría de ella se habían desvanecido y había perdido la ilusión por seguir viviendo.

La carta finalizaba con un grito de desesperación: «Hermana mayor, quiero verte. Ayúdame a irme a Estados Unidos».

A punto de dejar definitivamente Washington, yo no tenía tiempo de hacer nada. Me sentía tan impotente como incómoda, porque en esos momentos no podía enviarle una carta de invitación para que le dieran el visado, ni tenía otros instrumentos legales que facilitaran su viaje. Estaba confusa porque no alcanzaba a valorar con exactitud la situación de Pequeña Xin. Además, me molestó bastante la sombra de culpabilidad que depositaba en mis hombros ante los eventuales males que la atenazaban. La carta, sin lugar a dudas, descargaba en mí parte de la responsabilidad sobre el futuro de mi hermana del alma. Era un peso demasiado aplastante y dejé la respuesta para más adelante. Consolé mi cobardía con la excusa de que precisaba calma para escribir un texto que aportara soluciones y fuese capaz de conjugar mi felicidad con las penas de *xiao Xin*.

Guadalajara fue para mí la bocanada de aire fresco que anhelaba. Sabía poco de mi nuevo país de acogida, aparte de la historia incluida en las asignaturas de mi carrera, de una apasionante novela que había leído en mi adolescencia, *El dios de la lluvia llora sobre México*, y de algunas obras escogidas de los grandes maestros mexicanos. A Gustavo no le gustaba el libro de László Passuth, pero yo no estaba dispuesta a releerlo con una mirada crítica. Le decía que las lecturas que iluminan la juventud o permanecían para siempre en la mesilla de noche —como en mi caso el *I Ching* y *El libro de las maravillas del mundo* y en el suyo *Don Quijote de la Mancha*— o debían guardarse en la memoria como un pasaje mágico de la vida.

De Guadalajara conocía lo que de pasada me había contado Gustavo, pero no me había detenido a pensar en el lugar hasta que supe que sería mi nuevo hogar. En realidad, no me dio tiempo a detenerme en nada. Los días se precipitaron y en el amanecer de septiembre me vi volando hacia mi nuevo destino. En el aeropuerto internacional de Ciudad de México nos recibieron, con un hermoso ramo de flores, los dos psiquiatras con quienes se había asociado

Gustavo, y sus esposas. El vértigo se había apoderado también del pausado Gustavo y, pese a mi insistencia, no había aceptado la propuesta de tomarse unos días de descanso para pasear por la capital antes de emprender en coche el último tramo del trayecto que sellaba el final de la experiencia norteamericana.

—Todo a su tiempo —respondía—. Habrá mil ocasiones de visitar el DF, ahora no es el momento. Concentrémonos en Guadalajara.

Nada más poner un pie en el suelo, percibí el olor de la tierra mojada, el calor de la gente y el colorido de un país embriagador. El embate de la espectacular belleza de las jacarandas florecidas me pareció una revelación. Era la primera vez que veía esos árboles cuajados de flores azules y no podía dejar de mirarlos. La mediana de la calle donde vivía mi suegra estaba poblada de jacarandas y rosales, mientras por las tapias de las casas se asomaban encendidas buganvillas. La madre de Gustavo, a la que todavía no conocía, me recibió con los brazos abiertos.

—Beatriz, querida, ¿quién me iba a decir que una española me devolvería a mi hijo? —me susurró, sujetándome las dos manos con cariño—. Quiero que te sientas en tu casa. Ojalá seáis tan felices como lo soy yo ahora mismo —añadió, ocultando con un rápido movimiento una lágrima furtiva.

La cálida hospitalidad familiar nos facilitó un merecido relajó, mientras tratábamos de encajar las piezas del puzle de nuestra nueva vida. Descubrí pronto que la sociedad era incluso más conservadora de lo que me había advertido Gustavo, pero se respiraban ganas de cambio y yo estaba dispuesta a encontrar el lado positivo a todo.

Un tranvía recorría la ciudad de norte a sur. Me gustaba tomarlo y mezclarme con las gentes y los jóvenes que, al igual que yo, se dirigían al campus universitario. La licenciatura de Historia dependía de la Facultad de Filosofía y Letras, que también integraba Sociología y Geografía. Las clases eran solo por la tarde y me habían asignado la asignatura optativa de Historia Contemporánea, que se impartía tres veces por semana a la quincena de alumnos que la habían solicitado. Era, por tanto, un trabajo fácil, aunque al ser primeriza en el desempeño, dedicaba muchas horas a la preparación de las clases. No quería que me pillaran en nada. Era mujer, una *raras avis* en un claustro abarrotado de hombres.

En el profesorado había varios españoles y bastantes chilenos huidos de Pinochet, a quienes el rector de la universidad, Enrique Alfaro, había dado cobijo, pero bastaban los dedos de una mano para contar a las mujeres, aunque éramos todas muy combativas y a veces nuestra voz era la que más se escuchaba en el claustro. Eran años de innovación, de creatividad, en los que se promovía la formación de doctores y la investigación. Me encontré en mi salsa, me volqué en la búsqueda de material progresista latinoamericano con el que acompañar mis clases y me dejé acariciar por el suave otoño de cielos azul cobalto. Disfrutaba de las floridas calles y plazas de la ciudad, de sus ricos monumentos y de su sabor colonial. Adoraba la intensidad y la variedad de los ocres y los verdes de las montañas que bordeaban el frondoso valle donde duerme, cerca de Guadalajara, el inmenso lago Chapala. Todo me resultaba acogedor.

Desde el primer día que lo vi me enamoré de San Pedro Tlaquepaque, un pueblecito muy próximo a la ciudad, cuyas casas señoriales de patios de estilo andaluz me recordaron una infancia de pilistras, geranios, limoneros y olivos. Buscábamos donde instalarnos y la madre de Gustavo se empeñó en cedernos la casa que la familia tenía en San Pedro. Las dos hermanas —una de las cuales vivía en el DF— no se opusieron.

—Era el deseo de tu padre que tú ocuparas esta casa. No sabes lo feliz que me hace que Beatriz se haya quedado prendada de ella. A mis años, la única ilusión es que estéis cerca y que, si Dios lo quiere, tu esposa dé a luz en esta casa, como lo hice yo —le dijo.

A principios del siglo XX, la burguesía de Guadalajara optó por pasar los veranos en San Pedro, para lo que se construyeron hermosas casas de estilo colonial y amplios jardines que realzaron el pueblo. Entonces se viajaba en calesas, pero el camino se había transformado en carretera y en 1986 se recorría en coche en menos de quince minutos. La red de autobuses públicos también conectaba San Pedro con el centro de Guadalajara.

Hicimos algunas reformas, pero la estructura de la casa se mantuvo intacta. Salón, comedor, despacho y dormitorios se abrían a un porche con un patio central de azulejos y una fuente de agua cantarina. Nuestra habitación daba también a un jardín trasero. Meses después, ya instalada en la hermosa vivienda, el pensamiento en Pequeña Xin me arrancó la venda que me había puesto en los ojos. Las dos habíamos empezado una nueva vida y ninguna sabíamos dónde se encontraba la otra. No teníamos ninguna dirección de referencia. Todo apuntaba a que el contacto se había roto definitivamente.

Advertí mi negligencia, pero me faltó arrojo para emprender la búsqueda de una solución y no quise que la inacción se convirtiera en un estigma que empañara mi bienestar. Sin tensiones, dejé que mi conciencia se adormeciera arropada en un ligero velo de culpa y no volví a mencionar el nombre de Pequeña Xin. A veces me acercaba de puntillas a ella a través de la lectura de lo que se publicaba sobre China. Novelas y ensayos iban llenando las estanterías de mi biblioteca, además de devorar lo poco que aparecía en la prensa sobre los cambios en el Imperio del Centro. Era la forma imaginaria de mantenerme fiel al recuerdo de mi hermana del alma, mientras fantaseaba con que las transformaciones que experimentaba el país tenían un efecto positivo en su vida. No había manera de comprobarlo. *Xiao Xin* formaba parte de un pasado que permitía poco juego.

UNA OPORTUNA INVITACIÓN

El cartero siempre llama dos veces y en la primavera de 1988 golpeó mi puerta. Me traía una invitación para asistir al Congreso de Historia Contemporánea que organizaba China. Debía celebrarse en septiembre en Pekín. Nunca pensé seriamente en volver a China —ni siquiera cuando María me propuso en los años en que vivía en Estados Unidos que fuese con ella a un simposio de medicina tradicional que se celebró en Cantón—, pero esto era una oportunidad que no podía dejar marchar. De pronto, Pekín reaparecía en mi universo y reavivaba mi antigua pasión.

Mi primer pensamiento fue para Pequeña Xin y el segundo para María, con quien no tardé un segundo en compartir la noticia. Ella residía en Oaxaca y estaba embarazada de su primer hijo. La doctora había vuelto a China dos veces para hablar con sus maestros y asistir a seminarios, además de aprovechar los viajes para comprar agujas, moxa y demás material necesario para su consulta. Estaba muy comprometida con la salud de las comunidades indígenas de la zona y en labores sociales de integración y apoyo. Trabajaba veinticinco horas al día, pero hablaba con la misma parsimonia y dulzura de siempre, como si fuese la dueña del tiempo y pudiese regalarlo a

todos. Al igual que Frida Kahlo, vestía siempre huipiles de vivos colores tejidos a mano y adornaba con cintas y flores su pelo azabache.

—Vas a tener que traerme provisiones, güerita. No vale que me digas que has llenado la maleta de libros —me dijo, riéndose de la afición que compartíamos Gustavo y yo.

—Trataré de localizar a *xiao* Xin, aunque me temo que no esté en Pekín. Voy a revolver entre mis papeles a ver si encuentro la dirección de alguien de los del grupo o de alguna de mis compañeras de clase que viviese en Pekín. Me parece increíble volver.

Después de hablar con María llamé a Hugo, mi otro gran amigo de los años pequineses con el que me mantenía en contacto. Le conocí a los pocos días de instalarme en el Instituto de Lenguas, por el que él ya había pasado. Era inteligente, divertido, alto, guapo, cariñoso, de conversación fácil y bailaba como los ángeles. Se podía decir que lo tenía todo, pero su humor siempre destilaba un halo de amargura. Hijo de refugiados políticos peruanos llegados a China en 1975, Hugo, que estudiaba arquitectura en la Universidad de Qinghua, era un veterano que se conocía hasta el último rincón de Pekín. En aquellos primeros meses, los tres pasamos juntos muchas tardes, porque entre María y Hugo hubo una especie de medio romance, un intento de relación que no cuajó. Nosotras intuimos algo, pero el primer día que Gustavo conoció al hermoso Hugo dijo que tras su pantalla de sociabilidad se escondía una frustración profunda que le obligaría, antes o después, a salir del armario y, efectivamente, salió poco antes de terminar la carrera. Se enamoró de un mulato norteamericano que le rompió el corazón. La experiencia china, que siempre había vivido como traumática, le resultó abominable y decidió poner tierra de por medio para sobreponerse. Con su título de arquitectura se instaló en España con el propósito de no volver, aunque conservó algunas de las amistades que había hecho en China.

—Me han dicho que Pekín está irreconocible. Todo está en ebullición. El Gobierno ha abierto las puertas a las mayores constructoras de Hong Kong y hay grúas por todas partes —me dijo cuando le comenté mi viaje.

—¿Estás pensando en regresar? ¿Qué tal te va en España?

—No tengo la más mínima intención de volver, y menos a trabajar. Aquí me voy abriendo paso.

—Anímate y nos encontramos en el Pato Laqueado de Qianmen.

—Me apetece verte, pero el pato laqueado se me indigesta —me contestó burlón—. Mis amigos me cuentan que es el momento de abrir un estudio de arquitectura en Pekín, pero de momento me resisto. Me gusta España y mi mayor aspiración es vivir bien. Da recuerdos al profesor Peng. Seguro que vas a verle.

—Por supuesto, me apetece mucho.

—Algún día tendrás que contarme cómo conseguiste convertirte en la niña de sus ojos.

Hugo siempre hacía bromas de la buena relación establecida entre el «comecocos» y la rebelde. Yo le seguía la corriente y, pese a las profundas diferencias con que los dos mirábamos a China, entablamos una sincera amistad. En las fiestas, era mi pareja de baile favorita y entre vuelta y vuelta y copa y copa me convertí en la confidente de sus aventuras y desventuras y viceversa. Su empeño por establecerse en España fortaleció los lazos. Decía que cuando escuchaba mi acento era como si estuviera más cerca de cumplir su deseo. Pasábamos horas hablando de las regiones y las costumbres españolas.

—Si vienes, te desvelo el secreto —respondí, coqueta.

—No te creo, querida. Mejor hablamos a tu vuelta y me cuentas si es verdad todo eso que dicen de los cambios que se están produciendo en China.

Cuando aquella noche llegó Gustavo le ofrecí la posibilidad de que me acompañara, pero la declinó.

—Dulcinea y Perdígón no nos perdonarían que los dos les abandonásemos al mismo tiempo sin necesidad —afirmó, refiriéndose a la pareja de pura sangre españoles, que me había regalado hacía menos de un año y que montábamos casi a diario, a primera hora de la mañana.

—¡Vaya, vaya! ¿Te cuesta más separarte de Dulcinea que de mí? —le pregunté zalamera, besándole el cuello y sentándome en su regazo—. Voy a pensar que tu maravilloso regalo fue una excusa para meterme a la amante en casa. Le diré a Perdígón que te vigile —añadí, convencida de tener el más generoso de los maridos.

La verdad era que los dos sabíamos que debía hacer ese viaje sola. Yo lo prefería, aunque no lo reconociera. Consideraba que China me pertenecía más a mí que a Gustavo. Sin ataduras podría aprovechar mejor el escaso tiempo libre del Congreso de Historia. Quería buscar a mi hermana del alma y no sabía por dónde empezar. Además, si la encontraba íbamos a necesitar muchas horas de cháchara para ponernos al día de todo lo acontecido en esos años. También me hacía ilusión reunirme con otros antiguos amigos y profesores y no descartaba la posibilidad de ver a Ni Shun, el traductor que tuvo Gustavo, la única persona de la que tenía el número de teléfono. Mi psiquiatra era un hombre metódico y, nada más saber que me iba a Pekín, buscó y halló en unos minutos las coordenadas de Ni.

Semanas antes del viaje, lo tenía todo preparado. Las clases ya habían comenzado, por lo que tuve que buscar a un compañero para que me sustituyese. Tardé mucho en elegir los regalos que quería llevar, porque había que tener en cuenta el peso y el volumen. Finalmente opté por pulseras y colgantes en plata de la bella artesanía mexicana para las amigas que encontrase. El de Peng *laoshi* lo tuve claro desde el principio. Lector empedernido, sabía que acertaba plenamente si le llevaba las últimas obras de algunos de sus escritores preferidos: *El amor en los tiempos del cólera*, de García Márquez; *Castilla habla*, de Delibes; *El hablador*, de Vargas Llosa, y *El gallo de oro*, de Juan Rulfo. También introduje en la maleta un par de máscaras de ónix, unos llaveros de plata, una botella de tequila y unos botes de chile.

Era una delicia entrar en cualquiera de las librerías de Guadalajara por la riqueza de sus títulos. Los dirigentes tapatíos, como se conoce a los nacidos en la capital de Jalisco, se esforzaban por hacer de su ciudad un núcleo cultural de renombre. Margarita Sierra, a quien yo admiraba y con la que compartía intereses literarios, había conseguido poner en marcha la Feria Internacional del Libro, que crecía de año en año y era un gran evento cultural, con creciente proyección exterior. Margarita formaba parte, como Gustavo, de la primera comunidad académica de Guadalajara, integrada por doctores que habían realizado sus tesis en el extranjero y habían aceptado volver por las generosas ofertas del Gobierno o atraídos por las amplias perspectivas de futuro que se habían abierto. El Centro de Investigación y Estudios Cinematográficos también se encontraba en pleno apogeo, con un numeroso grupo de estudiantes.

ROJOS QIPAO Y PAJARITAS NEGRAS

El aeropuerto de Pekín se había ampliado. En el taxi que me llevaba al centro tuve la sensación de que llegaba a un lugar desconocido, donde todo estaba en movimiento. El tráfico era intenso y las obras para el desdoblamiento de la carretera lo habían colapsado. Los campos del extrarradio se habían reducido y los edificios de ladrillo gris de cuatro o cinco plantas habían sido sustituidos por torres de diez o doce alturas, que de vez en cuando quedaban empujadas por el enjambre de andamios de un rascacielos en construcción. Calles y aceras estaban repletas de gente. El paisaje del nuevo Pekín había cambiado espectacularmente. La antigua somnolencia había dejado paso a una efervescencia cercana a una generalizada agitación.

El congreso se celebraba en el hotel Jianguo, todo un hito en mi época de estudiante. Fue el primero financiado con fondos extranjeros y el primero en tener un diseño y un aspecto típicamente internacionales muy chocante en la China de entonces. Los inversores de la colonia británica de Hong Kong se trajeron los planos arquitectónicos y se encargaron de la importación del mobiliario, materiales y equipos, a cambio de su explotación durante diez años. Aún recordaba las caras de sorpresa de los chinos ante la amplitud acristalada de su vestíbulo. Lo estaban terminando cuando finalicé mi estancia en China.

Había dejado Pekín hacía menos de siete años, pero tenía la sensación de que había transcurrido un siglo. Mientras esperaba que me dieran la llave de la habitación escuché ensimismada a la pianista que tocaba el «Vals de las flores» en un lateral de la entrada, decorada con plantas tropicales y un espectacular centro de orquídeas, liliums, gladiolos, gerberas y peonías. Occidentales y chinos departían distendidos en las mesas cercanas. Deslumbrantes camareras embutidas en rojos *qipao* (el vestido tradicional de la alta burguesía de principios de siglo), con la abertura lateral cercana a la cadera, y diligentes camareros con pajarita negra y chaquetilla roja servían alcoholes de importación, refrescos y bebidas calientes. Nunca lo hubiera imaginado. Me sentí más que en la capital de la República Popular, en uno de los hoteles de lujo de Hong Kong, donde pasé las primeras noches de la luna de miel.

En Guadalajara, después de mucho rebuscar, terminé por encontrar mi agenda de los tiempos de estudiante. Entre los datos de muchos extranjeros que muy posiblemente ya no estaban en China, aparecía el teléfono de la casa de mi compañera de pupitre, Lu Jiamin. De todos mis amigos, era la única que entonces vivía en Pekín y tenía teléfono, uno de los muchos privilegios otorgados a su padre como general del EPL. Me di una ducha generosa para quitarme el cansancio del viaje. Quería estar fresca para hacer la llamada. No había vuelto a hablar chino y aunque la conversación había fluido con soltura en el taxi y en la recepción del hotel, me preocupaba no hacerme entender por teléfono.

—Buenas tardes, ¿puedo hablar con Lu Jiamin?

—¿Quién es usted? —respondió con sequedad una voz de mujer.

Le conté que habíamos sido compañeras de estudios en Beida, que acababa de volver a Pekín y que trataba de localizarla porque solo estaría seis días.

La voz a través del auricular se fue dulcificando. Resultó ser una tía de Jianmin, que me reveló que su sobrina acababa de casarse, que ya no vivía con sus padres, aunque residía en Pekín, y que en su nuevo domicilio también tenía teléfono. Me facilitó el número y se despidió deseándome una feliz estancia y un buen viaje de regreso a México.

Marqué el nuevo número con más excitación incluso que el anterior. Recordaba a Lu Jiamin como la más atrevida y abierta de todas las chinas que había conocido. Era una de los escasísimos

universitarios que hablaba inglés. Cuando estábamos las dos solas perdía la discreción confuciana y se jactaba de haber leído las obras de Dickens y de Chéjov, que formaban parte del «tesoro» guardado en un baúl de su casa durante la Gran Revolución Cultural y que incluía a Cervantes, Lawrence, Víctor Hugo y muchos otros. La familia se arriesgó a conservar los libros y leerlos a escondidas porque la vivienda del general y director del departamento internacional del EPL estaba protegida de los «guardias rojos» por soldados.

—Hola, soy Be Tice. ¿Eres...? —No pude terminar la frase.

Al otro lado del hilo telefónico Lu Jiamin, gritaba y hacía mil preguntas a un tiempo con evidentes muestras de alegría. Parecía que el tiempo no hubiera pasado.

No fue posible, en cambio, verse aquella misma noche. Jiamin tenía un compromiso ineludible, pero me dijo que al día siguiente pasaría a recogerme al Jianguo, a las once de la mañana, para que almorzáramos juntas con calma.

Me quedé impresionada por la seguridad con que organizaba y hablaba mi antigua compañera de clase. Se percibía la influencia de la disciplina militar que le había proporcionado el padre. La chica revoltosa de dieciocho años que conocí había dejado paso a una mujer que rebosaba capacidad y dotes de mando.

Con la marcial puntualidad china, ante las puertas del Jianguo se paró un Toyota negro de cristales tintados. El portero del hotel abrió la puerta trasera del coche, de la que apenas sobresalió una mano que se agitaba al tiempo que se escuchaba:

—Be Tice, *lai, lai* (ven, ven).

ESTUDIOS DE PATRIOTISMO EN LA ESCUELA MILITAR

Lu Jiamin llevaba un traje de chaqueta azul claro y una camisa de seda con dibujos geométricos en crudo, rojo y amarillo. La falda de tubo se había subido al sentarse y dejaba ver la mitad los muslos. Estaba discretamente maquillada y lucía una larga melena negra y brillante. Lejos quedaba el tiempo en que, para demostrar su apuesta por la modernidad, llevaba el pelo corto y rizado, obra de una exclusiva permanente. Por si había dudas de que se había convertido en una ejecutiva, tenía a su lado una voluminosa cartera.

Sin consultarme, le pidió al chófer que nos llevará al hotel Gran Muralla.

—Imagino que te gustará ver los cambios que se están operando en Pekín —afirmó—. No tenemos tiempo para pasear, pero al menos podrás verlos desde las alturas. Comeremos en el restaurante del último piso del Gran Muralla. Pertenece a la cadena Sheraton, pero aquí no se utiliza ese nombre. En estos años, se han construido decenas de hoteles, algunos gigantescos, como el Internacional, que tiene veintinueve pisos —explicó con cierta presunción.

—No me hace falta mirar los edificios, solo con verte a ti me doy cuenta de que estoy en otro mundo —contesté entre las risas de las dos.

Poco antes de licenciarse en historia, Lu cambió su perfil profesional. Le propusieron ser miembro del cuerpo diplomático y lo aceptó de buen grado. Al abrirse al exterior, China descubrió que no tenía funcionarios preparados para su nueva política internacional, y tuvo que recurrir a su cantera de universitarios. Por su dominio del inglés, Lu fue asignada al departamento

de Oceanía. Las relaciones y el comercio con Australia habían aumentado considerablemente y China las cuidaba con esmero. Mi amiga rebosaba satisfacción y confianza en el sistema.

—Cuéntame cómo fue tu ingreso en el mundo diplomático. Creo que tuvieron buen ojo al proponértelo.

—Me contactaron al iniciar el último año de la carrera. Nunca lo había pensado, pero me alegré infinito. No me sentía capaz de dar clases, ni me gustaban los archivos y tampoco sabía qué podía hacer con mis estudios. Me aterrorizaba la llegada de una carta ordenándome un destino en cualquier universidad de provincias.

—¿Te mandaron directamente de Beida al Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Primero tuve que hacer un año de servicio militar.

—¿Cómo? ¿Te faltaba espíritu castrense o es que tu padre te lo pidió? ¿Por qué? No entiendo.

—Es obligatorio. Los diplomáticos somos representantes del Estado y tenemos una alta responsabilidad. Antes de ingresar en el ministerio, todos tenemos que pasar por el EPL para reforzar los valores del servicio y la defensa de la patria.

Lo dijo tan convencida que no encontré argumentos para bajar el tono de su exaltación patriótica. Jiamin percibió mi pasmo, pero antes de que cristalizara el silencio, di un giro a la conversación.

—Háblame de tu marido. ¿Cómo le conociste? ¿Cuándo os casasteis? —le pregunté.

—Es de la norteña provincia de Liaoning, uno de los nuevos empresarios —respondió con un retintín que permitía diversas interpretaciones—. Me lo presentaron poco después de entrar en el Ministerio de Exteriores, durante una cena de trabajo con una delegación comercial de Nueva Zelanda, a la que asistí como miembro del departamento de Oceanía. A mis padres les pareció bien y nos casamos hace dos meses. Viaja mucho y nos vemos poco, porque yo también tengo mucho trabajo. Casi no hemos tenido tiempo para estar juntos y disfrutar. Y tú ¿sigues en Estados Unidos, cuántos hijos tienes?

—Todo negativo. Ni sigo en Washington, ni tengo hijos.

—Oh, lo siento ¿Por qué? ¿Te has divorciado? —preguntó Jiamin, quien, como la mayoría de los chinos, veía un matrimonio sin hijos como el símbolo de la desdicha. Angustiados por la «política del hijo único», lo que los chinos más envidiaban de los extranjeros era precisamente la libertad para tener dos, tres, cinco o los descendientes que se quisieran.

Desgrané mi desencanto con la capital estadounidense y mi satisfacción con la vida casi campestre en México ante el evidente asombro de mi antigua compañera que, como muchos otros cachorros comunistas, andaba bebiendo los vientos por todo lo que ofrecía el imperio americano, aunque lo que más sorprendió a Lu Jiamin fue que reconociera abiertamente y sin muestras de trauma la esterilidad de mi marido. Desde su punto de vista, era inconcebible que él se hubiese sometido de forma voluntaria a pruebas para determinar si lo que impedía mi embarazo se debía a un problema suyo. La tolerancia de Gustavo, la aceptación mutua, la naturalidad con que yo abordaba el tema y la felicidad sin ambages que proclamaba sentir, pese a saber que no podría ser madre, la noquearon.

—¿Tienes noticias de Zhou Xin? —le pregunté, volviendo a cambiar de tercio—. Ya sabes que era de Xi'an, pero no sé adónde la destinaron al terminar la carrera. Su última carta coincidió

con mi salida de Washington. No le contesté y ahora no tengo su dirección, ni ella la mía. Me encantaría volver a verla.

—No sé nada de ella. Cuando te fuiste de Beida dejamos de vernos. Alguna vez nos cruzamos e intercambiamos algunas frases, pero teníamos amigos distintos y estudiábamos materias distintas. No volvimos a relacionarnos.

—¿Quién podría saber dónde trabaja?

—Es difícil. Tal vez alguno de sus profesores lo sepa. Tendrías que preguntar en Beida.

Fue un almuerzo muy agradable, salpimentado con anécdotas y recuerdos del tiempo en que compartimos pupitre y de los compañeros de entonces. Desgraciadamente para mí, Jiamin no mantenía contacto con ninguno de ellos. Su agitada vida diplomática no le dejaba tiempo para mirar al pasado. Desde el instante primero de nuestro reencuentro, nos percatamos de que habíamos tomado caminos distintos. Lu Jiamin era la imagen de la nueva China, emprendedora, dinámica, seductora, dispuesta a conquistar el mundo y convencida de que estaba en su derecho. Una mujer elegante y educada que podía ser ciudadana de cualquier ciudad occidental. Por el contrario, yo seguía defendiendo los principios sociales de la izquierda, disfrutaba de mis clases en la universidad y en el programa de alfabetización de mayores en el que participaba y había reconducido mi activismo a la defensa de la naturaleza y de los derechos de la mujer. Alejada del bullicio de la gran ciudad, en San Pedro había aprendido a deleitarme con el arte de la jardinería, a gozar de la calma y, como decía Gustavo, del habla del silencio.

TESTIGO DE UN TIEMPO QUE NO VOLVERÁ

Buen medidor de las influencias que modelan el ánimo de las personas, mi querido psiquiatra me insistió en que prolongase mi estancia más allá de la duración del Congreso de Historia, pero no quise escucharle. Era la primera vez que nos separábamos y una semana me pareció un tiempo razonable. Sin embargo, una vez en Pekín, vi cómo se me escapaban los días sin poder detenerlos, volaban con la rapidez de un rayo.

Fue una semana inolvidable, aunque desgarradora en cierto sentido. Había reído con Lu Jiamin y me alegraba de su confianza en el radiante porvenir que aguardaba tanto a ella como a su país, pero me sentía desconcertada. Tuve la sensación de que la China de mi juventud se esfumaba igual que el vaho se escapa de la boca en un día frío. Las luchas por el poder político y económico habían acabado con la ensoñación del comunismo, mientras el capitalismo alcanzaba enormes cotas de popularidad y el dinero se erigía en la gran aspiración ciudadana. Muerta la ideología, el Imperio del Centro volvía a las raíces de un sistema económico que le había funcionado hasta que la revolución industrial europea le tomó la delantera. El milenarismo país recuperaba las energías perdidas gracias a que sus gentes, como antaño, trabajaban sin descanso. La gran novedad con respecto al pasado era la apertura a Occidente cuya influencia permeaba el día a día de la vida de una buena parte de la sociedad china ante la atónita mirada de los mayores.

Pekín se había llenado de mercados libres donde miles de campesinos llevaban sus productos y, para protegerlos, dormían junto a ellos tapados con la misma lona. Permanecían en la ciudad hasta que los vendían y entonces volvían al pueblo a por más. La comuna había desaparecido y cada familia había recibido una pequeña parcela de tierra para su explotación,

donde cultivaba lo que le parecía mejor y tenía libertad para venderlo donde quisiera sin control de precios.

En los bazares de ropa y textiles, como el de Shuidui, la administración del edificio cobraba una pequeña cuota a los hombres y mujeres que pasaban la noche entre los fardos de sus tenderetes. Apenas cabía un alfiler. El ambiente era sofocante, pero estaban siempre dispuestos a copiar en veinticuatro horas cualquier modelo que se les suministrase.

Me quedé estupefacta y lo rechacé temerosa, la primera vez que me abordaron para ofrecerme un cambio más alto que el oficial por mis *waihuiyuan* (certificados de dinero en divisa). A la tercera, comprendí que era una práctica habitual. En mi época de estudiante, los chinos no sabían el significado del mercado negro, pero en los seis años y medio transcurridos estos traficantes se habían hecho los amos del cotarro y casi me miraban con desprecio por no aceptar la «generosa» oferta que me hacían.

Los *waihuiyuan* eran una especie de billetes para extranjeros, aparecidos en 1981, que equivalían a la moneda oficial, *renminbi*, conocida popularmente como yuan. Con la apertura al exterior, el Banco de China se había inventado esta modalidad de «papel-dinero» para el cambio de las divisas, con el fin de evitar el mercado negro existente en los demás países comunistas. Al principio, su circulación estuvo muy restringida, pero el control fue imposible con la llegada de miles de turistas y empresarios que tenían la obligación de pagarlo todo en esos certificados. El Banco de China fracasó en su intento. Fue la señal de que se aproximaban tiempos convulsos, pero la encarnizada lucha entre ultraizquierdistas y liberales impidió hallar una solución adecuada que frenara el alud que se estaba formando.

Los *waihuiyuan* se convirtieron en objeto de deseo para millones de chinos desde el momento en que eran la única forma de pago en las llamadas Tiendas de la Amistad, una suerte de grandes almacenes presentes en todas las capitales de provincia, en los que se vendían los mejores productos de China y todos los importados, desde alimentación a televisores, electrodomésticos o bicicletas. En 1988, la mayoría de los chinos seguía teniendo prohibida la entrada a estas tiendas, pero millones de campesinos habían multiplicado sus ganancias y pagaban a los dependientes, a los empleados de los extranjeros y a otras personas autorizadas para que les compraran lo que querían. El mercadeo de certificados se disparó y con él la corrupción.

El regateo, el trapicheo, las copias falsas y todo tipo de corruptelas campaban sin control por la capital, en especial en el llamado «mercado de la seda», una especie de rastrillo situado en una calle adyacente al Jianguo. Nadie se escandalizaba. «Cuando una ventana se abre, con la bocanada de aire fresco entran moscas», había dicho Deng Xiaoping al referirse a los efectos negativos de la reforma y a la corrupción que comenzaba a impregnar el quehacer diario de muchos ciudadanos.

Quienes se saltaron a la torera la honestidad imperante en los duros años del maoísmo fueron los primeros en alzar la voz contra la rapidez o la lentitud de los cambios, según como les afectaran. El progreso era evidente, pero en las calles se respiraba un malestar que nunca antes había percibido, aunque jamás imaginé que la desazón que palpaba sería el caldo de cultivo de las revueltas que unos meses más tarde, en junio de 1989, desembocarían en la matanza de Tiananmen.

Pese a mi fascinación por la historia, no había logrado concentrarme en las sesiones del congreso. Tenía la sensación de que lo que sucedía en la calle era mucho más importante que lo

que se debatía a puerta cerrada. Había conocido a varios investigadores interesantes, dos de ellos chinos, pero no compartían mi percepción de que asistíamos a un momento crucial. Mi empeño por empapar me de los cambios operados en la ciudad como si con ello recuperase el tiempo transcurrido me había provocado una tremenda excitación. Me faltaban horas para cumplir mi agenda.

Quería reunirme con algunos de los extranjeros que conocí cuando era estudiante y que aún permanecían en China; ir de madrugada al parque Ritan para practicar *taijichuan*; recorrer los *hutong* (callejones) de los alrededores de la Ciudad Prohibida; charlar con los ancianos sentados a las puertas de sus viviendas en sillas bajas de asientos de cuerda y sentir el olor de los fideos hervidos, la soja y el ajo. Eran tantas las experiencias que quería volver a percibir, que me sentía desgarrada entre el pasado que se me escapaba y mi presente como participante en el Congreso de Historia. Cada vez que solicitaba la llave de mi habitación, me angustiaban los sobres con las invitaciones que la recepcionista sacaba de mi casillero. Ópera de Pekín, danza, conciertos, museos, visitas y excursiones organizadas para intercambiar opiniones y estrechar lazos entre los ponentes. Habría querido asistir a todo, pero el ansia por enterarme de lo que estaba sucediendo me hizo desear, con el corazón partido, muchas de las actividades culturales.

No tuve tiempo de ir a la universidad. No me quitaba a Pequeña Xin de la cabeza, pero estaba demasiado dispersa para concentrar mis fuerzas en buscarla. Lo único que conseguí fue el teléfono del Instituto de Lenguas que me permitió localizar a mi querido Peng *laoshi*, quien aceptó la invitación para acompañarme en la última cena del meteórico viaje.

CENA CON MI PROFESOR

El tiempo se había detenido en Peng Jingrun. Llevaba el mismo pelo cortado a cepillo, las mismas zapatillas de tela negras, los mismos pantalones grises y la misma camisa blanca de manga corta de los días calurosos del verano. Como siempre que me veía, me dedicó una larga sonrisa y un cálido apretón de manos. Era la primera vez que Peng *laoshi* entraba en el Jianguo, pero sus ojos no transmitieron la más mínima emoción. Paseó la mirada por el entorno y sin querer pronunciarse sobre qué tipo de cocina prefería, se dejó conducir por la alumna al restaurante occidental que, aunque abusaba del romanticismo de la penumbra, era más silencioso y propicio para conversar tranquilos.

—¿Has visto *La tierra amarilla* de Chen Kaige? —me preguntó nada más sentarse a la mesa—. Dicen que ha tenido un enorme éxito internacional. Aquí supuso la revolución de la industria cinematográfica. Había unas colas larguísimas para verla. El director ha rodado después otras dos, pero esta es la más innovadora.

—Sí, me gustó mucho, aunque me sorprendió ese nihilismo tan atípico del cine chino. ¿Dónde están aquellos finales felices para educar a los espectadores de las películas que usted nos llevaba a ver? —pregunté con sorna, recordando los folletines que terminaban cuando soldados del EPL libraban a doncellas de las garras de lascivos terratenientes o el pueblo castigaba la maldad de un burgués—. En México también tuvo mucho éxito. La fotografía es una maravilla.

—El director de fotografía es Zhang Yimou. Tiene una sensibilidad extraordinaria. También se encargó de esta en la segunda cinta de Chen, *La gran parada*, una obra maestra, y desde allí

saltó a dirigir su primera película, *Sorgo rojo*, ¿lo sabías? —preguntó sin esperar respuesta—. Está basada en la novela de un joven escritor que se llama Mo Yan. No le conoces porque sus libros son recientes y no se han traducido, aunque el filme de Zhang Yimou ha obtenido diversos premios internacionales.

Peng *laoshi*, enamorado de la literatura y el cine, no podía ocultar su entusiasmo por la eclosión artística que había generado la apertura. Crítico minucioso, aseguraba que los mejores largometrajes y los mejores libros habían aparecido lejos de Pekín, en las decenas de pequeños estudios y revistas literarias surgidos en las provincias chinas, incluso en las más remotas y atrasadas. Había una fiebre vehemente por dejar volar la imaginación y darle alas para sacar a la luz toda la creatividad reprimida en las pasadas décadas.

Conforme la cena avanzaba y desfilaban por entre los platos autores, pintores, actores, músicos y otros, los temas culturales fueron dejando paso a cuestiones sociales en las que la política desempeñaba un importante papel. Los asuntos personales se abordaron con extremada precaución.

—*El gallo dorado* ha tenido poco éxito porque Rulfo lo escribió para un guion de cine, pero estoy segura de que le va a encantar. Es una magnífica estampa de México y de sus gentes —le expliqué al comentar los libros que le había traído.

—Hablas mucho de México —señaló como extrañado Peng *laoshi*, sin querer preguntar directamente.

Entreabierta la puerta de la intimidad, le conté los muchos cambios habidos en mi vida desde que me fui de China. Mi relato le dio pie para hablar de la suya.

—La inflación es un castigo difícil de soportar —dijo Peng *laoshi*—. Los funcionarios vemos subir los precios de los alimentos cada día. Prácticamente ya no hay racionamiento y se puede comprar sin restricciones, pero nuestros sueldos apenas han aumentado y casi no alcanzan para lo más imprescindible. Ahora hay de todo, pero no tenemos con qué pagar.

—No se puede imaginar cómo me ha sorprendido ver la variedad de los mercados y las gentes variopintas que pululan por ellos.

—En la actualidad los que mejor viven son los campesinos —continuó el profesor—. Crían unos pollos o algún cerdo en su corral y solo con esas ganancias superan con creces un año de nuestro salario. La vida en la ciudad se ha complicado mucho, especialmente en Pekín. Algunas grandes empresas estatales han cerrado y una parte de sus empleados se ha quedado sin trabajo. Hay más robos y más inseguridad que antes.

El 80 por ciento de la población china era campesina cuando Deng Xiaoping tomó el poder en diciembre de 1978. De ahí su empeño en que la primera modernización fuese la de la agricultura. Cientos de millones de personas que vivían en la más absoluta pobreza se beneficiaron de la nueva política y muchos de ellos elevaron sus recursos de forma exponencial en muy poco tiempo. Año tras año, la producción agrícola experimentó espectaculares aumentos. En 1984 se llegó a la cifra récord de cuatrocientos siete millones de toneladas de cereales, una meta que China se había propuesto alcanzar en el siglo XXI. Pero los comunistas metidos a capitalistas, conocían poco las reglas del mercado y no supieron cómo amortiguar el tremendo impacto que tendría en la sociedad la transformación de una economía planificada a una libre.

En 1986, para alentar las exportaciones de arroz, maíz y soja, así como de las manufacturas que se fabricaban en las cuatro zonas económicas especiales establecidas en la costa suroriental,

el Gobierno decidió devaluar la moneda un 15,8 por ciento. Fue como echar gasolina al fuego. La gente sacó los ahorros que tenía escondidos en el colchón —los chinos son el pueblo más ahorrador del mundo— y comenzó a acaparar los muy demandados productos de alto valor, desde bicicletas a electrodomésticos, en especial todo lo importado. Los precios se desbocaron. En 1988, la inflación media superaba el 20 por ciento, más del doble de los años anteriores, pero en las grandes ciudades, sobre todo en Pekín, la cesta de la compra llegó a elevarse un 40 por ciento. La carne y las verduras eran impagables. Muchos hogares vieron su dieta reducida a fideos y arroz.

—He palpado el descontento —comenté—. Se oyen muchas más críticas que antes. ¿De verdad piensa que las reformas no son buenas?

—No, no. Todo lo contrario. Creo que es necesario avanzar más rápido y buscar soluciones satisfactorias para la mayoría de la población. El problema es que los ultraizquierdistas lo impiden con sus maniobras torticeras. Siguen teniendo mucho poder, crean confusión y no dejan actuar al Gobierno para que frene los efectos negativos de la reforma.

Peng *laoshi* pasó de puntillas por las luchas implacables desatadas en el seno del partido entre los que estaban a favor y en contra de la liberalización económica. Había hablado con mucha franqueza y estaba claro que prefería esquivar el espinoso tema de la obligada dimisión del secretario general del PCCh Hu Yaobang, el dirigente más liberal que había tenido la República Popular desde su fundación. Nombrado en 1981, Hu había enarbolado desde el primer día la bandera reformista de Deng, su mentor y, en su nombre, se había convertido en el principal ejecutor de la desmaoización en las filas del partido, lo que le granjeó muchos y poderosos enemigos. El sector ultraizquierdista le tenía enfilado y en 1987 forzó al llamado «arquitecto de la reforma» a prescindir del hombre que había designado como su delfín político.

—Mi impresión es que va todo muy deprisa, tal vez es porque vengo de fuera, pero los cambios son impresionantes.

—Solo ves la superficie. Lo que importa es el trasfondo y ahí el pasado es una losa que impide la evolución —afirmó el profesor, levantándose y dando por finalizada la velada—. Te estoy muy agradecido por los libros y por esta agradable cena. Me ha alegrado mucho verte. Espero que vuelvas pronto.

De pie y sin opción de prolongar la conversación mucho más, le dije que no había conseguido encontrar a mi compañera de habitación en Beida. Le expliqué que Zhou Xin estudió arqueología, pero no mencioné que en la última carta que había recibido de ella me indicaba que se quería ir del país. Peng *laoshi* se brindó a ayudarme en la búsqueda. Su compromiso cayó en el olvido, enterrado por el horror que muy pronto golpearía China y la sumiría en un nuevo periodo de aislamiento internacional.

REGRESO AL HOGAR

Estaba agotada, pero no logré conciliar el sueño ni un segundo durante el vuelo de regreso. Habían sido tantas las emociones y era tanta la impaciencia de volver a enredarme en los brazos de Gustavo, que mi mente saltaba de analizar cada una de las palabras que había escuchado en China a imaginar cada una de las que me diría mi amado psiquiatra cuando nos encontrásemos. No

sabía qué me mantenía despierta, si los días pasados o los por llegar. Entornaba los ojos y las imágenes de Pekín se sucedían como en una película que terminaba inexorablemente en México.

No hacían falta luces en el aeropuerto, la sonrisa de Gustavo lo iluminaba todo. Estaba plantado justo enfrente de la puerta de salida. Con su pelo siempre alborotado, su guayabera blanca y un ramillete de flores de nuestro jardín que asomaba por detrás del sombrero panamá que sujetaba con la mano izquierda.

—Casi me había olvidado de lo guapa que eres —me dijo después de un largo beso.

—Son los aires chinos —le contesté, risueña—. A ti también te ha sentado bien mi ausencia. Tienes el pelo más loco que nunca y, por cómo te miran esas jovencitas, no quiero ni pensar a cuántas has seducido estos días. No te vuelvo a dejar solo.

Ni siquiera nos quedamos a comer en Ciudad de México. Metimos la maleta en el coche y emprendimos el camino. Los dos teníamos ganas de volver juntos a casa. El viaje a Pekín nos había unido más, si es que eso era posible. Yo siempre tuve la sensación de que había dejado China demasiado precipitadamente, de que aún me faltaba mucho por descubrir de ese país. Era como una pequeña herida, pero esa semana actuó como un bálsamo sanador que me dio seguridad en que la decisión tomada siete años antes había sido la correcta. Lo único que aún dolía era la incógnita sobre mi hermana del alma. La mano de Gustavo en la mía y el paisaje que se sucedía veloz desde el coche me hacían feliz. Mi pasión oriental se adormeció hasta que la sacudió la tragedia de la Puerta de la Armonía Celestial.

TIANANMEN

En junio de 1989, a sus ochenta y cuatro años, Deng Xiaoping seguía ejerciendo el poder desde las bambalinas, pero cada día le resultaba más difícil resistir los embates de sus antiguos camaradas de armas. Siempre había sido consciente de la hidra que desataba tanto en el partido como en el Ejército su empeño en acabar con la autarquía maoísta. La transformación más difícil era la del EPL, de ahí que decidiera reservar para él un único cargo, el de presidente de la Comisión Militar Central. Desde esta institución, fue forzando la jubilación de los altos mandos militares que, como él, hicieron la Larga Marcha o ascendieron a la sombra de Gran Timonel y la retirada del EPL a los cuarteles. Mientras, su delfín Hu Yaobang hacía lo mismo en el PCCh, donde más de tres millones de miembros de los cuarenta millones de afiliados que entonces tenía el partido fueron depuestos de sus cargos y expulsados. Sin embargo, conforme aumentaban las purgas, el ala más conservadora del poder afilaba sus cuchillos, respaldada por los veteranos que habían sido apartados de las primeras filas. Incapaces de alzarse contra Deng, hicieron de su brazo derecho el chivo expiatorio de su resentimiento. Hu Yaobang se vio forzado a dimitir en enero de 1987 debido a su apoyo a las manifestaciones estudiantiles del mes precedente, en las que se pedía mayor apertura y democratización.

En la China cambiante, los jóvenes se habían cansado de los «años del tango». Estaban hartos de los tres pasos adelante y dos para atrás. Habían presenciado la derrota y la humillación de sus padres, personas modestas que habían perdido hasta el orgullo en su entrega al presidente Mao. No soportaban más las campañas contra la contaminación occidental que los conservadores se sacaban de la manga cada vez que sentían en su cuello el aliento de los reformistas. Tampoco

toleraban los sermones que instaban a evitar a toda costa que las costumbres occidentales corrompieran el alma china.

A pesar de todo, era cierto lo que decían los ultraizquierdistas de que nunca en China había habido tanta libertad. Era una sensación tan desconocida, tan atrayente que generaba un vértigo y una impaciencia difíciles de dominar. Tal vez el único dirigente capaz de comprender esa euforia fue Hu Yaobang.

Deng Xiaoping era de formación leninista y recelaba de la libertad porque temía que desembocase en libertinaje puro y duro. Solo era partidario de una «libertad controlada» que impulsara el crecimiento económico del país. Compartía con los conservadores el autoritarismo político y, al igual que en 1921 Lenin defendió la Nueva Política Económica para revertir la grave crisis que lastraba la Unión Soviética, el anciano dirigente chino estaba convencido de que solo la economía de mercado permitiría a China levantarse de su postración. Deng protegió a Hu hasta que temió por la estabilidad del régimen. Aceptó su caída como mal menor, aunque no permitió que se le impusieran sanciones. Le sustituyó por su otro brazo, Zhao Ziyang, que hasta entonces se había concentrado en el Gobierno y la economía y se había librado de los navajazos del partido. Los enemigos políticos de Deng interpretaron esta decisión como el primer signo de debilidad del líder que abrió China al mundo y de inmediato se lanzaron a degüello contra Zhao.

Ni Peng *laoshi* ni yo nos imaginamos, ni por lo más remoto que, siete meses después de nuestra cena, la súbita muerte por causas naturales de Hu Yaobang desencadenaría toda una serie de protestas cuya dramática consecuencia fue la peor matanza desde la Gran Revolución Cultural; el arresto domiciliario de Zhao hasta su muerte dieciséis años más tarde y un nuevo periodo de aislamiento internacional de China.

Las manifestaciones comenzaron el 15 de abril de 1989, cuando miles de universitarios se concentraron en Tiananmen para reivindicar la figura del desaparecido Hu y, de acuerdo a la tradición china, rendirle respeto póstumo. Los jóvenes pretendieron pedir cuentas a su rival político y principal representante de la ortodoxia maoísta, el primer ministro Li Peng, quien se negó a recibirles y atizó las protestas. Los estudiantes optaron por acampar en la céntrica plaza pequinesa, corazón del país, hasta que accediera. Su presión fue creciendo hasta provocar un alud que marcó la historia moderna de China.

En Tiananmen se unieron el malestar de la élite universitaria y el de muchos otros ciudadanos descontentos por el aumento de la corrupción, el nepotismo, la desigualdad, la inflación y el paro. Pekín se volcó en apoyo de los acampados, que se contaron por decenas de miles y propagaron su causa por el país.

La desmemoria de los dirigentes —se aproximaba el septuagésimo aniversario del Movimiento del Cuatro de Mayo— alimentó la protesta. En esa misma plaza, el 4 de mayo de 1919, se reunieron unos tres mil estudiantes llegados de toda China para evitar que el Gobierno firmase el Tratado de Versalles, que consideraban una nueva humillación de las potencias extranjeras a la recién fundada República de China. En los días siguientes, las manifestaciones se extendieron a numerosas ciudades. Hubo disturbios, dimisiones de altos cargos, enfrentamientos, huelgas, boicoteo a los productos japoneses y muchas detenciones después del ataque e incendio de la casa de uno de los delegados chinos en París. Finalmente, China no firmó el tratado, los detenidos fueron liberados y el movimiento estudiantil fue considerado como la catarsis que necesitaba el país.

Por el contrario, las consecuencias de las manifestaciones de 1989 fueron nefastas. Con decenas de miles de acampados desde abril, la capital casi paralizada y la izquierda radical adueñándose de la cúpula del poder, el secretario general del PCCh, Zhao Ziyang, bajó en la madrugada del 19 de mayo a la plaza para tratar de alcanzar un acuerdo e impedir que se decretara la ley marcial. Zhao no consiguió su objetivo y, consciente de que el fracaso de la reunión daba luz verde a la catástrofe que se avecinaba, se despidió de los universitarios llorando.

El encono de los estudiantes, facilitado por la manipulación exterior de algunos elementos de la protesta, agravó la división en la cúpula militar y en la del partido, como Zhao dejó en evidencia, y colocó al país al borde de una guerra civil.

En la madrugada del 4 de junio, pese a que muchos ciudadanos trataron de impedirlo, los tanques avanzaron sobre el corazón de Pekín y dispararon contra civiles desarmados. La matanza de Tiananmen marcó un antes y un después en las relaciones entre el partido único y la población, y se convirtió en el gran tabú de la política nacional. Sin embargo, el triunfo que los ultraizquierdistas creyeron apuntarse al defenestrar a Hu Yaobang y luego a Zhao Ziyang no fue más que una sangrienta victoria pírrica, como les demostraría en los años venideros la apabullante realidad de una sociedad que ansiaba progreso y libertad y que hacía tiempo que les había vuelto la espalda.

LA PARCA

TREINTA Y TRES AÑOS TALADOS DE UN GOLPE

Miré mis manos trémulas. Me había olvidado de mi cuerpo y pegada contra el quicio de la puerta, sentí mi carne dolorida. Como un pez fuera del agua, abrí la boca buscando el aire y se me escapó un grito. Aullé como un perro para espantar todo el dolor que me estaba rompiendo. Una descarga eléctrica, un rayo, sacudió mi cabeza en el instante en que percibí que Gustavo se había ido para siempre. Me quedé hueca como una cáscara de nuez, perdida río abajo. Con el paso de los días, el vacío siguió creciendo, tragándose todo y yo seguí cayendo, hundiéndome más y más en un pozo de desesperación.

Solo confusamente me acuerdo de los momentos de su huida. Almorzábamos pollo con mole poblano cuando escuché el estrépito de su vaso de cristal cayendo sobre el plato, mientras su cuerpo, siempre erguido, se dobló y, en un extraño giro, saltó de la silla para estamparse sin resistencia en el suelo. Su mirada agonizante se cruzó con la mía. Consiguí pronunciar dos palabras: mi nombre dos veces... «Beatriz, Beatriz...». Nos dimos cuenta de que nos veíamos por última vez. Casi enajenada, pasaba los dedos temblorosos por su frente, su cara y sus cejas tratando de retener su hálito unos segundos más, pidiéndole desesperadamente que no me dejara. Aterrada, suplicante, sofocada ante el zumbido de la muerte, capaz de desgarrar su cuerpo sin apenas tocarle.

Él se fue sin avisar, pero su *Don Quijote* se quedó en la mesilla de noche, sujeto por la lámpara para contener la furia de su lucha contra los molinos de viento y los placeres de sus cenas de duelos y quebrantos. Gustavo fue un apasionado del caballero errante, cuya locura consideraba nimia en comparación con la cordura insensata del fiel Sancho. En nuestra cama, infinitamente más ancha tras la pérdida del amado, colgaban incorpóreos en el aire los argumentos que él había manejado sobre sus héroes favoritos, inundando el dormitorio de una atmósfera que seguía siendo suya. Yo los volvía a escuchar en el silencio de la noche, cuando las palabras del ausente se acercaban, se vestían de sonrisas y se alejaban.

Nos habíamos amado tantas veces a la luz sedosa de la media luna, con la ventana entreabierta y el aire borracho de la madreselva que tapizaba la pared del dormitorio, que la ausencia convirtió el astro en objeto de inquina y, en el delirio de mis tinieblas, arranqué la planta para que no perfumara mi soledad. No ataqué mi cuerpo porque ya no era el mismo. El vacío lo apergaminó.

Treinta y tres años talados de un golpe seco. Ninguna señal anunció el desmoche. En la vacuidad de la mente, las preguntas se quedaron sin respuesta. En tan funesto día, en uno de esos gestos insondables de la misteriosa naturaleza, los ruiseñores se negaron a cantar y sentí miedo. El

absurdo me golpeó y me hizo daño. Estaba extraviada en mi propio ser, pisoteada por un caballo enloquecido. Me asustaban mis propios pasos. La tierra siguió siendo redonda, pero mi angustia, como un obstáculo infinito, trató de impedirle que girara. Deambulé por círculos de tinieblas sin saber cómo volver a tomar las riendas.

Cuando era niña y me ahogaba una pena, me sumergía en la bañera para que el agua se la llevara. Cuando murió Gustavo tuve la misma reacción: esconderme en el líquido caliente y perfumado. Solo entonces mi rostro encrespado dio rienda suelta al llanto histérico que me mordía el estómago. Agua contra agua. Desnuda, desesperanzada, horriblemente despojada de mi hombre, lloré hasta que las lágrimas entumecieron las convulsiones. La humedad me hizo arroyos en las yemas de los dedos. El mundo se detuvo cuando él se fue. Ligados por un cordón umbilical, su rotura anuló mi capacidad de razonamiento.

Nuestra vida había sido sencilla. La felicidad iba y venía a explosiones cortas como el azahar de los naranjos que crecían en el jardín. Ahora había desaparecido para no volver. Después de tres décadas en México, la devastadora pérdida, la no existencia de él, hizo que me sintiese extranjera por primera vez. En el estupor y el sinsentido en que me dejó sumida el dolor, ni mi casa era mi hogar, ni esa tierra era mi tierra.

La ausencia de quien lo había llenado todo hacía insoportable el entorno, que teñí de un luto abrumador. No hallé consuelo en María, ni en los amigos con los que habíamos compartido tantas horas y experiencias. Nunca me importó la esterilidad de mi amado, ni eché de menos un hijo, pero en esos días me veía como un árbol sin raíces que, falto de agua, se secaba irremediadamente.

Alguien, no supe quién, con la intención de levantarme el ánimo, colgó en la sala de estar un cuadro con una máxima de *Don Quijote*. Lo sacó del despacho donde el doctor, después de jubilarse, había seguido pasando consulta hasta su fallecimiento: «Hoy es el día más hermoso de nuestra vida, querido Sancho; los obstáculos más grandes, nuestras propias indecisiones; nuestro enemigo más fuerte, el miedo al poderoso y a nosotros mismos; la cosa más fácil, equivocarnos; la más destructiva, la mentira y el egoísmo; la peor derrota, el desaliento».

Cuando me percaté de su presencia quise partirlo de un puñetazo. ¿Quién se atrevía a hablar del «día más hermoso de nuestras vidas»? No lo hice y, como se adora a Dios ante un altar, cada poco me acercaba al cuadro y leía con devoción lo que me había aprendido de memoria.

Nada en Gustavo había sido vulgar, ni tampoco los seres que quiso. No obstante, al marcharse, un desfile de políticos pomposos y héroes domesticados acudieron con su ramplonería a presentar a la viuda el tributo de su interés. La adulación de sus admiradores me aturdió. No podía cerrarles la puerta ni negarles la palabra, pero me sentí ridícula en medio del dolor.

No había consuelo para quien no quería tenerlo. Aferrada a la grandeza de la personalidad de mi amado, mi alma se empañó de un sentimiento trágico que convirtió la vida en un sacrificio perenne.

LA REPARICIÓN DEL DRAGÓN

Ese estado de obnubilación, en el que el despertar era el momento más incomprensible y doloroso del día, fue el que aprovechó el dragón, dueño del rayo, la tormenta y la tempestad, para ejercer

sus dotes mitológicas de dador de vida, para soplarle su aliento celestial, el *qi*, la energía cósmica del alumbramiento. Envolvía su enorme cuerpo, recubierto de verdes escamas, en las nubes malvas y rosadas, que el amanecer sigiloso filtraba por la ventana. No sabría definir su olor, pero lo conocía perfectamente y lo identificaba incluso en mitad de la noche. Vigilante, con la misma paciencia con la que unía el cielo y la tierra a través de la lluvia y lograba la fertilidad de los campos, la criatura de garras agudas y alas de murciélago fue poco a poco recomponiendo con sus poderes y sus leyendas el rompecabezas de mi vida.

El dragón ejerció su magia valiéndose del *I Ching* que, sin tocarlo, se cayó de la mesita de noche con estruendo. Recogerlo y agarrarme al *Libro de las mutaciones* como a una Biblia fue el mismo movimiento. Por la rendija que abría el oráculo comenzó a colarse, como en mi juventud, el interés por los clásicos chinos, desde Confucio a Laozi, pasando por Sun Zi y Zhuangzi. Después de décadas dedicada a la historia contemporánea, encontré en la antigua filosofía china el reconstituyente que me empujó para salir del limbo en el que se sumerge quien sobrevive a la tragedia de la muerte de su ser más querido.

Con el estudio de la cosmovisión de la China antigua aprendí a relativizar, a valorar lo que tenía y a reconstruir el mundo que me rodeaba. En la búsqueda de quehaceres que me ayudaran a mitigar el dolor y a poner fin a la autocompasión fue tomando cuerpo una idea, que en principio parecía descabellada, y pronto se transformó en una decisión irrevocable: buscar a mi hermana del alma.

Me convencí de que, en 1988 cuando volví a Pekín, estaba demasiado enamorada como para preocuparme en exceso de algo que perturbara mi felicidad. Entonces no estaba dispuesta a hacer los esfuerzos que la búsqueda requería. No era el momento; ahora sí, me dije.

Al igual que la primavera sucede al invierno sin hacer preguntas, me dejé abrazar por la luz del sol que viste las ramas desnudas de los árboles e ilumina las jacarandas. El luto fue cediendo paso a la lógica del cuento taoísta del campesino sabio cuyo caballo se escapó a la montaña. «¿Mala suerte? ¿Buena suerte? El tiempo dirá», razonó el anciano a su hijo y a los vecinos que acudieron a consolarles.

Habían pasado más de dos años desde que la parca se llevó a Gustavo y, hasta meses atrás, me rebelaba ante la idea de que el dolor pudiera mitigarse, pero el descubrimiento de una forma más tranquila de amarle me devolvió la fortaleza y el tesón que él siempre admiró en mí. Fui dejando a un lado lo que en un tiempo me parecieron obstáculos insalvables, porque me daba rabia que siguieran viviendo indiferentes a su ausencia, y volví a cultivar el jardín con la misma dedicación con que los japoneses doman la naturaleza salvaje de los árboles al reducirles a diminutos bonsáis. Moldeé la dureza de mi soledad forjándome la ilusión de encontrar a mi hermana del alma.

Si nada había sido tan largo y tan penoso como el tiempo transcurrido desde que Gustavo se fue, poco importaba que hubiesen pasado tres décadas sin saber nada de Pequeña Xin. La tarea de buscar a una persona en un país con mil trescientos cincuenta millones de habitantes no parecía fácil, pero si había superado el miedo a la desconocida soledad, toda empresa era abarcable. El vacío dejado por el hombre que siempre me alentó a ser yo misma me había obligado a dotarme de nuevas herramientas vitales con las que dar sentido a la pérdida.

Consulté el oráculo, que me respondió con el hexagrama número 11 «Thai: la paz (la prosperidad): tierra sobre cielo». «En Thai vemos la partida de lo pequeño y la llegada de lo

grande. Indica que habrá buena fortuna, con progreso y éxito».

LA BÚSQUEDA

RETORNO AL PASADO

Estaba un poco asustada. Había sido todo tan rápido, que no me creía que estuviera de nuevo en un avión rumbo a lo desconocido. Seguía una corazonada, una ilusión que me decía que era posible encontrar a mi hermana china, a quien la soledad había sacado del olvido. En un principio pareció una extravagancia, pero el tiempo lo transformó en una obsesión aún más difícil de explicar que la que en 1979 me empujó a cruzar medio mundo en busca de las esencias de Oriente. Era una nueva aventura que aunaba el romanticismo de emprender un largo viaje con el objetivo de recuperar los lazos fraternales que se ataron en la juventud. Una vuelta a los escenarios naturales en que se desarrolló una hermosa amistad.

Esta vez me movía la memoria. Una memoria que sentía, no como el recuerdo del pasado, sino como uno de los pilares que sustentaban mi presente. A veces me preguntaba cuál era mi vara de medir. ¿Por qué era tan selectiva? ¿Por qué cubría con velos unos años de mi vida y colocaba otros sobre altares? ¿Por qué necesitaba volver a China y no a España? Ambos países habían permanecido lejos de mi quehacer diario durante décadas, apartados por el abismo que separa el pasado del presente en una persona que había hecho suya la máxima de Horacio, *Carpe diem*, hasta el zarpazo que me dejó inerte.

Otra muerte, la de mi madre, había frenado en seco los viajes y el interés por España. Gustavo y yo nos habíamos fabricado un país propio que no entendía de gobiernos, banderas, ni fronteras, del que salíamos en contadas ocasiones y al que volvíamos con el placer de quien en mitad de una tormenta de nieve encuentra un refugio.

Al quedarme viuda, muchos creyeron que vendería todo y le diría adiós a México. Nada más lejos de mi imaginación. Cuando paseo por los campos siento bajo mis pies la fuerza de quien siempre me acompañó en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad... Sus cenizas, que el viento esparció, germinan la tierra y hacen crecer flores, árboles y hierba. No puedo besarle, ni estremecerme con sus caricias, pero hablo con él casi como cuando estaba vivo. Desde el día que se fue miro la tierra que él tanto amó con respeto y emoción.

—Mi sitio está en San Pedro Tlaquepaque. Me siento más teca que española, aunque reconozco que me enamoré de Jalisco porque sus pueblos, sus paisajes, sus calles y sus patios fueron para mí una vuelta a los colores y las luces de una infancia andaluza que idealizó la adolescencia y aún brillan como libélulas en la noche —le dije a Hugo cuando me insinuó que rehiciese mi vida en España.

Mi último viaje a Madrid fue muy doloroso. La salud de mi madre se había deteriorado mucho y decidí pasar con ella las vacaciones de verano. Hacía bastante tiempo que no la veía,

desde su última visita en la Navidad anterior al fin de siglo. Me impactó su debilidad y su palidez de cera. Había sido una mujer de una belleza espectacular y un carácter muy fuerte, del que solo quedaba la sombra. El alzhéimer había tornado en gris el blanco de sus grandes ojos y la rotura de la cadera le impedía moverse.

El mes de julio transcurrió lento y caluroso entre su casa y la clínica. Por las mañanas, la dejaba con la cuidadora y me escapaba a un museo, a El Retiro, a un mercado o a tomar una cerveza. Necesitaba el bullicio de la gente, romper el silencio de la vivienda y la blancura de la habitación hospitalaria de mi madre, cuyas numerosas amigas y parientes habían dejado de visitarla cuando dejó de conocerlos. Fue más difícil, porque yo tampoco tenía amigos en Madrid. Entre traslado y traslado, había perdido el contacto con los compañeros de la universidad. Solo mantenía una correspondencia esporádica con las dos amigas más cercanas de entonces, pero ambas vivían en Bruselas y, agobiada por la situación de mi madre, no las llamé ni tuve humor para tratar de recuperar a alguno de los viejos conocidos.

A la única persona que contacté ese tórrido julio fue a Hugo. Resultaba irónico que en España recurriera a un amigo peruano que había conocido en Pekín, pero sabía que no me iba a fallar. Los afectos que se forjan en tierra de nadie y superan la barrera del tiempo y del espacio adquieren la solidez de la roca. En cuanto le llamé y le conté por qué estaba en Madrid, tomó el AVE y se presentó en casa de mi madre.

Cuando se fue de China, herido de desamor y con el título de arquitectura bajo el brazo, se instaló en Sevilla. Eran los años del *boom* anteriores a la Exposición Universal de 1992, y no tuvo dificultades en encontrar trabajo mientras revalidaba su título en la universidad de la capital andaluza. Después, progresó con rapidez. De un gusto exquisito, sus innovadores diseños le dieron fama internacional. Se unió a otros tres arquitectos españoles y crearon un estudio con proyectos y encargos en varios países. En México construyó dos hoteles en la península de Yucatán. Hugo dirigió las obras y, durante ese tiempo, paso un par de fines de semana en San Pedro y otras dos veces quedamos en Oaxaca para reunirnos con María, que andaba siempre pillada entre sus tres hijos, el yoga, la consulta y el apoyo a las comunidades indígenas. Además, Gustavo y yo fuimos a Mérida y a Cancún para la inauguración de los hoteles, lo que me dio doble alegría de ver a Hugo y disfrutar de unos días en las playas de blanca y fina arena de costa yucateca. Me encantan las aguas transparentes del Caribe.

Los días en España se sucedieron lentos y penosos. Lo mejor que me pasó fueron las charlas, llenas de anécdotas, con Hugo, a quien vi tres veces, la última el día del funeral. Mis hermanos aparecían a ratos, tres o cuatro veces por semana. Con frecuencia se traían a alguno de los hijos, pero sus mujeres solo hicieron acto de presencia en los momentos finales. Una era demasiado importante como para dedicar su valioso tiempo a una anciana que había perdido la cabeza. La otra, que había sufrido el rechazo de su suegra desde el primer día en que la conoció, se encontraba en retirada, a mitad de un proceso de divorcio semiamistoso, al que seguro que la suegra había aportado algún granito de arena. El matrimonio se había separado hacía unos meses y ella dejaría pronto de pertenecer oficialmente a la familia, aunque siempre seguiría siendo la madre de los tres únicos nietos varones de la anciana. Mi hermano mayor solo tenía una hija que pasó por el hospital el día que llegué de México. Fue a despedirse de su abuela porque se iba a Suecia a realizar unas prácticas universitarias.

En realidad, yo había tratado muy poco a mis cuñadas. Las conocí el día de sus respectivas bodas y después solo me reuní con ellas en tres cortas celebraciones de Navidad que había pasado con Gustavo en Madrid. No era de extrañar, por tanto, que en esos tristes días ninguna hiciera nada por estrechar unos lazos que solo existían en los papeles. Cada una de ellas quiso invitarme una noche a cenar para liberarme un poco de la atmósfera cerrada del cuidado de mi madre. Creo que ninguna estuvo cómoda y, aunque volvieron a invitarme, las liberé con agradecimientos del compromiso.

Yo había sido la muñequita de mis dos hermanos, de los que me separaban ocho y diez años de edad. Fui su «adorable» juguete hasta que llegué a la adolescencia y comencé a tener y defender mis propias ideas, bastante alejadas del conservadurismo y el machismo dominante en la familia. Nunca más volvimos a entendernos. Me quedó la nostalgia de la relación anterior que, aunque pueril, estuvo llena de travesuras, juegos, cariño y confabulaciones. La distancia y los años nos transformaron en extraños y la enfermedad de mi madre no sirvió para acercarnos.

La tarde de agosto en que la muerte se la llevó en silencio, sin que ningún estertor sacudiese su cuerpo casi transparente, me refugié en los brazos de Gustavo, que había llegado el día anterior. ¡Eran tan cálidos, tan envolventes! Permanecimos juntos una semana más en Madrid, lo justo para firmar el documento que dejaba en manos de mis hermanos el reparto de la herencia. No había mucho y no quise entrar en detalles. Quedaron en hacerme una transferencia. Me llevé las joyas que mi madre se ponía con más frecuencia, varios de sus pañuelos de seda, un cuadro y algunas porcelanas que había visto en mi casa desde que era niña y les tenía cariño. Cuando entregué al portero la llave de la vivienda que acababa de cerrar supe que dejaba atrapada en ella mi pasado, mi familia y mis orígenes.

En la larga década transcurrida desde entonces, las comunicaciones han sido mínimas. Aquel mes y medio en Madrid, aunque la ciudad estaba preciosa, me dejó un regusto amargo. Lo sentí sobre todo por mis cuatro sobrinos. No pude ser madre y las circunstancias tampoco me facilitaron que pudiera ejercer de tía. Les invité a ir a México, pero hasta ahora ninguno de ellos ha mostrado interés por visitarme y conocer el país. No descarto, sin embargo, que lo hagan algún día. Mis hermanos solo han venido una vez, cuando murió Gustavo, pero yo estaba tan rota que apenas intercambiamos unas palabras. Después, aquel conato de reencuentro familiar se lo ha vuelto a tragar la distancia.

Durante los días en Madrid me pregunté muchas veces cómo habría sido tener una hermana con la que compartir el dolor y la alegría, con la que exteriorizar el sentimiento y dejarlo hablar con el lenguaje común que todo el mundo entiende. Sentada en la cabina del avión que me depositaría en China, me sacudió un escalofrío al percatarme de que tal vez podría satisfacer pronto esa curiosidad. El destino, el *tao*, me había trazado las líneas de la búsqueda de mi hermana china. ¿La encontraría?

EN PILOTO AUTOMÁTICO

Las cinco horas de vuelo entre Ciudad de México y San Francisco pasaron muy rápido. No me gustaban las prisas, ni la inseguridad que dan las escalas cortas y había rechazado la primera propuesta que me hizo la agencia de viajes porque tenía menos de dos horas para cambiar de

avión. Me agradó más la segunda, en la que la conexión para el trayecto San Francisco-Pekín era de cuatro horas y media, un tiempo que consideré suficiente para estirar y vigorizar las piernas por las nuevas mecas del consumo que son los aeropuertos. Del vuelo hasta California apenas me había dado cuenta. Lo pasé sumida en una suerte de duermevela, pero me temía que el último, de diez horas de duración, no pasaría con la misma rapidez.

De mi casa a Ciudad de México había ido en coche. Me gustaba el paisaje, que conocía de memoria, y prefería no sufrir el desasosiego de empalmar otro vuelo más. De esta forma, partía el viaje y pasaba un día en la capital antes de embarcarme en tan larga trayectoria. Me llevó el dueño del taller que nos reparaba el auto desde que nos fuimos a vivir a San Pedro. Conducía muy bien y cuando le necesitábamos para algún servicio siempre estaba dispuesto. En los últimos años había progresado mucho y tenía una decena de empleados, pero cuando le llamábamos, antes Gustavo y ahora yo, dejaba lo que tuviera entre manos para llevarnos personalmente.

Al igual que el avión cuando alcanzó la velocidad de crucero, encendí el piloto automático de mi mente y dejé que volara por mi pasado en España, China, Estados Unidos y México. Los muchos años vividos comenzaron a desfilar ante mí, uno tras otro, y terminaron de convencerme de que no era de ninguna parte. Hacía tiempo que sentimentalmente compartía el estribillo de una canción de Atahualpa Yupanqui: «Preguntan de dónde soy y no sé qué responder, de tanto no tener nada, no tengo de adonde ser». De todas formas, aunque me sintiera de todas partes y de ninguna, solo a Jalisco me ataban unos lazos contundentes. Gozaba paseando por las calles de su capital y de cada uno de sus pueblos, admiraba la historia y la amalgama del México precolombino y el colonial, que encontraba en cada piedra, en sus casas encaladas, en los patios de azulejos y en los jardines. Sentía que tenía sangre de esa tierra. Corría por mis venas impulsada por el amor de Gustavo, formaba parte de la fusión voluntaria de razas y etnias de ese gran país. «He vivido una vida plena, si ahora el avión se cayese no tendría de qué arrepentirme», me dije, aunque sabía que eso no iba a pasar. No era posible. Aún tenía una misión pendiente que cumplir y no admitía más retrasos: buscar a Pequeña Xin.

Apenas habían pasado tres meses desde que una mañana llamé por teléfono al consulado chino en Ciudad de México para tratar de tramitar mi visado. Al principio me topé con algunas dificultades. Sin informarme ni percatarme de la intensificación de las relaciones bilaterales ni del considerable aumento del flujo de ciudadanos entre los dos países, seguí el viejo protocolo y solicité una cita con el cónsul, en lugar de simplemente indicar que quería un visado de turista. Me llovieron un montón de preguntas de la reticente secretaria. A la funcionaria no le bastó que me presentara como antigua estudiante en China, su deber le exigía obtener una explicación clara de los motivos por los que quería una cita con su jefe. Extrañada por su actitud, yo me iba por las ramas porque temía que pudiera poner en dificultades a *xiao* Xin si mencionaba su nombre y decía que pretendía ir a buscarla. Cuando el cable del teléfono que nos conectaba comenzó a echar chispas por la desesperación de una y otra, se me ocurrió decir, como de pasada, que la principal razón de mi viaje era realizar una visita de cortesía a mis profesores de la Universidad de Pekín.

—¿Usted ha estudiado en Beida? —preguntó la secretaria, cambiando el tono de voz.

—Sí, hice mi posgrado en Historia de China en Beida entre 1980 y 1982.

Mencionar Beida fue como encontrar la llave de la caja fuerte. Millones de chinos sueñan con ser alumnos de esa universidad y sienten un especial respeto por quien lo consigue. Además,

consideran que tiene mucho mérito que un extranjero estudie la milenaria historia del Imperio del Centro.

A partir de ese momento, todo fueron facilidades. La funcionaria me explicó que las cosas habían cambiado mucho y que lo más fácil era tramitar el visado a través de una agencia de viajes. Para entrar en China se seguía necesitando una invitación, pero si realizaba una reserva en firme en un hotel, este se encargaba, y solo tenía que presentar con la solicitud de visado la confirmación del hotel y el billete del avión. Me indicó también que en Ciudad de México había una oficina del Ministerio de Educación de China, me recomendó que fuese a visitar a la directora para que me ayudase en mis planes de contactar con Beida y me facilitó su número de teléfono.

El final de la conversación me sorprendió. La voz de la que ni siquiera conocía el nombre me había ilustrado sobre cómo iniciar la búsqueda. Me vino a la mente que tanto mi compañera Lu Jiamin como el profesor Peng me habían indicado que me dirigiese a Beida en lugar de dar palos de ciego preguntando a unos y a otros por Pequeña Xin. Era una posibilidad que yo no había considerado antes muy en serio por el desencuentro con el decano de Arqueología que había creído entender en la última carta de *xiao* Xin, pero se hacía evidente que todos los caminos conducían a la Universidad de Pekín. Era la única pista sólida.

Antes de ponerme en contacto con la oficina de educación para pedir una cita, llamé por teléfono a María para contarle lo que me habían dicho en el consulado y ver si, como otras veces, nos reuníamos en Ciudad de México aprovechando que teníamos que resolver algún asunto en la capital, que se encuentra a medio camino entre Oaxaca y Guadalajara. Llevábamos más de un año sin vernos y ella no lo dudó un momento. La doctora también tenía que ir a la Secretaría de Salud, pero precisaba unos días para reorganizar la consulta. Quedamos en que solicitaría que me dieran cita en un plazo de dos semanas para la entrevista. En la oficina de educación aceptaron sin reparos la sugerencia de tiempo.

—¡Ay, mi amor, cómo te he echado de menos! —fue lo primero que me dijo María al darme uno de sus calurosos abrazos—. Te veo estupenda.

—Exageras, pero es cierto que estoy bien. Me atrevería a decir que este proyecto me ha devuelto la ilusión por hacer algo. Veremos lo que me encuentre mañana en la embajada. Tal vez me abran una puerta en Beida que puede ser fundamental.

—«Muchos consideran imposible lo que podrían cumplir si se esforzaran». ¿Te has olvidado de la consigna del presidente Mao? —me preguntó, echándose a reír—. Es imposible. Me pusiste la cabeza como un bombo con la frasecita. Yo no la había oído en mi vida, pero tú la repetías con más convencimiento que todos los chinos juntos.

—Es verdad. ¿Dónde estará mi *Pequeño Libro Rojo*? Creo que no lo he vuelto a ver desde que salí de China. Se debió de extraviar en aquella mudanza.

María era siempre como una bocanada de aire fresco. El yoga mantenía su cuerpo como si tuviera veinte años y ninguna desgracia había oxidado su alegre carácter. No existían huellas de sus tres embarazos ni de las tres largas lactancias. Parecía una chiquilla, con su melena negra azabache y su colorido huipil, muestra de su compromiso con los indígenas.

Nunca pasaba el tiempo entre nosotras. Retomábamos la conversación como si la hubiéramos interrumpido el día anterior. Pasamos toda la tarde hablando hasta casi entrada la madrugada e imaginamos los mil y un escenarios que podía destapar la búsqueda de Pequeña Xin.

LA AYUDA DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN

La directora Bo Wenqin resultó ser una joven de treinta años encantadora. Le parecía muy divertido charlar con una extranjera que antes de que ella hubiera nacido ya se había paseado por su Shanghái natal, por Pekín y por multitud de ciudades chinas que ella no conocía. Reía sin parar y juzgó «¡Admirable!» que quisiera presentar mis respetos a mis antiguos profesores. Repasamos el tiempo que estuve en China, nos divertimos con las anécdotas y Bo me contó que en 1996 el Instituto de Lenguas de Pekín había sido elevado de rango y que desde entonces se denomina Universidad de Lengua y Cultura de Pekín.

—Creo que será difícil encontrar a los profesores Peng y Liu —me dijo con aire compungido—. Seguro que se jubilaron hace bastantes años y, como se produjeron muchos cambios en su instituto, no será fácil localizarles. Por el contrario, considero que usted no tendrá tantas dificultades en Beida. Hoy mismo me pondré en contacto con el departamento de estudiantes extranjeros para que busquen su expediente y la ayuden.

—Estupendo. Le estoy muy agradecida. Yo tengo un especial cariño a Beida. No solo por la excelencia de su enseñanza y por el apoyo que nos prestaban los profesores, sino también porque allí compartí habitación con una estudiante china. La convivencia con Zhou Xin fue lo que de verdad me permitió comprender la esencia de la sociedad china, sus costumbres y su manera de entender la vida, muy distinta a la de un occidental —le contesté, esperanzada en despertar la curiosidad acerca de Pequeña Xin. Pensé que si la directora me hacía preguntas sobre mi hermana del alma podría tantear con ella cómo buscarla, pero, para mi desilusión, pasó por alto el comentario y prosiguió con lo que le interesaba.

—Beida se ha expandido mucho y ha multiplicado su número de estudiantes, incluido el de los extranjeros. Si usted comienza a buscar a sus profesores después de llegar a Pekín, todo irá mucho más lento —afirmó, tapándose la boca con la mano para esconder la risa que su atrevimiento le provocaba—. Me parece que lo que usted quiere es muy loable y merece nuestro apoyo. Tenemos que encontrar a alguien dispuesto a bucear en los archivos de la universidad.

—Gracias, directora Bo. Me alegra pensar que cuento con su ayuda. Estoy segura de que será de gran utilidad. Espero sus noticias. No quiero entretenerla más.

Me indicó que me bebiera el té de jazmín que me había servido en una taza de porcelana blanca, mientras ella se levantaba pizpireta del sofá y desaparecía. Regresó después de un par de minutos con un tubo rígido de cartón decorado con dibujos geométricos grises y dorados.

—Es un calendario. Le deseo que tenga un buen viaje de vuelta a su pueblo. La llamaré en cuanto tenga noticias —me dijo, acompañándome hasta la salida.

Había quedado a comer con María en un pequeño restaurante de Coyoacán, uno de los barrios más antiguos de Ciudad de México y por el que yo sentía auténtica pasión. Aún me daba tiempo a dar un paseo. Me gustaba andar sin rumbo por sus calles arboladas con casas de vivos colores, deleitarme con la multitud de flores que asomaban por las tapias, en ese final de un enero templado y soleado.

—Creo que no puedo esperar mucho de la entrevista —le resumí a María—. He sacado el tema de Pequeña Xin, pero ya sabes cómo son los chinos, lo único que interesaba a la directora Bo eran Beida y sus catedráticos. No he querido decirle el auténtico motivo de mi viaje.

—Güerita, sabes lo mucho que te quiero y que comprendo lo duro que ha sido para ti perder a Gustavo. Te digo esto porque tengo la sensación de que estás haciendo un mito de Zhou Xin. Concedes un crédito fanático a los extraordinarios incidentes que vivisteis, a lo mucho que te enseñó y a la fábula que has montado sobre que vuestra amistad tuvo consecuencias negativas para su carrera profesional. Todo porque recibiste una carta en la que ella estaba deprimida y tú tan feliz y ocupada que no le contestaste.

No quise entrar al trazo de si fantaseaba o dejaba divagar mi imaginación. María era mi mejor amiga y si había decidido pronunciarse en un tema que me obsesionaba era porque estaba segura de lo que decía, aunque usara un tono especialmente suave para no herirme. Tratar de rebatir su convicción solo conduciría a una discusión inútil y penosa, porque yo estaba convencida de que en la vida de Pequeña Xi habían sucedido cosas extrañas y terribles; hechos familiares que, al correr del tiempo, por no ser extremadamente prudente, la abocaban a un destino trágico.

Cuatro semanas más tarde, me llamó por teléfono la directora Bo. Había recibido una carta de Beida y estaba casi más excitada que yo.

—Beatriz, la están esperando —afirmó—. Puede ir cuando quiera.

—¿Tienen mi expediente? ¿Sabían quiénes eran mis profesores? —pregunté, ya que yo no había sido capaz de recordar sus nombres y me admiraba que hubieran contestado tan pronto.

—No explican nada. Solo acogen con satisfacción su deseo de visitarles y le dan la bienvenida —subrayó con su voz cantarina.

Quedamos en reunirnos el miércoles siguiente. Mientras tanto, yo realizaría los preparativos del visado. Es decir, compraría los billetes de avión y reservaría el hotel. Cuando colgué el teléfono, sentí el vértigo en la boca del estómago. La suerte estaba echada. No había marcha atrás. Abiertas las compuertas, el agua encuentra su curso y solo hay que dejarse llevar.

María no pudo escaparse ese miércoles y, aunque me prometió que nos reuniríamos el día del vuelo, tampoco consiguió liberarse. Tiene muchos pacientes y sobre todo un sinfín de problemas familiares. «Como yo no los tengo, voy a buscarlos», pensé al llegar al aeropuerto, donde nadie había ido a despedirme. Estaba aprendiendo a vivir sola. Después de tantos años con Gustavo, tenía que seguir adelante y construirme otro mundo, porque él ya no volvería a acompañarme en los viajes, ni en los paseos, ni comeríamos juntos, ni abriríamos los ojos cada mañana casi al mismo tiempo, ni nuestros cuerpos volverían a enredarse, ni sus labios sellarían los míos.

Iniciaba otra vida donde todo era tan desconocido como el vuelo en que me había embarcado y del que la azafata acababa de anunciar que tocaba a su fin. Llegó la hora de ponerse el cinturón y mirar por la ventanilla hacia esa China incierta que me esperaba.

LA CONTAMINACIÓN ASFIXIA PEKÍN

Me quedé dormida en el último momento y me desperté con el impacto del avión contra la pista de aterrizaje. La nave tomó tierra a las cinco de la tarde y, con la conciencia todavía flotando en una nube, recordé a Federico García Lorca, uno de mis poetas preferidos, que cerró el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* con un «¡Eran las cinco en sombra de la tarde!». Los pasajeros, que en su

mayoría parecían turistas estadounidenses, aplaudieron. Cruzar el Pacífico seguía siendo un milagro.

Había leído sobre la contaminación en China, pero pensaba que eran exageraciones de unos ecologistas que no habían estado en Ciudad de México. Al salir del impresionante aeropuerto — que el Gobierno encargó a Norman Foster con ocasión de los Juegos Olímpicos de 2008—, después de recoger la maleta, me sacudió una bofetada de olor a productos químicos. Estaba anocheciendo. Tomé un taxi y me quedé absorta observando cómo sus luces se abrían camino entre una espesa niebla que lo envolvía todo y no dejaba ver más allá de unas decenas de metros.

—No es niebla, es contaminación. En Pekín no podemos respirar —se quejó el taxista—. Hace meses que no vemos ni el sol ni el cielo, solo esta capa que lo cubre todo.

—El aire huele fatal. ¿La gente no protesta? —le pregunté—. ¿El Gobierno no toma medidas?

—Claro que protestamos, pero no sirve de nada. Las fábricas siguen echando humo. El Gobierno sabe muy bien que tiene que llevarse muchas de ellas lejos de Pekín, porque durante los Juegos Olímpicos las cerró y respiramos el mejor aire del planeta. Cuando los atletas se fueron se acabó la preocupación. Mire cómo está la circulación. Esto es un caos. Cada día hay más coches. Todos quieren conducir para pasarse las horas en estos embotellamientos —siguió farfullando el taxista.

La autopista era gigantesca. No alcanzaba a contar los carriles abarrotados de vehículos. Era hora punta. Pensé que si fuese a pie avanzaría con más rapidez. Después de perseguir con ansia los destellos de las luces de los coches, me sentí mareada. Cerré los ojos y me vino a la memoria un cuento del libro de García Noblejas, *Mitología clásica china*. Fue uno de los muchos que leí o releí mientras el dragón me susurraba al oído que aún me quedaba un viaje por hacer. Me pareció tan premonitorio de los tiempos que se avecinaban, que me aprendí de memoria un fragmento:

—Decidme entonces, ¿qué os mueve a venir desde tan lejos con un temporal como este tan inhóspito? —pregunta el rey Wu.

—La voluntad del cielo —le contesta el Dragón Luminoso.

El hotel que me reservó la agencia está en el barrio diplomático de Sanlitun. Yo quería un establecimiento que no fuese muy grande y que estuviera en una zona céntrica. La empleada era amable y me permitió revisar con ella las distintas posibilidades hasta que me ofreció este, del que afirmó que se lo habían recomendado porque era pequeño, ecléctico, abierto hacía un par de años, con internet en las habitaciones y una buena atención al cliente. No lo dudé. Además, me divirtió el nombre, Yoyo Hotel. Había recorrido esas calles tantas veces... Todavía podía situar muchas embajadas, incluida la de España, suponiendo que siguieran en el mismo lugar.

El trayecto normal entre el aeropuerto y Sanlitun son cuarenta y cinco minutos, pero el endemoniado tráfico lo convirtió en dos horas, que el esfuerzo por volver a hablar y la satisfacción de comprender el chino hicieron que transcurrieran con rapidez. El taxi dejó a un lado el enorme estadio de los Trabajadores y torció lentamente a la derecha, sorteando a los muchos viandantes que cruzaban la calle entre los coches. En la acera izquierda se alzaba un lujoso centro comercial, en el que destacaban los rótulos luminosos de la tienda de la firma japonesa Uniqlo.

—Llegamos —anunció el conductor, sin percatarse del asombro cincelado en mis facciones.

Pese a que la conversación que habíamos mantenido a lo largo del camino giró en torno a lo mucho que había cambiado Pekín, el impacto de verlo con mis propios ojos era inenarrable, y no tanto por el nuevo diseño de la ciudad, sino por la libertad con que hablaba el taxista. No se cortaba un pelo. Era como escuchar a mis colegas de Ciudad de México o Madrid, especialistas en criticar al Gobierno y sus medidas. Oriundo de la vecina provincia de Hebei y de unos cuarenta años, el taxista arremetió contra lo humano y lo divino. Comenzó por lanzar sapos y culebras contra el precio desorbitado de la vivienda y continuó por la corrupción, ¡y eso que la clienta era extranjera! «Me gustaría oír lo que habla con sus amigos», me dije para mis adentros. Sobre todo después de que durante el vuelo me había leído el *China Daily* y me pareció que seguía igual de insustancial que cuando era estudiante. Tan evidente era que no había libertad de prensa como que los chinos se habían soltado la lengua.

—¿Dónde está el hotel? —pregunté, mirando a mi alrededor, mientras el coche seguía avanzando trabajosamente, esquivando a la multitud de viandantes que cruzaban la calle sin mirar.

—A cien metros, tuerzo a la derecha por el próximo callejón y la dejo en la esquina siguiente, que da a la fachada del edificio. Solo tiene que andar hasta la puerta. ¿No le importa? Si no tendría que dar una gran vuelta y con esta congestión tardaríamos otra media hora.

—Sí, no se preocupe. Mi equipaje no es muy voluminoso y puedo manejarlo.

Las recepcionistas, muy jóvenes y amables, me informaron de la primera contrariedad: en las habitaciones había cable, pero no wifi. Si quería conectar mi tableta a internet tendría que hacerlo en la entrada del hotel, donde se habían instalado un par de sofás —que en ese momento estaban desocupados— para los internautas que tuvieran necesidad de wifi.

Estaba tan cansada que no quise ni más explicaciones ni seguir indagando. Tenía prisa por ver el tamaño de la habitación. De pronto temí que fuese un ataúd, pero afortunadamente era amplia y olía a limpia. La decoración era mínima. La cama, que se apoyaba contra la pared, era una plataforma de madera con un tatami, lo que le daba una cierta similitud con la de mis tiempos de estudiante. Si mis huesos la aguantaban, enderezaría mi espalda. Dejé la maleta para desarmarla al día siguiente. Era hora de dormir.

ENCUENTRO FORTUITO

El café del desayuno del hotel era una pócima imbebible. Solo me tomé unas rodajas de naranja. En España los cítricos eran un componente tan importante de la dieta que siempre pensé que eran frutos de origen mediterráneo, solo cuando comencé a interesarme por Marco Polo me enteré de que limones, mandarinas y naranjas, al igual que peras, melocotones y flores, como rosas, crisantemos, camelias y peonías con las que elaborar exquisitos perfumes, llegaron a Europa a través de la Ruta de la Seda. Los mercaderes no solo aprovisionaron a la alta sociedad de ese tejido brillante, ligero y resistente, sino que también introdujeron descubrimientos como el hierro fundido y las tijeras. A su vez, los «narices grandes», como los chinos denominaban a los extranjeros, llevaron el vidrio, la viña, el pepino, la granada, los higos, las nueces y la alfalfa al Imperio del Centro.

Tras la reflexión que me motivaron las naranjas, salí a la calle pensando que me tendría que dedicar a la ardua tarea de buscar un café decente. Para mi sorpresa, nada más doblar la esquina,

vi un sitio minúsculo, con tres mesas en la acera, que emanaba un olor inconfundible. Mi olfato no me traicionó: el expreso fue excelente.

Saciada mi dependencia de la droga negra, empecé la exploración del entorno y no pude evitar reírme de mí misma. Lo desconocía todo. Los centros comerciales, las tiendas de lujo, los supermercados repletos de productos, frutas y bebidas de todo el mundo, los restaurantes, incluidos varios españoles y uno mexicano situados en la base de un edificio con forma y nombre de Patio. Solo las caras de la gente me recordaban que estaba en China. Cruzando la calle del estadio de los Trabajadores —lo único reconocible, aunque también lo habían reformado— habían levantado un complejo ultramoderno de rascacielos de acero y cristal. De uno de ellos pendía el nombre: Soho. Me chirrió un poco que le llamaran así, pero los pequineses no parecían descontentos de que ese símbolo de modernidad de su ciudad luciera un nombre tan emblemático de Londres y Nueva York.

Me divirtió comprender que no tenía que preocuparme más por mi bebida favorita. Podía elegir entre acogedores cibercafés, algunas de las cadenas internacionales más conocidas o una estupenda librería, de textos en inglés y francés, en la que se servían bebidas no alcohólicas calientes y frías. Me decanté por la librería. Al poco de sentarme a hojear un par de libros de reciente publicación que me parecieron curiosos, el joven de unos veinticinco años que ocupaba la mesa de al lado me saludó y se presentó. Dijo llamarse Yao Ning y trabajar como traductor de francés en el departamento de relaciones internacionales de una de las grandes empresas estatales.

—En mis días de libranza me gusta pasar la tarde aquí. Soy un admirador entusiasta de Alexandre Dumas, padre, y en esta librería es fácil encontrar a extranjeros que han leído *Los tres mosqueteros* o *El conde de Montecristo* y están dispuestos a compartir sus experiencias. Es bueno porque practico el francés, e incluso lo poco que sé de inglés, y descubro con regocijo pasajes olvidados de mis lecturas. En mi trabajo no hablo mucho —declaró con un fuerte acento que dificultaba la comprensión.

—¿Por qué elegiste francés? Es un idioma con mucha gramática y difícil de pronunciar —le dije.

—Yo quería ser ingeniero, pero no me tocó. Soy el cuarto de una familia campesina de Jiangsu y obtener plaza en la Universidad de Lenguas Extranjeras de Pekín era un milagro al que no se podía renunciar.

—¿El cuarto hijo? Yo creía que eso ya no existía. ¿Tus padres no tuvieron problemas?

—Claro que sí, pero en el campo hay muchos casos parecidos. Las dificultades fuertes con los responsables del control de natalidad comenzaron cuando nació mi hermana, que es cinco años mayor que yo y la tercera después de dos varones.

—Entonces, ¿tus padres no perseguían un varón?

—No, no. Mi madre se quedó embarazada de mí por accidente. No me buscaba, pero no me quiso perder. Los funcionarios querían que abortara, pero ella se escondió en otra aldea para que yo naciera. Teníamos dos cerdos, dos ovejas, una televisión y otras cosas de valor. Un día echaron la puerta abajo y se lo llevaron todo para castigarnos... Pero aquí estoy yo, en Pekín, hablando en francés con una española —dijo, sacando pecho y esbozando una sonrisa—. Del infierno al paraíso. Me parece increíble.

—Sí, la China milagrosa... De todas formas, tenía entendido que cuando se incumplen las normas de natalidad se dificulta el acceso de los hijos a la universidad.

—Obtuve en el examen de estado el número veintidós por la provincia —apuntó, sin poder ocultar la satisfacción que le producía mencionarlo—. No había excusa para rechazarme. Además, yo iba a ser el único de la familia con una plaza universitaria, mis hermanos son campesinos y mi hermana, maestra.

Yao Ning no tenía prisa. Hablaba y hablaba sin parar de sus estudios, de su trabajo, de los cambios que se suceden en el país y de sus aspiraciones.

—Mi mayor preocupación —confesó con una cierta timidez— es encontrar novia. Las chicas de hoy en día son muy independientes y exigentes. Hay un dicho sobre que las pekinesas prefieren llorar en un BMW antes que reír en una bicicleta. No sé si será cierto, pero todas buscan casarse con alguien que tenga un piso en propiedad y en Pekín los precios de la vivienda están por las nubes. La casa de mis padres es de las mejores del pueblo, pero no tiene calefacción, ni baño, ni váter. Aquí los pisos tienen de todo. Solo hay que tener dinero para comprarlos.

—Aún eres muy joven —repliqué—, no debes preocuparte por eso. Tienes tiempo de encontrar a una chica que te haga feliz.

—Sí, pero a veces me deprimó —murmuró con un deje de nostalgia—. Siento que esta gran ciudad me absorbe. Me estoy separando de mi familia, de mis amigos y de mis raíces.

—Cada uno tiene que seguir su camino. Imagino que has aprendido de los héroes de Dumas que la vida da muchas vueltas y hay que permanecer ojo avizor para saber distinguir lo que merece la pena —insistí con ánimo de consolarle.

Llegó la hora de cenar; le pedí que me acompañara y el joven se resistió sin mucha convicción. En el juego para convencerle, le expliqué que por la mañana, cuando salí del hotel, había visto un restaurante de Sichuan y que después leí en una guía sobre dónde comer en Pekín que era, como se dice en español, «bueno, bonito y barato».

—¿Cómo? —preguntó Yao Ning, seducido por el sonido de las palabras—. ¿Me lo puede escribir?

—Bueno, bonito y barato —repetí despacio, mientras trazaba las letras en el cuaderno que él me tendió.

Yao Ning lo leyó con titubeos y los dos nos reímos. Estaba claro que había aceptado acompañarme. Es difícil que un chino rehúse deleitarse con un buen pollo *gongbao* (con cacahuets y picante), la especialidad sichuanesa. Yo, sin embargo, soñaba con setas silvestres, verduras y tofu frito. Lo completamos con unos sabrosos tallarines de arroz. Las viandas cumplieron con creces las expectativas y la conversación con Yao hizo la cena muy agradable.

Nos despedimos intercambiando los números de teléfono. Solo entonces me di cuenta de que había olvidado comprar una tarjeta SIM china.

Fue un día redondo. Disfruté de horas de paseo, de mirar con los ojos como platos esa China tornadiza, y de hablar sin parar, la mayoría del tiempo en francés, una lengua que, como el chino, no practicaba desde hacía décadas. Me sentía satisfecha. Era como si la curiosidad me impulsara a caminar. Nunca me interesaron los chismorreos, los ecos de sociedad o lo que pasaba en las casas de mis vecinos, pero me encantaba perderme en disquisiciones con los chinos para tratar de entender los entresijos de su sociedad. Tal vez lo único que no había cambiado desde mi época de estudiante era la querencia de los chinos a fisgonear en las vidas ajenas. Tal vez en eso nos parecíamos. Cualquiera que lo analizase desde fuera concluiría que los chinos y yo nos fisgoneábamos mutuamente, pensé burlándome de mis propios pensamientos.

Entré en la habitación y me eché vestida sobre la cama. La noche pasada había descansado bien, pese a que la dureza del catre me había dejado el cuerpo un poco dolorido. Confiaba en que esa segunda noche también transcurriera sin perturbaciones. Mientras me ponía el pijama pensé que quería estar fresca para cuando a la mañana siguiente llamase por teléfono a mi compañera Lu Jiamin. Me había traído tanto el número del piso al que se fue a vivir de recién casada, cuando la localicé en aquel viaje que hice en 1988, como el de la casa de los padres. Me preocupaba que estuviera fuera de China y no pudiéramos vernos. Pero lo primero que tenía que hacer era comprarme una SIM. En el hotel me indicaron un establecimiento de móviles cercano y me explicaron que había que anteponer tres dígitos a los números antiguos para que funcionaran.

¿QUIÉNES SOMOS? ¿A DÓNDE VAMOS?

Me despertó un portazo en la habitación de al lado. Creía que era de madrugada, pero miré el reloj y eran más de las ocho. Tantas horas de sueño me dejaron embotada y tuve que darme una generosa ducha caliente para recuperarme. Insertada en el teléfono la nueva tarjeta, me senté a desayunar en un agradable cibercafé tratando de recordar los pormenores del último encuentro con Lu Jiamin antes de llamarla. Después de cuando vine al Congreso de Historia, que me la encontré convertida en toda una diplomática, no volvimos a hablar, pero en los años posteriores nos escribimos algunas veces. Jiamin me felicitaba la Navidad y yo la Fiesta de la Primavera. No recordaba cuándo dejamos de hacerlo, ni quién fue la última en escribir.

Perdí la atracción por la correspondencia cuando se acabó mi vida de estudiante en China. Después no pude soportar la angustia que me producían las cuartillas en blanco y tuve que recurrir a postales para contestar a las cartas que recibía. Redactar un par de párrafos se me hacía una empinada tarea. Pero desde que el dragón se empeñó en que volviera a China, iba con un cuaderno a todas partes. Ni yo misma sabía qué escribía, pero como esa mañana de domingo, sentada ante un doble café expreso, garabateaba una página tras otra. Quizás quería atrapar el tiempo ahora que sabía que es efímero, quizás plasmar en el cuaderno lo que veía para no perderlo.

Estaba convencida de que encontrase o no a Pequeña Xin, ese sería mi último viaje a China. Por eso, quería llevarme en negro sobre blanco todo lo que me rodeaba: a las dos parejas que cuchicheaban en las mesas cercanas; al grupo de elegantes jóvenes que bromeaba enseñándose las pantallas de los móviles y a los chicos y chicas solitarios desperdigados por la estancia, que navegaban con sus ordenadores ajenos a los demás clientes.

No es que pensara escribir un libro, nada más lejos de mi imaginación, solo quería no olvidar. Durante el tiempo en que Margarita Sierra dirigió la Feria Internacional del Libro de Guadalajara me presentó a bastantes escritores. Unos pocos habían alcanzado el éxito y la mayoría pasaba amargas penalidades y soportaba largas horas de esfuerzos de imaginación para después enfrentarse a la frialdad de editores y críticos. Si superaban esa prueba, todavía les aguardaba otra más dura: captar la atención del gran público. Yo llevaba grabadas las palabras del gran Carlos Fuentes: «Los libros no se escriben solos ni se cocinan en comité. Es un acto solitario y, a veces, aterrador. Es como entrar en un túnel sin saber si habrá salida».

Sí, de los escritores admiraba la capacidad de aguante y el empeño, pero no su destino. A mí, que guardaba miles de ejemplares acumulados, sobre todo por Gustavo, en décadas de intensa

lectura, me dolía el desafecto con que los libreros cambiaban los escaparates condenando a la oscuridad a textos que apenas llevaban un mes en el mercado. ¡Tanto trabajo para vivir tan poco!

Miré a mi alrededor y me di cuenta de que era la persona de más edad del cibercafé, incluidos dos extranjeros que tenían pinta de hombres de negocios europeos. Aparqué los pensamientos tenebrosos, pagué y salí del establecimiento para hablar por teléfono.

—Soy Be Tice. ¿Eres Lu Jiamin?

—¿Cómo? —contestó una voz cantarina—. ¿Quién ha dicho que es?

—Mi nombre es Be Tice. Pregunto por Lu Jiamin. Soy una antigua amiga de la universidad.

—¡Oh! Es mi madre, pero no está en este momento. No volverá hasta las once y media. Si me deja su número, la llamará al volver.

No pude evitar el respingo del estómago al darme cuenta de que hablaba con la hija de mi compañera de pupitre. Muchas veces desde que decidí volver a China di por sentado que Jiamin y Pequeña Xin serían madres, pero no sabía por qué extraña razón en mi mente aparecían niños pequeños y al escuchar la voz de una mujercita me sentí desconcertada. Una vez serena, tuve claro que me apetecía conocerla.

Decidí que, para no sentirme tan perdida como el día anterior en medio de los grandes hitos urbanísticos de la capital que se elevan en la parte sur de Sanlitun, esa mañana la dedicaría a callejear por la parte norte, que es la más antigua del barrio. Las viejas sedes diplomáticas, aunque renovadas, no habían cambiado mucho. Me hizo ilusión desandar el camino que tantas veces realicé a las embajadas de España y de México. Reconocí los sauces que crecen en los bordes del río Liangma y descendí hasta su orilla para recorrer el estrecho paseo que lo circunda. Los capullos más tempraneros de los ciruelos se habían abierto y anunciaban con sus blancos y malvas la explosión de flores que han cantado todos los poetas chinos desde la antigüedad. El timbre del teléfono me sacó del ensimismamiento.

—Be Tice, ¡qué alegría! ¿Dónde estás?

La voz de Jiamin sonó tan enérgica como la recordaba de la última vez, como si el tiempo se hubiera detenido. Quedó en recogerme en el hotel a las cuatro de la tarde, porque al día siguiente se iba de viaje y quería que nos viéramos antes. Me dijo que tenía previsto asistir a la inauguración de la exposición de la hija de unos amigos y dio por sentado que me apetecería acompañarla.

—Vamos juntas. Así podrás apreciar la creatividad de las nuevas generaciones. Es una artista muy joven, pero ya ha expuesto en Hong Kong. Después nos iremos a cenar y repasaremos nuestras vidas —siguió diciendo sin que yo pudiera meter baza—. Es estupendo verte después de tantos años.

Escuché el sonido que revelaba que Jiamin ya había colgado cuando comenzaba a decirle que yo también me alegraba mucho de que mi estancia en Pekín no hubiera coincidido con uno de sus viajes de trabajo. Mientras guardaba el móvil en el bolso me pregunté por qué el EPL había dejado escapar a la que podía haber sido una de sus generales más enérgicos y con mayor capacidad organizativa.

Bajo el curioso nombre de *¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos?*, la exposición era un conjunto de antiguas fotos familiares en blanco y negro o en color, que la artista Ye Funa había convertido en vídeos, en los que sus abuelos, tíos y padres contaban sus experiencias vitales. Jiamin hizo las presentaciones y tras los saludos rituales, la joven nos enseñó su obra, que se extendía por dos

amplias salas. Tenía poco más de veinticinco años y decía que le obsesionaba la búsqueda de las raíces y de los valores familiares que comienzan a desaparecer en China debido a la globalización y al bombardeo informativo.

El conjunto era bastante sorprendente, porque resumaba melancolía maoísta, mientras camareros uniformados pasaban bandejas con copas de champán. Me costó seguir lo que contaban los vídeos, pero me sentí transportada al pasado y me pregunté si no escondían la misma propaganda que nos tragábamos tanto en el Instituto de Lenguas de Pekín como en Beida. Algunas de las fotos eran idénticas a las que me hice con María y otros compañeros en el estudio del único fotógrafo que entonces había en Wudaokou. Parecía que se hubieran hecho en el mismo lugar y, en cambio, exponían a personas separadas por más de dos mil kilómetros de distancia, ya que la familia de Ye Funa vivía por aquellos años en Kunming, capital de la sureña provincia de Yunnan. Las que más me divertieron fueron las fotos coloreadas a mano, en las que todas las personas —tanto de las fotos de la exposición como de las que guardaba yo— aparecían con los mofletes rosados y el uniforme *mao*. Me había olvidado de esos retratos, que hacía décadas que no había vuelto a ver, pero al mirar los que colgaban de las paredes blancas, recordé que cuando fuimos al estudio, ni María ni yo teníamos gorras y el fotógrafo, empeñado en que con ellas lucíamos mejor, nos dejó unas suyas.

La exposición se fue llenando de gente. Nos despedimos de la solicitada artista y nos fuimos a buscar el coche de Jiamin, que habíamos aparcado cerca. En 1988, la joven diplomática me recogió en un coche con chófer. La destreza con que ahora zigzagueaba por las calles de Pekín con el voluminoso cuatro por cuatro revelaba que hacía años que conducía y que, muy posiblemente, el coche era suyo.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté—. Es desconcertante, ¿verdad? No he entendido bien los discursos de los familiares, pero me parece un intento de *revival* maoísta que no me esperaba.

—La gente joven sigue extraños caminos —contestó la diplomática—. Ahora que lo tienen todo, cada día son más los que miran al pasado en lugar de al futuro. Algunos se han hecho muy nacionalistas. Tienen ideas que a nosotros nunca se nos pasaron por la cabeza. El nacionalismo, sobre todo, se extiende con rapidez entre los trabajadores. Esta especie de regresión hace, por ejemplo, que las chicas no quieran ponerse *qipao*, porque consideran que es un vestido manchú. Se visten a la occidental, pero si tienen una fiesta y quieren arreglarse, se ponen ropas y adornos con los estilos de las dinastías Han y Tang, que representan el esplendor de la historia de los hanes.

—¿Cómo es posible? El *qipao* es muy identificativo de las chinas. Os hace esbeltas como juncos y son muy bonitos y muy sexis.

—No hay nada que hacer. Las jóvenes dicen que no los quieren porque forman parte de la estética de los Qing, cuyo desastroso gobierno hundió a China en la miseria. Creo, sin embargo, que el rechazo también se debe a que en estos tiempos el *qipao* es lo que llevan todas las camareras de los hoteles, restaurantes, karaokes, clubes y las empleadas de muchas tiendas.

—¿El Gobierno impulsa ese nacionalismo?

—Yo diría que más bien trata de controlarlo porque sabe que puede ser la mecha que encienda una revuelta general o un enfrentamiento internacional, y eso da mucho miedo.

—¿Lo dices por la disputa con Japón por esos islotes del mar del Este de China?

—Sí. Yo siempre tuve pasión por la música japonesa y me sentí en algunos aspectos muy cerca de esa nación, pero he llegado a la conclusión de que se creen superiores. Leí mucho para comprender su historia cuando la situación entre nuestros dos países se agravó por las islas Diaoyu y porque han modificado los libros de texto de los estudiantes para eludir la responsabilidad en esa brutal agresión a China. Exhiben un orgullo injustificado y muy peligroso. No obstante, aunque se resistan a admitirlo, tendrán que aceptar que el tiempo juega a nuestro favor. Nosotros vamos hacia arriba y ellos hacia abajo. En este mundo dominado por las multinacionales, serán las empresas japonesas las que fuercen a su Gobierno a cambiar de actitud porque no hay ni una sola que no quiera hacer negocios con China.

Jiamin lo explicó con la misma seguridad con la que conducía a través de calles y avenidas iluminadas con millones de luces de neón. Era un discurso que no admitía réplica. La camarada más desinhibida y abierta de mis tiempos universitarios acababa de darme una lección de pensamiento chino.

UN CÓCTEL VENENOSO

Lu Jiamin dio un brusco giro a la derecha y enfiló la rampa de un aparcamiento subterráneo.

—¿No has reconocido la calle Wangfujing? —preguntó, cambiando el tono doctoral.

—De noche todos los gatos son pardos, aunque tal vez tampoco habría sido capaz de reconocerla de día —contesté—. Es todo tan distinto...

—He elegido un centro comercial porque aquí los restaurantes abren hasta más tarde y hay mucha variedad. Vengo frecuentemente con mi hija.

Se movía como Pedro por su casa. Las voces de la gente y la música se mezclaban creando un ruido de fondo que lo envolvía todo. En las escaleras mecánicas, camino del restaurante, la diplomática se colocó un peldaño más arriba y, cuando levanté la cabeza, nuestras miradas chocaron y se produjo un chispazo invisible que caldeó el ambiente. Sin quererlo, por las dos pasó, con la rapidez de un rayo, la película de una amistad surgida hacía un montón de tiempo y la complicidad de sueños y secretos de juventud.

—Tenemos muchas cosas que contarnos. Hemos hablado de arte y de política, pero no de lo que nos ha sucedido en estos años. Han pasado casi tres décadas desde aquella reaparición tuya. Toda una vida —afirmó, dejando que aflorara un cierto desencanto interior—. Mi hija no existía y ahora está terminando la universidad. Yo acababa de casarme y ya hace quince años que me divorcié.

Lo soltó de sopetón. No me lo esperaba y me dejó sin saber qué decir, en parte porque me descolocó que me hiciera una confesión tan íntima en mitad de un sitio tan impersonal. Nunca me gustaron los centros comerciales y después de tan larga ausencia se me hizo extraño que me llevara a un lugar así. Finalmente entramos en un restaurante chino bastante grande y desangelado. La dejé que eligiera el menú, aunque sugerí un plato de hongos. Cuando la camarera se fue con la comanda, Jiamin llenó las tazas de té.

—Y tú, ¿sigues casada? ¿Cómo es que has venido sola?

—Gustavo murió hace casi tres años. Este viaje es un intento, tal vez absurdo, de cerrar el ciclo de mis estudios en China —dije sin frenarme por sus exclamaciones de consuelo—. Me fui

de forma precipitada para casarme con él y siempre tuve la extraña sensación de que me había ido sin despedirme. Voy a pedir al departamento de estudiantes extranjeros de Beida que me ayude a encontrar a mis antiguos profesores, si es que aún viven, y a Zhou Xin. ¿Tú has sabido algo de ella?

—No. Recuerdo que lo hablamos la otra vez y te comenté que le perdí la pista cuando aún estábamos en la universidad. Tú eras la que nos unías y cuando te fuiste no volvimos a coincidir más allá de cruzarnos en algún comedor o en la biblioteca. Creo que es una buena idea que recurras a los archivos de Beida para buscarla.

—Sí, ya me he puesto en contacto con ellos a través del departamento de educación de China en México. Veremos lo que consigo. Pero dime, ¿cómo es que te has divorciado? Aquí todavía es difícil, ¿no?

—La ley de 2003 ha facilitado mucho el proceso. Aún está mal visto, pero cada día somos más las mujeres que nos plantamos. Con la reforma económica y la propiedad privada muchos hombres se han enriquecido y con el dinero han vuelto a los viejos vicios. Prostitución, amantes, concubinas, borracheras, juego..., un cóctel venenoso que pretenden que las mujeres traguemos sin rechistar. Cuanto más ganan, más pisotean a sus esposas. Unas lo aguantan porque no quieren perder el tren de vida que les ofrece el matrimonio. Otras, sobre todo las que estamos muy involucradas con nuestra profesión, nos divorciamos.

—Entonces, ¿lo pediste tú?

—Sí. Los dos últimos años fueron un infierno, a pesar de que nos veíamos poco porque los dos viajábamos mucho y él casi nunca dormía en casa. Cuando la niña tenía cinco años y nuestra relación aún era aceptable, se empeñó en que tuviéramos otro hijo. Para él, contravenir la ordenanza del hijo único, no suponía ningún problema porque trabajaba en una empresa privada y tenía dinero de sobra para pagar la multa. Imagínate; cuando nació Meiling yo cobraba setenta y siete yuanes al mes y él, cuatro mil, más los *bonus* que le daban.

—Si el dinero no era problema, ¿por qué te negaste?

—Yo soy funcionaria y miembro del partido. Ni podía, ni quería hacerlo. No solo porque significaba una rémora en mi carrera, sino sobre todo porque sentí miedo por mi hija. No entendía esa obsesión por un varón. ¿Y si nacía otra niña? —preguntó, llevándose a la boca los palillos con un trozo de pato—. Me negué en redondo. Mis suegros, que también querían un nieto, alimentaron su hostilidad, que fue creciendo hasta hacerse insoportable. Algunas noches volvía a casa borracho y me insultaba. Me culpaba de que tuviésemos una hija. Decía que yo era una inútil que no servía para nada, ni siquiera para embarazarme de un varón.

—Qué mala suerte. Lo siento muchísimo.

—Los insultos me dolían especialmente por Meiling, que lloraba al escuchar los gritos de su padre. Ella dormía en el colegio y solo venía a casa los fines de semana, pero algunas veces su padre soltó toda esa retahíla machista sabiendo que la niña estaba en su cuarto y, por supuesto, la despertó. Para ella fue muy duro oír las voces de su querido padre diciendo que yo le avergonzaba por no haberle dado un heredero. Fue un trauma porque hasta entonces la niña estaba colgada de él, que le consentía todo y le compraba montones de regalos. A la mañana siguiente de una de estas broncas, pedí a mis padres que vinieran y a él le dije que se llevara sus cosas porque nuestro matrimonio se había acabado.

—¿No volvió a ver a Meiling?

—Los primeros meses, no, pero luego nos la alternábamos los fines de semana. Ahora se ven menos porque ella tiene mucho que estudiar y él ya tiene su ansiado heredero. Volvió a casarse, volvió a tener una hija y, con una mujer quince años menor que él y sin profesión, optaron por un segundo embarazo y tuvieron un varón —dijo sin molestarse en disfrazar la rabia que sentía.

Se hacía tarde. Los camareros empezaron a recoger de forma ostentosa. Solo quedábamos nosotras y una pareja. Comenzaron por poner las sillas sobre las mesas en la parte más alejada del restaurante y se fueron acercando sin tener en cuenta el ruido que hacían. Jiamin, que había cenado muy poco, pidió la cuenta y que le embalaran lo que quedaba en los platos, incluida la sopa.

—Desde que el presidente Xi Jinping afirmó que había que dejar de tirar la comida y aplaudió el llevarse las sobras a casa —explicó la diplomática—, todos los restaurantes, desde el más lujoso al más simple, tienen cajas de plástico de distintos modelos y tamaños para que los clientes carguen con lo que no se comen. Es muy cómodo, porque no tienes que cocinar al día siguiente, ahorras un montón de dinero y, como dice el presidente Xi, se pone fin al despilfarro.

—Me parece una idea estupenda. En Estados Unidos también se hace. En México, en cambio, aún es motivo de vergüenza y en Europa solo ahora comienza a hacerse.

—Mañana me voy temprano. Vuelvo dentro de diez días, ¿estarás aún Pekín? Me gustaría que conocieras a Meiling. Termina en junio la carrera y en septiembre se va a Australia a hacer el máster.

—Dependerá de mis pesquisas, pero en cualquier caso lo organizamos para vernos otra vez. No sé si la búsqueda de Zhou Xin me obligará a viajar, la verdad es que me gustaría salir un poco de Pekín. Si cuando vuelvas no estoy, nos vemos cuando regrese para tomar el vuelo de vuelta a México. Te tendré al corriente.

—Sí, nos llamamos, pero ¿adónde vas? —preguntó extrañada cuando le di un abrazo.

—A coger un taxi. No hace falta que me lleves al hotel.

—De ninguna manera. Estamos muy cerca. Como el Ministerio de Asuntos Exteriores está en el distrito Chaoyang muchos diplomáticos vivimos en la zona. Sabes que Sanlitun está dentro de Chaoyang, ¿no?

Apenas hablamos en el corto trayecto, Jiamin parecía ensimismada en sus pensamientos. Frenó el coche ante la puerta del hotel, levantó la vista hacia mí, exhaló un suspiro y sonrió.

—Nuestra amistad data de mucho tiempo. Me alegra que la mantengamos, siempre nos hemos entendido muy bien —dijo, abrazándome.

SUBIENDO LA COLINA DE CARBÓN

Llamé al teléfono de Beida que me dieron en México y contestó una voz joven y animada de mujer, que se identificó como la profesora Fei, subdirectora del departamento de estudiantes extranjeros. Me dijo que estaba al corriente de mi viaje y me agradeció que siguiera acordándome de mi universidad. Quedamos en que fuese a visitarla dos días después por la mañana, a las nueve y media.

—Así podrá volver a ver donde estudió —dijo enfática—. Para nosotros es una gran alegría recibirla. Trataremos de ayudarla en todo lo que esté en nuestras manos. No sé si se acuerda, estamos en el edificio cercano a la puerta oeste.

—Muchas gracias, Fei *laoshi*. Nos vemos pasado mañana.

Tenía dos días por delante antes de la cita con mi pasado. Me invadió una sensación incómoda, como si de pronto me diese cuenta de que el viaje era una chifladura sin sentido. La conciencia, el Pepito Grillo que siempre cuestiona lo que uno hace, se puso a cantar que no iba a encontrar a Pequeña Xin y que, si lo hacía, el reencuentro sería un estrepitoso fracaso. La cantinela martilleaba mis sienes queriendo hacer explotar mi cabeza. Repetía una y otra vez que el tiempo todo lo destruye y que treinta largos años habían borrado la amistad que un día nos unió. Si volvíamos a encontrarnos, no tendríamos nada que compartir.

Era evidente que sufría un ataque de pánico, de inseguridad después de tantas emociones. Estaba mareada y confusa. No se me escapaba el desconcierto que provocaría en Pequeña Xin si alguien le contase que yo la estaba buscando. Me levanté casi tambaleándome del velador y me acerqué a la estantería de clásicos del café-librería que había convertido en *mi* casa. Allí me esperaba el viejo maestro de *El arte de la guerra*, dispuesto a acallar al puñetero grillo que me había soliviantado.

Leer a Sun Zi siempre reconforta. Cada palabra, cada frase, es una lección de estrategia y de dominio de uno mismo encaminado a elevar el espíritu y obtener la victoria. Pedí otro capuchino con doble expreso y me sumergí en el libro que asegura que «el arte de la guerra se basa en el engaño». Sus consejos son fórmulas de estrategia tan perfectas que no es extraño encontrarse al maestro en los consejos de administración de muchas multinacionales. Son sentencias que logran derrotar al guerrero por desaliento: «Con una evaluación cuidadosa, uno puede vencer; sin ella, no puede. Muchas menos oportunidades de victoria tendrá aquel que no realiza cálculos en absoluto».

—¿Desea algo más? —preguntó el camarero, que llevaba el pelo teñido de rubio y vestía vaqueros y camiseta negros.

—La cuenta, por favor.

La mañana estaba gris, pero no había niebla. Eran casi las once. La gente estaba trabajando y en Sanlitun reinaba la calma. No había caminado ni diez pasos cuando vi acercarse un taxi vacío y lo paré. No sabía muy bien adónde quería ir y estaba dispuesta a dejarme llevar donde el conductor me propusiese, pero era poco hablador y tenía menos ganas de pensar que yo. Le pregunté entonces si conocía algún restaurante tradicional cerca de la colina del Carbón y el taxista se limitó a indicarme que había muchos por la zona. Ninguna insinuación consiguió arrancarle una conversación.

—Como todavía hace frío, me gustaría comer un tazón de fideos antes de entrar al parque —le insistí—. Siendo un barrio antiguo, confío en que los hagan ellos mismos.

El conductor, de unos cuarenta años, asintió y, para demostrarme que no estaba interesado ni en oír historias, ni en contar las suyas, encendió la radio del coche y la música china se interpuso entre nosotros hasta que llegamos al destino. Paró el coche y me indicó con un gesto al unísono de la mano y la cabeza una puerta de madera y cristal pintada de rojo sobre la que aparecía un rótulo en caracteres negros: «Restaurante de la Colina».

Tenía un comedor muy pequeño. Apenas ocho mesas de madera sin mantel y entre dos y cuatro taburetes por cada una. Tuve suerte. Aunque era la hora de comer, había dos vacías. Un camarero salió de detrás de la cortina de tela que separaba el comedor de la cocina y me indicó que me sentara. Todos los comensales eran chinos de distintas edades. Unos sorbían con fuerza y sonido los fideos que sacaban con los palillos de grandes cuencos. Otros, para mi regocijo,

comían *jiaozi*, mi plato favorito. El camarero me puso una taza de té y me entregó una cutre carpeta de plástico con un corto listado de lo que se podía comer. Sin mirarlo, le dije que quería *jiaozi* de carne y de verduras.

Después de comer como una emperatriz por menos de cinco dólares, llegó el momento de bajar los excesos subiendo la colina del Carbón, uno de mis rincones predilectos. Siempre me encandilaron los tejados chinos, con la gracia de su curvatura y de las figurillas que los adornan. Contemplar la sucesión de tejados amarillos que jalonan la Ciudad Prohibida me pareció un espectáculo inolvidable desde la primera vez que subí hasta el pabellón Wancheng Ting, que corona la colina. Alguien me contó entonces que el enclave llevaba el nombre de Carbón porque en él se amontonaba todo el mineral con que se calentaban los palacios imperiales, pero la explicación resultó ser falsa. La colina se formó con la tierra que sacaron para la construcción del foso de la Ciudad Prohibida y durante varios siglos fue un lugar maldito de negros augurios, debido a que el último emperador Ming, desesperado por el avance de las hordas manchúes sobre la capital, se ahorcó en uno de los árboles que crecían en la base de la que pasó a denominarse colina del Carbón.

Hacia ya casi un siglo que el Gobierno republicano convirtió la zona en un parque público. No obstante, nunca encontré en mis visitas aglomeraciones de gente. Tal vez los chinos, que son muy supersticiosos, crean que el alma del ahorcado sigue vagando por el lugar. A los turistas extranjeros quizás lo que les espanta sea la empinada subida. Sin multitudes, la quietud es uno de los encantos de la colina del Carbón. En esta ascensión, me encontré la mayoría del tiempo sola, lo que me permitió avanzar zigzagueando de derecha a izquierda para disfrutar a mis anchas del paisaje. Solo me crucé con un par de grupos de chinos de mediana edad y varias parejas de jóvenes enamorados que se hacían arrumacos para animarse a subir. Por el contrario, en el parque que rodea la base había numerosas familias y bastantes abuelos de las casas vecinas entreteniéndose a sus nietos.

Más allá del ordenado mar de tejas amarillas, despuntan los rascacielos del moderno *skyline* capitalino. Sin embargo, quienes suben los centenares de escalones que conducen al pabellón Wancheng con la esperanza de poder escudriñar los secretos que oculta el Zhongnanhai, sede de la cúpula del PCCh, se llevan un buen chasco. La espesura de los árboles no permite ver ninguno de los edificios de la Ciudad Prohibida comunista.

EL HOMBRE DEL CAPIROTE

La recepcionista del hotel me recomendó ir en metro a Beida, porque, aunque la cita no era muy temprana, la hora punta aún no había terminado.

—El tráfico de Pekín es caótico y no se va a librar de algún atasco. En taxi puede tardar hasta una hora y el contador no para de correr. En el metro hay mucha gente, pero en cuarenta minutos está en la universidad —dijo la joven, después de mirar en internet cómo llegar.

De las indicaciones lo que se me quedó grabado como un soniquete que me martilleaba la cabeza, fue lo de que «en el metro hay mucha gente». Me horrorizaba la posibilidad de encontrarme parada en mitad de un túnel, apretujada en un vagón sin apenas poder respirar. No lo

dudé. Me levanté un poco más temprano y antes de que dieran la ocho y media ya estaba dentro de un taxi.

Tardé cincuenta minutos y el trayecto mereció la pena. Viniendo de provincias —al fin y al cabo, Guadalajara era una ciudad provinciana—, fue como un viaje al futuro. El coche circulaba por un alucinante entramado de autopistas, anillos y puentes, e iba dejando atrás los bosques de torres y rascacielos aún más elevados que se alzaban a un lado y otro del camino. Para mayor asombro, pasamos junto a algunos edificios emblemáticos, como el estadio olímpico, conocido con el nombre del Nido de Pájaro por la red de acero que lo cubre.

El taxi se detuvo ante la puerta oeste de Beida y, mientras pagaba, se escucharon voces. Miré perpleja sin saber adónde y al salir del coche le vi. Era un hombre solo, de unos cincuenta años, que se paseaba por el muro exterior de la universidad gritando. Debió sufrir —si no él, su hijo o un miembro de su familia— una enorme afrenta porque llevaba un capirote y un cartelón doble que le colgaba por el pecho y la espalda supuestamente contando la razón de su protesta. Parecía que acababa de llegar porque los guardias de la puerta estaban desconcertados y cuchicheaban, quizás sobre qué decisión tomar. Era como una escena sacada de la Gran Revolución Cultural cuando intelectuales, académicos, profesionales y tantos otros fueron forzados por los «guardias rojos» a hacer autocrítica disfrazados de esa guisa. El hombre del capirote voceaba sus penas y los alumnos no le oían porque estaban en clase. Sus gritos sorprendían a las escasas personas que a esas horas se movían por la zona, que se paraban unos instantes a escuchar las quejas y proseguían su marcha. Al percibir que había una extranjera, un hombre se me acercó para decirme en inglés «*Fool, fool*» y, a continuación, apretó el paso tal vez más incómodo por mi presencia que por la del «loco».

Había leído que, en la actualidad como en los tiempos del imperio, miles de personas desesperadas por los abusos de las autoridades locales acuden a Pekín en busca de justicia. Armados con las pruebas de los agravios sufridos —cartas, documentos, fotos...—, tratan de acceder a los ministerios e instituciones estatales para denunciarlos y muchos se quedan meses o años vagando por las calles de la capital empecinados en que alguien ponga fin a la injusticia que no les deja vivir. La práctica de acudir al «emperador» en busca de una reparación al abuso se ha hecho tan usual, que el PCCh tiene un buró de cartas y visitas para que los ciudadanos presenten sus quejas. Son muchos, en cambio, los que no hallan consuelo con la recepción de una carta de buenas intenciones y emprenden en solitario su peregrinaje, a veces exhibiendo las afrentas en pancartas, carteles o capirotos, para exigir justicia.

Lamenté que mi chino no fuese ya lo suficientemente bueno como para leer el cartelón y que mi cita me apremiara, así que enfilé la puerta oeste y le dije al guardia que iba al departamento de estudiantes extranjeros. Me dejó pasar sin más.

Fei *laoshi* era muy joven. Se decía que no había cumplido los treinta años. Fue la primera persona que me encontré al entrar en el edificio y me pidió que la siguiera hasta una pequeña sala de visitas situada al final del largo pasillo. Se nos unieron dos de sus ayudantes, estudiantes de la universidad que trabajan algunas horas como voluntarios en el departamento para practicar el inglés.

—Lamento que no pueda ver a nuestro director. Ha tenido que ausentarse, pero nosotros le ayudaremos en lo que necesite —se excusó Fei *laoshi*—. Creo que estaba interesada en reunirse con sus antiguos profesores, ¿verdad?

—Sí, y también me gustaría localizar a mi compañera de habitación. Vivimos juntas durante mi primer año aquí. Se llama Zhou Xin y aquel año realizaba el primer curso de Arqueología. Tuvimos una buena relación y creo que este viaje es una oportunidad única para revivir con mis profesores y con ella la vida de estudiante.

—Es muy loable que se interese tanto por China. Debió de ser una excelente alumna —dijo, ofreciéndome un pastelillo y una taza de té—. Para nosotros es una satisfacción su visita, pero no sabíamos nada de su compañera. ¿Puede escribirnos el nombre?

—No, lo siento. No recuerdo los caracteres, solo la transcripción al *pinyin*.

—¡Qué pena! Nos tomará más tiempo revisar los archivos. La llamaré la semana próxima. Ahora nuestro voluntario Chen Hai puede acompañarla a dar una vuelta por las aulas y los edificios que frecuentaba. Después le indicaré los teléfonos de dos de sus profesores. Están ya muy mayores y no sé si podrán recibirla.

Nacido en la norteña provincia de Heilongjiang, Chen Hai tenía veintidós años y estaba haciendo un máster en gestión de información, unos estudios que, según contó, estaban muy demandados en Beida debido a que uno de sus licenciados, Li Yanhong, es el fundador de Baidu, el principal buscador chino de internet, uno de los hombres más ricos de China y, por tanto, un modelo para la juventud.

El edificio número veintiséis, donde antaño residíamos todas las estudiantes extranjeras, estaba cubierto de andamios y no se podía acceder. Buscamos las aulas donde estudié y estaban dedicadas a otras materias. La actividad que se percibía en la universidad era mucho más frenética que en mis tiempos. Además, el perímetro del campus había crecido enormemente e incluía la escuela de negocios más prestigiosa del país, Guanghua, que vimos de lejos.

—Un máster puede costar hasta medio millón de yuanes —comentó Chen Hai.

—Eso son unos setenta y cinco mil dólares. ¡Es una fortuna! ¿Y quién puede pagar esa suma?

—Ya sabe que en China los *guangxi* —los contactos— son muy importantes. En esas aulas se reúne la gente más selecta del país. Hay una gran demanda y se paga más por los *guangxi* que por la enseñanza —contestó, como si le pareciera lo más normal del mundo.

Se hizo la hora de comer y el joven insistió en invitarme en uno de los cinco comedores en que sus tickets eran válidos.

Dejamos a la derecha el lago Sin Nombre y nos pusimos en la cola de una pequeña cantina. De los platos del día, Chen eligió fideos con carne de cerdo y sopa, y yo, espinacas y carne de ternera con cebolla. Los dos bebimos té rojo.

—Me gustaría hacer el doctorado en Estados Unidos —confesó con timidez—, pero mi familia no tiene dinero. Necesito obtener una beca y es muy difícil. Estudio mucho y ayudo en el departamento de estudiantes extranjeros para mejorar mi inglés, pero somos muchos los que optamos a beca.

—¿No sería más fácil que la solicitaras para Canadá, Australia o para un país europeo?

—Creo que primero voy a pedirla a dos universidades muy prestigiosas de Taiwán. Me interesan bastante.

—No sabía que Taiwán concediera becas a los ciudadanos de la República Popular.

—Claro, el Gobierno de Taiwán da ayudas a un montón de estudiantes. Aquí también hay taiwaneses becados. Las relaciones a través del estrecho han evolucionado mucho. No solo hay

intercambios económicos y comerciales, sino que la cultura y la educación se han convertido en dos de los principales capítulos de acercamiento.

—¿Por qué tantos chinos quieren irse fuera?

—En China la competitividad es salvaje. Muchos padres hipotecan la casa y se endeudan para enviar a sus hijos a estudiar al extranjero si no han sacado una nota alta en el *gaokao* —el examen de selectividad—, que es el que da acceso a una buena universidad china. Somos muy pocos los que tenemos la suerte de estar aquí en Beida, o en otras célebres, como Qinghua o Fudan, y el ascenso dentro de ellas es casi mortal. Los peldaños de grado a máster y de máster a doctorado son tan estrechos, que solo unos cuantos logran quedarse, los demás se caen y hay que prepararse para superar el golpe. Yo hasta ahora he tenido mucha suerte, pero no sé si me seguirá acompañando.

—Pero ¿por qué estudiar fuera es tan importante?

—Ahora, cada año se gradúan unos siete millones de chinos, pero no hay trabajo para todos. La clave para encontrarlo es ser licenciado por alguna de las universidades más prestigiosas o complementar el título con estudios realizados en el extranjero.

El teléfono de Chen Hai vibró en la mesa. Pidió disculpas y contestó.

—Es Fei *laoshi*. Nos está esperando —dijo, levantándose y recogiendo con rapidez su bandeja y la mía—. Creo que tiene noticias para usted.

Volvimos al saloncito de antes y de inmediato entró la subdirectora con un papel en la mano.

—Su profesor de Relaciones Internacionales no podrá recibirla —dijo Fei—. Me ha indicado su esposa que fue hospitalizado ayer. Tiene ochenta y dos años y una salud muy delicada. Su profesor de historia no ha cogido el teléfono, pero seguiremos intentándolo. En cambio, he conseguido el teléfono de su profesor de chino Zhang Dehong. He hablado con él y está esperando que le llame. Si quiere podemos hacerlo ahora mismo.

—Sí, por favor, pero llámelo desde mi móvil, así se me quedará grabada la marcación y Zhang *laoshi* tendrá también mi teléfono. Dígale que estoy a su disposición, que nos vemos dónde y cuándo él quiera.

En un minuto la subdirectora tuvo la cita escrita en el papel y me lo tendió con aire de satisfacción.

—Si tuviera noticias de su compañera de habitación Zhou Xin se lo comunicaré. En cualquier caso, llámeme el lunes próximo, espero que para entonces pueda decirle algo de ella. Le deseo que tenga un agradable reencuentro con Zhang *laoshi*.

EL «GUARDIA ROJO»

Sin olvidar que mi objetivo era la búsqueda de Pequeña Xin, a medida que se acercaba la hora de reunirme con el profesor Zhang crecía en mí un interés expectante por charlar con mi antiguo *laoshi*. Nunca intimamos, porque él siempre llegaba y se iba con prisa, pero en clase conseguía atraer la atención de todos los alumnos y logró que la veintena de extranjeros que asistíamos mejorásemos considerablemente nuestra capacidad de lectura.

Desde el momento en que me dieron la cita, no paré de preguntarme si el profesor se acordaría de mí y qué motivos le llevaron a romper su rutina y aceptar recibir a una alumna de la

que hacía décadas que no sabía nada. Me preocupaba que Fei *laoshi* le hubiera presionado diciéndole que la antigua estudiante había venido desde México solo a saludar a sus profesores y que él era el único que podía hacerlo. Me inquietaba, incluso más, que la subdirectora diese por cumplida su misión con la organización de la entrevista con Zhang *laoshi* y dejara atrás su promesa de investigar en los archivos sobre el paradero de Zhou Xin.

Quedamos en un cibercafé cerca de la puerta este de Beida, la más concurrida. Era un local sencillo de estudiantes, con mesas y sillas de madera, donde servían bebidas y platos simples. Llegué tres minutos antes de la hora pactada y en cuanto empujé la puerta de entrada, vi la mirada interrogante de un hombre, cuyas facciones no reconocía, sentado en una mesa junto a la pared. Me acerqué mientras él se levantaba.

—¿Zhang *laoshi*? Soy Be Tice. ¿Aún se acuerda de lo mal que escribía? —le solté de corrido, al tiempo que nos dábamos la mano.

La pregunta dibujó una sonrisa en los labios resecos del profesor, quien se esforzó en negar de palabra y con gestos que me tuviera identificada por el espanto que le producía el trazado torpe y desgarrado de mis caracteres, signos danzantes y borrachos que emborronaban la exquisita caligrafía china.

Fuimos saltando de recuerdo en recuerdo. El profesor se expresaba como si fuese un superviviente de la época en que nació y viviese en otra que le era ajena. La melancolía nos llevó a enfrentar nuestras juventudes: la mía, de oposición a Franco; la suya, de defensa incondicional de Mao.

—Yo fui «guardia rojo» de 1966 a 1968 —afirmó con decisión, como si tuviera necesidad de contárselo a alguien para liberar su conciencia de un peso y encontrar comprensión, o simplemente para perdonarse—. Estudiaba en la Universidad de Asuntos Exteriores que presidía el mariscal Chen Yi. Él nos pidió que defendiéramos al presidente Mao y no lo pensamos. Ahora las telenovelas presentan a los «guardias rojos» como criminales, pero la realidad fue muy diferente. Éramos jóvenes que creíamos en Mao y en la necesidad de apoyar una revolución igualitaria que no dejase a nadie en la estacada. Pensábamos que era posible crear un hombre nuevo, libre de ataduras con el pasado. Nuestras intenciones fueron buenas, aunque es cierto que las manipuló el mismo poder en que creíamos.

Yo le escuchaba absorta, sin atreverme a decir palabra para no interrumpir su relato. Solo cuando la pausa se extendía demasiado me arriesgaba a intervenir.

—¿Se sintió traicionado entonces o la traición la siente ahora por las enormes desigualdades que se han creado en la sociedad? ¿Se arrepiente de esos años? —pregunté, dejando que las palabras se deslizaran con suavidad para evitar herirle.

Zhang *laoshi* tomó la taza con té de Oolong y sorbió mirando al infinito. Se sentía la sangre corriendo por sus venas. La tensión era tan palpable que me vi empequeñecer como si aún fuese su alumna y me hubiera pillado in fraganti copiando en un examen. No sabía si él se iba a levantar, si me iba a abofetear o si dejaría caer la taza para que el estruendo del golpe rompiera el espejismo de la vuelta del pasado.

Uno, dos, tres..., los segundos pasaron como si fueran horas y él, inmóvil, volvió a dar un largo sorbo que hizo de catalizador de una respuesta a medias que sepultó en la memoria la parte más hiriente de la pregunta, esa que hacía años que le despertaba en mitad de la noche y le obligaba a mirar por la ventana la oscuridad física que se cernía sobre su persona.

—Mao cometió muchos errores, gravísimos errores —sentenció—, pero el renacimiento de China no se puede hacer sin él. No podemos caer en su mismo ramalazo de locura y empeñarnos en borrar el pasado. Hemos luchado mucho por construir la República Popular. Las nuevas generaciones han nacido maoístas y no pueden de pronto hacerse confucianas y renunciar al maoísmo. No funcionará. Es necesaria una combinación de ambas filosofías.

El hechizo de la confesión se había roto. En sus palabras pude apreciar cómo se iba cubriendo el hombre que se había desnudado, en esa tarde que anunciaba la primavera; había arrojado las capas que le cubrían y por un momento se quedó sin protección alguna frente a su antigua alumna extranjera. Quise detenerlo, pedirle que confiara y me contara, pero al igual que él, yo también tuve miedo y no atiné más que a meter la mano en la llaga de nuevo. No conseguí impedir que se protegiera.

—¿En su universidad se produjeron enfrentamientos? En Beida sé que los hubo y que algunos profesores se suicidaron porque no pudieron aguantar la presión.

—En Pekín las luchas entre las facciones no fueron muy fuertes —contestó el profesor, ya vestido con sus defensas, a la alumna entrometida—. Se utilizaron puños, palos y palas, pero en otras ciudades se usaron armas. En mi universidad, como en muchas otras, se formaron cuatro grupos; de los dos más importantes, uno apoyaba al primer ministro Zhou Enlai y el otro a Jiang Qin y Lin Biao. Mi grupo defendía a Zhou y en su nombre recorrimos dieciséis provincias adoctrinando a la gente.

—¿Y por qué dejó de ser «guardia rojo»?

—El mariscal Chen Yi acabó con los planes de todos los que nos licenciábamos ese año y ya teníamos unidades de trabajo. A unos, nos envió a reeducarnos al Ejército Popular de Liberación. Los oficiales nos respetaban como intelectuales, pero los suboficiales nos despreciaban. Consideraban que teníamos algo malo en la cabeza cuando nos mandaban para reeducarnos. Otros —explicó como si fuera una lección de historia— fueron enviados a las «escuelas del 7 de mayo», que se crearon en 1968 en las zonas rurales para que los cuadros del partido y los intelectuales de las ciudades se reeducaran aprendiendo de los campesinos y realizando trabajos manuales.

—¿Piensa que los jóvenes conocen el pasado reciente de China?

—No les interesa. Solo se preocupan de sí mismos. Nosotros tuvimos una ideología y nos la creímos. Ahora nadie cree en nada más allá del dinero. Algunos jóvenes ni siquiera quieren trabajar. Viven a costa de los padres que, sobre todo en Pekín, Shanghái y otras grandes ciudades, se han enriquecido con la especulación inmobiliaria.

—¿Y de dónde sacaron las propiedades para especular si la mayoría de la gente vivía en una habitación o en viviendas públicas?

—El Gobierno privatizó la vivienda y —por ejemplo, en Pekín— las autoridades, según la zona y las necesidades urbanísticas, dispusieron intercambiar cada una de las habitaciones por un piso moderno. Recuerde que todos éramos empleados públicos y que cada unidad de trabajo estaba obligada a dar un cuarto a cada uno de sus integrantes. Esto supuso que muchas familias, que por los distintos trabajos de sus miembros, incluidos los abuelos, tenían tres, cuatro o incluso cinco habitaciones, se encontraron de pronto con varios pisos. Además, para facilitar las expropiaciones, el gobierno local multiplicó los metros cuadrados de los patios por tres o por

cuatro. Muchos pequineses se enriquecieron y ahora los hijos dicen que viven muy bien de lo que sacan los padres de los alquileres. La cultura del esfuerzo se ha perdido.

—¿Tiene usted hijos, profesor?

—Sí, uno, y un nieto de trece años. Mi hijo trabaja en una empresa estatal y gana mucho dinero —dijo con un retintín que revelaba más incomodidad que orgullo.

No sabía la edad de *Zhang laoshi*, pero, por lo que contaba, calculé que tendría alrededor de los setenta. Más o menos como *Peng laoshi*. La comparación me llevó a pensar en mi querido profesor y decidí darle un quiebro a la conversación para preguntarle tanto por Zhou Xin como por Peng Jingrun, de quien le conté que éramos muy amigos y que nos habíamos visto en el viaje a Pekín que realicé en 1988. Por el contrario, esta vez no había conseguido localizarle.

—Si su compañera Zhou Xin sigue viviendo en China, no se preocupe. Los archivos de Beida deberán tener información de ella —afirmó—. En cuanto a Peng Jingrun, no le conozco, pero voy a buscarle. Tan pronto como me ponga en contacto con él, la llamaré para facilitarle su número de teléfono. Si hay algún problema, le mandaré un mensaje explicativo.

México es tan caótico, que me pareció alucinante la seguridad con que *Zhang laoshi* hablaba sobre la localización de personas a las que no conocía. El insondable orden chino...

La tarde cayó, el cielo se tiñó de naranja y los hilos finales de la conversación revolotearon en torno a la música tradicional china, que era la pasión artística del antiguo «guardia rojo». Le alegró que la extranjera conociese la *pipa*, el *erhu* y el *huqin*, aunque me callé que no sabía la diferencia entre los dos últimos, que son una especie de violines de dos cuerdas, mientras que la *pipa* es más bien un laúd de cuatro cuerdas. Me aprendí de corrido los nombres de los tres instrumentos en mi primer año en China, durante los espectáculos de música y baile a que nos solía invitar el Instituto de Lenguas.

No me dejó pagar la merienda y ya en la puerta me dio un consejo:

—Si tiene oportunidad vaya a un concierto de la orquesta de cámara de la Ciudad Prohibida. Los solistas son extraordinarios. La *pipa* es algo especial.

MO YAN, EL NOBEL «INMERECIDO»

No habían pasado veinticuatro horas desde que me despedí de *Zhang laoshi* cuando el móvil vibró con tal energía que casi se cae de la pequeña mesa de estudio de la habitación del hotel, donde tomaba notas de las peripecias del viaje. La pantalla del teléfono mostraba un número chino desconocido. Descolgué y a mi saludo contestó una voz ronca.

—Be Tice soy Peng Jingrun, *Peng laoshi* —matizó apresuradamente para evitar cualquier género de dudas—. Me han dicho que estás aquí y quieres verme.

—Por supuesto, profesor. Llevo una semana en Pekín y no paro de preguntar a unos y otros cómo encontrarle. No sabe qué alegría me da esta llamada. Estoy en un hotelito de Sanlitun. ¿Le gustaría venir a almorzar conmigo a un restaurante iraní que hay muy cerca del metro o prefiere otro sitio?

—No me importa. Ese está bien, yo no conozco mucho, o podemos tomarnos un té. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Qué le parece mañana a las once y media a la salida del metro?

—De acuerdo. Luego decidimos qué hacer.

La llamada de Peng *laoshi* disipó los deprimentes nubarrones que flotaban por mi cabeza. Desde que llegué, un persistente dolor en la articulación del hombro derecho limitaba los movimientos de mi brazo y esa tarde había ido, por tercera vez, a un centro de masaje médico cercano que presumía de atender a la mitad del cuerpo diplomático residente en el barrio. El maestro, un hombre recio de unos cincuenta años, me reconoció el primer día, supuestamente me tomó los tres pulsos de la medicina china tradicional y me dijo que los dolores eran consecuencia de que tenía «humedad en el cuerpo que obstaculizaba el desplazamiento de su energía».

—Debe cuidarse. Usted también tiene los riñones fríos y viento en el hígado —afirmó el maestro—. Todos estos bloqueos están motivados por una pena que le impide ser feliz.

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica en la herida que trataba de curar. Me pregunté qué habría opinado mi querido psiquiatra ante semejante diagnóstico, cuya consecuencia inmediata fue entristecerme aún más. Sentí que no solo mis riñones estaban fríos, sino que mi cuerpo, tendido en la camilla, se quedó aterido y rígido tras el cubo de agua helada que me había lanzado el maestro, quien había comenzado a masajear con fuerza mi espalda.

Dos alumnos, un chico y una chica, escuchaban las explicaciones del preceptor sobre los males que afligían a la paciente y las fricciones necesarias para espantarlos, pero yo ya había desconectado y no escuchaba. Sentí que mi mente se desprendía de la masa yerma de carne y hueso y que mis ojos contemplaban la escena desde arriba, con la desafección de quien observa a un forense diseccionar un cadáver. Mientras, los jóvenes, unas veces con sus manos y otras con un martillo de madera, me golpeaban con energía desde el cuello a la punta del pie. Ya no me dolía el hombro, sino todo el cuerpo.

Como una autómatas, me levanté, me vestí, pagué y salí cuando me lo dijeron. Me fui directamente al hotel y me acosté. A la mañana siguiente no podía con mi alma. No me podía mover. Por las punzadas que me afligían, pensé que se trataba de agujetas y consideré que debía seguir la pauta que me habían indicado y someterme a otras dos sesiones de tortura china. Tal vez, más que fe en que me arreglaran el desaguizado, fue solo masoquismo, pero, de forma inexplicable, seguí yendo a entregar una suma desorbitada de dólares —bastante más de lo que habría pagado al mejor fisioterapeuta de San Pedro— para que me apalearan.

Las dos veces siguientes me atendió *xiao Li*, una masajista con manos de acero que me dejó moratones por todos los sitios. Cuando me quejé de que me hacía demasiado daño, la joven contestó que, según el maestro, para movilizar una energía que está bloqueada se necesita una fricción briosa y que por eso a los chinos les gusta que los masajes sean vigorosos.

—A mí no, me duele demasiado —repuse.

—Se lo hago más suave, pero si el maestro me ve, me va a regañar —contestó.

Entre golpe y golpe, *xiao Li* me contó que tenía solo quince años y llevaba tres trabajando para poder enviar algo de dinero a su madre y a sus dos hermanos menores. El preceptor pasaba de vez en cuando para controlar lo que sus ayudantes hacían con los cuerpos de los pacientes y aguardaba puntual en el sillón de la entrada para cobrar. Aunque el refrán dice que palos con gusto no duelen, la tercera sesión fue un exceso y me dejó abatida.

Al llegar a la boca del metro, reconocí de inmediato al profesor Peng, aunque estaba algo más gordo y envejecido. Él también me vio y se acercó con la mano tendida y una sonrisa sincera en la cara.

—Be Tice, no pensé que volveríamos a vernos. Es sorprendente cómo me has localizado — dijo en chino, pese a que el idioma de comunicación entre ambos fue siempre el español—. Yo ya estoy retirado de todo y apenas salgo de casa.

—¿Por qué? ¿No se encuentra bien? Tiene un aspecto saludable. ¿Hay algún problema?

—No. No pasa nada en especial, pero en mi casa tengo lo que quiero y no necesito más. No me interesa lo que hay fuera.

Comenzamos a andar y se dejó conducir hacia el restaurante iraní sin hablar al respecto. Poco antes, de camino al metro, yo había pasado por delante y vi que estaba vacío. Estaba segura de que esa tranquilidad agradaría al profesor, sobre todo después de lo que me acababa de decir, que me desconcertó bastante.

Nos sentamos en una mesa que daba al pequeño jardín de entrada, que protegía de las miradas de la calle. Los camareros, que no eran iraníes, nos ofrecieron de bienvenida una sabrosa infusión. Peng *laoshi* no quiso implicarse en la elección del menú y nos dejamos guiar por las recomendaciones del *maître*: brochetas de cordero, ensaladas diversas y arroz con pasas y frutos secos. Antes de que llegase la comida, levanté la bolsa de plástico que había dejado en el suelo y, arrastrándola por la mesa, le extendí el paquete de libros que le había traído.

—Espero que le guste la selección —dije, cambiando a la lengua de Cervantes—. Los elegí hace unos meses. En cuanto decidí venir, me fui a dar un paseo por la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. El año pasado el país invitado fue Chile, pero se la dedicaron a Carlos Fuentes porque había muerto seis meses antes. ¿Lo sabía?

—Sí, lo dijeron en la televisión.

—Después de dar muchas vueltas, me decanté por traerle dos obras póstumas, una del homenajeado y otra de un autor chileno, que vivió sus últimos años en España, Roberto Bolaño. La de Fuentes, *Federico en su balcón*, salió para la FIL, y *2666* lleva publicada varios años y ha sido todo un éxito mundial. Si no la ha leído estoy segura de que va a pasar muchas horas sumergido en una novela que es la suma de cinco. Abra, abra el paquete, hay una sorpresa.

Estaba casi más excitada que él por romper el papel que protegía con esmero la pirámide de libros. El primero que apareció fue el más delgado. Peng *laoshi* se quedó desconcertado mirando la portada. Era una pequeña autobiografía de Mo Yan, *Cambios*, traducida al español justo después de que le dieran el Nobel en octubre de 2012, aunque yo no sabía cuándo la escribió.

—A los chinos no nos gusta Mo Yan —dijo, hojeando el libro y deteniéndose en el nombre de Anne-Hélène Suárez Girard, tal vez porque la traducción fue su vocación frustrada y la admiraba casi más a ella que al escritor—. Mo Yan escribe cosas muy tristes, historias de campesinos que a nadie interesan. Es una literatura oscura, que se recrea en las angustias, los malos tragos y en airear el lado lóbrego de la vida. No se entiende por qué le han dado el Nobel. No se lo dieron a Lu Xun y premian a Mo Yan. Es innecesario.

La respuesta me dejó planchada.

—Creí que estaría muy contento. Es el primer reconocimiento a las letras chinas, porque Gao Xingjian escribe en francés —le respondí.

Peng *laoshi* miraba el libro con evidente desagrado y yo, desconcertada, no quise recordarle que la primera vez que escuché el nombre de Mo Yan fue en 1988, durante la cena que hicimos en el hotel Jianguo. Fue él quien me habló de las nuevas tendencias de la literatura china y mencionó

como uno de sus principales representantes al escritor galardonado. Entonces parecía que le entusiasmaba, motivo por el que le llevé el libro como quien regala una joya.

—A los chinos nos gusta leer novelas románticas, alegres, urbanas, pero no esos temas sombríos y tenebrosos. Mo Yan presume de pobre —comentó en un creciente tono de enfado más que de desdén—. En Estocolmo declaró que no tenía piso y que el dinero del premio lo iba a invertir en comprarse uno. No está bien que dijera eso, como tampoco está bien que se quede con todo el dinero en lugar de dar una parte a una fundación. En cualquier caso, gracias. No tendrías que haberte molestado. En especial te agradezco *2666*. Había leído algunas críticas, pero nunca pensé que tendría la oportunidad de conseguir un ejemplar. Me gusta mucho Bolaño.

Trajeron los platos e hizo falta dejar espacio en la mesa. Al tratar entre los dos de meter los libros en la bolsa de plástico, vi que el jersey de Peng *laoshi* tenía un considerable roto en la manga y estaba descolorido y ajado. No pude evitar fijarme un poco más en el aspecto descuidado del profesor.

—Y si ahora no sale nunca de casa, ¿a qué se dedica? —le pregunté, dando portazo a la polémica de «No hables», que es lo que significa el pseudónimo elegido por el criticado Nobel, cuyo verdadero nombre es Guan Moye.

—Cocino, leo y veo la televisión. Hay muchos programas sobre los clásicos y me entretengo bastante. Algunos son demasiado simples, seguramente hechos para los nuevos ricos que no tienen tiempo para leer porque tienen que ganar dinero, pero están bien montados, con buenas imágenes e ilustraciones. También vienen amigos y hacemos partidas de *mahjong* —afirmó más relajado—. El Gobierno prohíbe los casinos, pero se juega mucho en las casas y en los parques, donde la policía mira y hace como que no se entera de que se está jugando dinero.

—¿Y cómo es que cocina? —inquirí, sin atreverme a mencionar el término de viudo, pero dando casi por sentado que se había quedado tan solo como yo.

—He pasado cuarenta años de mi vida comiendo fatal porque mi mujer nunca aprendió a preparar el plato más simple —respondió con vehemencia—. Solo deseaba jubilarme para poder guisar. Ella sale y hace la compra aquí y allá. Los mercados están llenos de una gran variedad de verduras, frutas, carnes, pescados, pastas, arroces, especias y cualquier capricho que se pueda tener. No me interesa dónde, ni cuánto ha pagado. Ahora tenemos mucho más dinero de lo que jamás hemos podido soñar. Recibimos dos pisos nuevos uno del Estado para mí y otro de la municipalidad para ella. Yo no le pido que traiga nada. Ella compra lo que quiere y, cuando lo deja en la cocina, yo me encargo del resto. Ya no tengo quejas, comemos muy bien.

—¿Su esposa goza de buena salud?

—Sí, estupenda. Se siente liberada desde que se quitó el peso de la cocina. Además de las compras, todos los días sale al parque a hacer *taijichuan* y muchas tardes se va con sus amigas a dar un paseo e incluso a veces se sientan en una cafetería o en una tetería. Yo tengo la pensión estatal que es fija y aumenta un poco cada año, pero ella era funcionaria de la municipalidad de Pekín y su pensión crece de forma exponencial. Ha habido años que ha aumentado el 10 por ciento. Es mayor que la mía, aunque la estatal tiene un seguro médico y solo se paga el 5 por ciento de las medicinas, lo que es una ventaja enorme. Muchos viejos cogen medicinas para toda la familia. Sí —dijo como si hablara consigo mismo—, nosotros no entendemos cómo el país ha podido desarrollarse tanto.

—Si ustedes no entienden, imagínese entonces la impresión que me han causado a mí los cambios.

—No tenemos explicación a esta abundancia. Los viejos no pertenecemos a este mundo, pero tampoco recordamos el pasado, ni el tiempo en que luchábamos por algo. Ahora hablamos de la Bolsa, del mercado inmobiliario y disfrutamos de esta riqueza que ha traído el ladrillo.

—¿Cómo puede llamarse viejo? No lo es —le increpé, tratando de borrar el pesimismo de sus palabras—. ¿Y su hijo? ¿No vive en Pekín? ¿Tiene nietos?

—Esa es la pena que aflige el corazón de mi esposa y la tiene trastornada. Está detenida en el pasado. Yo también quisiera tener un nieto, pero ella sufre lo indecible por no tenerlo. Mi hijo se casó hace tres años, pero ni él ni su mujer piensan en esto. No podemos ni mencionarlo. Tienen buenos trabajos y les dedican mucho tiempo. Cuando se reúnen con otras parejas jóvenes vecinas o de la familia, lo único que les interesa es competir sobre quién va a adquirir el mejor coche. Compran algo y ya están pensando en lo siguiente. La sociedad se encuentra en bancarrota moral, ideológica y ética —sentenció de golpe

—Son otros tiempos, querido profesor. La abundancia y el consumismo han ganado la batalla a la «revolución permanente» aquí, en México y en todo el mundo.

—Los jóvenes tienen unos ideales totalmente desconocidos para nosotros en nuestra juventud. No es difícil ver la dirección que seguirán cuando nosotros no estemos. En nuestra época se respetaba la edad, pero ahora los que cumplen veinticinco años son los reyes y sus gritos resuenan en el aire.

—No es solo en China. Las nuevas generaciones, apoyadas en la tecnología de la información, han irrumpido abruptamente y, conscientes de su fuerza, han tomado al asalto nuestras posiciones. Yo he reducido las clases que doy al mínimo, porque soy consciente de que mi asignatura no debería llamarse Historia Contemporánea. El vértigo actual es tal que lo contemporáneo se convierte en pasado casi al instante, y no soy yo la más adecuada para explicar las nuevas tendencias.

Hacía tiempo que habíamos terminado de comer y el camarero aparecía cada poco para rellenarnos los vasos del té. Peng *laoshi*, como una olla a presión, fue soltando la suya, primero con furia, y luego lentamente en decenas de anécdotas sobre la indomable juventud, la multiplicación del precio de los pisos, las ventas y las compras de inmuebles, la especulación, los negocios que se montan en torno a la transformación tanto interior como exterior de las oficinas, las fábricas y las tiendas; el lujo escandaloso, la avaricia con que la gente acapara... La antigua alumna no pudo distinguir si dentro del profesor bullía vergüenza, rabia o una mezcla de ambas, pero a veces no sabía cómo responderle.

A lo largo de la conversación, quedó en evidencia lo desubicado que Peng *laoshi* se sentía, lo que sin duda explicaba la falta de cuidado de su imagen y el desinterés por salir a la calle. Lo único que no desdeñaba del capitalismo salvaje que le rodeaba era el placer de comer bien, aunque muchos días seguro que se le revolvían las tripas al pensar en las desigualdades que soporta la sociedad después de tanta lucha para implantar el comunismo. Escuchándole me pregunté cuántas decenas de millones de personas de su edad estaban en la misma situación, contemplando con los ojos desorbitados el torbellino del mundo en que vivían y temerosos de mirar atrás para que el pasado no se les desmoronase como un castillo de naipes.

Al principio no entendí el rechazo a Mo Yan, pero después, seguramente sin habérselo propuesto, mi viejo profesor me dejó claro que los libros del Nobel suponen una amenaza porque desentierran un pasado que deja el presente en el aire, sin fundamentos. Son el espejo de una gran farsa, cuyo resultado es el sainete en que hoy actúan muchos de los que creyeron en ella.

Mientras el camarero traía la cuenta, Peng *laoshi* abrió el viejo bolso de plástico negro que siempre llevaba consigo y sacó una bolsa con dos cajas de té.

—Es algo insignificante. Acéptalo, por favor. Lo compro en un sitio de garantía y es auténtico té de Oolong. Ahora no se puede uno fiar de lo que se vende por ahí. Todo está falsificado. La caja dice una cosa y dentro hay otra. Siento no poder ayudarte en la búsqueda de tu compañera Zhou Xin, pero confío en que la encuentres si es eso lo que quieres. Lamento mucho tu dolorosa situación.

Era consciente de lo difícil que había sido para Peng *laoshi* pronunciar esta última frase y la profunda pena que se llevaba por saberme viuda y sin raíces, expuesta a los caprichos del viento. Nos tomamos las dos manos y los cansados ojos del profesor se humedecieron. Los míos, después de haber llorado tanto, permanecieron secos. Le acompañé hasta la estación del metro y me quedé inmóvil contemplando cómo descendía las escaleras con las piernas un poco abiertas. Al llegar abajo se volvió y agitó la mano. El viento revoloteó en torno a mí y se llevó el triste adiós. Los dos sabíamos que era el último.

LA VOZ

TEJIENDO LOS HILOS DE LA MEMORIA

A las ocho y media de la mañana del lunes, estaba otra vez en un taxi camino de Beida. Sentía el corazón desbocado. Había soñado clara y nostálgicamente que chocaba con Pequeña Xin en las escaleras del edificio veintiséis. Me desperté agitada y desorientada en mitad de la noche, aunque no logré desprenderme del sueño que volvió a enredarme en su nebulosa. Cuando sonó la alarma del móvil ambas seguíamos apostadas en el mismo peldaño. Zhou Xin, en uno de sus gestos más característicos, se tapaba la boca con la mano para esconder la risa, mientras yo le contaba que había sorprendido a mi compañera norcoreana en mitad de un apasionado beso con un compatriota. Todo era tan real, que al abrir los ojos la habitación del hotel me desconcertó.

El subconsciente me llevaba de la mano por el camino cabal para encontrar a mi hermana china. En esos días había logrado reducir a un soplo la distancia que me separaba de mis años de estudiante. La reminiscencia del pasado daba emotividad a las reuniones con mis antiguos profesores y al encuentro con nuevas gentes. Con todos ellos había sacado a relucir la búsqueda de Zhou Xin y cada noche, en la soledad de mi cuarto, recogía los hilos que habían dejado sueltos unos y otros para tejerlos cuidadosamente con los de mi memoria. Estaba segura de que la resultante trenza, robusta y fuerte como una liana, habría de conducirme al paradero de Pequeña Xin.

No necesitaba destejer, como la ínclita Penélope, porque no había vuelta posible para mi rey de Ítaca. Más sibilina que la guerra de Troya, la parca se lo había llevado de un golpe, sin estruendos ni tiempo de reacción. No había esperanza alguna de regreso. Muerto mi Ulises, era yo la que realizaba el gran viaje, no porque me quisiera librar de pretendientes, sino porque me guiaba la misión de encontrar a mi hermana china.

Las personas que había conocido sonreían y sus ojos brillaban con una mirada maliciosa cuando les decía que había vuelto a buscar a mi hermana del alma, expresión que perturbó mucho a Peng *laoshi*. Me dijo que era extraña, antigua y que lo más prudente sería no utilizarla, pero le ablandaron las explicaciones de su antigua alumna, aquella joven rebelde siempre obcecada en romper la rigidez de la China que le tocó vivir. Conmovido por mi empeño para localizarle a él, entendió que también quisiera reunirme con Zhou Xin y me confortó repitiendo la cantinela que ya había escuchado varias veces sobre que, si la arqueóloga no se había ido al extranjero, sus datos estarían en los archivos de la universidad. Precisamente, ese mantra alimentaba mis esperanzas.

—No tengas miedo, Be Tice —me dijo con cariño el profesor—. Si me has encontrado a mí, seguro que podrás hacer realidad esa ilusión a la que te has aferrado. Es hermoso ver que aún

conservas la voluntad, el coraje y la imaginación de antaño. Mantienes un espíritu joven, cuando cada vez son más las personas que acaban de nacer y ya son viejas.

Sus palabras resonaban en mi mente mientras el taxi avanzaba hacia Beida. Cuando la búsqueda de Pequeña Xin comenzó a convertirse en el antídoto de la tristeza en que me sumió la muerte de Gustavo, Hugo fue quién más me animó. Si la doliente viuda vacilaba por el temor a que fuese una historia imposible, fruto de las divagaciones de la soledad, llamaba por teléfono a su antigua pareja de baile para contarle las dificultades del proyecto. Juntos, gracias al magnífico invento de Alexander Graham Bell, fantaseábamos, como en los años universitarios, con las curiosidades de la vida china. No le había visto desde que murió Gustavo. Al enterarse de la tragedia, voló a México sin tardanza y fue un enorme consuelo para mí.

Hugo y María fueron quienes más me empujaron a retomar las riendas de mi vida. En el fondo, siempre tuve la secreta esperanza de que el regreso a China lo emprenderíamos los tres juntos, y si eso no era posible, que al menos uno me acompañaría. Cuando el viaje tomó visos de realidad, María me dejó claro que ella no se lo planteaba. Hugo, sin embargo, temeroso de que recayera en la depresión, dio pábulo a la creencia de que para él era un periplo posible. Nunca dijo abiertamente que viajaría, pero alentó con audacia todo movimiento en esa dirección hasta la mañana en que le llamé para marcar una horquilla de fechas. Solo entonces, después de expresarme todo su cariño, y no sin cierta melancolía, se excusó por no acompañarme.

Dos semanas más tarde, recibí una carta con una pequeña lista con los nombres y números de teléfono de los dispares amigos que Hugo aún mantenía en Pekín. Me insistía mucho en que no dejara de llamar a Jan, un arquitecto sueco con el que mantuvo en España una de sus habituales relaciones tormentosas, de esas que nunca cuajaban y le dejaban roto hasta que alguien se cruzaba de nuevo en su camino, y vuelta a empezar. El peruano era un amigo maravilloso, pero yo me temía que debía de ser un amante posesivo y celoso. En la misiva —escrita a mano, con pluma estilográfica y tinta china— me contaba las múltiples virtudes de su antiguo amante y me decía que ya había informado a Jan de mi odisea. El día antes de emprender el vuelo, me llamó para reiterarme que me pusiera en contacto con el «sueco de ojos azules».

—Ya verás. Es difícil escapar al magnetismo de su mirada. Tiene dos faros que te paralizan.

—No me gustan los ojos azules y menos si es un azul eléctrico. Despiden una frialdad que me intimida.

—No digas tonterías. Jan es un amor de absoluta confianza. Te tratará como a una reina y tal vez pueda abrirte alguna puerta en la búsqueda de Pequeña Xin. Lleva diez años viviendo en China y conoce a bastante gente. Si tienes algún problema, no dudará en ayudarte.

—Solo con que sea la mitad de amable de lo que cuentas puedo sentirme segura. Me gustará conocerle.

—Buena suerte, cariño. Habría sido un puntazo volver a Pekín contigo, pero el estudio está atravesando un momento muy difícil y tengo que estar al pie del cañón —afirmó Hugo, antes de despedirse y colgar.

EL CAMINO HACIA EL RENACIMIENTO

El viernes por la tarde, después de dejar a Peng *laoshi* en el metro, regresé al hotel sumida en el análisis de las desconcertantes confesiones del profesor. Cogí la tableta y me senté en el sofá del vestíbulo para conectarme a internet. Quería revisar el correo electrónico y echar una ojeada a los titulares de la prensa. Llevaba días desconectada del mundo y era hora de averiguar si había ocurrido algo digno de entrar en la historia. No obstante, la llegada de un grupo de turistas chinos, que hablaban todos a la vez y que, mientras se registraban, parecían sentir un gran interés por discutir a voz en grito sus asuntos particulares, puso fin a mi concentración. Me fui a la habitación y, a salvo del barullo, llamé a Jan.

—Te estaba esperando. Hugo me ha amenazado con no volverme a hablar si no te cuido —me dijo en un inglés con acento de Oxford y trazas de humor británico—, pero lamentablemente hoy tengo una cena de trabajo y mañana me voy fuera de Pekín. Son compromisos de los que me escaparía feliz para estar contigo, pero el deber me lo impide.

—No te preocupes. Tenemos tiempo. Creo que me quedaré por aquí otra semana al menos. Si quieres te llamo el lunes.

—De ninguna de las maneras. Ardo en deseos de conocerte. Cenamos el mismo domingo. Si lo retrasamos un minuto más, Hugo no me lo perdonaría. Iremos a un restaurante que han abierto en la antigua concesión estadounidense. Es uno de mis preferidos y estoy seguro de que te gustará. ¿Te recojo en el hotel a las seis y media?

—No, gracias. La zona es perfecta para que llegue por mi cuenta a la cita después de vagabundear por Tiananmen y Qianmen. Quiero visitar los lugares emblemáticos de nuestra vida de estudiantes, paseamos por ahí muchas veces. Así le daré a Hugo doble ración de envidia, por el pasado y por el presente.

—Me temo que te vas a llevar un chasco horrible. Pero tengo que dejarte. Se me hace tarde. Hablamos en la cena.

A pesar de mi claustrofobia, me habían recomendado tantas veces que utilizase el metro que decidí arriesgarme a aprender su funcionamiento durante el fin de semana, que es cuando, para los estándares chinos, anda medio vacío. Me pareció sencillo, rápido y muy bien señalizado y me maravilló su extensa red, capaz de alcanzar cualquier punto de Pekín. Nada más subir al vagón, me sorprendió que indicaran en chino y en inglés hacia qué estación se dirigía y que avisaran antes de llegar a cada parada para que los pasajeros se preparasen para salir. Para que nadie se confundiera, repiten el nombre de la estación conforme el tren va entrando en ella. Los letreros estaban en caracteres chinos y en *pinyin*. Todo se veía nuevo, bien iluminado y limpio. Además, era muy barato. El billete costaba dos yuanes, que era aproximadamente un tercio de dólar. La mayor pega que le encontré fueron los largos pasillos que había que recorrer para cambiar de línea. Estaban repletos de gente moviéndose, lo que agrava la ansiedad que provoca mi fobia. No quise imaginarlo en un día de trabajo en hora punta.

El domingo me desperté temprano y de buen humor, aunque estaba convencida de que necesitaba encontrar algo que absorbiera mi atención. Mi energía vital no podía estar concentrada en una incógnita, que tal vez se resolvería al día siguiente o tal vez no. Reencontrar a Pequeña Xin no debía ser una obsesión, sino algo placentero y alegre.

Tras un desayuno excelente, me dirigí en metro a Tiananmen, dispuesta a llevarme el «chasco horrible» de que me habló Jan. Una especie de curiosidad malsana me picoteaba en la boca del estómago desde entonces. Lo primero que me sorprendió fue una cola kilométrica para entrar en el

Museo Nacional, un enorme edificio de estilo soviético que ocupa el lateral oriental de la plaza, justo enfrente del Gran Palacio del Pueblo. Miré la verja que rodea el museo y recordé los cuatro gigantescos retratos de Marx, Engels, Lenin y Stalin que se alzaban sobre la fachada norte. Se mantuvieron allí el primer año de mi estancia en Pekín, pero al siguiente desaparecieron dos. En la nueva China abierta a Occidente la simpatía por Stalin no encajaba y, para que no pareciese una concesión, el dictador soviético se fue de la mano del filósofo alemán. Permanecieron los de Marx y Lenin, figuras paternas de la ideología de la República Popular: marxismo-leninismo y pensamiento de Mao Zedong. Poco después, estos dos cuadros también dejaron de adornar el lugar de forma permanente, aunque vuelven a ser exhibidos en las grandes festividades comunistas. La obra pictórica que se ha convertido en el icono de la plaza es el retrato de Mao, que cuelga precisamente de la Puerta de la Armonía Celestial (Tiananmen), que conducía a la Ciudad Prohibida.

Nunca había visto colas ni aglomeraciones para visitar ese museo en el que había entrado una vez con Peng *laoshi* y los demás estudiantes de habla hispana del instituto. Me acerqué a un grupo de tres treintañeras y les pregunté a qué se debía tanto interés. Me respondieron que se trataba de una famosa exposición titulada *El camino hacia el renacimiento*. No había oído hablar de ella, pero, como me intrigó la expectación que levantaba, me sumé a la cola.

Xi Jinping se había instalado en marzo de 2013 en la jefatura del Estado, después de que el otoño anterior accediera a la Secretaría General del PCCh, con la promesa de rejuvenecer la nación y con una frase que resonó como un campanazo tanto dentro como fuera del país: «El sueño de China». Nadie sabía muy bien lo que significaba, pero se puso en boca de todos. Este impulso al despertar de la nación —unido a la puesta en marcha de una lucha sin cuartel contra la corrupción, el cáncer que la minaba— estaba granjeando una inusitada popularidad al dirigente.

La exposición era una oda al partido, un panegírico de sus hazañas. Sin duda, otro gesto del presidente al abordar su andadura en la cumbre. Me pareció muy ilustrativo verla, porque revelaba el auge de un nacionalismo y un orgullo de China muy distintos a los que yo había vivido. Comenzaba con la exhibición de descomunales y coloridos cuadros y esculturas que mostraban el sufrimiento que infligieron las potencias coloniales al pueblo chino desde la guerra del Opio, para dar paso a óleos de obreros y campesinos del realismo socialista. Fotografías de los líderes del PCCh homenajeban a los propulsores de la formación que consiguió levantar el país de su prostración y restaurar la grandeza del Imperio del Centro bajo el liderazgo de Mao Zedong.

Tal vez lo más curioso era observar cómo la gente recorría las salas sin comentar entre ellos lo que veían, ni expresar emoción alguna. Se hacían fotos con los móviles, algunos leían los carteles explicativos, pero si opinaban algo, se lo guardaban para decirlo en casa.

EL CUENTO DE LA TETERÍA

A la salida del museo se me acercaron dos mujeres, más próximas a los cuarenta que a los treinta años. Una era más bien alta y entrada en carnes para la media china. Me contaron que eran de un pueblo de la vecina provincia de Hebei, situado a una hora y media de Pekín, y que estaban pasando su día de descanso en la capital. Me preguntaron mi impresión sobre la exposición, dijeron que ellas tenían previsto entrar más tarde y sugirieron ir a tomar un té y charlar un rato.

Acepté con gusto. Estaba muy orgullosa de la rapidez con la que había recuperado un nivel aceptable de chino y aprovechaba cualquier oportunidad de practicarlo. Tenía también la sensación de que conforme el mundo, y en especial China, se movía hacia el reforzamiento del individualismo, aumentaba en las personas el anhelo de comunicarse con otras gentes para salir de su rutina y dar alas a un cosmos imaginario en el que se vivía con una libertad muy alejada de su cotidianeidad. Cada una de las veces que me subí al metro, la persona que tenía al lado había entablado una conversación sobre los más variados temas. Era muy interesante, aunque quizás se debía a que los chinos seguían fascinados con los extranjeros y viceversa.

Sencillas y desprovistas de afectación, las nuevas conocidas propusieron dirigirse hacia el paso subterráneo para cruzar la avenida Chang'an, la enorme arteria de cuarenta kilómetros de longitud que cruza Pekín de este a oeste. Subimos por el lateral de la Ciudad Prohibida, por la deliciosa calle Chizi, con sus restaurantes y establecimientos tradicionales, hasta llegar a un diminuto local, en el que había dos sillas, una antigua estufa de carbón sobre la que hervía el agua de una gran tetera de aluminio y una muchacha escuálida, que nos invitó a entrar en la habitación contigua. Era pequeña y ocupada casi en su totalidad por una mesa rectangular sobre la que había grandes latas de té de colores y media docena de sillas alrededor. Nos sentamos y la joven, sin apenas hablar, destapó uno a uno los botes y los fue ofreciendo a las clientas para que oliesen su contenido y eligiesen cuál querían. Conforme se elegía —yo opté por un té de lichis—, la muchacha echaba una cucharadita en una tetera individual, que colocaba al lado de quien había hecho la selección junto a un cuenquito para beber. Terminado el ritual, depositó en el centro dos platitos con galletas y desapareció sin mediar palabra.

Era inaudito. Nunca había estado en un sitio así. Me invadió una mezcla de desconcierto y divertida curiosidad por lo que a todas luces parecía la recuperación de viejas costumbres. En la China de mis tiempos este tipo de locales no existía. Las dos chicas debían de conocer el lugar; estaban cómodas y dieron rienda suelta, con una batería de cuestiones, a la curiosidad por lo que había más allá de las fronteras de su país, quizás interesadas en agrandar sus sueños. Preguntaban por Estados Unidos, por Europa, por México... Querían enterarse de si existían diferencias entre las gentes y las costumbres de naciones que no sabían colocar en el mapa.

Contaron que una era contable y la otra se dedicaba a la venta de pisos, aunque esta última aseguró que antes había sido profesora de inglés. Si lo fue, ¡pobres alumnos! porque su intento de demostrarlo puso en evidencia su incapacidad para articular una frase coherente y la imposibilidad de entenderle una sola palabra. No pareció que la prueba la estresara. Llevaba la voz cantante y, tras afirmar que estaba divorciada y era madre de un niño de seis años, siguió con sus preguntas sobre la comunidad internacional. La contable, más tímida, indicó que llevaba dos años casada y que estaba ahorrando para quedarse embarazada.

—Un hijo cuesta mucho dinero —dijo como disculpándose—. Médicos, escuela, comida... En China ahora hay que pagar por todo y se necesita un gran bolsillo para dar a un hijo una buena educación.

—¿La escuela y los médicos no son públicos? —pregunté extrañada.

—En mi trabajo no me dan seguro médico y, aunque la escuela sea pública, si quieres que el niño progrese al máximo, tienes que hacer regalos muy costosos a los profesores.

—La vida ahora es muy difícil —intervino la divorciada—. Mi exmarido paga los gastos y es bueno con mi hijo porque es un varón y todos los hombres quieren un chico, pero conmigo

andaba todo el día racaneando. Los hombres cuando se enriquecen cambian y ya no son los mismos. Nuestros padres vivían muy bien. Veo a los míos, como otros muchos matrimonios de su edad, que están juntos y se apoyan el uno al otro. Los matrimonios actuales no duran porque las mujeres trabajamos y no aguantamos las infidelidades del hombre. Ahora son muchos los que tienen una querida, le ponen un piso, le compran un coche y a disfrutar. Sin embargo, con la esposa andan todo el día de peleas para que gaste menos.

—Imagino que en un pueblo pequeño estos problemas son difíciles de soportar.

—¡Ah, no! Zhangjiakou ya no es pequeño —afirmó con presunción—. Como estamos a solo una hora y media en autobús de Pekín, se ha llenado de torres de treinta plantas. Allí el metro cuadrado cuesta unos diez mil yuanes, la cuarta parte de lo que puede costar aquí, y muchas personas compran en nuestra ciudad; viven allí y trabajan aquí. A las cinco de la mañana ya hay un montón de gente haciendo cola para subirse al autobús.

La camarera, siempre muda, entraba de vez en cuando a rellenar con agua las teteras y desaparecía con su impertérrito silencio. Las dos mujeres parecían no tener nada mejor que hacer que pasar la tarde en aquel antro intercambiando impresiones sobre la vida diaria, pero yo quería ir a Qianmen antes de que cayera el sol y sugerí pedir la cuenta.

—Son cuatrocientos diez yuanes —señaló la muchacha con desgana desde la puerta, que volvió a cerrar.

—¡Más de sesenta dólares por tres té! Parece un precio exorbitante. Seguro que hay mucha gente en China que no gana eso en un mes —dije mientras dejaba sobre la mesa la mitad del importe.

Ellas, en cambio, como si estuvieran acostumbradas a manejar dinero a espuestas, llamaron a la chica para entregarle una tarjeta de crédito con la que pagar el resto de la suma y aseguraron que era un «precio normal para ese tipo de teterías», en las que los clientes pueden disfrutar todo el tiempo que quieran de una habitación sin que nadie les moleste. Es decir, que el triste cuarto, de cuyas paredes desconchadas colgaba la lámina de un paisaje enmarcada en plástico dorado, podía servir de escenario para sellar un negocio, practicar sexo o conversar con una extranjera. ¡Peculiaridades de la nueva China!

Pensé que quizás el encuentro fortuito estaba amañado, pero decidí quedarme con la parte positiva: la conversación había sido interesante y había descubierto una singular práctica. Mis interlocutoras me acompañaron a la puerta del local y nos estrechamos la mano como despedida.

Desde mi vuelta a Pekín había escuchado numerosas quejas de mujeres sobre cómo los nuevos tiempos habían alterado la vida familiar. Algunas historias eran sobrecogedoras, pero la mayoría se concentraban en los aspectos económicos. El afán monetario de las féminas me disgustaba. Consideraba lamentable que una joven dijese que su gran aspiración era hacerse rica por sí misma o casándose con un «bolsillos llenos». En los últimos meses había leído varios informes del Instituto de Investigación Hurun, especializado en medir la riqueza, y de revistas y diarios que destacaban cómo las emprendedoras chinas habían logrado hacerse un hueco en las altas finanzas, pero ningún texto se refería al intolerable retroceso de las mujeres en la vida política y cultural. No era solo que no hubiese una sola mujer en la dirección colegiada del PCCh —que integraban siete hombres—, sino que las mujeres únicamente ocupaban diez de los doscientos cinco escaños del Comité Central, el tercer escalón del poder, y en el segundo, el del Politburó, contaban únicamente con dos de los veinticinco puestos.

El movimiento feminista estaba más muerto que nunca. A nadie le importaban los informes de la Federación de Mujeres de China sobre el espectacular retroceso en los índices de igualdad de género en el mercado laboral, tanto en las ciudades como en el campo, generado mientras el país avanzaba hasta convertirse en la segunda potencia económica mundial. Si Mao puso en valor que «las mujeres sostienen la mitad del cielo», el «socialismo con características chinas» lo estaba olvidando, se desentendía de que se pisotearan sus derechos y hacía oídos sordos a la recuperación de algunas de las prácticas más horribles de la China imperial, como la venta de niñas o el rapto de jóvenes.

Me pregunté si Yuliang, la madre de Pequeña Xin, seguiría viva y qué opinaría después de haber corrido tantos riesgos como feminista pionera. ¿Se conformaría con que hubiese mujeres millonarias, presidentas y fundadoras de empresas grandes, medianas y pequeñas, o no le bastaría? ¿Estaría empeñada en sacar del olvido a las científicas, escritoras, pintoras o compositoras que han contribuido a la grandeza de China? ¿Cómo encajaría el auge de la prostitución? Y sus dos hijas, ¿formarían parte de la élite emprendedora o del mundo de la cultura? Eran tantas las preguntas que querría hacerle personalmente...

Quizás algún día encuentre a *xiao* Xin, conozca a Yuliang y podamos sentarnos las tres juntas a debatir todas estas cuestiones, me dije melancólica durante el camino de vuelta a Tiananmen.

EL DESASTRE DE QIANMEN

Hacia una espléndida tarde primaveral y, pese a la contaminación, una luz dorada iluminaba la plaza de la Armonía Celestial, donde miles de turistas, la mayoría chinos, disparaban incansables la cámara de sus móviles. Una niña, toda vestida de rosa fucsia, se negaba a que su madre le cogiera la mano. La «pequeña emperatriz» se sentía demasiado bonita para que la inmortalizaran pegada a su progenitora.

Cuando era estudiante, existía un único modelo de cámara fotográfica china, que solo poseían los más afortunados. Era una sólida caja metálica marrón, que el privilegiado lucía colgada del cuello, mientras los demás integrantes de su grupo se colocaban rígidos como velas para el retrato. Si estaban haciendo turismo, trataban de subirse a la estatua, la fuente, la piedra o el monumento que visitaban. Las poses eran tan graciosas que, en más de una ocasión, me coloqué tras al fotógrafo para quedarme también con la imagen.

Crucé la enorme plaza sin detenerme para tener tiempo de callejear por Qianmen antes de la cena. Muchos años atrás, ese enclave fue uno de mis lugares favoritos. Significa Puerta Delantera. Formaba parte de las murallas levantadas por la dinastía Ming para proteger su capital que, durante las décadas de los cincuenta y sesenta del pasado siglo, fueron sacrificadas en aras de construir el metro y las grandes avenidas de la capital comunista. Era la puerta más alta y la más sagrada, que nadie, a excepción de los emperadores, estaba autorizado a traspasar, pese a que daba acceso al centro de la ciudad imperial. Está alineada con la imponente torre de vigilancia de Zhengyangmen. Además de estos dos hitos, también se denomina Qianmen a la avenida que sale desde esa puerta hacia el sur de Pekín, tronco de un marasmo de *hutongs* o callejas que culebrean hasta conformar uno de los barrios más emblemáticos de la ciudad.

Muchos fines de semana, junto al grupo de amigos belgas, a los que llamaba «locos por los *hutongs*», me entretenía curioseando las máscaras, vestidos y disfraces de la tienda del teatro, así como la multitud de sederías, farmacias y librerías que jalonaban una calle casi mágica. Toda ella estaba impregnada del olor a tinta, a papel de arroz, almizcle tibetano, alcanfor, aceites y laca de las tiendas de caligrafía y pintura.

La primera vez que se entraba en uno de estos locales era algo tan especial como un bautismo. Era una inmersión total en lo más profundo de la cultura china. De las paredes colgaban largos rollos de preciosas caligrafías, el arte chino más antiguo, y alguna pintura de paisajes, flores o pájaros. Sus estanterías frontales rebosaban de distintos tipos de papel y de multitud de cilindros de porcelana repletos de pinceles de todos los tamaños y tipos. Un polvoriento mostrador de cristal y madera dividía su exhibición en dos partes. En una, distintas piedras para moler la tinta, barritas de tinta y tinteros. En otra, cajitas de porcelana con tinta negra o roja para los sellos, que desde tiempo inmemorial se utilizaban para firmar cualquier carta o documento.

El apego al sello persistía en todos los estamentos de la sociedad. La tinta se fabricaba con cinabrio, aceite de ricino e hilos de seda y el soporte donde se grababa eran piezas de jade, hueso, marfil, madera, bambú, esteatita u otros tipos de piedra. El sello era redondo o cuadrado y muchas de las piezas tenían la cabeza o mango esculpida con animales reales o fantásticos, flores o paisajes. Imbuidos del poder, la poesía y la intelectualidad que se atribuía a los sellos, los estudiantes extranjeros nos apresurábamos a encargarnos al menos uno tan pronto como nos familiarizábamos con los caracteres de nuestro nombre. Yo llegué a hacer una colección de ocho sellos en piedras, colores y caracteres de distinto tipo. Seis, con la cabeza esculpida, y los ocho, junto a una cajita de porcelana azul y blanca con tinta roja, embellecen, todavía hoy, una de las baldas de la enorme estantería repleta de libros que cubre las paredes del despacho de Gustavo.

En la época imperial, el comercio y el teatro eran consideradas actividades poco prestigiosas, por lo que su ejercicio no estaba permitido dentro de las murallas de la capital. Mercaderes, actores, bailarines y cantantes se instalaron en Qianmen, cuyo *hutong* más atractivo era Liulichang. En ese callejón se apiñaban una tras otra las tiendas de antigüedades: porcelanas, cobres, tapices, alfombras y rollos de caligrafía y pintura enriquecidos con seda. Un lacre rojo del Gobierno certificaba que la pieza era auténtica. La venta de objetos anteriores a 1849 estaba totalmente prohibida.

Ensimismada en mis pensamientos, avanzaba ligera hacia el artístico barrio y de pronto me paralicé. Mis ojos no daban crédito al absurdo.

—¿Qué han hecho con Qianmen? —me pregunté casi en voz alta y llevándome las manos a la cabeza.

El «chasco horrible» de que me habló Jan se había quedado corto. Lo habían arrasado todo, borrado, destruido y arrancado el alma del barrio. Era insólito. En su lugar habían levantado una burda copia, una especie de parque temático chino, lleno de farolillos rojos y porteros disfrazados con gabanes y boinas rojas ante tiendas de marcas internacionales de lujo. Para enfatizar el aspecto de centro comercial, la habían convertido en una calle peatonal recorrida por un colorido tranvía, que cruzaba el arco central de la Puerta Delantera. Era una suerte de broma pesada, sin historia, ni esencia, en la que se mascaba el tufo del dinero que se desprendía de los escaparates de alta joyería, ropa, complementos e incluso de los carritos con comida basura.

Un río de pueblerinos con sus hijos únicos vestidos de domingo deambulaba por la avenida comiendo alguna de las chucherías de los numerosos puestos ambulantes. Yo estaba indignada. Los ingenieros y arquitectos soviéticos que ayudaron al Gran Timonel a diseñar la capital de la República Popular no dudaron en demoler las murallas del imperio. En la nueva era mercantilista, los diseñadores capitalistas habían desmantelado una vía histórica sin que nadie levantara un dedo en contra. Estaba tan enfadada que no tenía ni ganas de caminar. Me bastaba con lo que había visto y, como no quería desandar el camino, decidí volverme en el tranvía. Cuando el revisor me pidió veinte yuanes comprendí por qué circulaba casi vacío. La mayoría de las familias que habían ido a conocer la «moderna» Qianmen no podía pagar semejante precio por unos centenares de metros de recorrido. Bastaba tener en cuenta que un billete de autobús para atravesar medio Pekín costaba veinte veces menos.

EL ARQUITECTO SUECO

Llegué a la cita con Jan dos minutos antes de lo previsto, pero ya me estaba esperando. Como si me conociera, nada más verme aparecer, se levantó de la mesa, vino hacia mí y, tras las presentaciones y saludos, me invitó a reconocer el sitio, mientras nos observábamos discretamente. El sueco era un cincuentón de estatura media y delgado, que conservaba un aire juvenil. En su cara, algo pequeña y angulosa, resaltaban los ojos de un azul eléctrico y penetrante que le daban el aspecto, guardián y trabajador, de un husky siberiano. No era un hombre espectacular.

—Estamos en la antigua concesión estadounidense —dijo, conduciéndome hacia la terraza de la segunda planta del restaurante, desde la que se contemplaba el amplio complejo de la legación.

La reflexión histórica actuó como un antídoto contra la furia que me agitaba por la visita a Qianmen, que fue desapareciendo diluida en el aire fresco de la noche. Con el evocador nombre de El Paraíso Perdido, el local, adornado con flores frescas y secas, había conseguido armonizar el espacio con una decoración exquisita y una cuidada atención. Estaba dedicado a la cocina de Yunnan y el anfitrión recomendó un vino chileno para acompañar las delicias que iban colocando en la mesa, empezando por unas *samosas* de cordero y verdura que estaban muy sabrosas, al igual que el tofu con berenjena. La camarera, que hacía un gran esfuerzo por domeñar el inglés para hacer entendibles sus explicaciones sobre la frescura y selección de todos los ingredientes, aceptó con un guiño la oportunidad que le dimos de continuar su trabajo en mandarín. Más distendida, puso el énfasis en la elaboración de los platos y en que todos habían sido cocinados al estilo casero tradicional.

—Perdona que sea tan directo, pero me intriga mucho la historia de tu búsqueda y cómo es esa amiga que te ha hecho volver a Pekín. Me encantaría ayudarte. Soy todo oídos —dijo con una sonrisa cortés en los labios y rellenando las copas de vino.

—Zhou Xin simboliza el recuerdo de una experiencia vital extraordinaria —respondí—. Tratar de encontrarla me ayuda, si no a superar, sí a remontar la traumática pérdida de mi marido. No sé cómo terminará esta aventura, pero estoy aprendiendo tantas cosas sobre China que solo el intento ya vale la pena.

—¿Cómo van tus pesquisas para encontrarla? Tengo muy buenas relaciones con el decano de la escuela de arquitectura de la Universidad de Qinghua y seguro que él tiene buenos contactos en Beida. ¿Quieres que le llame?

—Te lo agradezco, pero de momento no. Te lo digo la semana próxima. Quiero pensar que voy por buen camino. Estoy pendiente del resultado de la nueva reunión que tengo mañana con el departamento de estudiantes extranjeros. Confío en que al menos me confirmen si está o no en China. A pesar de los grandes cambios, la sociedad china sigue siendo una enorme red en la que tiras de un hilo y todo se estremece.

—El *guanxi* —repuso jocoso

—Tengo la corazonada de que sigue aquí y de que la voy a ver muy pronto. Lo más divertido es que Pequeña Xin no sabe nada del jaleo que estoy montando. Es la actriz principal y no conoce la obra. No consigo imaginármela distinta a aquellos años universitarios, pero cuando me miro al espejo y veo las señales que el tiempo me ha dejado por fuera y por dentro, intuyo que tendré que abrir una puerta desconocida.

—Probablemente su vida sea más próspera y feliz que entonces —repuso pensativo.

Cenar con un arquitecto después de un recorrido por Qianmen exigía escuchar una voz autorizada sobre cómo se realizaba el diseño y el urbanismo de Pekín, abordar la cantidad y la calidad de lo que se estaba construyendo y adentrarse en la áspera senda de la corrupción.

—Falta sensibilidad y sobra ansia de dinero —afirmó Jan—. Los extranjeros no podemos firmar los proyectos. Lo haces, lo llevas al Instituto de Diseño, te pagan y se adueñan de tus planos, que modifican, reforman y ejecutan como quieren porque el arquitecto extranjero pierde todo derecho sobre su obra y no tiene responsabilidad sobre la ejecución.

—¿Y quién supervisa las obras?

—Prácticamente no nos dejan trabajar a pie de obra y, si protestas porque están haciendo algo mal o inadecuado, te invitan a que no vuelvas a aparecer.

—Debe ser muy frustrante, ¿no?

—Como todo en China, los aspectos yin y yang se maximizan. Por una parte, te desesperas por el entramado de corrupción y *guanxi* que envuelve toda la construcción y en el que estás obligado a enredarte si quieres hacer algo. Por otra, no cabe duda de que, si hoy existe un lugar irresistible para un arquitecto, ese es China. Se lo he dicho infinidad de veces a Hugo. Estar donde cada día se levanta de la nada una ciudad nueva; donde se acometen los grandes experimentos arquitectónicos; donde se dan cita todos los maestros que has admirado desde la universidad y donde las dimensiones no tienen nada que ver con lo que se había barajado hasta ahora en el mundo, constituye una oportunidad única que no se puede desaprovechar.

—Siendo extranjero, ¿también te afecta la corrupción?

—Claro, porque estamos en mitad del cotarro. Los extranjeros solemos trabajar en consultoras, que son las que median entre los funcionarios que cobran y el constructor y el propietario de la parcela que pagan las comisiones. Además, en la construcción todas las facturas tienen un impuesto del 5 por ciento, que todos esquivan y no puedes ser diferente. Si quieres los sellos necesarios para seguir adelante, pagas el 1 por ciento a la red de conseguidores y ellos se encargan de que no tengas problemas.

—¿Y no hay empresas que realicen su trabajo de forma honesta?

—Los corruptos son los funcionarios —afirmó enfático—. Ellos son los que exigen su «peldaño» y te frenan el trabajo si no lo cobran.

—¿En chino se llama a la mordida «peldaño»?

—Sí, es un nombre curioso.

—¡Ja, ja, ja! Debe de ser por eso de ir ascendiendo la escalera del poder. Cuantos más «peldaños» te den, más cerca estarás de la gloria.

—Como te decía, son los funcionarios los que dictaminan que las medidas presupuestadas contra incendios o en seguridad del edificio son excesivas y se pueden falsear para engordar su bolsillo. Luego, cuando ocurre una desgracia, miran para otro lado y la culpa recae sobre el constructor, que es siempre el que más arriesga. Se le exige que antes de empezar a construir ponga sobre la mesa el 50 por ciento del coste previsto, una cantidad desorbitada y absurda, y pone todo el dinero de su bolsillo para garantizar que los proyectos se llevan a término.

—¿Quieres decir que no es la codicia de los promotores inmobiliarios la que embadurna al funcionariado y hace subir los precios de la vivienda como la espuma?

—Eso mismo, porque la avaricia de los funcionarios es mucho mayor. Otro ejemplo. Los terrenos pertenecen al Gobierno y la inmensa mayoría de los agentes que se encargan de realizar las subastas para la adjudicación de las parcelas son miembros del PCCh. Las subastas están amañadas casi en su totalidad y una parte de lo que se ingresa por cada una va a parar a los bolsillos de los cuadros y autoridades locales.

Jan se perdió en una larga argumentación sobre que los constructores eran «víctimas» de depredadores funcionarios, que les obligaban a recurrir al soborno para trabajar. Era una suerte de discurso elaborado para convencerse a sí mismo y a su propia conciencia de ciudadano de Suecia, uno de los países menos corruptos del mundo, de que lo que hacía era correcto, aunque resultaba pueril la forma en que eximía de responsabilidad a los empresarios. Su actitud revelaba una lucha entre su trabajo y ese trasfondo de soberbia europea que tanto rechazo provoca en México. Yo había aprendido a distinguirlo, después de décadas de vivir allí y de escuchárselo miles de veces a Gustavo que me lo hacía notar sin reproches.

—En China lo fácil es difícil y lo imposible, fácil. En cualquier caso, Beatriz, sabes dónde me tienes. ¡Brindemos por el reencuentro con Zhou Xin! —dijo, alzando la copa en la que apenas quedaban unas gotas porque yo había rechazado que trajeran otra botella.

En el amplio patio que separaba el restaurante de la calle, la noche era inquietantemente silenciosa y soplaba una brisa primaveral. Jan me llevó al hotel en su deportivo y se despidió deseándome suerte e insistiendo en que contara con él si algo iba mal. Quedé en que le informaría del resultado de la entrevista con Fei *laoshi*.

Cuando me quedé sola desmenucé la conversación mantenida y no fui capaz de encontrar en Jan ninguna característica que encajase con la personalidad de mi querido Hugo. No me cuadraba que se hubiese enamorado de Jan, un hombre atormentado por mil demonios bajo una carátula de sociable y desenfadado. Cuando me invitó a subir a su llamativo coche recordé con sorna lo que me había dicho en la cena sobre mi desconocimiento de la China en que había aterrizado después de tres décadas de ausencia.

—Lo que más ha cambiado en estos años es la ostentación del lujo. Los chinos tienen una pasión desenfrenada por el dinero, el exhibicionismo y el sexo —había criticado Jan.

No podía conciliar el sueño y garrapateé en un cuaderno algunas impresiones, hasta quedarme dormida arrullada por el recuerdo de las nobles y desinteresadas caricias de Hugo, su sonrisa limpia, su hombro siempre dispuesto para recibir las lágrimas de todo el que quisiera llorar y su tesón para el trabajo y para superar las adversidades.

«TODO ESTABA ESCRITO»

El taxista conducía a tirones por las amplias avenidas de Pekín. Tan pronto se quedaba aprisionado en un mar de coches hasta su inmovilización, como lograba zafarse y avanzaba como el viento a través de un bosque de rascacielos. Yo miraba por la ventanilla sin ver, iba absorta en mis elucubraciones y, cuando el coche frenó ante la puerta oeste de Beida, me di cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Miré el reloj e hice un signo de asentimiento al conductor que me reclamaba el pago del trayecto. Esta vez nadie protestaba frente a los muros de la prestigiosa universidad. Me dirigí con paso ligero hacia el guardia y, antes de que me preguntara, le dije, como si fuese mi rutina diaria, que iba a la secretaría para estudiantes extranjeros.

En cuanto crucé el umbral del edificio se me acercó una joven que supuse que sería una de las ayudantas voluntarias. No quería que percibiera mi agitación y encogiéndome ligeramente de hombros le dije que buscaba a la subdirectora Fei.

—Venga conmigo, por favor —me indicó con una sonrisa.

Señaló con la mano el largo pasillo que había recorrido para la anterior reunión e intuí que nos dirigiáramos a la misma salita. Las puertas de los despachos que daban al corredor estaban entreabiertas y al pasar por el de Fei *laoshi* pude verla de refilón. La joven no dijo nada y seguimos avanzando. Llegadas a la salita, me invitó a sentarme y me dejó sola, pero no tuve que esperar mucho para que reapareciera junto a la subdirectora.

—No sé si he venido demasiado temprano —le dije, levantándome y tratando de ocultar mi nerviosismo.

—Por supuesto que no. La estaba esperando —soltó con una sonrisa enigmática y extendiendo la mano para saludarme—. Tiene mucha suerte. Su compañera es una arqueóloga muy importante.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que la ha encontrado? ¿Está en Pekín? —pregunté estrechando a un tiempo la mano de Fei *laoshi*.

—No, en Pekín no. Vive en Xi'an. Después de nuestra conversación me puse en contacto con el departamento de Arqueología para pedir que rastreasen en sus archivos. No parecía fácil sin tener los caracteres de su nombre. Sin embargo, el sábado me llamó el decano Gen, para explicarme personalmente quién era la arqueóloga por la que usted se interesaba. Me dijo que las investigaciones de la doctora Zhou Xin las publica Beida y que tiene escritos varios libros.

—¿Qué maravilla! ¿Entonces, está bien? ¿Puedo verla?

—El decano Gen se ha puesto en contacto con ella y le ha informado de que usted está en Pekín y desea reunirse con su antigua compañera de habitación. Zhou Xin ha confirmado que la conoce y está dispuesta a recibirla. Tengo su número de teléfono. ¿Quiere apuntarlo?

—Sí, claro, por favor —balbuceé, casi sin entender lo que ocurría y paralizada por la emoción.

Consciente de la conmoción que había provocado en su interlocutora, Fei *laoshi* abrió con parsimonia una hoja de papel que se sacó del bolsillo derecho del pantalón y, aunque habíamos hablado en inglés, fue diciendo uno a uno los números en chino mirando cómo los escribía la extranjera, para asegurarse de que no se equivocaba.

—Le estoy muy agradecida. Es fabuloso. Me cuesta trabajo creerlo —repuse sobrecogida, sin saber muy bien si me decía la verdad o me estaba contando un cuento, conteniéndome para no abalanzarme sobre Fei *laoshi* y besarla o para no ponerme a bailar y gritar. Había abierto tanto los ojos que parecía que se iban a salir de sus órbitas

—Ya ve... Todo está escrito —dijo con un tono extrañamente íntimo, casi seductor, como un monje taoísta desvelando la profundidad de la fe.

Volvimos a repasar el número para que no hubiese error. Me había invadido una extraña timidez, que apenas me dejaba articular nuevas frases, por lo que, sin más preámbulos, me levanté del sofá para despedirme. Me sentía incapaz de seguir hablando. Solo quería salir lo antes posible. Era como si el asiento ardiera, como si me faltara el aire en aquella pequeña habitación. Afortunadamente, Fei *laoshi* no intentó retenerme prolongando la conversación. Nos dimos la mano en silencio y la voluntaria volvió a recorrer el pasillo conmigo para acompañarme hasta la salida del edificio.

CABALLO, CABALLO, TIGRE, TIGRE

La primavera se anunciaba en el verdor de los jardines de Beida y en las primeras flores de sus parterres. El sol quería abrirse camino entre la capa de contaminación. La mañana se había ido caldeando y el chaquetón me sobraba. Los estudiantes estaban en clase y una atmósfera de estudio sobrevolaba la tranquilidad reinante.

Llevaba el móvil apretado en la mano. Había apuntado el número de Pequeña Xin tanto en la agenda del aparato como en el cuaderno Moleskine que invariablemente ocupaba el fondo de mi bolso, por si fallaba la tecnología. Siempre hacía bromas sobre que me había contagiado de desconfianza hacia los nuevos artilugios en el Banco de China, el único existente cuando llegué a Pekín. Entonces, cada vez que mi madre me hacía una transferencia o necesitaba cambiar dinero, me acercaba al centro de la ciudad e iba a la oficina central, que estaba en un lateral de Tiananmen, a espaldas del Gran Palacio del Pueblo. Allí, los empleados hacían las operaciones necesarias en calculadoras de mesa y después comprobaban el resultado con un ábaco. Confiaban mucho más en este instrumento tradicional que en la calculadora, y lo manejaban con tal rapidez que era imposible distinguir el movimiento de los dedos que hacían chocar las bolas con estruendo. Yo, que siempre había sido un desastre para el cálculo, pensé que el ábaco sería un buen entrenamiento y me compré uno, pero me frustraba la falta de destreza y pronto renuncié al arte de sumar con ese antiguo instrumento chino.

Inadvertidamente me estaba dirigiendo hacia el lago Sin Nombre, pero por el camino tropecé con un banco solitario y decidí sentarme y poner en orden mis pensamientos. Seguía flotando y no me cabía duda de que la fórmula para poner los pies en la tierra pasaba por marcar el número cuanto antes. Abrí el bolso y saqué un bolígrafo y el cuaderno por si tenía necesidad de tomar alguna nota. Quise reflexionar sobre lo que iba a decirle, pero comprendí al instante que era una

tontería. El nombre de mi hermana del alma y su teléfono aparecían en la pantalla del móvil. Solo tenía que apretar una tecla para que saltara la señal de llamada, y lo hice.

—*Wei*.

—*Ni hao, wo shi Be Tice, ni...*

—¡Sí, sí, que alegría! ¿Dónde estás? —me interrogó la voz surgida de las ondas, que sin darme tiempo a replicar siguió hablando—: Me llamó el decano Gen. No entendía lo que me decía: México, España, una visita... Era todo una confusión, hasta que de repente comprendí que tenías que ser tú. ¿Me comprendes? ¿Aún te acuerdas del chino? ¿Puedes hablar?

—*Mama huhu*.

Fue como un chasquido. La olla a presión de lo que estaba sucediendo se resquebrajó y ambas nos echamos a reír a carcajadas. Hacía décadas que no utilizaba ese modismo, que en aquellos tiempos tenía con frecuencia en la boca. Su traducción literal al castellano es «caballo, caballo, tigre, tigre», pero la combinación de los cuatro caracteres significa «más o menos». A *xiao Xin* le hacía gracia el múltiple uso que yo daba a esta expresión popular, aunque alguna vez me advirtió que era abusivo.

—Sigues teniendo la misma voz y hasta los mismos latiguillos. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! Lo has provocado tú con esa pregunta. Yo empecé hablándote en chino, no en español, pero si es que en estos años lo has aprendido, cambiamos a la lengua de Cervantes. ¿De acuerdo?

—No has perdido el buen humor, es estupendo.

—¿Sabes? Estoy sentada en un banco de Beida y parece que el reloj se ha detenido y que vas a aparecer por aquí. Estoy muy contenta de hablar contigo.

—¡Es increíble! También hace tiempo que yo no voy por Beida. El campus ha cambiado tanto que me pierdo.

—El edificio veintiséis está en obras y no he podido ver nuestra antigua habitación.

—¿Has venido con Gustavo? —preguntó con una cierta cautela en el tono, o al menos eso creí percibir.

—Gustavo murió hace tres años. He venido sola.

—Lo siento, no sabía...

—No sabemos nada la una de la otra desde hace décadas. Y tú, ¿cómo estás?

—Mejor lo hablamos después —repuso esquiva—. ¿Vendrás a Xi'an? Yo no puedo ir a Pekín.

Estaba claro que Pequeña Xin tenía un conocimiento muy vago de lo que había detrás de esa llamada telefónica. Después de meses de organizar el viaje y de devanarme los sesos para encontrarla, no me iba a conformar con haber llegado hasta ahí. De la pregunta se deducía que mi hermana del alma no tenía ni idea de que ella y solo ella había sido el motivo del viaje.

—Naturalmente. Después de venir desde México, Xi'an es un paseo. Dame tu dirección, me compro un billete y aparezco por allí.

—Cuando sepas la fecha de llegada me lo dices para que te reserve en el hotel que hay cerca de mi casa. Yo iré a recogerte, no te preocupes.

—De acuerdo. Mi número de móvil se ha quedado grabado en el tuyo, ¿verdad?

—Sí, lo tengo. Me alegro de que hayas venido. Nos vemos pronto.

—Si hay algún cambio, nos llamamos. Hasta muy pronto.

Después de que Pequeña Xin colgara, me quedé unos segundos escuchando el pitido del teléfono. Había sido una conversación sencilla, rayana en la austeridad como correspondía al carácter de mi hermana china, pero una sensación de irrealidad volvió a invadirme de nuevo. Era todo tan inesperado y tan esperado a la vez... Miré a mi alrededor y el jardín de Beida no se había transformado en el de *Alicia en el País de las Maravillas*. Todo seguía igual, pese a que el pequeño aparato que tenía en la mano había engullido de un golpe treinta y tantos años y a su envoltura de pasta negra no le habían salido canas, ni arrugas. No se movía, no vibraba, ni daba signos de indigestión. Los historiadores vivimos del poso que deja el paso del tiempo —pensé ensimismada—, pero la tecnología no se para en zarandajas. Avanza sin mirar atrás y deja en la cuneta del atraso a quienes no se esfuerzan por seguir sus acelerados pasos.

Me levanté sin prisas y pensé que lo mejor que podía hacer era pasar el resto del día en el Palacio de Verano, que queda muy cerca de Beida. Dudé sobre si ir al nuevo o al antiguo, incendiado y destruido por fuerzas franco-británicas durante la Segunda Guerra del Opio, cuyas ruinas me traían infinidad de recuerdos porque habían sido objeto de múltiples excursiones durante mi época estudiantil. El Yuanmingyuan, o jardines de la Perfecta Luminosidad, tenía un aire melancólico y romántico. Los chinos decían que la belleza inigualable de los jardines y el esplendor de sus pabellones y obras de arte le convirtieron en una copia terrenal del paraíso. Saqueado e incendiado, los emperadores optaron por construir en las cercanías un nuevo palacio, el Yiheyuan o jardín de la Salud y la Armonía. Después, cuando los comunistas tomaron el poder, este último lo convirtieron en museo y mantuvieron las ruinas del Yuanmingyuan para mostrar a su pueblo y al mundo la brutalidad de la agresión extranjera.

Los estudiantes, tanto chinos como extranjeros, gustábamos de pasear entre los restos arquitectónicos y la vegetación salvaje que se había adueñado del Yuanmingyuan. Una compañera griega me invitó una noche a fumar marihuana y, cuando le pregunté de dónde la había sacado, me contó que era un regalo de la dinastía Qing. La hierba crecía de forma natural en los antiguos jardines y quienes la conocían la recolectaban. Sentía una especial debilidad por ese lugar, pero la posibilidad de que hubieran efectuado algún tipo de restauración o los hubieran acosado con rascacielos me echó para atrás. Ni siquiera quise preguntar al taxista cuál había sido la suerte del enclave. Le pedí sin más que me llevara al Yiheyuan, que los extranjeros conocen como Palacio de Verano.

Nada más entrar comprendí cuánto había cambiado la vida en China. Había miles de turistas por todas partes, pero no extranjeros, sino chinos. Centenares de grupos provenientes de provincias y localidades lejanas llegados a la capital tal vez por primera vez. Las explicaciones de los guías se solapaban unas con otras y las voces de los visitantes formaban un ruido de fondo que disipaba la armonía del lago Kunming, sobre cuyas aguas heladas había patinado varias veces en aquellos inviernos pequineses en los que eran muy pocos los que podían viajar. En el largo puente que une la orilla del Kunming con una isla del lago me dejé arrastrar por la multitud que avanzaba empujada por quienes se abrían paso a empujones para que les hicieran una foto abrazando a alguno de los quinientos cuarenta leones que contornean la barandilla.

Me dediqué a pasar de un grupo a otro, mientras reconocía la pagoda del Buda Fragante, el gran corredor y el pabellón donde estuvo recluido el emperador Guangxu por orden de su abuela, la emperatriz viuda Cixi, quien, entre otras muchas arbitrariedades, se había gastado los fondos para la reforma de la Marina en construir el asombroso barco de mármol anclado en el Kunming.

Al principio, traté de jugar a dos bandas, un rato me empeñaba en entender las explicaciones del guía y otro las conversaciones de las familias o los amigos que se habían quedado rezagados, hasta que me cansé y me concentré simplemente en contemplar los pabellones del palacio y disfrutar de la belleza del paisaje.

Mirando a la lejanía, no me fijé en el suelo, tropecé y me caí todo lo larga que soy. Fue el único momento en que el silencio reinó por los alrededores. Todo se paralizó. Cundió el estupor y pasaron un puñado de segundos hasta que tres valientes —una mujer y dos hombres— me ofrecieron ayuda para levantarme. No me sucedió nada, más allá de arañazos y magulladuras, pero la tarde declinaba y aceleré la conclusión de la escapada turística.

EL INTÉRPRETE DE GUSTAVO

Al día siguiente, me informaron en una agencia de viajes de que ya existía una línea de alta velocidad entre Pekín y Xi'an y me sugirieron que tomara el tren en lugar del avión. La habían inaugurado en diciembre de 2012 y recorría los mil ciento cincuenta kilómetros de distancia en unas cinco horas, dependiendo de las paradas que realizase. No lo dudé. Siempre me gustó viajar en tren y consideraba que visitar las estaciones de ferrocarril de la China profunda me había servido para conocer el país.

—Be Tice, pasas más tiempo en los trenes que en las aulas —llegó a recriminarme cariñosamente Peng *laoshi* cuando yo ya estudiaba en Beida y acudía a verle al instituto.

Aunque no sería la primera vez que montase en un tren de alta velocidad, me apetecía disfrutar de este símbolo de la China moderna. El Imperio del Centro se había convertido en el país del mundo con más kilómetros de vías rápidas, mientras que, en México, muy al contrario, nadie viajaba en tren y apenas quedaban algunos de mercancías. Esto me parecía un atraso y una limitación, porque el avión es tan insufrible para las distancias cortas como el autobús y el coche para las largas.

El vendedor me dijo que si quería llegar a media tarde tendría que esperar hasta el jueves porque antes solo quedaban billetes que llegaban en la noche o salían de madrugada. Me ofreció uno con salida a las diez de la mañana y asentí, pero antes de que emitiera el billete decidí telefonear a Pequeña Xin para preguntarle si el día y la hora eran convenientes. De pronto temí que a esa hora se encontrara aún en el trabajo, y ni siquiera tenía una dirección a la que dirigirme. Pedí al dependiente que me diera dos minutos y salí de la agencia para llamarla y consultarle al respecto.

—No hay problema. Me parece una excelente idea que vengas en el tren bala a esa hora. Es muy comfortable. Estaré en la estación esperándote.

—¿Y crees que nos vamos a reconocer, o nos contamos cómo vamos vestidas? —le pregunté entre risas.

—Seguro que yo a ti, sí. Y tú solo tienes que buscar a una mujer con un saco de años encima, ¡ja, ja, ja, ja!

Volví a la agencia y compré solo el billete de ida. No sabía cuántos días me quedaría en Xi'an, ni si Pequeña Xin podía tomarse un descanso para hacer juntas un viaje a alguna provincia que nos apeteciera.

Pensar en la alta velocidad, me recordó a Japón y se me despertaron las ganas de comer sushi. Días atrás, había visto cómo lo preparaban en uno de los locales de restauración del hipermercado situado en el subsuelo del centro comercial de Sanlitun. Me quedé extasiada mirando una estampa que, décadas atrás, no habrían concebido ni en sueños los padres de los jóvenes que, bien trajeados y con la cartera bajo el brazo, compraban las cajas de delicias niponas para degustarlas allí mismo y volver rápidamente al trabajo.

Aún me quedaba por delante un día y medio para deambular por Pekín o buscar a otros viejos conocidos. En mi Moleskine tenía apuntado el número de teléfono de Ni Shun, el intérprete que tuvo Gustavo durante su estancia en China, un joven alto, enjuto y dinámico que al principio me recibió de uñas, porque le había sentado muy mal que Gustavo le dijera que los fines de semana se los tomaba de descanso y que eso significaba que no quería verle ni sábados ni domingos. Después coincidimos con frecuencia y alcanzamos un cordial entendimiento compartiendo historias sobre nuestras experiencias universitarias y la vida de estudiantes en Pekín. Ni era hijo de obreros, el menor de una familia en la que solo él había estudiado.

Mi llamada sorprendió de tal manera a Ni Shun que no habría sido mayor su pasmo si le hubiese dicho que le hablaba su bisabuela desde ultratumba. Como era la hora de la siesta, no era de extrañar que le hubiese pillado durmiendo, lo que agravó su desconcierto. Era evidente que esperaba oír cualquier otra voz antes que la mía. Cuando consiguió aclararse, insistió en que cenásemos esa misma noche. Pasaría por el hotel a buscarme a las cinco y media.

—Me alegro de verte, Be Tice. Te presento a mi hermano mayor. No habla español, pero ahora trabaja conmigo —dijo Ni en castellano, apuntando hacia un hombre bastante gordo para ser chino, que estaba sentado en la parte de atrás del coche y movía la cabeza de adelante hacia atrás en señal de reconocimiento.

En deferencia al hermano, traté en varias ocasiones de reconducir el idioma de la conversación al chino, pero fue inútil. Ni, que al enterarse de la muerte de Gustavo apenas si pronunció un par de palabras de consuelo para continuar por los derroteros que le interesaban, se mantuvo en español de forma ostentosa, como si quisiera demostrar su valía. De inmediato, me contó que el coche en el que había ido a buscarme era el último modelo de Volkswagen fabricado en China y que acababa de regalárselo a su hermano. No concretó en qué trabajaba, pero señaló que estaba metido en todo tipo de negocios. Continuó charlando un poco al azar; al principio de su pasado reciente, y luego del tema de moda: operaciones inmobiliarias. Me aseguró que el año anterior había pagado dos millones de yuanes por un piso de ciento sesenta y seis metros cuadrados en el quinto anillo de Pekín.

—Es una inversión —afirmó displicente—. Yo vivo con mi mujer y mi hijo, que tiene veintinueve años, en un *hutong* por detrás de la Ciudad Prohibida, donde vivían mis padres. ¿Recuerdas esas viviendas?

—Claro, he paseado muchas veces por ahí.

—Eran habitaciones comunales que daban a un patio. Compré las de otros dos vecinos y, junto con las nuestras, lo derribé todo y construí una casa con su cuarto de baño y su cocina. A mis padres les regalé un piso con todas las comodidades —añadió, con una mezcla de orgullo y exhibicionismo.

Entre las muchas actividades de las que alardeaba, indicó que una de las más lucrativas era la cadena de supermercados que regentaban su mujer y su hijo. También valoró como un éxito la

adscripción de su futura nuera a la cadena.

—Me alegro de que te vaya tan bien. ¿Has dejado por completo tu trabajo de intérprete?

—No, me jubilo el año que viene, pero ahora estoy en un departamento muy tranquilo y solo voy un par de horas por la mañana. Hasta el comienzo de los años noventa me dediqué en exclusiva a lo que me encargaba el Gobierno, pero los sueldos no aumentaban y el coste de la vida sí. Me harté y decidí buscar una solución a ese desarreglo. Yo era miembro del partido y sabía qué puertas podía tocar. ¿Te acuerdas del doctor Bao Zhiyong de la Academia de Ciencias?

—Sí, era un hombre brillante y encantador. Gustavo se llevaba muy bien con él y le invitamos a cenar varias veces.

—Yo fui quien le avaló para que ingresara en el PCCh. Si no eres del partido no puedes subir —reflexionó en voz alta.

—¿Y por qué tú? —inquirí enfática.

—El doctor Bao era hijo de campesinos no militantes. Llegar a estudiar una carrera tan especial como psiquiatría ya era un logro enorme; sin embargo, no podía proseguir una investigación tan delicada si no era con el apoyo del partido. Él quiso hacerse miembro, pero coincidió con la Campaña de las Cien Flores y el caos que vino después, tiempos en que fue muy difícil entrar, no como ahora que hay casi noventa millones de carnés. Para ingresar en el PCCh siempre se ha necesitado a alguien que te presente y en periodos convulsos nadie se fía de nadie; por eso no aumentaban los militantes. Yo le conocí un par de años antes de que llegara Gustavo, cuando todavía casi nadie se arriesgaba a avalar a otra persona, pero yo lo hice por el doctor Bao, quien poco después de afiliarse ingresó en la Academia de Ciencias —afirmó, sacando pecho—. Ahora, sin embargo, no nos vemos. Siempre tuvo miedo a que se produjera un vuelco en la situación política y tuviera problemas. Se volvió muy reservado. Su hijo, que tiene un puesto muy, muy alto, es incluso peor. Ni uno ni otro dicen nada por temor a que cambie su suerte.

Como si necesitara desahogarse o hubiera tomado carrerilla, Ni seguía hablando sin parar y conduciendo hacia el oeste de Pekín en mitad de un tráfico infernal.

—Te voy a contar una historia —anunció con un tono entre misterioso y chulesco—. La hija menor del doctor Bao se fue a estudiar a Francia en la década de los noventa e invitó a unos amigos franceses a que viniesen a conocer China y se hospedasen en casa de sus padres. Los franceses vinieron, pero cuando el hermano se enteró, cogió a los extranjeros se los llevó a un hotel y abroncó a toda la familia porque consideraba inapropiado que la gente viese a extranjeros entrando y saliendo de la casa de sus padres.

Yo me había olvidado del doctor Bao hasta que lo mencionó Ni Shun. Era un hombre muy culto y las cenas con él dejaban siempre el regusto de la miel en los labios, esa sensación de que el comensal que tienes frente a ti es un pozo de conocimiento en el que no podrás apagar tu sed, todo lo más, asomarte al umbral y humedecerte la boca. Cuando le conocimos se le veía disfrutar de las nuevas libertades que le permitían hablar con extranjeros sobre algunos de sus temas favoritos, como la búsqueda a través de la historia del elixir de la longevidad. Unos veinticinco siglos atrás se impuso una visión esotérica de la medicina que, junto con la adivinación, la geomancia y la astrología, tenía como objetivo prolongar la vida de los hombres. La Escuela de los Cosmólogos se fundamentó sobre esa tesis, que consideraba a los médicos meros maestros en el manejo y la combinación de los elementos naturales y las fuerzas espirituales. Según Bao, era fundamental estudiar el pensamiento de los cosmólogos, de quienes hablaba con fascinación, para

entender la psiquiatría en China. Pero el académico jamás se refirió a la Revolución Cultural en la que, según Ni, fue apaleado y represaliado por ser un gran conocedor de la filosofía y el pensamiento antiguos.

El desfile de platos durante la cena con Ni Shun fue un reflejo de cómo el antiguo intérprete se manejaba en los tiempos de abundancia, y seguro que como él otros muchos millones de chinos. Era de los que apostaban por mucha cantidad y poca calidad. Mientras, él siguió contando anécdotas de unos y otros; su hermano solo abrió la boca para comer y yo hice algunos intentos de intervenir en el soliloquio hasta que desistí. Después, quiso llevarme a uno de sus supermercados estrella cerca del parque Yuyuantan, al oeste de la plaza de Tiananmen, un nuevo barrio de gente acomodada. Quería que conociera a su familia, pero la visita resultó bastante incómoda. La mujer y el hijo estaban ocupados haciendo el inventario y casi se mostraron molestos por la interrupción para presentarles a una amiga extranjera de su juventud. Pasados unos minutos, los tres volvimos al coche para desandar el largo trayecto hasta mi hotel.

Estuve tentada de pedirle a Ni que me diera el número de teléfono del doctor Bao, pero me frenó la anécdota sobre el enfado del hijo y su oposición a que tuviera invitados extranjeros en casa. Me habría encantado escuchar lo que opinaba el anciano sabio sobre los cambios que se estaban produciendo en China y en su sociedad. Me imaginé lo interesante que habría sido la velada escuchando a Bao. Siempre había sido prudente, pero de una sutileza y profundidad exquisitas. Seguro que tendría mucho que decir sobre el auge del confucianismo y el renacimiento de la nación china.

LA PAREJA DEL TEMPLO DE LOS LAMAS

El día que me quedaba antes del viaje a Xi'an decidí dedicarlo a otra de las zonas emblemáticas de Pekín, la que se encuentra entre el templo de los Lamas, la torre del Tambor y el lago Houhai. Hacia las once de la mañana, hora en que los chinos comienzan a almorzar y no hay bullas en el metro, descendí por las escaleras mecánicas hasta el subsuelo. Ya había notado que, a diferencia de muchos suburbanos de otros países, no había publicidad, ni tiendas, ni vendedores ambulantes ni máquinas de comida o bebida. Las dependencias del metro pequinés tenían como única misión solventar las necesidades de transporte de los ciudadanos.

Encontré asiento al lado de un muchacho que tardó menos de un minuto en preguntarme de dónde era. Tras responderle, le devolví la pregunta.

—Yo soy de Anshun, una ciudad de la provincia de Guizhou —respondió el joven.

—¡Ah...! Eso está en el sur. ¿Y soportas bien los fríos inviernos del norte?

—Lo que menos me gusta de Pekín no es el frío, sino la contaminación y que aquí se perciben mucho más que en mi tierra las diferencias entre ricos y pobres, pero soy consciente de que es una oportunidad única.

—¿No lo habías pedido?

—Mi ilusión era ir a la universidad, pero nunca pensé en las de la capital porque creía que estaban fuera de mi alcance. Sin embargo, tuve muy buena calificación en el examen nacional de acceso y me ofrecieron estudiar química en Qinghua, algo que no se puede desaprovechar.

—¡Caramba, debes de ser un auténtico talento; enhorabuena! Eso es lo que estudió y, precisamente en Qinghua, el presidente Xi Jinping y la mayoría de los miembros de la cúpula del partido con el expresidente Hu Jintao, incluido él mismo, también eran de Qinghua. Harás buenos contactos.

Debía de sentirse muy solo y tal vez encontró en mi la receptividad de una madre porque de inmediato me confesó que se sentía intimidado no por el esplendor ni la superpoblación de Pekín sino por la frialdad de sus gentes.

—En el sur el ambiente es muy distinto. Aquí me siento como un niño al que le han regalado un paquete de caramelos. Se come los primeros y le dejan un regusto amargo, pero son los únicos que tiene y se esfuerza por saborearlos, por sacarles el dulzor.

La madurez y la humanidad de aquel muchacho, que no tendría más de veinte años, tocaron mi sensibilidad. Me habría gustado seguir charlando, pero el chico se levantó de pronto, me dijo adiós y se esfumó entre las gentes que salían del vagón. Me fijé entonces en los asientos de enfrente, donde una chica con aspecto de quinceañera le hacía mimos y carantoñas a su pareja, también muy joven, que estaba borracho como una cuba y se dejaba querer con desdén.

En la siguiente parada entró un anciano y me pidió una limosna. Le di unos yuanes y un hombre de unos cuarenta años que estaba de pie y vio la escena, en un inglés espantoso, me recriminó y me tachó de ignorante.

—No haga eso. No es un mendigo, es un delincuente y debería tener cuidado con su bolso — me dijo, visiblemente enfadado.

El aire de la calle me refrescó la cara. Caía una llovizna suave y entré en un pequeño restaurante a tomar una sopa caliente antes de visitar el templo de los Lamas, uno de los pocos centros religiosos de Pekín que estaban abiertos al culto en mi época de estudiante, aunque la gente aún seguía teniendo miedo a mostrar abiertamente su religiosidad y no se atrevía a ir al templo a orar. El recinto, que cuenta con varios edificios tradicionales, está rodeado por un alto muro pintado en ocre. Cerca de la entrada principal había numerosos puestos en los que se vendían todo tipo de objetos, religiosos o no, desde hierbas y jarabes de medicina tibetana a budas, rosarios y pulseras.

Al salir del pabellón que alberga una grandiosa estatua de Maitreya, el buda que nacerá para irradiar la iluminación por la Tierra, se me acercó un joven y me preguntó si me podía hacer una foto junto a su amiga. Los dos eran guapos, altos, iban vestidos con mucho estilo y él llevaba una buena cámara réflex.

—Sí, claro, no hay problema —contesté divertida.

Mientras nosotras posábamos y él chico disparaba, me dijo que se habían cruzado conmigo un par de veces en el templo y habían llegado a la conclusión, después de barajar varias profesiones, de que era profesora. Me eché a reír.

—Habéis acertado. Soy profesora de historia contemporánea y me llamo Be Tice ¿Y vosotros?

—Yo soy Duan. Estudié contabilidad, pero no trabajo —respondió el joven.

—Me llamo Anlie y soy ingeniera de petróleo de Malasia —repuso ella.

—¿Eres malaya y trabajas en Pekín?

—Soy china, pero nací en Malasia. Mis abuelos emigraron en la década de los cuarenta, durante la guerra civil. He venido por una reunión de trabajo y, como éramos amigos por internet,

hemos aprovechado para conocernos personalmente.

Eran desinhibidos, agradables y buenos conversadores. Para que Anlie conociese lo que Duan consideraba la parte más atractiva de la ciudad, habían previsto hacer el mismo recorrido que yo tenía pensado y me propusieron hacerlo los tres juntos. Duan me contó que había cumplido los veintiocho y había decidido no trabajar para quedarse al cuidado de sus abuelos, que tenían ochenta años: ella con dificultades de movilidad y él con problemas respiratorios.

—¿No te frustra renunciar a tu vida para cuidarles?

—No merece la pena trabajar —contestó sin rodeos—. El sueldo medio de un contable son unos dos mil quinientos yuanes y a veces las jornadas de trabajo son larguísimas. Mis padres están muy ocupados y yo soy hijo único. Prefiero dedicar mi tiempo a mis abuelos y no soportar a empresarios que pretenden enriquecerse con mi esfuerzo. Quiero estar a su lado, disfrutar con ellos de los días que les queden.

—Los chinos son longevos, ¿has pensado que pueden ser décadas en lugar de días y que tú tendrás que formar tu propia familia?

—Estoy contento. La vida tiene más sentido cuando estás al lado de gente noble y luchadora. Aprendo mucho de ellos. Estoy en paz con mi conciencia y abierto a lo que el futuro me traiga.

—Me alegra escucharte esas palabras, pocos jóvenes opinan y actúan como tú.

—Nos hemos metido en una espiral de desarrollo que genera mucha desigualdad e insatisfacción. Yo estoy bien, no necesito estar comprando todo el tiempo y puedo dedicarme a la fotografía, que es lo que me gusta.

Anlie escuchaba atenta los argumentos de Duan, pero no intervino ni una sola vez en la conversación. Ella llevaba cinco años trabajando en una multinacional petrolera y estaba orgullosa de lo que hacía.

El paseo por Houhai fue una delicia. Al atravesar el puente sobre el canal nos quedamos extasiados contemplando la enorme bola de fuego que se sumergía en sus aguas tiñéndolas de rojo. Nos intercambiamos las direcciones de correo, me desearon un feliz reencuentro con mi hermana china y me acompañaron a tomar un taxi. Fue una tarde serena y bellísima.

EL REENCUENTRO

ESTACIONES Y TRENES

Hace más de un siglo que las estaciones ferroviarias de China son el espejo de los profundos cambios que no dejan de agitar el país. Recuerdo como si fuese ayer el tremendo impacto que me produjo la de Pekín cuando por primera vez entré en su vestíbulo. Corría el año 1979 y aún reinaba una pobreza lacerante que impregnaba el aire. En la entrada se agolpaban cientos de campesinos con gabanes costosos. Unos dormían en el suelo. Otros, sobre los hatillos de sus escasas pertenencias, al igual que montones de soldados sobre sus petates. Había familias enteras, con madres que amamantaban a sus hijos y chiquillos agotados por el cansancio y el desconcierto. Era difícil abrirse paso y mantener el equilibrio entre tanto cuerpo desmadejado y los empujones de los que pretendían llegar a los andenes.

Alguien debió tropezar, se formó un revuelo y unos policías con silbatos y bastones movieron a la masa y rehicieron las colas de acceso a las vías. En aquella barahúnda vestida de azul o verde destacaban las miradas alucinadas de algunos de los que, despertados por el jaleo, encontraron ante ellos a una muchacha blanca de larga cabellera rubia y se restregaban los ojos para cerciorarse de que no era ni un sueño ni la pesadilla de la diablesa de melena dorada que, según algunos cuentos, arranca la vida. Para muchos de los que aguardaban durante días a que llegase su tren o a poder subirse a uno de los abarrotados vagones de tercera clase era la primera vez que se cruzaban con una extranjera. No les estaba permitido salir de la estación porque carecían de un registro urbano y sus rostros reflejaban tal terror hacia lo desconocido que seguramente tampoco se habrían atrevido, aunque no estuviese prohibido.

En los años siguientes, con la reforma económica en marcha, el trasiego de productos agrícolas y mercancías se multiplicó y las estaciones parecieron puertos repletos de estibadores. Los fardos eran tan grandes que apenas se veía al hombre o a la mujer que los cargaba. Solo se distinguían las piernas, que unos pies embutidos en zapatillas de loneta movían con dificultad cada vez que avanzaba la ingente cola de entrada.

Abducida por mi pasión de recorrer China, me había familiarizado con las mareas de pasajeros y con los repetitivos edificios de estilo soviético de la mayoría de las estaciones del país. En casi todas ellas, había una enorme estatua de Mao que vigilaba todos los movimientos apostada en el vestíbulo o en la amplia plaza a la que se abría el edificio y que constituía el símbolo del nuevo desarrollo urbano socialista.

No había oído hablar, o no me acordaba, de la estación oeste de Pekín hasta que en la agencia de viajes me dijeron que los trenes de alta velocidad salían de allí.

—Esa estación es nueva —dije como de pasada sin esperar respuesta a mi comentario.

—No —me interrumpió el empleado—. Es antigua, pero la han modernizado para la alta velocidad. Está lejos de aquí. Unos kilómetros al oeste de Tiananmen. Conviene que llegue una hora antes de la salida del tren.

De la información que me suministró me quedé con lo que me pareció importante —llegar una hora antes—, pero no di relevancia a los detalles sobre la modernización y, al llegar, me sorprendió encontrar una construcción gigantesca que más bien parecía un aeropuerto. El movimiento de miles de personas se canalizaba a través de numerosas salas de espera que se asemejaban a las puertas de embarque aéreo. Superados los controles de acceso, la gente avanzaba por un pasillo descomunal, en el que la única decoración eran los paneles luminosos que, colocados en los dinteles de las puertas, indicaban los trenes a los que se accedía en cada sala. Una vez dentro, una colosal pantalla entretenía a los pasajeros con reportajes turísticos de la televisión central de China, la CCTV, y un sinfín de publicidad. Su sonido se mezclaba con el de los potentes altavoces comunes a toda la estación, que no dejaban de emitir anuncios sobre las próximas salidas o instaban a los viajeros a cuidar de su equipaje y tener preparados los billetes. Los anuncios eran también en inglés cuando se trataba de trenes con destinos turísticos emblemáticos.

Pese a que me sentía como una hormiga en un tablero de ajedrez, lo que más me chocó fue la metamorfosis de los pasajeros y de sus enseres. La prosperidad era evidente. La clase media era un fenómeno nuevo en China y estaba claro que los que se encontraban en esas salas formaban parte de esos cuatrocientos millones de chinos que, según las estadísticas, ganaban más de trece mil dólares anuales. El paisanaje nada tenía que ver con el que yo había vivido. Padres que entretenían a su hijo único con una tableta electrónica. Típicos hombres de negocios encorbatados y con maletín. Parejas y grupos de amigos que se disponían a realizar un viaje de vacaciones. Abuelos que volvían a sus ciudades tras pasar unos días con la familia. Jóvenes vestidos con lo más exclusivo de los escaparates que podía encontrarse en Pekín, Ciudad de México, Madrid o Londres. Todas las maletas llevaban ruedas y eran de colores o con dibujos. También se veían algunos bolsones de plástico, probablemente llenos de ropa, que transportaban hombres y mujeres dedicados al comercio. La gran mayoría de los pasajeros, al igual que en otras partes del mundo o incluso más, iba pegada a su móvil, colgada de las redes sociales; hablaba, miraba, leía o enviaba mensajes.

Ya había viajado antes dos veces en trenes de alta velocidad y las dos en Japón. La última, hacía casi una década con ocasión de un congreso de psiquiatría celebrado en Tokio, en el que acompañé a Gustavo. La primera, cuando el Shinkansen era el único tren bala del mundo. Fue en 1983, durante nuestro viaje de novios, que recuerdo como si fuera ayer, un periplo que la soledad que ahora me embarga ha llenado de toques mágicos hasta convertirlo en un icono imborrable.

Me miré y vi a una viuda que antes de ahogarse en la pena había vuelto a subirse a la noria de la vida, que en su insondable sabiduría me había depositado en China, con una maleta pequeña en la mano y en el alma, el colosal fardo de lo que llamaba «reminiscencias de un pasado glorioso». Me acomodé en el asiento de ventanilla del moderno vagón, eché la cabeza hacia atrás y cerré un instante los ojos humedecidos por el cataclismo que me había roto en mil pedazos.

A la hora prevista, con la misma precisión que había experimentado en los trenes japoneses, el convoy chino comenzó a deslizarse por los raíles con suavidad y sin aspavientos. En cuestión de minutos superó los trescientos kilómetros por hora. Las casas y los árboles cercanos, que

pasaban cada vez más rápido, empezaron a desdibujarse hasta transformarse en una acuarela o en una pintura impresionista, que serenó mi atribulado espíritu. Poco a poco, sentí cómo me complacía la sensación de vértigo que genera la velocidad y disfruté de la mezcla de manchas de color que se sucedían por las ventanillas.

COMPAÑERAS DE VIAJE

Sentadas a mi lado había dos chicas, cada una de ellas provista de un iPad y un iPhone, que reían divertidas compartiendo las imágenes que aparecían en las pantallas de sus respectivos «juguetes», símbolos del triunfo de la seducción norteamericana. En Pekín, pasé varias veces por delante de la tienda que Apple tiene en Sanlitun, en el centro comercial cercano al hotel donde me alojaba. Era uno de los establecimientos icónicos de la marca, un enorme cubo de cristal. Los fines de semana había centenares de chinos por sus alrededores mirando y, dentro, comprando.

La joven que estaba en el asiento inmediato a mí me preguntó en un correcto inglés si viajaba sola y adónde me dirigía. Cuando le respondí que iba a encontrarme con mi antigua compañera de habitación, la muchacha se quedó fascinada.

—¡Escucha, escucha! —le dijo a su amiga, zarandeándola por el brazo—. Viene desde México a ver a su compañera de Beida de hace más de treinta años.

—Nosotras no habíamos nacido —respondió la amiga, echándose a reír.

A continuación iniciamos una animada charla. La más cercana a mí era economista y trabajaba en la Academia de Turismo de China. Su amiga era periodista de la revista sobre la industria turística que publica esa academia. Ambas realizaban un viaje de trabajo para estudiar cómo funcionaba el trayecto de alta velocidad Pekín-Xi'an y su impacto social. Después publicarían conjuntamente un reportaje.

—El crecimiento del transporte ferroviario en China en lo que llevamos de siglo ha sido espectacular —afirmó la economista—. Nuestro país es hoy en día líder mundial en este medio de transporte. Tenemos más de ciento veinte mil kilómetros de vías férreas, a los que se suman quince mil kilómetros de alta velocidad en funcionamiento y entre proyectos iniciados y previsiones, confiamos en que para 2020 se hayan alcanzado los veinte mil, lo que también nos sitúa en primera posición mundial.

—El tren llegó tarde al Imperio del Centro —comentó la periodista—, pero al iniciarse el siglo XX comenzó a expandirse con rapidez y cuando cayó la dinastía Qing ya había nueve mil kilómetros de vías férreas.

Tal vez porque no lo sabía o por un nacionalismo malsano que advertí como historiadora aunque no quise corregir, la joven no mencionó que la causa del retraso fue el recelo que generaba la maquinaria occidental entre los gobernantes manchúes. Tampoco se refirió a que las primeras vías las colocaron en el siglo XIX ingenieros europeos en las concesiones que China se vio obligada a firmar tras perder contra los británicos las dos guerras del opio, que pusieron el país de rodillas frente a las grandes potencias.

Yo les hablé de mi pasión por este medio de transporte y de mis muchos viajes sobre raíles a lo largo y ancho de China. Las empleadas de la industria turística me escuchaban alucinadas. Les

asombraba que conociera el país mejor que ellas, pero las tranquilicé diciéndoles que es lo que suele ocurrir cuando uno es joven y se va a vivir a la otra esquina del mundo.

—El afán por descubrir lo ignoto ciega y no te deja ver las maravillas de tu entorno. Como vosotras, también hay muchas ciudades y museos de España que no conozco. En México, donde he vivido la mayor parte de mi vida, viajé mucho al principio. Luego te confundes con el paisaje, formas parte de él, y dejas de moverte por la aventura. Afortunadamente, la cultura sigue empujándonos a seguir mirando.

—Entonces no existía el tren a Tíbet —interrumpió la periodista.

—Es cierto, pero la región se abrió unos meses antes de irme y conseguí que la Administración Nacional de Turismo aceptara incluirme en uno de los grupos de extranjeros que llevaba al «techo del mundo». Éramos ocho, de distintas nacionalidades, acompañados por tres funcionarios. Viajamos en tren de Pekín a Chengdu, y luego en avión a Lhasa. Era un Ilyushin soviético que, por seguridad, siempre volaba con solo un tercio de su capacidad de pasajeros y de carga. Para aquellas antiguas aeronaves era una proeza alcanzar las alturas tibetanas. Fue un trayecto inolvidable. Después de sobrevolar las cumbres nevadas del Himalaya, el aparato descendió siguiendo el curso del río Lhasa. Era impresionante. Íbamos encajonados entre esas colosales montañas y parecía que si sacabas la mano por la ventanilla podías tocarlas. ¡Cómo imponía deslizarse entre aquellos farallones! Finalmente, el avión se posó en una pequeña pista extendida junto al río. Fue una experiencia única.

—¿No sufrió mal de altura?

—No tuve ningún problema durante la semana que permanecimos entre Lhasa y Shigatze. Solo tres de los que fuimos lo pasaron mal.

—El tren a Tíbet —continuó la periodista— ha sido una obra titánica. Es el más alto del mundo. En realidad, se construyó en dos fases. La primera de ochocientos catorce kilómetros está en funcionamiento desde 1984 y transcurre por la provincia de Qinghai. Une Xining, la capital, con la ciudad de Geermu. La construcción del segundo tramo de mil ciento cincuenta kilómetros entre Geermu y Lhasa, por su dificultad, suponía una auténtica gesta y no se abordó hasta 2001, pero en 2006 se logró su puesta en funcionamiento.

—Se nota que haces reportajes sobre raíles. Te sabes todos los datos —señalé con una sonrisa.

—Tuve la suerte de asistir a la inauguración por el entonces presidente Hu Jintao —respondió con orgullo—, y luego he hecho el viaje otras dos veces. Es un tren mágico. Más de novecientos sesenta kilómetros de vía corren por encima de los cuatro mil metros, incluido el paso de Tanggula, a cinco mil setenta y dos metros sobre el nivel del mar, y quinientos cincuenta kilómetros sobre hielos perpetuos. En buena parte del recorrido, para evitar el mal de altura, los vagones están presurizados de forma parecida a los aviones. Además, lleva un servicio médico que suministra máscaras de oxígeno a los pasajeros que las precisan.

—Me estás animando. Voy a estudiarlo. Nunca he estado en Qinghai. En mis tiempos de estudiante, la provincia estaba cerrada a los extranjeros.

—Fue la última en abrirse al turismo, pero desde 1987 se puede visitar la capital, algunas otras ciudades y, por supuesto, el famoso lago que da nombre a la provincia.

—¿Y sabes cuánta gente trabajó en la construcción del tren a Tíbet? Tengo entendido que formó parte de los proyectos de Mao Zedong.

—El presidente Mao siempre soñó con una vía férrea que uniera esa región con el resto de China, pero eran tales las complejidades y obstáculos que presentaba el proyecto que solo después de su muerte se decidió llevar a cabo el trayecto plausible. De esa primera parte no tengo datos, pero entre 2001 y 2006 trabajaron ciento cuarenta mil personas, incluidos unos dos mil médicos que velaron por la salud de todos los implicados. No hubo ningún muerto, pese a las terribles condiciones climatológicas y geológicas. Fue un logro histórico.

La conversación aceleró el paso de las horas. Di un respingo cuando anunciaron que la próxima parada sería Xi'an. Un calambre retorció mi estómago. Cuando en Pekín me acomodé en el vagón, pensé que no iba a poder dominar la inquietud por el encuentro con Pequeña Xin ni la melancolía que me produjo recordar el Shinkansen y mi viaje de novios. El tiempo, sin embargo, había volado y estaba animada para afrontar el impacto de la larga ausencia. Solo me mortificaba —mitad por ansiedad, mitad por curiosidad malsana— la pregunta sobre si seríamos capaces de reconocernos.

—En Xi'an, como en otras grandes ciudades, hay dos estaciones diferenciadas, la tradicional de los trenes lentos y la nueva de los trenes de alta velocidad, que es a la que llegamos —dijo la economista para volver a atraer el interés de la extranjera. Pero yo ya no escuchaba: el convoy había llegado a su destino. Nos despedimos en el mismo vagón y las jóvenes desaparecieron engullidas por los demás pasajeros.

UN MOMENTO DE PÁNICO

Aturullada por la rapidez con que el vagón se quedó desierto, bajé la última. Mi móvil se había quedado sin cobertura y me entretuve en asignarle manualmente una red para recuperar la conexión, pero no lo conseguí. Miré a mi alrededor y no vi a ninguna mujer. El andén, encajonado en el inmenso y desangelado túnel de hormigón que hacía de estación, se quedó vacío en un par de minutos. Caminé aturdida detrás de los últimos pasajeros que se colocaron en fila para pasar el turno de la salida. Dudé y, antes de atravesarlo pregunté al guardia si era la única puerta. Me contestó que había dos. Un brote de pánico me sobresaltó en un instante y tuve la sensación de que todo se resquebrajaba. Estaba al lado de Pequeña Xin y no la veía porque había tomado la salida equivocada y no podía comunicarme con ella porque el teléfono no funcionaba.

Retrocedí sin saber si ir hacia la derecha o hacia la izquierda. El terror no me había dejado escuchar la explicación del agente sobre donde estaba el otro turno. Me vi sola en el amplio andén iluminado con luces metálicas y su frialdad me dio pavor. El móvil no daba señales de vida. No sabía qué hacer ni hacia dónde ir, y en esa desesperación me giré.

A lo lejos se vislumbraba una silueta que se aproximaba corriendo. Parecía una chica con una sudadera roja, unos *leggings* negros y una coleta de caballo que oscilaba de un lado a otro al compás de su acelerada marcha. No podía ser ella... Una voz potente me sacó de dudas.

—Be Tice —gritó Pequeña Xin, reduciendo el paso, mientras yo, por el contrario, lo apreté hasta fundirnos en un abrazo.

Risas, saludos y aspavientos borraron el miedo. De acuerdo a la costumbre china, no hubo besos. Las muestras de afecto en público seguían limitadas tanto por la rigidez confuciana como por la comunista.

—Estoy eléctrica —afirmó *xiao* Xin mientras trataba de hacerse con mi maleta—. Venía a recogerte en el coche de mi cuñado, pero lo ha parado la policía y he tenido que salir corriendo y venirme en metro. Creí que no llegaba.

—¿Qué ha pasado?

—Conducía su chófer y supuestamente iba a más velocidad de la permitida. Es un coche importado y, como es habitual en estos casos, han empezado a pedirle papeles y lo han inmovilizado para sacarle dinero. Ha sido angustiioso. Ahora vamos en metro —dijo, dando por zanjadas las explicaciones sobre el incidente.

Propuse coger un taxi. Le dije que en Pekín casi había sido mi medio de transporte habitual, pero Pequeña Xin se negó, aduciendo que el tráfico estaba muy mal a esas horas y era más rápido viajar en metro porque nos encontrábamos bastante lejos del barrio al que nos dirigíamos.

—Mi casa está cerca de la pagoda Dayang, ¿aún te acuerdas de Xi'an?

—La pagoda del Ganso Salvaje... ¡Claro que me acuerdo!

—Sí, pero el Xi'an que tú visitaste no tenía ni dos millones de habitantes y ahora hay casi cinco —sentenció riéndose—. La ciudad no para de crecer y los coches de multiplicarse. Es una locura.

Sentadas en el metro frente a frente, no pude impedir que mi subconsciente realizase una veloz fotografía de mi antigua compañera de habitación. Era evidente que se cuidaba. Parecía tener el cuerpo de una cría de veinte años, se vestía como tal y a través de los *leggings* se percibían los músculos aún firmes de sus piernas. El pelo teñido de negro azabache y sujeto en una coleta informal contribuía a darle un aspecto juvenil, pero los pliegues diminutos que enmarcaban sus ojos y las arrugas, que se le formaban en el rostro al hablar o reír, revelaban el peso inexorable de la edad y un poso de amargura. Como cuando éramos estudiantes, las dos seguíamos llevando la cara lavada, sin maquillajes que ocultaran la experiencia conseguida a base de años de sudores y esfuerzos.

Salimos en una estación en la que confluían varias líneas de metro y el gentío era tan impresionante que apenas podíamos movernos. Eran las cinco menos cuarto y en el paso elevado sobre la intersección de tres calles se cruzaban los trabajadores que habían terminado su jornada y se apresuraban en dirección al transporte que los llevaría a casa, con los que acababan de llegar a su barrio y tenían prisa por hacer la compra para la cena, además de padres y abuelos con niños que habían recogido en la escuela o el parque. Dos riadas humanas en direcciones contrarias aprisionadas en el centro de la pasarela. Unos y otros pugnaban por abrirse paso y escapar de la mareante burbuja de olores que envolvía todo. Contaminación, sudor, cansancio, ajos, fideos, vinagre y ropa sucia formaban una densa amalgama, que dificultaba el avance. Lo mejor era dejarse llevar por la corriente.

LA PIQUETA DEL DESAHUCIO

Era un barrio popular, lleno de pequeños comercios y edificios de cuatro plantas de la década de los noventa. El hotel ocupaba una angosta esquina. En los bajos, había una freiduría de churros y empanadillas y el olor del aceitazo se mezclaba con el de la comida del chiringuito de al lado, en el que humeaban sobre brasas largos pinchos de hierro con trozos de pollo, cordero o cerdo. La

acera la ocupaban una decena de mesas y bancos en los que se apretujaban varios grupos distintos de hombres que vociferaban para entenderse. Bebían cerveza con avidez y rellenaban los vasos con estruendo, dejando a veces que la espuma blanca se desbordara sobre las mesas donde se acumulaban las botellas vacías a la espera de que llegara la comida y las retirasen. También circulaba con fluidez el aguardiente. Había otras dos mesas con mujeres, más recatadas, pero ninguna mesa mixta.

Pasado el hotel, todos los edificios habían sido pasto de la excavadora. Solo quedaba un agujero profundo oculto tras las tapias que se habían apoderado de la acera. A partir de esa esquina, la calle estaba cortada al tráfico y la voluminosa maquinaria que asomaba por las vallas desvelaba la puesta en marcha de una obra de enormes dimensiones.

Me adelanté hacia la recepción, donde me indicaron que mi reserva era de una semana y que si quería prolongar la estancia, tendría que advertirlo dos días antes y abonar el suplemento correspondiente porque todos los pagos eran por adelantado.

—¿Y el de estos días? —pregunté.

—Ya está abonado —contestó el empleado, entregándome la llave y explicándome que el wifi era gratuito, aunque solo había conexión en la «sala de entrada». La «sala» debía de ser una ilusión óptica porque allí no había más que un pequeño pasillo con dos sillones y una mesita baja entre la puerta giratoria y la recepción.

Pequeña Xin hizo un gesto de aprobación.

—Vamos, lo ajustaremos en la habitación —dije, abriendo la puerta del ascensor.

Inspeccionamos el cuarto con la misma curiosidad. Era discreto y con un baño minúsculo. Tres perchas sujetas a unos ganchos en la pared hacían las veces de armario. Una amplia cama, que ocupaba casi todo el espacio, y una banqueta componían la totalidad del mobiliario. La ventana era grande y, al ser un cuarto piso daba buena luz. Nos sentamos risueñas en la cama para ver si era cómoda y, antes de abrir la maleta para darle los detalles que le había traído, quise devolverle el dinero adelantado. No hubo forma de que lo aceptara.

Pequeña Xin seguía siendo tan cabezota como siempre y tanto o más reservada. Cogió sus regalos, dio las gracias y sin más dijo que se iba a dejarlos en su casa y que nos veríamos en la recepción en una hora para que tuviera tiempo de descansar del viaje. Yo no me había quejado de cansancio y, por primera vez desde que conocí a *xiao* Xin, sentí que las diferencias de nuestras realidades dificultaban la ilusión que había alentado nuestro entendimiento en la juventud.

Al cerrarse la puerta, el aire de la habitación se preñó de la misma sensación inabarcable que tantas veces me asaltó durante los años que viví en Pekín. Tal vez era demasiado susceptible y en estos trances me sentía como si saltase al vacío, como si amaneciese inmersa en un laberinto o como si lo desconocido fuese tan profundo que de nada sirviera asomarse para aprehenderlo. La repentina despedida de Pequeña Xin me había dejado muda.

Inmóvil, con la mirada fija en la puerta cerrada, dejé que en mis labios se dibujara una sonrisa trémula mientras me esforzaba por repasar el encuentro tratando de encontrar una explicación. Acababa de reunirme, después de casi cuatro décadas, con quien consideraba mi hermana del alma, y nada hacía suponer que se hubiese acortado la distancia que nos había separado. No era capaz de descifrar la hondura de las emociones. No podía decir que la conversación hubiese sido banal, pero había transcurrido por derroteros externos, superficiales, como si no tuviéramos nada más interesante que compartir. Pequeña Xin no había hecho ningún

comentario ni pregunta que pudiera considerarse personal. No es que hubiese sido fría o insincera. No, casi peor, había sido rutinaria, como si en lugar de un puñado de años hubiesen pasado tres días.

Sun Zi, el gran estratega chino de hace veinticinco siglos, enseñó que para triunfar es fundamental conocerse a uno mismo y a los demás. Me pregunté si las largas décadas de ausencia habían vuelto a cavar el abismo que separa la comprensión entre orientales y occidentales. Penetrar en el pensamiento de un chino es tan difícil que esa inaccesibilidad supone una ventaja a la hora de negociar con un occidental, baza que tal vez hayan jugado los dirigentes comunistas en su empeño por resituarse el país en el centro del mundo.

En la época estudiantil, ninguna de las dos tuvimos conciencia del precipicio que nos separaba, o simplemente lo ignoramos y lo saltamos sin esfuerzo. Para conocernos dejamos atrás reticencias, prejuicios y silencios. La victoria nos llevó a hacernos hermanas del alma. Muy a mi pesar, esa tarde me asaltaron las dudas y temí que todo hubiese sido una ficción sin trascendencia.

Salí del ascensor al mismo tiempo que Pequeña Xin empujaba la puerta giratoria de la entrada.

—¿Qué quieres para cenar? Por aquí hay todo tipo de restaurantes, desde *pizza* a cocina hongkonesa.

—Me apetece cocina china, pero me da igual del tipo que sea. Ya sabes que lo que más me gusta son las verduras.

Dimos una vuelta sorteando obras, andamios de bambú y todo tipo de máquinas. Las aceras estaban también repletas de grupitos de hombres que miraban cómo dos jugaban al *go* con el tablero en el suelo o cómo cuatro lo hacían a las cartas sobre un bidón o sobre una silla de tijera. No se veía el dinero pero, según comentó Peng *laoshi* y corroboró Pequeña Xin, las apuestas corren y son fuertes. En contraste con esa algarabía, transitamos por una calle desierta y limpia como una patena, en la que se alzaba en uno de sus lados un alto muro blanco con un zócalo gris. Dos guardias protegían la puerta pintada de rojo del Gobierno de Shaanxi.

Recalamos en una especie de restaurante de comida rápida que tenía toda la cristalera llena de fotos con los platos del menú. Un montón de empleados fregoteaban vajilla y vasos detrás del largo mostrador en el que se exponía la comida preparada. Nada apasionante. Nos sentamos en un rincón tranquilo junto a la cristalera y pedimos al camarero unos tallarines con verdura, unas empanadillas y unas setas.

—Hemos pasado por delante de varios edificios con grandes caracteres en rojo ¿Qué significan esos letreros? —pregunté a Pequeña Xin.

—Todo el barrio está desahuciado. Van a remodelar su urbanismo, lo que incluye prolongar la línea del metro, ampliar las calles y construir torres de más treinta pisos para las viviendas. Los edificios marcados son los próximos a demoler. Afortunadamente, el mío se encuentra dentro de las dependencias del Instituto de Investigación Arqueológica de Xi'an, que no se verá afectado por el nuevo plan urbanístico. No me apetece nada cambiarme a un apartamento moderno, aunque tenga más comodidades.

—¿Vives en una habitación? —inquirí con una mezcla de extrañeza y sosiego por, supuestamente, haber hallado el motivo por el que mi amiga ni tan siquiera se había brindado a enseñarme su casa.

—No —contestó sonriendo—. Tengo un piso de dos habitaciones, con baño y cocina. Es mío. Me lo asignó el instituto. Me correspondía como funcionaria, aunque tardaron varios años en dármelo. Hace más de una década que me ofrecieron comprarlo por un módico precio y lo hice. Es de mi propiedad. Mañana te lo enseño.

Hacía rato que se habían disipado las cintas anaranjadas que despedían la tarde. Farolas y letreros de neón iluminaban la calle en la que el número de viandantes se había reducido considerablemente.

—Me dijeron en Beida que has escrito varios libros.

—Son investigaciones muy técnicas. El Gobierno tiene un enorme interés por cualquier tema referido a Qin Shihuang Di y todo lo que escribo se publica. Pese a que ya estoy jubilada, tengo el compromiso de terminar otro trabajo con los detalles de los últimos estudios que he realizado de la colina que esconde el túmulo de setenta y seis metros de altura que alberga los restos del primer emperador.

—¿Cómo que te has jubilado? ¿Te pasa algo?

—No, no. En China las funcionarias nos jubilamos a los cincuenta y cinco años y las mujeres que tienen un trabajo manual a los cincuenta. Los hombres cinco años más tarde en cada caso.

—¿Tan jóvenes?

—En la pasada década se aceptó que los intelectuales nos retirásemos, las mujeres a los sesenta y los hombres a los sesenta y cinco, pero la medida desató mucho malestar entre los jóvenes, que consideraron que les impedía encontrar trabajo, por lo que se volvió a la antigua fórmula.

—¿Vosotros no protestasteis?

—Creo que la mayoría lo prefiere así. A mí no me gustó nada, pero estoy aprendiendo a encontrarle las ventajas. Ahora asesoro a una empresa privada y complemento mi pequeña pensión.

—Gustavo diría que es el mejor método para ser feliz. Pero, dime, ¿qué es eso de que estás investigando la tumba del emperador Qin Shihuang? ¿Van a abrirla ya?

—Precisamente en el texto que estoy escribiendo defiendo que no debe tocarse el panteón, al menos de momento, porque hay un serio peligro de que se dañe su contenido cuando entre en contacto con el aire, y porque se necesitaría una cantidad ingente de fondos para preservar lo que se encuentre. Mejor dejarlo como está y estudiar su apertura dentro de treinta o cincuenta años, cuando la técnica haya avanzado más y nos lo podamos permitir.

—¿Es cierto que llenaron el recinto mortuorio de mercurio para matar al que lo profanase?

—Es solo una leyenda sin nada que la sustente, aunque no es de extrañar que se simulara con mercurio las cuencas de los grandes ríos del imperio, el Yangtsé y el Amarillo. Qin Shihuang estaba obsesionado con la inmortalidad y quiso llevarse al más allá una recreación lo más exacta posible de su reino para mantener el poder después de la muerte. El mercurio es un mineral líquido de color blanco plateado y brillante que bien podía simbolizar el agua que enriquecía sus tierras.

—¿Sabes lo que contiene el túmulo?

—Sabemos que ordenó construir su morada eterna nada más comenzar su reinado y que la dotó de todos los bienes de los que disfrutaba en vida. En el mausoleo había palacios, jardines, sirvientes, animales y fabulosos tesoros, aunque posiblemente ya no quede nada de las joyas, el

oro, los objetos preciosos y los metales. Hay constancia documental de la violación de la tumba en el 206 a.C., solo cuatro años después de que le enterraran y la sellaran. Tras el saqueo de todas las riquezas, la incendiaron.

—Si ardió y no queda nada, ¿por qué te opones a que se abra?

—El fuego no redujo todo a cenizas, como se ha podido comprobar con los guerreros de terracota, y el ejército apenas supone el 1 por ciento de lo que se quiso llevar al otro mundo.

—¿Has participado en esa excavación?

—He estudiado, más que excavado, pero también pasé un año en la primera fosa extrayendo y restaurando.

—¡Es fantástico! Una de las maravillas del mundo y tú trabajando ahí...

—Sabes que no me gustaba la arqueología. Al terminar la universidad seguía ofuscada en mi rechazo. Yo quería hacer un doctorado, dar clases. Mis notas eran excelentes y no pudieron negarme el posgrado, pero no pude continuar más. Acabados los estudios me destinaron a Xi'an. Me llevé un disgusto tremendo.

—Pero tu familia estaba aquí...

—Estar con mis padres era lo único positivo, pero yo quería quedarme en Beida. Después de los años que estuve en la comuna popular, no quería saber nada más del campo; me repugnaban las excavaciones y pensé muy seriamente en irme del país. Pero tuve la inmensa suerte de que me asignaran al Instituto de Investigación Arqueológica y me pusieran a trabajar bajo la supervisión del director Jiang. Fue mi jefe directo, un hombre extraordinario que de inmediato percibió mi frustración y puso todo su empeño en hacer de mí la arqueóloga que soy. Me enseñó que para desentrañar la riqueza histórica de un país es tan importante quien excava como quien investiga y me abrió las puertas de par en par a lo que siempre me ha gustado: la investigación y la enseñanza. El director Jiang estaba fascinado con el ejército de terracota y consiguió contagiarme su entusiasmo de tal forma, que no solo me he dedicado a investigar los documentos que han ido apareciendo sobre Qin Shihuang, sus palacios y su tumba, sino que fui yo la que le pedí, después de años de estudio de papeles y piezas, que me dejara ir a las excavaciones y participar en la recuperación y restauración de media docena de terracotas.

—¡Qué alucinante! Debe ser una experiencia tan brutal como formar parte de los equipos que sacaron a la luz la tumba de Tutankamón, Teotihuacán o la Puerta de Ishtar. A mí me apasiona bucear por ruinas y museos. En esto México se parece a China. Está repleto de tesoros históricos. También fui dos veces al museo de El Cairo y otras dos al de Pérgamo, en Berlín, y casi me tienen que sacar a rastras de ambos. No es solo la belleza, sino que al contemplarlos te transportas y sientes desfilar ante ti toda la historia y mitología de la Antigüedad. Me puedo imaginar lo impactante que debe ser tener entre tus manos trozos del sueño de eternidad del primer emperador soberano de Qin.

—No hay duda de que ha marcado mi vida. Es uno de esos seres únicos como Nabucodonosor II, Alejandro Magno o Ramsés II. Cuanto más indago, más le admiro. Pero ya hablaremos del emperador Qin cuando te lleve a ver los guerreros. Ahora debes hablarme de ti, de esta inesperada aparición.

—¿De mí? Mírame. Soy una momia egipcia saliendo de la tumba en busca de un elixir para apagar mis penas. ¿Encontró la famosa arqueóloga alguno oculto entre las pertenencias del Ejército imperial?

—Me alegra ver que mantienes el sentido del humor, pero no creo que la búsqueda de una pócima te haya empujado a cruzar el océano, ¿o sí?

La broma no pudo impedir que lágrimas traidoras inundaran en un segundo mis ojos y se desbordaran con prisa mejilla abajo. Las sequé con rapidez mientras hablaba un poco al azar de mi pasado reciente y con más profundidad de cuando me fui a Guadalajara con Gustavo, de nuestro matrimonio y de mis clases, de manera que Pequeña Xin pudiera formarse un cuadro bastante exacto de mi vida.

Los camareros habían puesto medio restaurante patas arriba y no quedaba ningún otro cliente. Uno se acercó con la cuenta y nosotras, sin interrumpir el relato, pagamos y salimos a la noche primaveral, despejada y bastante fría en comparación con el calor pegajoso de la tarde. Deambulamos un rato dejando que volviese la confianza mutua que construimos con ilusión, saboreando los secretos nacidos en la ausencia. Acordamos que hasta el día siguiente no rastrearíamos en las profundidades del alma de Pequeña Xin. La inmersión de las últimas horas había sido intensa y era mejor que las confesiones fluyeran con naturalidad, sin precipitaciones ni presiones.

Regresé a mi habitación en torno a las nueve y al entrar noté que pisaba algo. Por debajo de la puerta me habían introducido un par de tarjetas con los números de teléfono de insinuantes chicas en bikini. ¿Adónde había ido mi China? Tanta revolución, tanta sangre, tanto penar para acabar en un nuevo ciclo de esclavitud de la mujer. Rompí las tarjetas con rabia y las arrojé a la papelera.

LOS GUERREROS DE TERRACOTA

A las nueve de la mañana apareció Pequeña Xin, esa vez sí, con el coche y el conductor de su cuñado. Al parecer, el agente se inventó un problema en los papeles de importación del Mercedes y, después de mucho negociar, el chófer tuvo que darle tres mil yuanes para que cancelara la orden de inmovilización del vehículo y permitiera que volviese a circular.

—La corrupción es insoportable. La policía considera que solo los «bolsillos llenos» tienen coches que no se fabrican en China y en cuanto ven una oportunidad propicia los paran para que les den una buena mordida. En fin, dejemos este tema, que me quema la sangre. Vamos a mi antiguo trabajo, a Bingmayong.

—Será un placer visitar las excavaciones contigo. Espero que me reveles todos los secretos de los soldados de terracota y de la tumba. Ayer me dejaste bastante sorprendida cuando dijiste que cuanto más investigas, más admiras al primer emperador. Tenía entendido que los intelectuales chinos le considerabais un tirano.

—Tanto la personalidad como la obra de Qin Shihuang inspiran sentimientos contrapuestos, en parte porque lo que sabíamos de él era a través de Sima Qian, sin duda un grandísimo historiador, pero hay que tener en cuenta que vivió un siglo después, en pleno apogeo de los Han, la dinastía que supo aprovechar las conspiraciones y revueltas que azotaron China a la muerte de Qin Shihuang para, tan solo ocho años después, hacerse con su legado. Los Han instigaron la leyenda negra del primer emperador porque su desprestigio les beneficiaba para consolidar el gobierno y Sima Qian era un alto funcionario de esa dinastía —sentenció.

Los guerreros de terracota se encuentran a cincuenta kilómetros de Xi'an, pero al salir de la ciudad en hora punta tardamos en llegar una hora y media. Pequeña Xin dedicó todo el trayecto a analizar la controvertida figura del unificador de China, quien desde la cuna tuvo que urdir su grandeza porque lo único que tuvo cierto es que era hijo de una concubina.

—A los veintiún años, en el 238 antes de nuestra era —continuó la arqueóloga—, acabó con la regencia de su madre, quien maquinaba con un grupo de consejeros un complot contra él. A excepción de a la madre, los degolló a todos y a otros muchos sospechosos. Rodaron más de cuatrocientas cabezas. Su sanguinaria leyenda comienza entonces, aunque en estas últimas décadas se han encontrado una serie de documentos legales entre las pertenencias de funcionarios de aquel tiempo que atestiguan que su reinado no fue tan brutal como lo pintaron los consejeros de la dinastía Han. Los textos de las siete estelas de piedra que dejó Qin Shihuang durante los viajes de inspección que realizó por el imperio también dan cuenta de un Gobierno más moderado.

—Me sorprendes. ¿No fue un déspota empeñado en agrandar su imperio?

—Nadie discute sus ansias de conquista. Es cierto que tan pronto como se puso al frente del pequeño reino Qin, desató una victoriosa campaña militar que en quince años dominó los Siete Reinos Combatientes y sentó las bases del actual Estado chino. También lo es, que su ambición desbordada le llevó a despreciar el título de rey, por lo que a partir del 221 a.C. hasta su muerte en el 210 a.C., se hizo llamar primer emperador soberano de la dinastía Qin. No hay duda de que su empeño en diseñar un mausoleo gigantesco en el que recrear todo lo conseguido, incluido su valeroso Ejército, fue fruto de su delirio de grandeza, pero por encima de todo esto fue un visionario que tomó medidas de extraordinarias consecuencias políticas, económicas y sociales, como la abolición del feudalismo y la construcción de la Gran Muralla y de una extensa red de carreteras, obras hidráulicas y palacios. Esas decisiones le han valido un lugar preeminente en la historia. Te parecerá un opresor, pero investigaciones recientes han puesto en tela de juicio las referencias del letrado Jia Yi (200-168 a.C.), un importante consejero de los emperadores Han, quien contó todo tipo de perversiones sobre Qin Shihuang, como que ordenó matar a los intelectuales y quemar los libros. Los textos descubiertos revelan que el uso de castigos como la pena de muerte, la castración y la mutilación fue muy común antes de la llegada del primer emperador, mientras que durante su reinado se aplicó mucho menos y solo después de que un proceso policial y judicial muy reglado dictara sentencia. También se redujo el uso de la tortura. Además, los códigos del primer emperador supusieron un avance social en tanto en cuanto defendieron la familia como la unidad básica de la sociedad y dictaminaron iguales castigos para el hombre y la mujer en caso de violación de la fidelidad conyugal.

No tenía forma de rebatirla. Evidentemente, conocía millones de detalles de Qin Shihuang y del periodo en que vivió, pero no dejaba de asombrarme la pasión con que hablaba de él.

—¿Quieres decir que había igualdad de género en China hace veintitrés siglos?

—Sin exagerar. Lo que he dicho es que la fidelidad conyugal obligaba por igual a hombres y mujeres y se penalizaba sin tener en cuenta la diferencia de sexo. Todo esto, por supuesto, en el marco de una autocracia, pero es fundamental dejar a cada uno en su sitio y Qin Shihuang no fue el ogro que nos pintaron. Esto es lo que demuestran los documentos que hemos encontrado, cuyos textos estamos sacando a la luz.

Hablaba con tal seguridad que parecía que no le importaba lo que pensarán de ella siempre que se colocara «en su sitio» al hombre al que había dedicado su vida profesional.

—Me parece increíble oírte hablar con esa pasión de tu trabajo. Ya he visto el ejército de terracota dos veces, pero creo que tus explicaciones me van a hacer mirarlo con otros ojos.

—Hemos llegado —dijo Pequeña Xin, abriendo la puerta del coche antes de que estuviera totalmente parado.

Rodeamos la fila de turistas y entramos por una puerta lateral. Bingmayong, que literalmente significa «soldados y caballos funerarios», ya no eran las tres fosas tapadas con un tejado de uralita que visité en 1979, sino que se había convertido en un apabullante museo, con diversos edificios públicos y otros reservados a sus cientos de empleados. Pequeña Xin sacó su pase oficial, pero la empleada ya la había reconocido. Nos abrió la puerta y se deshizo en halagos.

—Investigadora Zhou Xin, sea bienvenida, la echamos mucho de menos. Queremos que escriba tranquila su trabajo porque todos estamos deseosos de leerlo.

De forma casi automática, la muchacha cerró la puerta, se giró hacia la extranjera y con una sonrisa comenzó su explicación en inglés:

—Bingmayong tiene tres fosas. La primera es la mayor. Sus catorce mil doscientos sesenta metros cuadrados albergan seis mil guerreros y caballos de tamaño natural, dispuestos en formación de combate. Tres filas de oficiales comandan el cuerpo militar que integran treinta y ocho filas de reclutas. La segunda fosa tiene seis mil metros cuadrados y más de mil militares y caballos de terracota. La tercera, de tan solo quinientos metros cuadrados, representa el cuartel general de este ejército funerario y contiene un carro de combate y sesenta y seis guardias imperiales.

Con una cercana amabilidad, Pequeña Xin interrumpió a la joven, le explicó que yo había sido su compañera de habitación en Beida y le insinuó que no hacía falta que nos acompañara. La azafata se excusó y desapareció.

—Mira la perfección de sus facciones y de sus uniformes. Si te fijas, verás que los rasgos de cada soldado son diferentes; se debe a que se corresponden con un modelo real. La nariz, los ojos, el pelo, la frente, las mejillas. En algunos el gesto es tan claro que se puede adivinar el pensamiento. Los artesanos elaboraban los moldes de las distintas partes del cuerpo, los más experimentados realizaban los de las cabezas. Después, los obreros —tuvieron que decretar una leva para reclutar trabajadores— los rellenaban de masa de terracota y procedían al ensamblaje de las piezas empezando por la base, los pies, las piernas, el torso, la espalda, los brazos y, por último, la cabeza y las manos. A continuación y, tras dejar que la terracota se secase durante un par de días, los artesanos volvían a encargarse de ellas para pintarlas; finalmente las cocían en gigantescos hornos a unos mil grados de temperatura. Todo estaba cuidado al detalle en un proceso de elaboración perfecto —afirmó con orgullo.

—¿Todas las terracotas estaban pintadas?

—Absolutamente todas, desde los zapatos a la armadura, la capa, la cara o las armas, en una policromía de vívidos colores, pero la pintura se cristalizó y, si entra en contacto con el aire, en apenas quince segundos cambia de color y en menos de siete minutos se pulveriza. Hemos trabajado con equipos de Estados Unidos, y sobre todo de Alemania, para conseguir mantener el color de las terracotas, pero su técnica es muy cara y aspiramos a tener una propia. Por eso hemos decidido que no vamos a realizar nuevas excavaciones hasta que no tengamos la tecnología que nos permita conservar la pintura.

Al mirar los ejemplares policromados que se encontraban protegidos por urnas de cristal, tuve la impresión de que los ojos de los soldados cobraban vida. Parecía que de un momento a otro me iban a hablar o se iban a poner a andar y a disparar sus flechas.

—Son colores muy intensos —comenté absorta.

—Obtener el silicato de cobre y bario con que se consiguen ese morado y ese azul ha sido un verdadero dolor de cabeza —añadió *xiao Xin*—. Se desconoce qué técnica utilizaban, pero obligatoriamente tenían que fundir juntos varios minerales, como la azurita, el cuarzo y otros, a más de mil grados.

La funcionaria de la recepción alertó al director del museo de la llegada de la investigadora Zhou con su amiga extranjera. El director Gao, que había sido el jefe de Pequeña Xin en sus dos últimos años de trabajo, nos sorprendió en plena visita. Encantada con la atención de su exjefe y después de las presentaciones, le invitó con una sonrisa a que continuara la explicación que me había dado.

—Aún no se sabe cómo lograban el equilibrio de las terracotas antes de meterlas en el horno —indicó Gao—. Algunos soldados miden casi dos metros, por tanto son más altos que los hombres de entonces y hay que tener en cuenta que cada centímetro de altura incrementaba considerablemente las dificultades para mantenerlo erguido. Los caballos, sin embargo, son más bajos de lo que en realidad eran.

—¿Y por qué? —pregunté, reconociendo que hasta ese momento no me había percatado de las diferencias.

—¡Ah, si lo supiéramos! —respondió el director, al tiempo que Pequeña Xin dejaba escapar un melancólico suspiro—. La técnica y los motivos son las grandes incógnitas que nos faltan por resolver. La película que cubre las flechas es un antioxidante que no se descubrió hasta hace poco más de una década en Alemania y aún no sabemos cómo soldaban el oro y el bronce de las riendas de los caballos y de los carros. Lo que tenemos claro es que la mayoría de los soldados miran hacia el este porque el emperador temía que los pueblos sometidos al este del inicial reino Qin volvieran a levantarse y pusieran en jaque su imperio. Es un ejército en posición de combate y listo para actuar —afirmó, apuntando con su dedo a las terracotas—. Avanza primero la infantería ligera, seguida del cuerpo de lanceros con sus corazas y de la caballería, que aún marcha a pie con los caballos agarrados por las bridas o conduciendo los carros de guerra, cada uno tirado por cuatro corceles. Les flanquean los arqueros, la mitad de ellos rodilla en tierra, preparados para disparar. Los generales dirigen la batalla desde la retaguardia.

—Director Gao —intervino Pequeña Xin—, no le he dicho que Be Tice estudió historia de China y fue una de las primeras extranjeras en visitar Bingmayong. Estuvo aquí en 1979.

—¡Ah! Usted conoció esto antes que yo, entonces puede corregirme —replicó, entre las risas de los tres.

—Solo puedo darle la enhorabuena por los logros alcanzados. Cuando vine la primera vez apenas se habían excavado unas decenas de terracotas. Contemplar este ejército deja a cualquiera sin palabras. ¿Se conservan enteras muchas figuras? —pregunté.

—No, ese es el gran problema. En las revueltas sucedidas a la muerte de Qin Shihuang Di, los ladrones consiguieron entrar en este foso y robaron las armas y todo lo de valor. En su fechoría rompieron muchas terracotas y luego, movidos por el odio, prendieron fuego a todo. El techo de los tres fosos se desplomó y destrozó las figuras. Muchas están ennegrecidas por el humo

del incendio. Vamos hacia el segundo foso y podrá ver mejor como están hechas pedazos. Allí tenemos a un equipo de arqueólogos que trabaja en una pequeña zona habilitada al público.

—¿No se ha encontrado ninguna entera?

—Ni una sola.

—Increíble, y ¿cuánto se tarda en restaurar una figura?

—Al menos un mes. La investigadora Zhou puede explicarle cuánto tardó su equipo. Restauraron media docena de soldados y un caballo, ¿no fue así?

—Sí, el caballo estaba muy destrozado y tardamos bastante más. En total trabajé un año aquí en la excavación, pero he venido con frecuencia por cuestiones relacionadas con las investigaciones sobre el primer emperador.

Yo estaba fascinada con las explicaciones que me daban y no me percaté de que se había hecho tarde para el almuerzo hasta que el director se excusó por no poder acompañarnos. Nos anunció que había dispuesto que comiésemos en el restaurante del museo, junto con cuatro antiguos compañeros de Zhou Xin. Fue un delicioso banquete, con algunas especialidades, como hojas tiernas de salsa rellenas de piñones, que no había comido nunca antes.

La tarde era espléndida e invitaba a un paseo por los cuidados jardines del museo, donde ciruelos, almendros y lilos se encontraban en plena floración, entre bellos parterres de flores. A través de los jardines se accedía a otras dos salas pequeñas, en las que han aparecido terracotas de cortesanos y servidumbre. El halo de Qin Shihuang Di sobrevolaba el entorno, que corona su túmulo encajado en los montes Li, a solo un kilómetro y medio de distancia de su ejército.

Antes de emprender el camino de vuelta a Xi'an, echamos una ojeada a la enorme tienda de recuerdos del museo. Entre miles de copias de todos los tamaños de las terracotas, coloreadas o no, y otros muchos cachivaches, charlaba con un grupo de turistas a través de un intérprete uno de los cuatro campesinos que, en 1974, cuando trataban con sus palas de construir un pozo para regar una plantación de caquis, se toparon con un trozo de cerámica roja. Hinchado de la vanidad que le otorgaba el ser «padre» de uno de los grandes hitos de la historia de la arqueología mundial, el hombre se dejaba fotografiar por los extranjeros mientras les invitaba a hacer compras.

PERROS Y GATOS

Pequeña Xin se quedó dormida nada más subirse al coche. La entrada en Xi'an coincidió con la hora punta y la despertó el claxon de conductores impacientes o enfadados con las cabriolas que hacían para avanzar entre los coches atascados quienes, al volante de un potente todoterreno, creían que el mundo era suyo y tenían derecho a aplastar los obstáculos que encontrasen por el camino.

—Vamos a mi casa; te presento a mis amigos; damos una vuelta y después cenamos, ¿te parece?

—Estupendo —respondí, pensando que había organizado una pequeña reunión. No sospeché ni por lo más remoto que Pequeña Xin no hablaba de personas, sino de sus perros y los gatos de la vecindad.

El Instituto de Investigación Arqueológica tenía una serie de edificios que conformaban un rectángulo con un amplio jardín central. Los bloques que daban a la calle eran los de las oficinas,

archivos y depósitos; los interiores, los de las viviendas de los funcionarios. Todos tenían cuatro alturas sin ascensor y las fachadas eran de ladrillo blanco visto, típico de la arquitectura de los años ochenta. La entrada y las escaleras de cemento del edificio de Pequeña Xin estaban descuidadas, con las ventanas sucias y algunos de los cristales rotos. Ella vivía en la tercera planta y cuando abrió la puerta, ya la esperaban atentos en el pasillo dos perros: un labrador y otro de pequeño tamaño y sin raza definida. Fue la primera vez desde que llegué que la vi feliz y desinhibida. Los acarició, los besó y les habló como si fuesen personas.

En el apartamento reinaba la limpieza, el orden y la ausencia de lujos. El dormitorio tenía una gran cama de madera con un edredón rojo, un gran armario y un tocador con espejo. La sala estaba atestada: una mesa redonda con dos sillas también tapizadas en el sempiterno encarnado, un ancho mueble de madera con estanterías, cajones y armarios que ocupaba toda una pared; junto a la ventana, un pequeño escritorio con su silla de ruedas sobre el que reposaba un ordenador, además de un sofá granate con un gran sillón a juego y una mesa baja rectangular de conglomerado. Todo era sencillo y, aunque ajado, estaba impecable. Los últimos rayos del sol iluminaban la cristalera de la terraza integrada en la cocina. Macetas de orquídeas, jacintos y otras flores primaverales alegraban el ambiente.

—Es su hora de sacarles al parque. En el camino de vuelta podemos comprar unos *jiaozi* y algo más para la cena. Tengo una botella de vino y fruta —sugirió, tras advertirme que antes debíamos ir a dejar comida a los gatos.

—¿Qué gatos?

—Hay muchos. Se cuelan por las rejas del instituto. Vienen a beber a la fuente del jardín, pero están hambrientos y yo les echo de comer. A los vecinos no les gusta y si ven la comida, la tiran, por eso tengo que esconder los platillos en los que se la dejo.

Las contradicciones que veía en la conducta de mi antigua compañera de habitación me desconcertaban. Dejaban entrever una profunda tristeza, tal vez más angustiosa que la pérdida que yo había sufrido. Una desgracia latía en el corazón hecho jirones de Pequeña Xin que la condenaba a una soledad infinita. Me dolía ignorar qué atenazaba su vida y me pregunté si la necesidad que había sentido de venir a buscarla no sería consecuencia de haber escuchado el grito de socorro que profería mi hermana del alma.

No fue posible abrir la botella de vino porque no tenía sacacorchos. En su lugar, bebimos un té de Longjing (Pozo de Dragón), un lujo casi inasequible en nuestra época de estudiantes, que recordamos con cariño. Sentadas en el sofá de la sala, con los perros a los pies, fuimos tirando del hilo de la madeja que los años habían engrosado.

—¿Cómo fue tu vuelta a casa? —le pregunté nada más acomodarnos.

—Complicada desde el principio. Poco después de regresar a Xi'an mi madre enfermó de cáncer. La operaron y se recuperó bastante bien, pero dos años más tarde se le reprodujo ya sin solución. Se lo comunicamos a sus hermanos y quedaron en que nos reuniéramos en Hong Kong. ¿Te acuerdas? Tú les localizaste en Taiwán.

—Por supuesto. Para mí fue una de las misiones más entrañables de mi vida. Siempre la recordaré.

—A Hong Kong nos fuimos los seis —mi hermano, mi hermana y su marido, mis padres y yo — y de Taiwán acudieron mis tíos y una prima con su marido. En total éramos doce personas. Fue un viaje muy emotivo. Todos sabíamos que tenía el doble sentido de la reunificación familiar

después de cuatro décadas y de la despedida definitiva. Ella estaba radiante, pasó horas abrazada a su hermano y a su hermana. Lloraron, rieron, se perdonaron y se animaron a seguir viviendo, aunque a ella la vida se le escapaba ya a chorros.

—¿No aprovechasteis para que la viera un oncólogo de allí?

—Se negó en redondo. Dijo que sus aspiraciones estaban cumplidas, que era absurdo engañarse y que lo mejor que podía hacer era descansar en paz. Solo aceptó ir a una farmacia y que comprásemos unos calmantes más fuertes que los que tomaba. El dolor la derrumbaba con frecuencia. De vuelta a Xi'an, el deterioro fue muy rápido. No volvió a salir de la casa. Vivió otros seis meses y yo me dediqué a cuidarla.

—¿No trabajabas?

—Sí, pero lo menos posible. Aún no había descubierto la pasión por la arqueología y en el instituto trataba de pasar inadvertida para que no me dieran mucho trabajo ni me destinaran a ninguna excavación.

—¿Tu hermano no se había casado?

—No, solo mi hermana. Yo me apoyaba en mi hermano, que aguardaba el fatal desenlace para irse a Estados Unidos. Se había graduado en ingeniería y le concedieron una beca en una universidad estadounidense cuando mi madre recayó. Retrasó su marcha un curso y ella murió unos meses antes de que empezara. Cumplidas sus obligaciones filiales se fue y se quedó allí.

—¿No ha vuelto?

—Sí, un par de veces. Se casó con una norteamericana y viven en Misuri. Vinieron en 2001 con sus hijos para que les conociéramos. Fue la última vez.

—¿Y tú? Cuéntame de ti.

El labrador levantó la cabeza y me miró con recelo, como si adivinase lo que acababa de decir. *Xiao Xin* le rascó la frente y el perro volvió dócilmente a su posición anterior.

—A principios de 1989 me presentaron a un ingeniero de Pekín al que habían encargado un proyecto en Xi'an. Estaba divorciado y tenía un hijo que cuidaban sus padres. Empezamos a salir y todo pareció fácil. Él quería casarse, pero no quería más hijos. Pensé que había que ir paso a paso y que aún no había llegado el momento de tocar el tema de la descendencia. Me ilusioné mucho y pensé que el matrimonio sería incluso bueno para que de una vez por todas me dieran este piso que me correspondía como funcionaria del instituto. Lo había solicitado repetidamente, sobre todo desde que mi padre se casó al poco de enviudar, pero retrasaban la entrega por el mero hecho de que no estaba casada. Eso me endemoniaba. Estuve en contra de la boda de mi padre y no quería vivir en su casa. Fue un año de peleas por distintos frentes, pero al final todo pareció arreglarse. Me dieron el piso y al mes siguiente me casé. Cometí el mayor error de mi vida. Nunca he sido tan infeliz —afirmó, mirándome a los ojos.

Fue tan clara, tan rotunda que me dejó fuera de juego. El silencio se hizo largo, embarazoso. No estaba preparada para escuchar esa inesperada maldición. Posé mi mano sobre la suya cerrada y bajé los ojos casi avergonzada de la certeza de que la única infelicidad que me ocasionó Gustavo fue el hachazo de su muerte. Busqué palabras de consuelo y no las encontré.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Seis años, que pagaría por borrar de mi vida —sentenció con un rictus de espanto, tensándole el rostro—. Lloré tanto que pensé que me convertiría en agua.

Yo estaba conmocionada. No alcanzaba a entender el desgarrador dolor que exudaba Pequeña Xin por cada una de las células de su cuerpo. Se había quedado rígida y ausente. Presioné su hombro para hacerla reaccionar y traté de reanudar la conversación.

—Vamos, tranquila. Cuéntame qué pasó.

—Ya te comenté que él tenía un hijo. Su mujer les abandonó. Un día se fue supuestamente al extranjero y nunca más volvió. El bebé tenía once meses y él se lo dejó a sus padres para que se encargaran de la crianza. Cuando nos conocimos, el niño aún no había cumplido los cuatro años. Los abuelos se opusieron desde el primer momento a nuestro matrimonio. Ellos querían para su «pequeño emperador» un reino único, exclusivo, y rechazaban que su hijo rehiciese la vida con otra mujer por temor a que yo le diera otro hijo y él desatendiera al que ya tenía. A mí no me dijo nada, pero juró a sus padres que eso nunca sucedería a cambio de que ellos le autorizaran a casarse.

Trató de humedecerse los labios.

—Yo quería ser madre y las discusiones se fueron haciendo más frecuentes y más amargas. Tres años después, dejé por mi cuenta de tomar la píldora y me quedé embarazada. Le sentía crecer en mi vientre. Era mi hijo y lo perdí cuando estaba de cuatro meses. El muy canalla se enfureció, no por la pérdida, sino porque le había desobedecido y me había quedado embarazada. Perdí mucha sangre, me quedé muy débil y estuve hospitalizada bastante tiempo. Cuando retomaba la vida normal, a él lo enviaron de vuelta a Pekín. Comenzó entonces un nuevo calvario. Alentado por sus padres y encantado con su hijo, me reprochaba que yo no dejara mi trabajo y mi piso para irme a vivir con él y atender al hijo que a mí me negaba. Era de un egoísmo atroz. Tras dos años de trenes puse fin al periodo más desgraciado de mi vida.

—¿Pedir el traslado no te habría ayudado?

—Las cosas en China no funcionan así. Cada funcionario está adscrito a una unidad de trabajo en un sitio determinado. No existen los traslados. Tu unidad te puede mandar a otro lugar por un tiempo a hacer un proyecto concreto —como pasó con él—, pero, a todos los efectos, sigues ligado a ella y te manda volver cuando has terminado o cuando ella quiere.

—¿Y tu instituto no puede solicitar a la institución estatal de la que depende que te envíe a otra provincia?

—No, ya te digo que en China no existen los traslados definitivos, por eso hay millones de matrimonios que uno vive en una ciudad y el otro, en otra. Ni al Estado ni a las empresas les importa que te cases con una persona de otro lugar. No es su problema y no hay previstas soluciones al respecto. No existen restricciones a este tipo de bodas, pero el precio es vivir separados. La reunificación familiar solo es posible a costa de que uno de los dos renuncie al trabajo que tiene para empezar de cero en la ciudad de su pareja. Como funcionario es prácticamente imposible, pero hay quien se reinventa y crea su propia empresa. Tampoco es posible quedarte solo como ama de casa porque está muy mal visto. No tenía alternativa. Si dejaba mi puesto en Xi'an perdía mi casa y mi empleo.

—Entonces, ni tan siquiera te lo planteaste.

—Sí, que me lo planteé. Yo quería tener un hijo y estaba dispuesta a buscar una solución, pero él no solo no se avenía a que lo tuviéramos, sino que me confirmó con su abominable proceder que había sido el causante de que abortara. El médico me dijo que el miedo que yo sentía a que él descubriera mi embarazo me causó tal debilidad que impidió el desarrollo sano del

feto. Su intransigencia me tenía aterrada. Me hundí en un pozo del que me rescató la creciente pasión por la arqueología. Me concentré en mi trabajo como no había hecho hasta entonces. Publiqué mi primer libro y las investigaciones sobre Qin Shihuang Di me absorbieron.

—¿No has sabido nada de él desde que os separasteis?

—No, ni quiero. Pasé página. Si miro atrás la herida sangra, pero estoy segura de que a él no le atormenta el remordimiento.

Le cogí la mano y nos miramos calladas largo rato.

—¿Qué distintos han sido nuestros destinos! —exclamé, levantando las cejas—. Ninguna de las dos hemos seguido el camino que creímos nuestro. Cuando vine a China con aquella indómita pasión por la aventura y por conocer los secretos más ocultos del mundo parecía que aquella sed no se apagaría nunca. A pesar de ello, Gustavo la encauzó y fui feliz entre mis flores y mis alumnos sin necesidad de buscar más glorias. Por el contrario, tú, que durante la Gran Revolución Cultural solo soñabas con escapar del campo, estudiar y formar una familia, has encontrado la reputación investigando al emperador más controvertido de China, pero el sueño de ser madre te ha fustigado hasta extremos insondables. Yo, que me veía como la encarnación femenina de Marco Polo, soy una profesora provinciana, y tú, que te conformabas con dar clase, te has convertido en una investigadora famosa, con cinco libros a tus espaldas sobre una de las grandes maravillas del mundo, declarada Patrimonio de la Humanidad.

—No entiendo que digas que has sido feliz sin poder tener hijos. Toda mujer aspira a ser madre y más si se casa. ¿No discutíais por tu esterilidad?

—No era yo la estéril. Los resultados de las pruebas fueron un mazazo porque no admitían discusión: Gustavo no podía fecundarme. Hasta que no se fue, no eché de menos sus hijos. Las mujeres tenemos capacidad para realizarnos más allá de la maternidad. Tú misma lo has hecho, aunque el dolor que sientes no te deje verlo.

LAS HUELLAS DE QIN SHIHUANG DI

Todo en *xiao* Xin se volvía pequeño y gris cuando hablaba de su vida personal. En cambio, crecía y se iluminaba cuando explicaba algo relacionado con el primer emperador o trataba de clarificar su imagen, que insistía había sido maltratada por intereses posteriores que deformaron su trayectoria.

—En la historia de China han sido muy pocos los emperadores que han salido de sus palacios para conocer su imperio, pero en cuanto Qin Shihuang dominó los Siete Reinos Combatientes, quiso conocer sus dominios y contemplar el mar. En diez años, realizó cinco viajes de miles de kilómetros. Desafió la incomodidad de los caminos y las inclemencias de la naturaleza. A bordo de un carro tirado por seis caballos se lanzó a recorrer las tierras conquistadas, a conocer a sus nuevos súbditos. Cuando llegaba al punto más lejano de cada uno de los viajes, para recordar a su pueblo que era el Hijo del Cielo, ascendía a una montaña y mandaba levantar en el punto más alto que pisaba su pie una estela de piedra en la que dejaba grabados datos autobiográficos y órdenes del imperio. Ningún otro emperador chino tuvo esa osadía.

—¿Has visto alguna de ellas?

—Sí, incluso decidimos todo el equipo de arqueólogos que trabajábamos juntos reproducir paso a paso uno de los viajes del primer emperador. Seguimos sus huellas hasta Qinhuangdao, la única ciudad que recuerda su nombre. En la actualidad es el mayor puerto de la provincia de Hebei, pero se constituyó como núcleo urbano después de que Qin Shihuang eligiera este enclave en el estuario del río Tang, en el mar de Bohai, para enviar a sus huestes a una isla cercana a buscar a las deidades que poseían el elixir de la inmortalidad, las *xian* u ocho inmortales de la tradición taoísta.

—Deduzco que no las encontraron o tal vez ni siquiera las buscaron. La posibilidad de que el primer emperador se hiciera inmortal debía aterrorizar. Lo digo por lo que comentó tu exjefe y director del museo de Bingmayong sobre que incendiaron su tumba y las fosas que guardaban su ejército de terracota por odio hacia su persona.

—Evidentemente, fue un tirano. Eran otros tiempos. Yo soy arqueóloga y tú eres historiadora. Sabemos de qué hablamos —argumentó de nuevo en su defensa—. ¿Acaso los españoles no generaron odio entre los pueblos sometidos por su imperio? ¿O Moctezuma? ¿Qué me dices de los británicos o los estadounidenses? El primer emperador forzó la movilización de millones de hombres, unos para la guerra, otros para allanar y hacer casi siete mil kilómetros de caminos y carreteras y otros para sus megalómanas obras, incluidas la Gran Muralla y su tumba. Eso creó mucho resentimiento, pero no fue el bárbaro asesino que quemó libros e intelectuales, como hicieron creer sus enemigos. Por el contrario, abolió el feudalismo y encumbró al intelectual Li Si, que unificó los caracteres y elaboró un sistema único de escritura para todo el imperio, lo que fue fundamental para la expansión de la cultura china. La historia la escriben los vencedores y la suya nos llegó a través de los consejeros de la dinastía Han.

—Podría quedarme toda la noche escuchándote historias del primer emperador, pero ya es muy tarde y mañana podemos continuar. Además, tú mañana trabajas.

—Buena idea. Te acompaño hasta la verja. No creo que el guarda te pregunte nada después de que ayer no lo hiciera, pero por si acaso.

Los perros se desperezaron y también querían salir. Ella se lo impidió para no tener que repetir el minucioso ritual de lavarles las patas, la boca y los genitales. Según me explicó, lo hacía cada vez que los canes cruzaban el umbral de la puerta después de haber pisado la calle, aunque fuese solo unos minutos. Tras las deposiciones, les lavaba también el trasero, los alrededores y el rabo. Me sorprendió esa limpieza exhaustiva.

Las hazañas de Qin Shihuang se colaron esa noche en mis sueños. Como sucedía en mi juventud con las caravanas de Marco Polo, por mi almohada desfilaron guerreros y caballos, comerciantes y camellos, sedas y joyas, traiciones y lealtades. Entonces eran sueños de aventuras que me despertaban llena de energía, pero esa noche me adentraron en oscuras intrigas palaciegas y fueron tan desasosegados y agitados que me desvelaron.

Pequeña Xin me había contado que el primer emperador presintió su muerte durante su último viaje de inspección por el delta del Yangtsé y escribió a su hijo mayor nombrándole heredero y urgiéndole a reunirse con él. La carta no llegó a su destino. Los tres hombres más cercanos a Qin Shihuang, que le habían acompañado en el viaje, urdieron la traición. Su mano derecha Li Si, el eunuco jefe que debía enviar la misiva y su hijo menor se confabularon para que no se cumplieran sus designios y para que este último se adueñara del trono, que muy pronto demostró que no sabía defender.

DEL BLANCO Y NEGRO AL COLOR

Los rayos de un sol primaveral se filtraron radiantes por la ventana y me liberaron de las pesadillas que embotaron mi cabeza y alteraron mi descanso. Subí a desayunar a la terraza del hotel. Era la única extranjera entre una clientela formada mayoritariamente por hombres y un par de familias de tres generaciones: abuelos, padres y «pequeño emperador» o «pequeña emperatriz».

A media mañana, me fui sin prisas a visitar la gran pagoda del Ganso Salvaje. Estaba cerca, en mitad de un amplio parque rodeado de modernos edificios y un centro comercial. En su interior había una exposición de fotos, que permitía ver a través de las imágenes de la pagoda y sus alrededores la evolución de China a lo largo del siglo XX. Las primeras habían sido tomadas por extranjeros durante el primer cuarto del siglo. Tras la fundación de la República Popular, los autores de los reportajes fotográficos eran chinos. Había una fechada en 1976 que era la vívida imagen que yo guardaba de la gran pagoda y su entorno durante aquel viaje de 1979.

Como en la fotografía, en el Xi'an de aquella lejana Navidad no había colores. Era una ciudad en blanco y negro que, azotada por décadas de represión, vivía de espaldas a su glorioso pasado. Ese diciembre, el hollín teñía la nieve conforme caía y un anciano guardaba la elegante torre del siglo VII, que entonces se alzaba en el límite sur de la ciudad. Más allá, los campos dormían helados a la espera de la primavera, y un ejército de mocosos jugaba entre los surcos, enfundados en varias capas de camisetas y enguatados, pero con los cuatro o cinco pantalones que llevaban para protegerse del frío, abiertos por debajo para no manchar la ropa con sus micciones y deposiciones. La pobreza era endémica.

Carros tirados por burros, caballos o bueyes, bicicletas, destartalados autobuses y una pequeña flota de taxis formada por triciclos y coches eran los únicos medios de transporte. Los productos de consumo eran escasos. Nada vaticinaba que se obraría el milagro que fecundaría la zona con un bosque de modernos edificios de viviendas y un enjambre de avenidas y autopistas con un tráfico endemoniado.

Decidí vagar por los alrededores y poco después me encontraba en una calle de chalés adosados de tres plantas, con cuidados jardines y vigilancia tanto por cámaras como con personal privado. La estampa era bastante más increíble que la pujanza del desarrollo que acababa de ver. Debía de tratarse del barrio residencial de los nuevos millonarios chinos, que alimentaban el capitalismo copiando incluso el estilo de las construcciones norteamericanas. Sentí las miradas de los guardas sobre mí, pero nadie me dijo nada. Sin duda, las amenazas que debían repeler no provenían de una extranjera cincuentona y sola, sino más bien de las mafias con las que tal vez muchos de los ocupantes de esas viviendas se habían aliado para enriquecerse.

En la cena le comenté a Pequeña Xin la impresión que me produjo esa calle y noté el disgusto con que ella abordaba la conversación sobre las diferencias sociales.

—La situación actual es muy mala —comentó—. La disparidad entre ricos y pobres es inmensa y se agranda cada día. Es un monstruo que no para de crecer y de empequeñecernos a todos.

—En Pekín estuve con Peng *laoshi* y también le noté preocupado por las diferencias sociales y por la contaminación. Me dio la sensación de que se sentía incómodo con las ganancias del hijo, que deben ser enormes. Estos días he mirado un poco las noticias de la televisión, pero esos temas no los tocan y no conozco las redes sociales chinas. Me han contado algunos de los jóvenes con los que he hablado, que son muy activas y que reflejan muy bien el grado de ansiedad existente.

—Vivimos en una burbuja que antes o después tiene que estallar. El malestar por la corrupción, la contaminación y la desigualdad se hace insoportable. Las redes sociales son una muestra de que la gente va tomando conciencia. Son la punta del iceberg de la ansiedad social.

—Los que venimos de fuera nos deslumbramos con el tropel interminable de rascacielos y de espectaculares obras de ingeniería y se nos escapa el descontento. No tenemos capacidad para vislumbrarlo.

—La construcción es el otro pecado capital de estos tiempos. La edificación se está comiendo la tierra cultivable. Los campesinos son despojados de sus fértiles parcelas para convertirlos en parias de brazos cruzados que deambulan por el asfalto. La civilización china se ha desarrollado en torno a la agricultura; siempre nos hemos autoabastecido y hemos estado muy orgullosos de ello. Ahora, sin embargo, tenemos una excesiva dependencia de las importaciones de trigo de Estados Unidos y de las de soja de Argentina y Brasil. A nadie parece importarles que comerá el pueblo si se interrumpen y nadie hace nada por remediarlo. Mandan unos intereses que la gente común no entiende, por lo que se siente abandonada y las críticas arrecian.

—¿Y la campaña anticorrupción del presidente?

—Yo no sé nada de política. No me interesa porque a ellos tampoco les interesamos nosotros, pero es cierto que tanto la campaña como las medidas tomadas por Xi Jinping que afectan a toda la población han sido muy bien acogidas.

—¿A qué medidas te refieres?

—Por ejemplo, a que no se tire la comida en los restaurantes, sino que cada uno se lleve lo que le sobra, y a la prohibición de cargar a las arcas del Estado banquetes fastuosos por la Fiesta de la Primavera u otras celebraciones. Además, se han suprimido los alcoholes fuertes en casi todas las invitaciones oficiales y en la mayoría solo se sirve cerveza. Un altísimo porcentaje de mandos locales y de pequeños funcionarios organizaban bacanales donde corrían el Maotai y otros licores, se gastaban millones de yuanes y todo el mundo salía borracho. El despilfarro era intolerable. Ahora se percibe una cierta moderación, además de haberse frenado el exhibicionismo.

—Tú estarás encantada. No bebes nada...

—No me gusta. No soporto las bromas de la gente cuando está borracha y el olor me repugna.

Su voz vibraba de indignación. Era a todas luces evidente que el tema le producía escalofríos.

—¿Y ser de la liga antialcohólica no te ha dado problemas en el trabajo? —insistí con cierta ironía.

—Claro. Todo el que va a contracorriente tiene dificultades. En estos tiempos, beber es fácil y corromperse más. Nadie quiere a su lado a alguien que al mirarlo le recuerde que está sucio. El presidente Xi dice que en su punto de mira están «los tigres y las moscas». No dudo de que cazar «tigres» es importante para enderezar la economía nacional, pero para la gente corriente son las

«moscas» las que manchan y condicionan la vida diaria. Estamos rodeados de corruptos que te exigen dinero para cumplir con su trabajo.

—Te veo muy beligerante. ¿No es peligroso que hables así?

—Mi hermana dice que estoy cavando mi propia fosa, pero no me importa lo que piensen los demás.

—¿Os veis con frecuencia?

Hizo una pausa para recalcar sus palabras, que pronunció con deliberada intención.

—Está muy ocupada jugando al *mahjong*, atendiendo las actividades sociales del petulante club al que pertenece o con su masajista. No tiene mucho tiempo para que nos veamos ni entiende mi forma de ser. Alguna vez me ha preguntado casi con desprecio que de qué me sirve leer y escribir tanto libro si eso no da dinero.

—¿Qué desatino! ¿Y ella de dónde lo saca?

—Su marido es constructor. Ha levantado centenares de torres. Mi hermana estudió químicas y trabajó en una fábrica estatal un par de años hasta que se quedó embarazada y lo dejó porque el aire viciado de la empresa era peligroso para el feto. Como en Xi'an no había ningún centro de belleza, se le ocurrió poner uno que fue acogido con mucho éxito. Llegó a tener una cadena extendida por toda la ciudad, pero hace dos años se cansó, la vendió por una suma astronómica y se dedicó a mirarse al espejo.

—¿Y los distintos coches que estamos utilizando son de ella? La verdad es que no entiendo cómo el conductor aparece cada día con un modelo distinto, todos importados y de alta gama.

—Sí, le comenté que venías y quiso que tuvieras una imagen de China mejor de la que yo pudiera ofrecerte. Son coches de la empresa de mi cuñado, que utilizan ellos y otros directivos.

—Ja, ja, ja. ¿Han querido impresionarme?

—Forma parte de la nueva cultura.

Pequeña Xin hablaba con un retintín que mostraba su descontento por no haber sido capaz de rechazar la proposición de su familia. Estaba indignada con ella misma.

A la mañana siguiente, reanudamos la visita turística de la ciudad, empezando por el Museo de Historia de Shaanxi, que tiene bellísimas obras de las dinastías Han y Tang sacadas de las entrañas de la tierra. Según Pequeña Xin, el corazón de la antigua China es una gigantesca tumba y en cuanto excavas te encuentras un tesoro, al menos de cerámicas y bronce, porque la mayoría de las piezas de oro, plata o piedras preciosas, hace siglos que las robaron.

Dedicamos la tarde a un museo del paleolítico y a pasear por el antiguo recinto amurallado de la ciudad, uno de los mejor conservados de China. Su interior, de callejuelas peatonales repletas de tiendas de todo tipo, parecía más que un zoco un singular centro comercial. Las murallas de la dinastía Ming habían sido restauradas y lucían su vetusto esplendor pétreo. Como en muchas otras zonas del país, los ingenieros de los Ming ordenaron revestir de ladrillos o piedras las viejas murallas de tierra compactada con cal y extracto de arroz glutinoso que construyó Qin Shihuang Di y continuaron sus sucesores.

LOS VIEJOS AMIGOS

Los días iban pasando dedicados a tumbas, museos, monasterios, vestigios de la Ruta de la Seda, pueblos pintorescos y largas conversaciones sobre nosotras, la vida y nuestros distintos mundos. Muchas tardes callejeábamos por Xi'an, en especial por el barrio musulmán, poblado mayoritariamente por la minoría hui, aunque también se han acomodado en la zona algunas familias uigures, la principal etnia de Xinjiang, la única provincia de mayoría musulmana. La cocina china apenas tiene repostería, mientras que, por el contrario, los pasteleros de estas minorías, muy conectadas culturalmente con Asia Central, elaboran una gran variedad de postres y empalagosos dulces. Pequeña Xin era muy golosa y disfrutaba como una niña comprando turronec, manzanas acarameladas, pasteles, gominolas turcas con pistachos o almendras garrapiñadas. También nos quedamos a cenar más de una vez en alguno de los típicos restaurantes de pinchos morunos.

Aguardábamos siempre a la tranquilidad de la noche para profundizar en cuestiones personales o dejarnos inundar por la nostalgia recordando a los amigos comunes. Yo la breaba a preguntas, no por curiosidad, sino por la necesidad de entender la nueva China, de llenar con sus historias los agujeros horadados por los espectaculares cambios acontecidos más que por el tiempo transcurrido. Pero, por encima de todo, yo quería averiguar cuán firme se mantenía aquel juramento casi infantil que nos hicimos de ser hermanas del alma. Los años habían ido embelleciendo aquel difuso sentimiento de compañerismo juvenil que la añoranza me empujó a querer revitalizar.

Era un viaje al pasado que echaba raíces en el presente y tenía como meta el convencimiento de que nos unía una auténtica amistad.

Al recordar a los compañeros de Beida, comprobé que los ojos de mi hermana del alma seguían clavados en su primer y único amor, Li Hong, aquel muchacho jactancioso, varios años menor que ella, que siempre me detestó porque descubrí su juego el primer día. Traté de desenmascararlo para impedir que mi inocente amiga cayera en sus redes, pero mis esfuerzos fueron inútiles. *Xiao Xin* quedó atrapada en las malas artes de ese pretencioso que se burló cuanto quiso del aturdimiento que provocaba en ella. Después de tantos años, simulé indiferencia para preguntarle si había sabido algo de él.

—Personalmente no le ha ido muy bien, pero al menos tiene un hijo —dijo con un suspiro—. Como me advertiste, nunca tuvo intención de llegar a nada conmigo. Él buscaba ser un «bolsillo lleno» y lo consiguió. De todos modos, pienso que llegó a quererme, porque si no, no me llamaría cuando precisa compartir algo.

—¿Te has convertido en su confidente?

—Tiene gracia, pero solo ha sido sincero conmigo cuando ha venido a llorarme los engaños con otras mujeres. Me daba rabia oírte decir que se reservaba para cazar a alguien importante. Me negaba a creerlo, pero así fue. Consiguió casarse con la hija de un alto funcionario. Apostó fuerte y se situó muy bien, pero al parecer no se comportó como debía; abusó de ella y de la confianza de su familia y, cuando se les acabó la paciencia, le dieron con la puerta en las narices. No aprendió la lección, porque el segundo matrimonio empezó y acabó casi como el primero. Según su versión, son falsas todas las acusaciones de que llevaba una vida disoluta, pero a mí ya no me engaña. Pese a que bebí los vientos por él, aprendí a conocerle en los cuatro años que compartimos clase en Beida. Me temo que se ha merecido los dos divorcios y me

preocupa lo que haya podido ocurrirle en estos últimos años porque hace casi una década que no sé nada de él. Claro que a lo mejor es feliz y ya no necesita confidentes.

—Y después de tanto divorcio suyo y tuyo, ¿no hiciste nada para darle o darte una oportunidad?

—Ya tuve suficiente. Prefiero mil veces la monotonía de mi vida que volver a embarcarme en nada que la altere. Si alguna vez fui romántica, eso se acabó. Además, aunque el amor es ciego, a estas alturas estoy convencida de que Li Hong solo me traería nuevas desgracias.

—Yo recuerdo con mucha ternura a Zhang Wen, el melancólico poeta. Tú le esquivabas y él, con el corazón roto por tu frialdad, me recitaba a mí los poemas que tú no querías escuchar. ¡Fuiste una mala pécora con ese santo!

—¡Ja, ja, ja! No podía evitarlo. Me ponía nerviosa. Él sabía que mi encandilamiento con Li Hong no conducía a ninguna parte y me seguía como un perro fiel para recoger mis pedazos si algún día yo tenía el valor de zanjar esa historia. Me pidió en más de una ocasión que me casara con él y llegué a planteármelo cuando me destinaron a Xi'an y él fue admitido a hacer el doctorado en Beida.

—No me digas que le viste como la vía de escape a tu destino de arqueóloga —inquirí con sarcasmo.

—En este país es difícil quedarte soltera, la sociedad no te acepta porque la familia es el vínculo más fuerte que une al individuo con el todo. A veces me asaltaba el temor a la censura de mis conciudadanos e incluso de mis padres. Muchos toman decisiones erróneas solo para no apartarse del rebaño y yo estuve a punto porque había superado con creces la barrera psicológica de los veinticinco años, que entonces marcaba definitivamente la soltería de una mujer. Pensé que Zhang Wen era un hombre honesto y bueno, al que me podía acostumbrar. En China son más frecuentes los matrimonios arreglados que por amor, luego no hacía nada extraño. Traté de imaginar que estaba en ese proceso y acordamos irnos un día de excursión los dos solos.

—En aquellos tiempos eso era casi impensable sin un compromiso, ¿no?

—La verdad es que salí aquella mañana pensando que volvería comprometida, pero conforme pasaban las horas me daba cuenta de que era imposible. No podía echarme encima esa carga. No habríamos sido felices. Era demasiado blando; demasiado sensible frente a este maldito carácter mío tan fuerte e independiente. No podía soportarlo. Por la tarde los dos sabíamos que no teníamos futuro. No fue necesario decirlo.

Le conté que había visto a Lu Jiamin, convertida en toda una diplomática, durante el viaje relámpago que hice a Pekín en 1988 y que había vuelto a estar con ella antes de ir a Xi'an. Hablamos también de muchos otros compañeros, algunos de los cuales habían caído para mí en el pozo del olvido. Pequeña Xin insistía en que en esos años hubo una diferencia abismal entre ella y los demás amigos del grupo: la huella indeleble que le había dejado la Gran Revolución Cultural. Ellos no quedaron marcados porque eran niños, pero ella, aunque cuando empezó todo aún era una cría de nueve años, tuvo edad suficiente para resultar traumatizada para siempre.

—A veces paso años sin que me atormente y pienso que estoy curada del espanto de aquella turba vociferante que irrumpió en mi casa robándome la niñez. Entonces, cuando ya no la espero, la pesadilla vuelve y me enmaraña el sueño. No sé cómo escapar de esas tinieblas que han teñido de negro mis relaciones afectivas y se empeñan en que contemple a mi familia, a mis amigos, a mi entorno y a mi país en general, a través de su prisma, un espejo cóncavo que lo deforma todo.

Con espejo o sin él, Pequeña Xin se colocaba siempre al lado de los suyos, cuando en el curso de la conversación yo adoptaba una posición crítica. Era evidente que sufría por el abismo abierto en sus relaciones familiares, que veía como una muestra de la realidad que sucedía en el país, pero se limitaba a pasar de puntillas por lo que le dolía y a frases de reconocimiento como que vivían «en planetas diferentes» o que lamentablemente no tenían nada que compartir. Consciente de la soledad que le acarrea el desencuentro familiar, lo había interiorizado como el mal común que se estaba adueñando de la sociedad, debido en parte a la difícil asimilación del enorme desarrollo experimentado en las últimas décadas, al vértigo que desataba la rapidez de los cambios y a la facilidad tanto para enriquecerse como para corromperse.

La familia, que Confucio colocó como eje de la civilización china, se resentía del fuerte dinamismo impuesto al país. En apenas dos generaciones, el grueso de la sociedad había saltado del campo a la tecnología, del aislamiento a la globalización, de la pobreza a una vida acomodada, de la «olla de hierro» —en la que no hacía falta trabajar porque el Estado te la llenaba de arroz— a las largas jornadas laborales que imponía el mercado. Además, valores fundamentales como los hijos habían sido afectados por la «política del hijo único» implementada sin compasión por el Gobierno en aras del crecimiento económico.

—Es la lógica pendular. Se ha producido un vuelco total de perspectiva, un giro de ciento ochenta grados y estamos desorientados. Tal vez en diez, veinte o treinta años se recupere la normalidad —repetía Pequeña Xin tratando de consolarse.

Y sin duda el tiempo le dará la razón, porque ya en el otoño de 2015 el Gobierno puso fin a su orden más odiosa, la que limitaba las familias a un solo hijo.

HERMANAS DEL ALMA PARA SIEMPRE

Más allá de la fiebre por enriquecerse que había contagiado a todo el país, percibí tanto en Pequeña Xin, como en los profesores con los que había mantenido largas conversaciones, el hedor del abismo tenebroso en que se hundieron muchos de los que vivieron la Gran Revolución Cultural. Unos tenían el alma atormentada por dudas sobre la culpabilidad; otros, porque la membrana que tapaba las heridas sufridas era tan fina que un mal sueño bastaba para que volvieran a supurar. En unos y otros aumentaba la obsesión por el pasado conforme se acercaban a la tercera edad y limpiaban con ahínco la tumba de sus padres para dar a sus hijos un ejemplo a seguir. Los jóvenes, sin embargo, habían crecido protegidos en exceso y se desarrollaban al margen de las preocupaciones filosóficas de los adultos.

La lógica ancestral del Imperio del Centro sostiene que el sentido de la vida no se encuentra al final de la misma, sino en el camino que se recorre y en las gentes con las que se comparten las etapas del viaje. En la risa y el llanto, el amor, la compasión, la honradez, la justicia y el perdón. En el corazón de la tierra, el sentir de los cielos y el alma de los mares.

—Tú estás viuda; yo, divorciada, y ninguna de las dos tenemos hijos. Es difícil esforzarse por un futuro mejor cuando no tienes a quien dejarlo. Nuestro afán, nuestra experiencia..., todo acaba en nosotras —dijo Pequeña Xin con pesar.

—No es cierto, hemos sembrado: tú en tus lectores, yo en mis alumnos, y las dos, en nuestro entorno. Algo germinará. En cualquier caso, no hay que pensar en el futuro. Hay un dicho en

Occidente que no estaría mal que de vez en cuando os aplicarais los chinos: *Carpe diem*. Disfruta del momento, mi querida Pequeña Xin; sigue como hasta ahora, concentrada en tus escritos e investigaciones. Yo me dedicaré a mis alumnos y a mi jardín. Echo de menos mis hermosas rosas y estoy segura de que ellas se nutrirán de toda la energía que me ha proporcionado este viaje.

—Las dos hemos rejuvenecido —respondió, dándome una palmadita en la pierna.

Los pájaros trinaban entre las hojas de los árboles que sombreaban la carretera de Dangjiacun y con su cántico me iban diciendo adiós. El camino de vuelta al hogar había comenzado en esa aldea del siglo XIV escondida en un pequeño valle de loess, las tierras amarillas batidas por el viento y formadas a base de sedimentos. Pequeña Xin veía en Dangjiacun —uno de los escasos pueblos de arquitectura tradicional china que se conservaba casi intacto— el símbolo de la esperanza en que no todo lo antiguo o lo viejo sería pasto de la piqueta. No quería ver más destrucción, ni volver a despertarse asustada por los «guardias rojos» que exigían luchar contra los «cuatro antiguos»: «los hábitos antiguos, las costumbres antiguas, la cultura antigua y el pensamiento antiguo».

El coche avanzaba rápido por el amarillento paisaje. Nos dirigíamos directamente a la estación, donde otro tren de alta velocidad me devolvería a Pekín para tomar el avión de regreso. Como las golondrinas cuando pasa el invierno, comenzaba a sentir un inefable deseo de volar a casa. Había pasado más de un mes desde que salí de San Pedro, pero echaba la mirada atrás y veía que la búsqueda había sido una aventura feliz, que me había devuelto la ilusión por seguir viviendo.

—Tienes que venir a verme —le dije antes de abrir la puerta del coche—. Haremos un viaje por México. No te invité, como me pediste en tu última carta, a ir a Estados Unidos, pero lo hago ahora para un país que seguro que te gustará más.

—Iré. No hay carta, ni tiempo, ni distancia que pueda separar a las hermanas del alma.

Este relato y sus personajes son ficticios, aunque cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Georgina Higuera y Rumbao, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): abril de 2018

ISBN: 978-84-9164-327-2 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.